
G
MÁFIA
GALANIS
Grupo Editorial
Portal
El
Secreto del
MAFIOSO
GRIEGO
Éxito de ventas internacional
JÉSSICA MACEDO

GALANIS MAFIA

El secreto del Mafioso GRIEGO

International Best Seller

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sumário

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Sinopsis

Un abandono imperdonable.

Un secreto de ojos color miel guardado durante cinco años.

Y un reencuentro que puede incendiar Europa...

Alex Galanis es el Estratega. Conocido como "El Príncipe de Atenas", él es la mente brillante detrás del imperio de la familia.

Mientras sus hermanos usan la fuerza bruta, Alex juega al ajedrez con el destino.

Frío, calculador y letalmente encantador, creía haber enterrado su corazón el día en que la mujer de su vida lo abandonó sin dar explicaciones.

Pero cuando descubre que ella está financiando la guerra contra su familia, el dolor se transforma en furia.

No solo va a cobrar la deuda; va a destruirla.

Sienna Sterling huyó para salvarse a sí misma y al secreto que llevaba en el vientre.

Durante cinco años, la heredera vivió en las sombras, pagando un alto precio a los chantajistas para mantener a su hija lejos del mundo sangriento de los Galanis.

Sacrificó su fortuna, su libertad y su corazón para proteger a Maya.

Hasta que el dinero se acabó, y el lobo llamó a su puerta.

Alex invadió Londres dispuesto a aniquilar a una enemiga, pero encontró la única cosa capaz de ponerlo de rodillas: la hija que nunca supo que tenía.

Sienna juró no volver a ser suya nunca más.

Alex juró que ella nunca más escaparía.

Entre ataques de enemigos invisibles y la tensión de un deseo que el odio no logró apagar,

Alex Galanis quemará el mundo entero antes de permitir que toquen a la mujer que es su obsesión y a su hija.

¡ATENCIÓN! Esta historia contiene escenas inapropiadas para menores de dieciocho años.

Contiene desencadenantes, lenguaje malsonante y conducta inadecuada de los personajes.



Alex
GALANIS

Capítulo 1

La lluvia en Londres no caía con la violencia apasionada de las tormentas del mar Egeo.

No había truenos, ni relámpagos que rasgaran el cielo como promesas de venganza divina.

Solo había una llovizna gris, persistente y fría, en una cortina de agua sucia que disolvía la ciudad en tonos de grafito y acero.

Era una lluvia hecha para corroer la paciencia, no para lavar los pecados.

Estaba de pie frente a la pared de cristal del ático del The Shard, el edificio más alto de Europa Occidental.

Allá abajo, a setenta y dos pisos de distancia, la ciudad se movía como un hormiguero mecanizado.

Autobuses rojos, taxis negros y miles de paraguas abiertos formaban un flujo continuo de obediencia civil.

Apreté la base de mi vaso de cristal con la fuerza suficiente para dejar las puntas de mis dedos blancas, pero no lo bastante como para romperlo.

Yo no era Andreas, no rompía cosas cuando estaba frustrado;

las desmontaba, pieza por pieza, hasta descubrir cómo funcionaban y cómo podrían ser utilizadas a mi favor.

Llevé el whisky escocés a los labios. El líquido ámbar bajó quemando, en un contraste bienvenido con el aire acondicionado esterilizado del apartamento.

Todo allí era diferente de casa.

En Atenas, el aire olía a sal, a pinos calentados por el sol, a gasolina y a jazmín.

La Mansión Galanis era un organismo vivo, latiendo con los gritos de mis hermanos, el llanto de mi sobrino recién nacido y el sonido de las botas tácticas sobre el mármol.

Atenas era calor, sangre e historia.

Londres era lo opuesto... era fría. Olía a dinero viejo, a asfalto mojado y a cortesía hipócrita.

Allí, el silencio era absoluto, comprado por millones de libras en aislamiento acústico.

No había caos, solo orden; sin embargo, fue en ese orden, en esa impecable civilidad británica, donde mi hermanastro bastardo encontró refugio.

Damon...

El nombre me dejó un sabor amargo en la boca, peor que el final del whisky.

Había sobrevivido. Andreas le había disparado, había visto caer su cuerpo al mar embravecido de la fosa Helénica, pero la rata había sobrevivido.

No solo había escapado; había salido arrastrándose de la alcantarilla, cruzado Europa y se había escondido en el corazón

financiero del mundo, protegido por unas leyes que él despreciaba y por el dinero que le había robado a nuestro padre.

Me giré, dándole la espalda a la vista panorámica de la ciudad.

El interior del ático era un templo al minimalismo moderno.

Muebles de cuero italiano negro, superficies de cristal y cromo, arte abstracto que valía más que el alma de la mayoría de las personas que caminaban por ahí abajo.

Caminé hasta la mesa del comedor, que había transformado en mi centro de mando personal.

Tres monitores de alta resolución brillaban en la penumbra, mostrando flujos de datos, gráficos bancarios y líneas de código que corrían como cascadas digitales.

No había armas visibles en esta sala. Mi Glock estaba guardada en la caja fuerte del dormitorio, fría y sin usar.

Allí, mis armas eran otras. Algoritmos de rastreo, software para romper la encriptación bancaria y mi propia mente.

Me senté en la silla ergonómica, ajustándome los puños de mi camisa de algodón egipcio.

La tela era suave contra mi piel, aunque me sentía constreñido.

El teléfono sobre la mesa vibró, un zumbido bajo contra el cristal.

El nombre en la pantalla hizo que mis hombros se tensaran imperceptiblemente.

Athan...

Deslicé el dedo para contestar y lo puse en altavoz.

—Alex. —La voz de mi hermano mayor llenó la habitación.

Era grave, cargada de esa autoridad natural que usaba como una segunda piel, pero había una tensión subyacente, el cansancio de un hombre que dormía con un ojo abierto.

—Buenos días, hermano —respondí, manteniendo mi tono casual, el "Príncipe" despreocupado que proyectaba al mundo.

—¿O debería decir buenas tardes? El huso horario y esta oscuridad eterna están desbaratando mi reloj biológico.

—Deja de hablar del tiempo y dame noticias —cortó Athan, sin paciencia para amabilidades.

—Atenas está que arde. Los rumores de que Damon está vivo han empezado a circular por el puerto. Los rusos están nerviosos.

Necesito algo concreto para poner sobre la mesa o tendré que empezar a cortar lenguas.

Me recosté en la silla, observando los números cambiar en la pantalla central.

—Los rusos siempre están nerviosos, Athan. Es el vodka. —Hice una pausa, poniéndome serio.

—El rastro está caliente. Damon cometió un error al intentar acceder al servidor de Zúrich la noche de la boda.

Dejó una huella digital electrónica.

—Eso ya lo sabemos. Andreas casi cruza a nado hasta Londres cuando lo contaste.

Quiero saber si ya has encontrado el agujero donde se esconde.

—No es tan simple —expliqué, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Damon no está usando su dinero.

Las cuentas que le robó a papá están congeladas o monitorizadas por mí.

Si comprara un paquete de chicles con ese dinero, sabría la ubicación exacta y el sabor que eligió.

—Entonces, ¿cómo se está financiando? —La voz de Andreas surgió en la línea, más distante, probablemente hablando desde el otro lado de la habitación en Atenas.

Sonreí de medio lado. La "Trinidad" estaba reunida, aunque fuera digitalmente.

—Andreas... veo que la fisioterapia te está poniendo de mal humor. ¿Cómo va la pierna?

—Mi pierna está genial. La tuya va a acabar rota si no me das un nombre pronto, Alex.

—Su gruñido era familiar, casi reconfortante—. Quiero ir para allá.

Estoy harto de estar sentado viendo a Chloe hacer punto con Eleni mientras tú juegas a ser 007.

—Quédate donde estás —ordené, con la calma fría que solía irritarle.

—Londres no es tu territorio, Andreas. Aquí las cosas no se resuelven con C4 y tiroteos en los muelles.

La guerra es silenciosa. Si pisas Heathrow con esa aura tuya de asesino en serie, Scotland Yard te deporta antes de que recojas las maletas.

—Alex tiene razón —intervino Athan—. Tú te quedas aquí protegiendo a la familia. Alex, continúa.

Volví mi atención a los monitores.

—Damon está siendo financiado por terceros. Alguien con mucho capital líquido y acceso a canales bancarios limpios.

Está usando un holding de inversiones para blanquear sus gastos.

Alquiler de áticos, seguridad privada, sobornos... todo lo está pagando una empresa llamada Chimera Ventures.

—Quimera —murmuró Athan—. Apropiado. Un monstruo de varias cabezas.

—Exactamente. La empresa es una fachada clásica. Con sede en las Islas Vírgenes, con oficinas virtuales en Luxemburgo y Singapur.

Pero el dinero real que alimenta a la bestia... viene de aquí, de Londres.

Tecleé una secuencia de comandos en el teclado. Las ventanas de la pantalla se reorganizaron, aislando un flujo financiero específico.

—He pasado las últimas cuarenta y ocho horas desmontando su estructura corporativa. Capa por capa.

Abogados fantasma, testaferros, directores que no existen... Damon ha construido un laberinto impresionante para ser un bastardo.

—Ve al grano, Alex —exigió Athan—. ¿Quién está pagando sus facturas?

Mis ojos se fijaron en el documento final que mi algoritmo acababa de desencriptar.

Era una autorización de transferencia bancaria. Un documento digital simple, pero que cargaba con el peso de una traición.

Había un nombre allí.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones. El mundo a mi alrededor se detuvo.

El zumbido de los ordenadores, el sonido de la lluvia en el exterior, la voz de mis hermanos... todo desapareció.

Me quedé mirando aquel nombre en la pantalla luminosa. Las letras parecían burlarse de mí, bailando ante mis ojos.

No podía ser. Las probabilidades estadísticas eran nulas. Era un nombre común, tal vez. Una cruel coincidencia cósmica.

Sin embargo, sabía que no lo era. Conocía aquella firma digital.

—¿Alex? —La voz de Athan sonó más alerta—. ¿Estás ahí? ¿Qué has encontrado?

Tragué saliva, sintiendo que se me cerraba la garganta. La frialdad profesional que mantenía con tanto orgullo se resquebrajó.

Una oleada de calor, procedente de un recuerdo antiguo y doloroso, me subió por el cuello.

—¡Alex! —gritó Andreas.

—Estoy aquí —respondí, pero mi voz salió extraña, hueca—. He encontrado la fuente.

—¿Quién es? ¿Un rival? ¿Los albaneses?

—No —susurré—. No es un rival. Es... personal.

—¿Qué quieres decir con personal?

Apreté los ojos, intentando apartar la imagen de su rostro.

El rostro que había intentado olvidar durante los últimos cinco años.

El rostro que había desterrado de mis pensamientos con whisky, trabajo y mujeres sin nombre.

—Chimera Ventures es una filial oculta del Grupo Sterling.

Hubo un pesado silencio en la línea. Mis hermanos conocían ese apellido.

Sabían lo que significaba para la economía europea y, más importante aún, lo que significaba para mí.

—Sterling... —pronunció Andreas el nombre con un tono de advertencia—. ¿Como en Sienna Sterling?

El sonido de su nombre, dicho en voz alta por otra persona, fue como un puñetazo en el estómago.

—Sí —confirmé, abriendo los ojos y mirando de nuevo a la pantalla.

—La cuenta que paga el alquiler del escondite de Damon y a los mercenarios que intentaron mataros... está a su nombre.

Sienna Sterling.

—¿Esa zorra inglesa? —estalló Andreas—. ¿La noviecita que tuviste en la universidad?

¿La que te dejó porque descubrió que no vendíamos aceite de oliva?

—No era mi novia —corregí automáticamente, a la defensiva, aunque la palabra "novia" se quedaba demasiado pequeña para describir lo que Sienna había sido.

Había sido mi vía de escape. Mi intento de ser normal. Mi único error...

—Está financiando la muerte de nuestra familia, Alex —dijo Athan, y su voz era fría, implacable, sin espacio para recuerdos sentimentales.

—Si está con Damon, es el enemigo. No me importa quién fuera para ti en el pasado.

—Lo sé —respondí, sintiendo que el hielo volvía a cubrir mi corazón, capa por capa.

—Sé exactamente lo que es.

Me levanté de la silla, incapaz de quedarme sentado. Caminé de nuevo hacia la ventana. La lluvia había arreciado.

Londres lloraba, pero yo no.

Sienna...

Recordaba su olor: a vainilla y a lluvia. Recordaba su risa, cómo echaba la cabeza hacia atrás, sin la reserva aristocrática que sus padres intentaban imponerle.

Recordaba cómo me miró la última vez que nos vimos, hace cinco años.

No con amor, sino con horror. Con asco.

"Eres un monstruo, Alex. Todos vosotros lo sois. No quiero volver a verte nunca más."

Ella había huido. Desaparecido. Lo respeté. La dejé ir porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Yo era un monstruo con un traje caro. Ella merecía la luz, y yo solo tenía sombras que ofrecer.

Y ahora... estaba financiando al hombre que quería destruir todo lo que yo protegía.

¿Por qué? ¿Venganza? ¿Odio? ¿Me odiaba tanto como para aliarse con un psicópata como Damon?

La traición ardió en mi pecho, más candente que cualquier amor que pudiera haber sentido alguna vez.

—Alex —me llamó Athan, exigiendo mi atención—. ¿Cuál es el plan?

Miré el reflejo de mi rostro en el cristal oscuro. Veía al Príncipe de Atenas allí. Al estratega.

Sin embargo, en mis ojos, vi algo nuevo. Una crueldad que generalmente le pertenecía a Andreas.

—El plan es simple —dije, alisándome la americana—. Voy a hacerle una visita a Sterling Holdings.

—¿Vas a enfrentarte a ella?

—No. Voy a destruirla. —La promesa salió fácil, sedosa y letal.

—Voy a quitarle cada céntimo que tiene. Voy a exponer cada secreto sucio de esa familia aristocrática.

Voy a apretar el cerco hasta que no le quede más opción que entregarme a Damon en bandeja.

—Cuidado, hermano —advirtió Andreas, con un tono sorprendentemente serio.

—Las mujeres del pasado tienen la costumbre de ser los cuchillos más afilados. No dejes que se meta en tu cabeza.

—No se meterá en mi cabeza, Andreas. Ya salió de allí hace mucho tiempo.

Ahora, es solo un objetivo.

—Mantennos informados —ordenó Athan—. Si necesitas fuerza bruta...

—Yo me encargo de eso. La ley es más brutal que cualquier bala cuando se sabe usar.

Colgué el teléfono.

El silencio volvió a llenar el ático.

Regresé a la habitación. Abrí el vestidor e ignoré los habituales trajes negros.

Elegí un traje gris claro, de corte italiano, agresivo y elegante. Lo combiné con una corbata de seda azul oscuro.

Me vestí con la precisión de un guerrero poniéndose su armadura. Gemelos de oro. Reloj Patek Philippe.

Zapatos de cuero pulidos hasta brillar como espejos negros.

Me miré en el espejo de cuerpo entero.

El sujeto que me devolvía la mirada era hermoso. Encantador.

El tipo de hombre que las madres querían para sus hijas y en el que los inversores confiaban sus fortunas.

Era el camuflaje perfecto. El lobo con piel de cordero...

Cogí mi maletín de cuero y el dosier que acababa de imprimir.

El nombre de Sienna estaba en la parte superior de la primera página.

—Hola, *agapi mou* —susurré al papel, sintiendo un escalofrío de anticipación recorrer mi espalda.

—¿Querías jugar con monstruos? Pues bien. El monstruo ha venido a verte.

Salí del ático, dejando la tecnología atrás. Era hora de entrar en el mundo real.

Fuera, la lluvia continuaba cayendo sobre Londres, lavando las calles, pero nada lavaría lo que estaba a punto de hacer.

Iba a encontrar a Sienna Sterling y la haría arrepentirse del día en que decidió extender un cheque contra la familia Galanis.

Entré en el ascensor privado, viendo descender los números. 72... 50... 20...

En cada piso, dejaba un poco más de mi humanidad atrás.

Cuando las puertas se abrieron en la planta baja y el chófer me abrió la puerta del Maybach negro, ya no era Alex, el hombre que un día la amó.



Sienna
STERLING

Capítulo 2

Hay un tipo específico de silencio que habita en las cámaras de seguridad y las joyerías de alta gama en Mayfair.

Es un silencio pesado, amortiguado por gruesas moquetas y terciopelo, que huele a pulimento de madera y a secretos antiguos.

Yo odiaba ese olor.

Mis manos estaban sobre el mostrador de cristal templado, e hice un esfuerzo consciente para mantenerlas quietas.

Si temblaba, el señor Hemmings se daría cuenta. Él lo notaba todo.

Era un hombre pequeño, con gafas de carey y la discreción de quien ya ha visto a la aristocracia británica vender su alma para pagar deudas de juego.

—Es una pieza extraordinaria, Srta. Sterling —dijo, sosteniendo el collar de zafiros y diamantes bajo la luz de la lupa.

—Art Déco, década de 1920. Su abuela lo usó en el jubileo, si no me falla la memoria.

Tragué el nudo que se formaba en mi garganta.

—Sí. Ella lo usó.

—¿Y está segura la señorita de que desea deshacerse de él? Es una reliquia familiar insustituible.

El mercado está... volátil. ¿Quizás un préstamo sobre la pieza?

—Venta directa, Sr. Hemmings —mi voz salió fría, cortante. La frialdad era mi armadura.

Si demostraba emoción, me derrumbaría—. Necesito liquidez inmediata para una... inversión privada y exijo la discreción habitual.

Mis padres no necesitan saber que estoy reorganizando mi cartera de activos personales.

Él me miró por encima de las gafas; sabía que estaba mintiendo.

Herederas como yo no vendían las joyas de la abuela para "inversiones". Las vendían para encubrir escándalos.

Sin embargo, el Sr. Hemmings era un caballero, o al menos, un mercader muy bien pagado.

—Como desee. La transferencia se realizará a la cuenta numerada que la señorita proporcionó anteriormente.

—Ahora —insistí—. Necesito que se haga ahora.

Diez minutos después, estaba de vuelta en la calle, sintiendo la gélida llovizna de Londres golpear mi rostro.

El collar se había ido. Una pieza de historia, de belleza, convertida en fríos números digitales que desaparecerían en menos de una hora.

Doscientas mil libras.

Era mucho dinero para cualquier persona normal. Pero para el monstruo que me estaba chantajeando, era solo la "cuota de la

semana".

Caminé rápido por Bond Street, subiéndome el cuello del abrigo beige.

El cielo era de ese color a hematoma del que a Londres le encantaba presumir, una mezcla de morado y gris que prometía tormenta.

Mi móvil vibró en el bolsillo.

Me detuve en medio de la acera, ignorando a los peatones que chocaban conmigo.

El miedo se disparó en mi pecho, en un reflejo condicionado que había desarrollado en los últimos seis meses.

Cada notificación era una potencial sentencia de muerte.

Saqué el aparato con dedos temblorosos.

Número desconocido.

Abrí el mensaje. No había texto. Solo una foto.

El mundo dio vueltas. El ruido del tráfico, los cláxones de los taxis negros, el murmullo de los turistas... todo fue succionado hacia un vacío de silencio aterrador.

La foto estaba granulada, tomada de lejos, probablemente desde el interior de un coche con cristales tintados.

Mostraba el patio de la escuela primaria St. Jude’s en Kensington.

Había niños jugando, borrones de uniformes azules y grises. Pero el foco de la lente estaba en una niña en particular.

Estaba sentada en un banco, con las piernas cortas balanceándose, sosteniendo una fiambrera roja.

El pelo, con reflejos miel, le caía sobre los pequeños hombros. Se reía de algo que decía una profesora.

Maya.

Mi hija...

Mi vida entera condensada en un metro de altura.

Justo debajo de la foto, apareció un segundo mensaje, parpadeando en la pantalla como un corte de navaja:

"Tiene tu sonrisa, Sienna. Pero los ojos... son de Alex. Sería una pena que papá se enterara de ella, ¿verdad? O peor... si nunca tuviera la oportunidad de enterarse."

Sentí que la bilis me subía por la garganta. Corrí hacia el borde de la acera y respiré hondo, luchando contra las náuseas.

Él estaba allí... cerca de ella.

Damon Galanis. El hombre al que nunca había conocido en persona, pero cuya voz distorsionada por teléfono atormentaba mis pesadillas.

No solo quería dinero, buscaba venganza contra la familia que lo rechazó y yo... era su cajero automático y Maya, su arma.

Escribí una respuesta con los pulgares resbalando sobre la pantalla mojada por la lluvia.

Sienna:

El dinero ya ha sido enviado. Doscientas mil. Déjala en paz.

La respuesta llegó instantáneamente.

Desconocido:

El precio ha subido, cariño. La inflación de la guerra. Tienes 24 horas para duplicar la cantidad.

O la próxima foto que envíe no será de ella riendo.

Dejé caer el móvil en el bolso, sintiéndome sucia, violada e impotente.

Necesitaba proteger a Maya.

La ironía era cruel. Había huido de Alex hacía cinco años, corrido lejos de Oxford, de aquel mundo suyo de violencia, armas y lealtades de sangre, porque quería una vida segura.

No quería ser la esposa de un mafioso, y mucho menos criar hijos en una fortaleza vigilada por hombres armados.

La ironía era que estaba vendiendo mi patrimonio para financiar a un criminal, todo para proteger a mi hija de su propio padre... y de su tío psicópata.

Alex...

Su imagen invadió mi mente sin permiso. No el Alex frío que veía en las revistas de negocios, el "Príncipe de Atenas" en trajes impecables.

Sino el Alex al que amé, el que reía con hoyuelos en las mejillas, el que me follaba con una pasión que me hacía olvidar mi propio nombre, y que, en una noche terrible, confesó lo que su familia realmente hacía para mantener el poder.

Si Alex supiera lo de Maya...

Él vendría. Derribaría Londres ladrillo a ladrillo para atraparla. Se la llevaría a ese mundo de sombras.

Ella sería una Galanis. Un objetivo. Una heredera...

Yo no podía permitir eso. Maya era mía. Ella era inocente. Le gustaba el ballet, los unicornios y dibujar.

No tenía lugar en una guerra de la mafia.

Entré en un taxi y di la dirección del despacho. Sterling Holdings. El imperio de mi padre.

El lugar donde fingía ser la heredera competente, mientras drenaba las cuentas de la empresa para mantener alimentado a un monstruo.

—Al edificio de Sterling, por favor —le pedí al conductor, apoyando la frente en el cristal frío.

El viaje fue un borrón de luces y lluvia. Mi mente trabajaba frenéticamente. ¿Qué más podía vender?

¿El apartamento en París? ¿Las acciones tecnológicas? Necesitaba tiempo. Tenía que esconder mejor a Maya.

Quizás enviarla a Escocia con mi tía...

Llegué al edificio de Sterling Holdings. Era una torre de cristal y acero que gritaba poder y estabilidad.

Todo lo que yo no sentía en ese momento.

Pasé por seguridad en piloto automático, saludando a los guardias que conocían mi nombre, pero no mi terror.

Subí a la última planta.

Mi secretaria, una mujer eficiente llamada Clara, se levantó en cuanto salí del ascensor. Parecía nerviosa.

—¡Srta. Sterling! —exclamó, ajustándose las gafas—. Intenté llamar a su móvil, pero saltó el buzón de voz.

—Estaba en una reunión fuera, Clara. ¿Qué ha pasado? ¿Algún problema con los accionistas asiáticos?

Seguí caminando hacia mi despacho, quitándome el abrigo mojado.

Solo quería cerrar la puerta, tomarme un coñac y verificar si la transferencia a Chimera Ventures, la empresa tapadera de Damon, se había completado.

—No, señorita. Es que... hay alguien en su despacho.

Me detuve con la mano en el picaporte doble de roble.

—¿Alguien? No tengo reuniones programadas. Llame a seguridad, Clara.

—¡Lo intenté, señorita! —Clara parecía al borde de las lágrimas.

—Pero él... él dijo que tenía cita y que era un asunto de vida o muerte... Bueno, no parece alguien a quien se le diga que no.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Damon?

¿Se habría cansado de los mensajes? ¿Habría venido en persona a cobrarse la deuda?

Mi corazón latía tan fuerte que me dolía contra las costillas. Si fuera Damon, estaría acorralada.

No tenía arma, ni protección.

Sin embargo, era una madre. Si él estuviera aquí, lucharía.

Le arrancaría los ojos con mi bolígrafo si fuera necesario.

Respiré hondo, componiendo mi máscara de frialdad ejecutiva. Enderecé los hombros.

—De acuerdo, Clara. Yo me encargo.

Abrí la puerta de mi despacho.

El despacho era amplio, con ventanales del suelo al techo que mostraban el horizonte gris de Londres.

La lluvia golpeaba contra el cristal, creando un patrón rítmico y melancólico.

Había un hombre de pie, de espaldas a mí, mirando las vistas.

Llevaba un traje gris claro que parecía haber sido esculpido sobre su cuerpo.

Su postura era relajada, pero con esa tensión latente de un depredador que solo está descansando antes del ataque.

Tenía las manos en los bolsillos del pantalón. El pelo era oscuro, cortado con precisión militar, pero con un toque de vanidad moderna.

Yo conocía aquella espalda y la anchura de aquellos hombros. Había arañado esa espalda en noches que parecían haber sucedido en otra vida.

El aire abandonó mis pulmones en un suspiro audible. El miedo a Damon desapareció, sustituido por un terror diferente, más profundo e íntimo.

El hombre se giró lentamente.

Alex Galanis...

Hacía cinco años que no veía ese rostro, excepto en pesadillas y en fotos de periódicos.

Estaba... devastador.

El tiempo no había sido amable con él; había sido generoso.

Las líneas de su rostro eran más duras, su mandíbula más definida.

Había una madurez cínica alrededor de sus ojos y su boca que no existía cuando éramos jóvenes amantes en Oxford.

Parecía peligroso. Letal. Hermoso de una manera que hacía doler el estómago.

Sus ojos, de un color miel y ámbar que le había dado a mi hija, se clavaron en los míos.

No había amor en ellos, ni añoranza... solo hielo.

—Hola, agapi mou —dijo Alex. Su voz era terciopelo envuelto en alambre de espino.

El apelativo cariñoso "mi amor" sonó como una maldición en sus labios.

Cerré la puerta tras de mí, apoyándome en ella para no caer. Mis piernas parecían de gelatina.

—Alex... —susurré. El nombre sabía a cenizas—. ¿Qué haces aquí?

Él sonrió. No era la sonrisa con hoyuelos que yo amaba, sino una sonrisa depredadora, mostrando dientes perfectos y blancos, como los de un tiburón que acaba de oler sangre en el agua.

—¿Yo? He venido a hacer negocios, Sienna. —Caminó hacia mi escritorio, deslizando la mano sobre la superficie de cristal con una posesividad casual.

—Y a cobrar deudas.

—No te debo nada —respondí, intentando recuperar la voz.

Intenté caminar hacia mi silla, poner el escritorio entre nosotros como barrera, pero él me bloqueó el paso con un

movimiento fluido.

Alex estaba demasiado cerca. Su olor me golpeó. Sándalo, especias caras y lluvia.

—¿No me debes nada? —Inclinó la cabeza, estudiando mi rostro como si yo fuera un documento fraudulento.

—Curioso... Porque mis registros muestran que has estado financiando una guerra contra mi familia.

Me helé.

—¿Qué? Yo no... no sé de qué me estás hablando.

—No me mientas, Sienna. —Su voz bajó, perdiendo la falsa cordialidad. Se convirtió en una orden.

—He rastreado el dinero. Chimera Ventures... Una cuenta en las Islas Vírgenes.

Pagos semanales saliendo directamente de tu holding personal.

Sabía lo del dinero, pero desconocía el motivo.

¿Creía que estaba financiando a Damon por voluntad propia? ¿Que yo era una enemiga?

—Alex, no lo entiendes... —empecé, con el pánico haciendo que mi voz subiera una octava.

—Lo entiendo perfectamente —me cortó, dando un paso más. Estaba a centímetros de mí.

Podía ver los destellos dorados en sus ojos. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Nos odias. Huiste porque descubriste quiénes éramos.

Y ahora, te has aliado con mi hermanastro bastardo para intentar destruirnos.

—¡No! —grité—. ¡Yo nunca haría eso! ¡Nunca os haría daño ni a ti ni a tus hermanos!

—Entonces, ¿por qué le estás pagando? —Me agarró del brazo.

Su toque fue eléctrico, quemando a través de la seda de mi blusa—. ¿Por qué, Sienna? ¿Es venganza? ¿Es odio?

Alex me sacudió ligeramente. Su máscara de control se estaba resquebrajando. Había furia allí... y dolor.

—¡Suéltame, Alex!

—Dame una razón para no destruirte ahora mismo. —Acercó su rostro al mío.

—Dime una razón para no acabar con tu empresa, con tu reputación y con tu cómoda vida aquí en Londres.

Lo miré. Quería gritar la verdad. ¡Es por tu hija! ¡Es por Maya! ¡Él va a matarla!

Sin embargo, no podía. Si decía la verdad, Alex tomaría el control.

Iniciaría una guerra en Londres y Maya estaría en el fuego cruzado.

Necesitaba mentir, protegerla de él tanto como de Damon.

—Es... es chantaje —mentí, parcialmente—. Descubrió... fraudes.

En la empresa de mi padre, cosas antiguas y amenazó con exponerlo todo.

Alex me miró. Estaba analizando cada una de mis microexpresiones. Él era el estratega. El abogado.

Sabía cuándo alguien escondía algo.

—¿Fraudes? —Soltó una risa seca e incrédula—. ¿Estás pagando millones para esconder fraudes fiscales?

¿Tú, la mujer que me dejó porque mi familia no era lo suficientemente "ética"?

—La gente cambia, Alex. La desesperación cambia a las personas.

Me soltó abruptamente, como si mi roce le quemara.

Se apartó, pasándose la mano por el pelo perfecto, alborotándolo ligeramente.

—Tienes razón. La gente cambia. —Fue hacia la puerta y giró el pestillo.

El clic del metal resonó en el silencioso despacho.

Mi corazón se desbocó.

—¿Qué haces?

Alex se volvió hacia mí. La furia candente había desaparecido, sustituida por una determinación helada que era mucho más aterradora.

—Dijiste que era chantaje. Perfecto. Pues ahora tienes un problema mayor que Damon.

—¿Qué quieres decir?

—Damon quiere tu dinero, Sienna. ¿Pero yo? —Caminó lentamente hacia mí, como un lobo acorralando a una oveja.

—Yo lo quiero todo. Voy a tomar el control de tus cuentas.

Voy a tomar el control de esta empresa y voy a usarte para atrapar a Damon.

—¡No puedes hacer eso!

—Puedo... y lo haré. —Se detuvo frente a mí nuevamente.

—Vas a hacer exactamente lo que yo te mande. Vas a sonreír, vas a firmar los papeles y vas a obedecerme.

Porque si no lo haces... expondré esos "fraudes" que tanto temes que salgan a la luz.

Entonces, Sienna, no tendrás nada.

Levantó la mano y me tocó la cara. Su pulgar rozó mi labio inferior. Me temblaron las rodillas.

—Bienvenida de nuevo a mi mundo, agapi mou. —Susurró—. ¿Querías jugar con monstruos?

Ahora perteneces a uno.

El teléfono de mi mesa sonó, estridente en el tenso silencio.

Alex miró el aparato. Luego me miró a mí.

—Contesta —ordenó.

Yo sabía quién era. La niñera llamaba todos los días a esa hora para decir que había recogido a Maya de la escuela.

Si contestaba... si la voz de una niña se filtraba...

—No —dije.

Alex arqueó una ceja.

—Contesta el teléfono, Sienna.

El teléfono seguía sonando. Cada tono era una cuenta atrás para la destrucción de mi vida.

Extendí la mano hacia el teléfono, rezando para que la niñera no dijera nada comprometedor.

Alex observaba, inmóvil, letal.

La guerra había llegado a Londres y yo estaba desarmada.



Alex GALANIS

Capítulo 3

El teléfono sonaba.

Ese sonido digital estridente cortaba el silencio del despacho de cristal como una hoja de sierra.

Para la mayoría de la gente, era solo una llamada. Para mí, era información.

Yo observaba a Sienna.

No a la mujer segura de sí misma que copaba las portadas de Tatler y Forbes.

No a la heredera intocable que reía con copas de champán en Oxford.

Observaba a la mujer que tenía delante en ese momento.

Sus dedos temblaban levemente, flotando sobre el aparato. Su respiración era corta, contenida en su pálida garganta.

Había una vena latiendo en su cuello, traicionando el ritmo frenético de un corazón aterrorizado.

Sienna no me tenía miedo. Yo conocía el miedo de Sienna; era indignado, orgulloso.

Lo que veía ahora era pánico puro y visceral.

¿Quién estaba al otro lado de la línea? ¿Damon? ¿Un cómplice?

—Contesta —repetí, con una voz suave pero inflexible como el acero de las vigas que sostenían aquel edificio.

—No dejes a quienquiera que sea esperando. Sería de mala educación.

Sienna tragó saliva. Cogió el teléfono. Vi su pulgar deslizarse por la pantalla, pero no se llevó el aparato a la oreja de inmediato.

Lo sostuvo contra su pecho, amortiguando el micrófono con la mano y la tela de la blusa de seda.

—¿Diga? —susurró, girándose ligeramente de espaldas a mí.

Di un paso silencioso hacia delante. No necesitaba oír la conversación para entenderla.

Necesitaba leer su lenguaje corporal.

—...sí, Martha. Lo sé. —La voz de Sienna era un hilo de tensión.

—No, no puedo hablar ahora. Estoy en una reunión.

Hubo una pausa. Los hombros de Sienna cayeron, en una mezcla de alivio y agotamiento.

—¿Ella está bien? —La pregunta salió con una urgencia dolorosa—. De acuerdo. Cierra la puerta con llave.

No le abras a nadie. A nadie, Martha. Llegaré a casa en cuanto pueda.

Colgó sin despedirse y tiró el teléfono sobre la mesa con la pantalla hacia abajo, como si el aparato le estuviera quemando la mano.

¿Ella?

Mi cerebro de estratega atrapó la palabra y empezó a diseccionarla. ¿Quién era "ella"? ¿Una amiga? ¿Su madre?

O quizás... ¿una rehén?

El recuerdo del padre de Chloe atado a una silla en la nave del Pireo pasó por mi mente.

A Damon le gustaba usar a las personas como métodos de presión.

—¿Quién es Martha? —pregunté, apoyando la cadera en el borde de su escritorio.

Invadí su espacio deliberadamente, obligándola a retroceder hasta la ventana.

—Nadie —respondió Sienna demasiado rápido. Cruzó los brazos sobre el pecho, en una inútil barrera defensiva contra mí.

—El ama de llaves.

—Parecías preocupada por el ama de llaves. Le pediste que cerrara la puerta con llave.

—Londres está peligrosa últimamente.

—Londres siempre ha sido peligrosa, Sienna. Lo que pasa es que tú estabas demasiado ocupada en tus tés benéficos para darte cuenta.

—Sonreí, pero no había humor en mis labios—. ¿O quizás el peligro se ha vuelto más... personal?

No respondió, solo se volvió hacia la ventana, mirando la lluvia que azotaba la ciudad.

Aproveché el momento para estudiarla. Estudiarla de verdad.

Llevaba cinco años sin verla. En mi memoria, a la que intentaba ahogar en trabajo y cinismo, Sienna era luz.

Era dorada, vibrante, llena de una inocencia arrogante que provenía de no haber escuchado nunca un "no" en su vida.

La mujer frente a mí era una sombra de aquella chica.

Estaba más delgada. La ropa de diseñador, aunque impecable, parecía una talla más grande, como si se hubiera encogido dentro de ella.

Había ojeras oscuras bajo el maquillaje hábilmente aplicado. Sus manos, que antes exhibían anillos de diamantes familiares, ahora estaban desnudas.

Y el despacho...

Miré a mi alrededor. El despacho de la directora ejecutiva de Sterling Holdings debería oler a éxito y flores frescas.

Sin embargo, había un estancamiento en el aire. Había cajas de archivos apiladas en una esquina, como si se estuviera preparando para huir o ser desahuciada, y espacios vacíos en las estanterías donde deberían haber estado obras de arte.

¿Decadencia?

Sienna Sterling se estaba arruinando y lo estaba haciendo en silencio, desangrando dinero hacia algún lugar que no eran las arcas de la empresa.

Sentí una punzada extraña en el pecho. No era lástima. Los Galanis no sienten lástima por los traidores. Era... decepción.

Esperaba encontrar a una reina del crimen financiero, una socia digna de Damon. En su lugar, encontré a una mujer rota.

—Vendiste el collar de tu abuela —comenté, lanzando la información como una granada.

Su espalda se tensó. Se giró despacio.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé todo, Sienna. Es mi trabajo. —Me levanté y caminé hacia ella—. Zafiros y diamantes.

Art Déco. Vendido esta mañana en Hemmings & Co por doscientas mil libras.

Una cifra vergonzosamente baja para una pieza así, debo añadir. Estabas desesperada.

—Es mi collar. Hago lo que me da la gana con él.

—El dinero fue transferido inmediatamente a una cuenta en las Islas Vírgenes.

La misma cuenta que financia a Chimera Ventures.

—Me detuve frente a ella, bloqueando su visión y su vía de escape.

—La misma cuenta que pagó las armas que casi matan a mi hermano Andreas hace tres semanas.

Su rostro perdió el poco color que le quedaba.

—Andreas... —susurró—. ¿Resultó herido?

—Recibió un disparo. Pero es un Galanis. Somos difíciles de matar.

Al contrario que tu cuenta bancaria, que parece estar en estado terminal.

Sienna cerró los ojos por un segundo. Vi una lágrima solitaria escapar, pero se la limpió con rabia antes de que rodara por su mejilla.

—¿Qué quieres, Alex? —Su voz sonaba cansada—. ¿Has venido aquí a arrestarme?

¿A matarme? Si es eso, acaba rápido. No me queda nada más que puedas quitarme.

—Te equivocas —respondí, acercando mi rostro al suyo.

Sentí su olor: a vainilla... Seguía siendo el mismo perfume.

Ese maldito olor que atormentó mis sábanas durante meses después de que se fuera.

La proximidad encendió algo en mí. Una chispa de rabia y deseo que creía extinguida.

La odiaba por lo que estaba haciendo. Pero, Dios, qué hermosa seguía siendo en su ruina.

—No he venido a matarte, Sienna. Sería un desperdicio y no voy a hacer que te arresten, porque la policía haría preguntas que no quiero responder.

—Entonces sal de mi despacho y de mi vida.

—No puedo. —Saqué un sobre color manila de mi americana y lo dejé sobre la mesa de cristal.

—Porque, desde esta mañana, soy tu dueño.

Ella miró el sobre, luego a mí, confundida.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Cogió el sobre con manos temblorosas. Rasgó el sello. Sacó los documentos.

Observé cómo sus ojos recorrían las líneas. El shock. La negación. El horror.

—Esto... esto no es posible.

—Es perfectamente posible cuando se tiene a los mejores abogados de Londres y una liquidez ilimitada —expliqué, con la calma del que da el jaque mate.

—Sterling Holdings era vulnerable. Liquidaste tantos activos personales para alimentar a Damon que dejaste expuestas las acciones de la empresa.

Las cláusulas de gobierno de vuestro consejo son claras: en caso de insolvencia personal del director ejecutivo, el control mayoritario puede ser impugnado.

—Has comprado mi deuda —susurró, dejando caer los papeles.

—He comprado la deuda, los pagarés y las hipotecas de tus propiedades en Kensington y en Surrey.

—Di un paso adelante, obligándola a retroceder hasta chocar con la ventana.

—Técnicamente, Sienna, estás de pie sobre mi alfombra, mirando por mi ventana.

—¿Por qué...? —Me miró con lágrimas de furia en los ojos—. ¿Por qué haces esto? ¿Es venganza?

¿Es porque te dejé?

Solté una risa fría.

—No seas narcisista. Mi ego se recuperó de tu partida en el momento en que se cerró la puerta.

Esto no trata sobre nosotros, trata de la guerra.

Apoyé las manos en el cristal, una a cada lado de su cabeza, enjaulándola.

—Estás financiando a mi enemigo. He cortado la fuente. Ahora, no tienes dinero para enviarle a Damon.

Lo que significa que se pondrá furioso y vendrá a por ti.

Ella palideció. El verdadero terror volvió a sus ojos.

—No... no puede... tengo que pagar...

—¡No vas a pagar nada más! —rugí, perdiendo la compostura por un segundo—. ¡Se acabó, Sienna!

Lo he congelado todo.

—¡No lo entiendes! —Empujó mi pecho, histérica—. ¡Lo has condenado todo! Si no pago, él va a...

—¿Va a qué? —Le agarré las muñecas, inmovilizándola—. ¿Qué tiene contra ti? ¿Fotos?

¿Secretos fiscales? ¿Un vídeo tuyo en la cama conmigo? ¿Qué vale toda tu fortuna entera?

Dejó de forcejear, me miró, y vi cómo se alzaba un muro tras sus ojos.

Sienna guardaba un secreto, uno muy grande.

—No es asunto tuyo —dijo, con voz helada—. ¡Suéltame!

La solté bruscamente.

—De acuerdo. Guarda tus secretos. Pero debes saber una cosa: ahora trabajas para mí.

Caminé hacia su silla y me senté. Me giré para encararla.

—Damon se pondrá en contacto cuando el pago no llegue, y cuando lo haga, me lo dirás.

—¿Y si no te lo digo?

—Entonces dejaré que te enfrentes a él tú sola. —Crucé las piernas, arreglándome el pantalón del traje.

—Y ambos sabemos, Sienna, que sin tu dinero, no tienes ninguna utilidad para un hombre como Damon.

Te desechará y él no suele dejar testigos vivos.

Se abrazó a sí misma, temblando. Sabía que yo tenía razón.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, derrotada.

—Primero: límpiate la cara. Pareces un desastre. Segundo: vamos a cenar.

—¿Cenar? —Parpadeó, incrédula—. ¿Acabas de robar mi empresa y quieres ir a cenar?

—Tengo que mantener las apariencias. El "Príncipe de Atenas" está en la ciudad y acaba de cerrar un gran negocio con la heredera de los Sterling.

Sería extraño que no lo celebráramos. —Me levanté y fui hacia ella.

—Además, no he comido nada desde que aterricé. Me pongo irritable cuando tengo hambre.

Le tendí la mano.

—Vamos, Sienna. Sonríe. Acabas de ganarte la protección del hombre más peligroso de Grecia.

Miró mi mano. Dudó. Vi el cálculo en sus ojos. Sienna me odiaba, me temía.

Pero me necesitaba.

Puso su mano fría sobre la mía.

—Te odio, Alex —susurró.

Cerré los dedos sobre los suyos, sintiendo su piel suave, y tiré de ella, hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron.

—El sentimiento es mutuo, querida. —Sonreí—. Ahora, vamos. El coche nos espera.

Mientras salíamos del despacho, sentí irradiar su tensión. Sienna estaba aterrorizada. Sin embargo, no era por mí.

Iba a descubrir el motivo, quién era Martha, y qué estaba usando Damon para transformarla en esa elegante ruina y, cuando lo descubriera... bueno, usaría mi nueva propiedad para atraer al bastardo a la guillotina.

Sienna Sterling podía odiarme todo lo que quisiera. Siempre y cuando me ayudara a ganar, podría vivir con su odio.

A decir verdad, lo prefería así. El odio era seguro. El odio mantenía las distancias.

El amor... el amor era lo único que podía destruirme de nuevo y no iba a cometer ese error dos veces.



Sienna
STERLING

Capítulo 4

El Scott’s olía a dinero antiguo, a mantequilla trufada y a hipocresía.

Era el tipo de lugar donde las tragedias se discutían en susurros educados y donde la ruina financiera se acompañaba con una copa de Dom Pérignon.

Yo había estado allí cientos de veces con mi padre, sonriendo a accionistas y políticos, fingiendo que el mundo era seguro y predecible.

Sin embargo, esa noche, el restaurante parecía una jaula de terciopelo y yo estaba sentada frente a mi carcelero.

Alex Galanis no se sentó a la mesa; la ocupó.

Había una gravedad a su alrededor, una fuerza magnética oscura que hacía que el aire pareciera más enrarecido.

El traje gris claro, impecable, disfrazaba los músculos tensos de un depredador, pero yo sabía lo que había debajo de esa seda italiana.

Conocía la violencia contenida en esos hombros anchos.

El maître me retiró la silla y me senté, sintiendo que mis piernas temblaban bajo el vestido.

Me puse el bolso en el regazo como un escudo. Dentro de él, mi móvil ardía como una brasa.

Damon podía enviar otro mensaje en cualquier momento. Una foto de Maya durmiendo.

Una amenaza... y Alex estaba allí, a menos de un metro de distancia, con esos ojos de miel y ámbar que lo veían todo.

—Monsieur Galanis —dijo el camarero, con reverencia—. Mademoiselle Sterling.

—Traiga lo de siempre —ordenó Alex, sin siquiera abrir la carta.

Su voz era grave, vibrando en mi piel—. Y dos docenas de ostras.

El estómago se me revolvió.

En cuanto el camarero se alejó, Alex se inclinó hacia delante.

La suave luz de la lámpara de mesa iluminó las duras líneas de su rostro.

—Estás pálida, Sienna —comentó. No había preocupación en su voz, solo análisis clínico.

—Parece que vas a la horca, no a una cena de celebración.

—¿Celebración? —Mi voz salió ronca. Tuve que aclararme la garganta para encontrar la fuerza que solía tener.

—Has robado mi empresa, Alex. Me has chantajeado para que venga aquí. ¿Qué estamos celebrando?

¿El fin de mi libertad?

Sonrió. Esa sonrisa de medio lado, devastadora, que solía hacer que mi corazón se desbocara de pasión.

En ese momento, solo hizo que se me helara la sangre.

—Estamos celebrando nuestra nueva asociación. —Estiró las piernas, y su rodilla rozó la mía bajo el mantel.

Encogí las piernas instintivamente, golpeando el talón contra la silla. La chispa eléctrica de su roce fue un choque indeseado, un recuerdo traidor de cómo solía reaccionar mi cuerpo al suyo.

—No me toques —siseé.

—No te quejabas cuando te tocaba en Santorini —rebatió, bajo y ronco.

—¿Recuerdas las ostras, Sienna? Dijiste que sabían a mar y a sexo.

El rubor subió por mi cuello, caliente y humillante.

—Esa Sienna murió —mentí—. Murió el día en que descubrió que el hombre al que amaba era un criminal que blanqueaba dinero de sangre.

Su sonrisa desapareció. La máscara de príncipe cayó, revelando el acero que había debajo.

—Fui sincero contigo. Fue mi único error.

—¿Sinceridad? —Solté una risa corta y amarga—. Me lo contaste porque estabas borracho y sangrando tras una "reunión de negocios" que salió mal, no por respeto, Alex.

Me lo contaste porque necesitabas a alguien que limpiara tus heridas sin hacer preguntas.

Se quedó en silencio, estudiándome. Su mirada era un láser, diseccionando mis defensas.

Desvié la mirada hacia el salón abarrotado. Vi a un banquero que conocía a mi padre. Saludó con la mano.

No pude devolverle el saludo. Me sentía sucia. Comprometida.

Si supieran... que estaba cenando con un Galanis, el hombre que ahora era el dueño de mi deuda... y que estaba pagando a un asesino para proteger a mi hija...

Maya.

Pensar en ella me produjo un nuevo tipo de pánico.

Martha estaba con ella. La puerta estaba cerrada con llave. ¿Pero y si Damon iba hasta donde yo vivía?

¿Y si sabía que Alex estaba en la ciudad?

Llevé la mano al bolso, revisando el móvil discretamente. Nada... El silencio era peor que las amenazas.

—Miras ese teléfono como si fuera una bomba —observó Alex.

Había cogido una ostra y la sostenía, pero sus ojos no se apartaban de mí.

—Tengo... problemas que resolver.

—Ahora soy el dueño de tu empresa. Tus problemas son mis problemas.

—Se comió la ostra despacio, con los ojos clavados en mi boca—. ¿Quién es, Sienna? ¿Un amante?

Casi me atraganto con el sorbo de agua que acababa de dar.

—¿Un amante? ¿Eso es lo que crees?

—Eres una mujer hermosa y sola en Londres. Sería lo natural.

—No tengo tiempo para amantes, Alex. Me paso los días intentando evitar que la empresa de mi padre se hunda y las noches intentando... dormir.

Intentando mantener viva a mi hija, completé en mis pensamientos.

—¿Intentando dormir? —Arqueó una ceja—. ¿El peso de la conciencia te mantiene despierta? ¿O es el miedo?

—El miedo —admití, en un susurro—. El miedo a hombres como tú y como tu hermano.

La mención de Damon hizo que cambiara la atmósfera en la mesa. La temperatura bajó diez grados.

Alex se limpió las manos en la servilleta de lino con movimientos lentos y deliberados.

—Damon no es un hombre. Es un error y voy a corregirlo.

—Extendió la mano sobre la mesa y me agarró la muñeca.

Intenté tirar, pero Alex la sujetó con firmeza. Sus dedos eran calientes, fuertes y posesivos.

Presionó el pulgar sobre mi muñeca, sintiendo el latido frenético de mi corazón.

—Tu corazón va a mil por hora —murmuró—. Estás aterrorizada.

—Suéltame.

—Dime qué tiene contra ti. —Su voz bajó, volviéndose íntima, seductora y peligrosa.

—¿Es un vídeo? ¿Fotos? ¿Chantaje fiscal? ¿Qué vale doscientas mil libras a la semana, Sienna?

Le miré a los ojos. Por un segundo, un segundo de locura, quise contárselo.

Quise derrumbarme y decir: Él va a hacerle daño a nuestra hija...

Alex era poderoso y letal. Él podría protegerla... Pero también podría quitármela.

Si Alex lo supiera, se la llevaría a Grecia. A la fortaleza. Al mundo de balas y venganza.

Maya dejaría de ser una niña y se convertiría en un objetivo, en una heredera de la mafia.

No podía arriesgarme.

—No es asunto tuyo —respondí, dando un fuerte tirón a mi brazo. Esta vez, me soltó.

El resto de la cena fue una tortura silenciosa. La comida me sabía a ceniza en la boca.

Alex comía con apetito, bebiéndose el vino caro como si fuera agua, pero la tensión irradiaba de él en oleadas.

Sabía que le estaba mintiendo y solo esperaba el momento adecuado para arrancarme la verdad.

Cuando por fin salimos del restaurante, la lluvia había cesado, dejando el asfalto de Mayfair brillando como la obsidiana.

El chófer abrió la puerta del Maybach.

—Cogeré un taxi —declaré, apretando mi bolso contra el pecho.

—Entra en el coche, Sienna.

—¡No! No te quiero cerca de mi casa, ni de mi vida privada.

Alex se detuvo en la acera. Era más alto que yo, bloqueaba la luz de la calle, proyectando una sombra sobre mí.

—Tu vida privada se acabó en el momento en que enviaste dinero al hombre que intentó matar a mi familia.

—Abrió la puerta del coche e hizo un gesto de impaciencia—. Entra. O te meteré yo.

Sabía que no estaba de farol. Entré, sintiendo que la rabia me quemaba los ojos.

El coche era silencioso, hermético, olía a cuero nuevo y al perfume amaderado de Alex.

Se sentó a mi lado, dejando un espacio respetuoso, pero su presencia llenaba todo el vehículo.

Di la dirección en Kensington.

Durante el trayecto, miré por la ventana, viendo pasar Londres. Las luces borrosas parecían distantes.

Estaba atrapada en aquella burbuja con él.

—Kensington —comentó—. Un buen barrio. Seguro.

—Está cerca de los parques —dejé escapar.

—¿Parques? ¿Te gusta correr ahora?

Me mordí la lengua. Los parques son buenos para los niños...

—Me gusta el aire libre.

El coche se detuvo frente a mi edificio. Era un edificio victoriano de ladrillo rojo, sólido y discreto. Mi fortaleza.

Donde dormía Maya.

Abrí la puerta del coche antes incluso de que se detuviera por completo.

—Gracias por esta cena horrible —dije, saliendo a la fría acera.

—Espera.

Alex bajó del coche. Rodeó el vehículo y se plantó delante de mí.

—Si Damon se pone en contacto... —empezó, con expresión seria.

—Lo sé. Te llamaré —mentí. Nunca le llamaría.

Le pagaría a Damon hasta el último céntimo, vendería mi alma, pero no involucraría a Alex.

Me di la vuelta y caminé rápido hacia la entrada.

Me temblaban tanto las manos que se me cayeron las llaves. Maldije, agachándome para cogerlas.

Sentí la mirada de Alex en mi espalda, quemando. No se había ido, estaba mirando.

Conseguí abrir la puerta del edificio. Entré en el vestíbulo iluminado y sentí un alivio momentáneo.

El portero de noche, el señor Henderson, me sonrió.

—Buenas noches, Srta. Sterling.

—Buenas noches, George. ¿Todo tranquilo?

—Silencioso como una tumba.

Entré en el ascensor y pulsé el botón del ático. Apoyé la cabeza en el frío espejo, cerrando los ojos.

Se acabó. Se ha ido. Estoy a salvo...

El ascensor subió.

Cuando las puertas se abrieron en mi planta, la realidad de mi doble mundo me golpeó.

Abrí la puerta del apartamento.

—¡Mamá!

El grito feliz vino del pasillo.

Maya debía estar durmiendo. ¿Por qué estaba despierta?

Dejé caer el bolso al suelo y me agaché justo a tiempo de recibir el impacto de su pequeño cuerpo contra el mío.

Olía a champú de bebé y a galletas. Sus bracitos rodearon mi cuello, y la abracé con fuerza, hundiendo el rostro en su pelo.

—Eh, mi amor... —susurré, sintiendo que las lágrimas que había contenido toda la cena por fin se escapaban.

—¿Por qué no estás en la cama?

—He tenido una pesadilla —dijo, apartándose para mirarme con esos ojos grandes, color miel.

Sus ojos... —He soñado con el lobo feroz.

El corazón se me paró.

Me levanté, cogiéndola en brazos, y cerré la puerta del apartamento con el pie. Eché la llave y pasé la cadena.

—El lobo no puede entrar aquí, cariño —prometí, besándole la frente—. Mamá ha cerrado la puerta.

La llevé al salón. Martha apareció en la puerta de la cocina, pareciendo culpable.

—Lo siento, Srta. Sienna. Se despertó llorando y no quiso volver a dormirse hasta que llegara usted.

—No pasa nada, Martha. Puede irse a descansar. Yo me ocupo de ella.

Me senté en el sofá con Maya en el regazo. Jugaba con un botón de mi blusa.

—Mamá, ¿estabas con el príncipe?

Me quedé helada.

—¿Qué?

—El príncipe de los cuentos. Ese que fue a luchar contra los dragones.

Tragué saliva. Yo me había inventado esas historias para explicar por qué no tenía un padre.

Su padre era un príncipe guerrero que estaba lejos, protegiendo el reino.

Era mejor que decir "tu padre es un mafioso peligroso al que abandoné".

—No, mi amor. Estaba trabajando.

—Ah. —Parecía decepcionada—. ¿Nunca va a volver?

—Un día —mentí, acariciándole la cara—. ¿Quién sabe?

De repente, un sonido metálico vino de la puerta principal. Un clic seco. Luego otro.

El sonido de una cerradura siendo forzada resonó en el ambiente, haciéndome contener la respiración.

Abrí mucho los ojos. Había echado la llave y pasado la cadena. Sin embargo, el pomo giró con violencia.

La madera crujió, y la cadena de seguridad se rompió con un empujón brutal y preciso, saliendo disparada como si fuera de papel.

Me levanté de un salto, con el corazón latiéndome en la garganta. Puse a Maya detrás de mí, empujándola hacia la esquina del sofá.

El instinto maternal rugió más fuerte que el pánico.

—¿Quién anda ahí? —grité, con la mano tanteando la mesa auxiliar en busca de la pesada lámpara de bronce.

Unos pasos pesados resonaron en el pasillo, rápidos y agresivos. De alguien que no estaba entrando para robar, sino para dominar.

Entonces, apareció en la entrada del salón.

Alex...

Pero no era el hombre controlado del restaurante. Estaba deshecho.

La corbata colgaba suelta, la americana estaba abierta y su pecho subía y bajaba con una respiración pesada.

Su rostro era una máscara de furia oscura. Barrió la habitación con los ojos, buscando algo.

O mejor dicho, a alguien...

—¿Dónde está? —gruñó Alex, su voz grave vibrando en las paredes.

Dio un paso hacia dentro, ignorando mi postura defensiva.

—¿Dónde lo has escondido, Sienna?

Estaba paralizada, confundida por el terror.

—¿Qué? ¿A quién?

—¡El hombre! —gritó, perdiendo la compostura—. ¡El motivo por el que estabas temblando toda la cena!

¡El motivo por el que saliste corriendo a casa! ¡Sé que no estás sola aquí!

Avanzó, cegado por la sospecha. Creía que estaba con un amante o escondiendo a un cómplice.

—¡Alex, para! ¡Aquí no hay nadie! —intenté gritar, pero él ya estaba en medio del salón.

—¡No me mientas! ¡He visto las luces! ¡Sé que tú...!

La frase murió en su garganta.

Porque, al avanzar, su ángulo de visión cambió y vio lo que había detrás de mí.

Maya, asustada por los gritos, asomó la cabeza por mis piernas, agarrada a mi ropa.

El silencio que cayó sobre la sala fue instantáneo y absoluto.

Fue como si hubieran succionado el oxígeno del ambiente.

Alex se congeló.

La furia de su rostro se desvaneció, sustituida por una expresión de total confusión.

Parpadeó, como si su cerebro se negara a procesar la imagen.

Esperaba encontrar a un enemigo, a un rival... pero se encontró con una niña en pijama de conejito.

El tiempo se detuvo.

Vi el momento exacto en el que el mundo de Alex colisionó con la verdad.

Vi su mirada descender hacia el rostro de Maya. Vi la incredulidad transformarse en conmoción. Y después... en reconocimiento.

Vio los hoyuelos. Vio la forma de la barbilla. Pero, principalmente, vio los ojos.

Ojos de miel y ámbar, como los suyos.

—Alex... —susurré, temblorosa, dando un paso atrás para cubrir de nuevo a Maya—. Vete. Por favor.

Pero él no podía moverse, estaba pálido, como si hubiera visto a un fantasma.

—Una niña... —Su voz salió en un soplo, ronca y rota—. Tienes... una niña.

Levantó los ojos hacia los míos y lo que vi allí me hizo temblar hasta los huesos.

La rabia del "amante imaginario" había desaparecido. Lo que quedaba era una tormenta de emociones mucho más peligrosas: traición, conmoción y una posesividad abrumadora que empezaba a nacer.

—¿Quién es ella, Sienna? —preguntó, aunque la respuesta estuviera escrita en cada rasgo del rostro de mi hija.

Tragué saliva, incapaz de mentir ante la evidencia biológica.

Dio un paso adelante, lento, como un sonámbulo.

—¡No la toques! ¡Aléjate de Maya! —grité, y el pánico se apoderó de mí.

—¿Cuántos años? —exigió, y su voz fue ganando fuerza, convirtiéndose en el sonido de un trueno lejano.

—¡¿Cuántos años tiene?!

—Cuatro —sollocé—. Tiene cuatro años.

Alex cerró los ojos por un segundo, haciendo la matemática cruel. Cuando los volvió a abrir, ardían.

—Me has mentido —susurró, y el dolor de su voz cortó más profundo que la rabia.

—No escondías a un amante. Me la escondías a ella.

—¡La protegí de ti!

—¿De mí? —Se rio, con un sonido sin humor, aterrador.

—¿Creías que podías esconderme a mi propia hija?

—¡Es mi hija!

—¡Es una Galanis! —rugió. El sonido hizo que Maya se encogiera y soltara un quejido de llanto.

Alex percibió su miedo y se detuvo de inmediato, tensando los músculos, luchando violentamente por controlar a la bestia en su interior.

Miró a la niña encogida y su expresión cambió. El depredador retrocedió. El padre, confundido y aturdido, emergió.

—Hola... —dijo, la voz le fallaba, intentando ser suave, pero sonando solo desesperado.

Maya, con la inocencia intrépida que heredó de él, la misma valentía suicida de los Galanis, me soltó la pierna.

Se limpió una lágrima y dio un paso vacilante hacia delante, mirando al gigante que había invadido nuestra casa.

—¿Tú eres el príncipe? —preguntó, con una voz fina en el tenso silencio.

Alex vaciló. Fue como si le hubiera dado un puñetazo.

Me miró, confundido por el título, y luego volvió a mirarla a ella.

Allí, sobre mi alfombra, el hombre más arrogante del mundo, el mismo que tiró abajo mi puerta buscando pelea, cayó de rodillas.

Se puso a su altura, con los ojos llorosos fijos en el rostro que era el espejo del suyo.

—Lo soy —respondió, con la voz temblorosa y ronca por la emoción—. Yo soy el príncipe.

Cerré los ojos, sintiendo las lágrimas calientes correr por mi cara.

El secreto se había acabado. La mentira había terminado.

Alex no había venido a buscar a su hija. Había venido a buscar a un enemigo y tropezó con lo único capaz de destruirlo.

Sabía, con absoluta certeza, que nunca más tendría el control de mi vida.

Alex Galanis acababa de descubrir a su heredera y yo sabía que no la dejaría ir.



Alex GALANIS

Capítulo 5

Su mano era pequeña.

Esa fue la única información que mi cerebro, generalmente capaz de procesar fusiones multimillonarias y estrategias de guerra en segundos, logró registrar.

La mano de mi hija cabía entera en la palma de la mía, y su piel era cálida, viva y latía contra mi frialdad.

Todavía estaba de rodillas sobre la alfombra. El olor a galletas y a inocencia me envolvía, en un contraste violento con la adrenalina de combate que aún bombeaba por mis venas.

—El príncipe... —repitió, probando la palabra, sonriendo con esos hoyuelos que eran mi firma genética.

Tragué el nudo en la garganta. Era una sensación física y dolorosa. No sabía cómo respirar en aquel aire.

Había invadido este lugar dispuesto a matar a un rival y a destruir al hombre que tocara lo que era mío.

Descubrí que el "rival" no existía y me topé con un vacío de cuatro años. Un abismo de tiempo robado.

Solté su mano despacio, como si estuviera desactivando una bomba.

Necesitaba levantarme, recuperar el control, o me desmoronaría allí mismo.

Me puse de pie. El mundo pareció girar por un instante.

Mis ojos se fijaron en Sienna. Todavía estaba arrinconada contra el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho, llorando en silencio.

Parecía aterrorizada, pero había una ferocidad en aquel miedo. La ferocidad de una madre acorralada.

Di un paso hacia ella. La pregunta me quemaba en la lengua, ácida e inevitable.

—¿Por qué le estás pagando? —Mi voz salió baja, peligrosa, vibrando con la tensión de ver a mi hija allí y saber que el dinero de su madre iba a mi enemigo.

—Me dijiste en el despacho que era chantaje por fraudes. Pero ahora... al verla a ella... sé que has mentido.

Sienna levantó la barbilla, temblando, pero sostuvo mi mirada.

—No fueron fraudes.

—¿Qué tiene contra ti, Sienna? —exigí, dando otro paso, invadiendo su espacio.

—¿Por qué estás financiando la guerra de Damon contra mi familia? ¿Tanto nos odias?

—¡No estoy financiando su guerra! —gritó, olvidándose de susurrar, la desesperación rompiendo la presa.

—¡Estoy comprando su vida!

Me detuve. El silencio que siguió fue ensordecedor.

—¿Qué?

—Damon la encontró, Alex. Hace seis meses. —Las lágrimas corrían por su cara, libres y dolorosas.

—Me mandó un mensaje. Una foto de ella... en el patio del colegio.

Sentí que la sangre se me helaba. La imagen de Damon, aquel psicópata, observando a mi hija a través de una lente, lo suficientemente cerca para hacerle una foto...

—Él dijo... —sollozó Sienna, abrazándose a sí misma como si tuviera frío.

—Dijo que tenía tus ojos. Y que sería una pena que le pasara algo a la "heredera Galanis" antes de que papá supiera que existía.

Dijo que, si dejaba de pagar... se la llevaría.

La furia que explotó en mí en aquel momento no fue roja. Fue blanca. Ciega. Absoluta.

Damon no solo estaba extorsionando a Sienna. Estaba amenazando a mi hija.

Había utilizado la existencia de Maya, su pureza, para financiar las balas que casi matan a mi hermano.

—Por eso vendiste las joyas —murmuré, encajando las piezas del rompecabezas con un clic horrible.

—Por eso la empresa se está desangrando.

—He pagado cada céntimo que ha pedido. Doscientas mil libras a la semana. Vendería mi alma si hiciera falta.

—Miró a Maya, que jugaba con el conejo en la alfombra, ajena al horror de la conversación.

—Solo quería mantenerlo alejado. Y mantenerla alejada de ti.

Porque sabía... sabía que si te enterabas, la guerra llegaría a su puerta.

—La guerra ya está aquí, Sienna —respondí, con una voz desprovista de cualquier emoción humana, en la que solo quedaba el instinto del depredador.

—Damon sabe dónde vive. El dinero se ha acabado. El escudo que compraste se ha roto.

Miré la puerta forzada. Las ventanas vulnerables. La fragilidad de la vida que Sienna había intentado construir sola.

Había intentado proteger a nuestra hija de los monstruos, alimentando a uno de ellos.

Pero ahora, el monstruo mayor estaba en la habitación. Y no iba a permitir que nadie más amenazara lo que era suyo.

Sienna esperaba gritos y la furia del mafioso. Sin embargo, lo que yo sentía era más frío y profundo que la rabia.

Era una resolución de muerte.

La miré por última vez. No había tiempo para rencores, para discutir los cuatro años perdidos o la mentira.

Solo había la necesidad urgente, primitiva, de ponerlas detrás de muros de acero.

—Prepara sus cosas —dije. Mi voz salió baja, ronca, raspando en la garganta.

Sienna parpadeó, confundida por el cambio brusco.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Di un paso hacia ellas y vi su instinto de protección dispararse de nuevo.

Me detuve. No podía ser el agresor en ese momento. No delante de mi hija—. Prepara sus cosas.

Ropa, documentos, ese conejo que está abrazando y tus cosas también.

—Alex, no... —empezó Sienna, con voz temblorosa—. No nos vamos a ir contigo.

No puedes simplemente aparecer aquí y...

—No he aparecido "simplemente". Me han atraído hasta aquí. —Señalé la puerta destrozada que tenía a mi espalda.

—Y si yo he encontrado el camino, Damon también lo ha encontrado.

—¡No sabe la dirección!

—¡Sabe que tienes una hija! —La verdad salió de mí, áspera.

La niña se encogió ante el volumen de mi voz.

Cerré los ojos, maldiciendo mentalmente. Control, Alex. Control...

Me agaché de nuevo, poniéndome a la altura de Maya, pero manteniendo una distancia respetuosa.

—Eh —llamé su atención. Me miró con esos enormes ojos color miel.

—El príncipe habla alto a veces. Es la costumbre de comandar ejércitos. Lo siento.

Asintió, muy seria.

—¿Nos vas a llevar al castillo? —preguntó.

Miré a Sienna por encima de la cabeza de la niña. La mirada que le lancé no era una petición;

era un ultimátum. Colabora, o me las llevaré a la fuerza.

—Sí —le respondí a Maya—. Pero tenemos que darnos prisa. El castillo tiene... normas de toque de queda.

Me levanté y encaré de nuevo a Sienna.

—Cinco minutos —ordené, con un tono que no admitía réplica —. Coge solo lo esencial. Compraré el resto.

Sienna miró la puerta forzada, luego a mí y finalmente a su hija.

Vio la realidad en mis ojos: no iba a salir de allí sin ellas.

—Ven, Maya —la llamó, con voz derrotada—. Vamos a coger tus botas.

Mientras desaparecían por el pasillo, saqué el móvil del bolsillo. Me temblaban ligeramente las manos.

No de miedo, sino por la réplica del choque sísmico que acababa de golpear mi vida.

Marqué el número de Andreas. Contestó al primer tono.

—¿Alex? —La voz de mi hermano sonaba tensa, cargada de estática y preocupación.

—¿Has encontrado al amante? ¿El tipo está vivo o tengo que mandar un equipo de limpieza?

Caminé hasta la ventana del salón, mirando a la calle lluviosa allá abajo.

El mundo parecía el mismo, pero mi eje había cambiado permanentemente.

—No hay amante, Andreas —respondí.

—¿Sienna estaba sola? Entonces, ¿por qué el pánico?

—No estaba sola. —Respiré hondo, sintiendo el peso de la confesión.

—El paquete es más valioso de lo que pensábamos.

—Habla en cristiano, Alex. ¿Qué has encontrado?

—Una Galanis.

Hubo un silencio al otro lado, pesado y absoluto. Andreas, el hombre que nunca se quedaba sin palabras, estaba mudo.

—Me estás diciendo... —empezó, cauteloso.

—Una niña —le corté, confirmando la locura—. Cuatro años. Ojos de miel. Hoyuelos. Es mía, Andreas.

No hay duda. Ninguna maldita duda.

Oí a Andreas maldecir en griego, una secuencia de palabrotas creativas que involucraban al destino y a los dioses.

—¿Y Damon? —Su pregunta fue afilada como un cuchillo—. ¿Lo sabe?

—Lo sabe... lo sabía antes que yo. Me estaba provocando.

Sienna estaba pagando para mantenerlo alejado, pero el dinero se ha acabado. Va a venir a por ella.

—Sácalas de ahí. ¡Ahora! —La voz de Andreas pasó a modo de mando militar.

—Llévalas al Shard. Voy a movilizar a la Guardia Varega.

Quiero el espacio aéreo vigilado y francotiradores en los tejados en veinte minutos.

—Necesito un coche seguro. El Maybach no es suficiente.

—El blindado táctico está a dos manzanas. Lo mandé como precaución. Úsalo.

—Gracias, hermano.

—Alex... —Su voz se suavizó por un segundo—. Felicidades. Supongo.

—No me des la enhorabuena —respondí, amargado—. He perdido cuatro años. Soy un extraño para ella.

—Eres su padre. El resto lo arreglaremos con tiempo y sangre.

Colgué.

Sienna volvió al salón. Llevaba una mochila infantil a la espalda y una pequeña maleta de mano.

Maya estaba vestida con un abrigo grueso y sujetaba al conejo con fuerza.

—Estamos listas —dijo Sienna. Su voz era fría, levantando barreras.

Tenía miedo, sí, pero también estaba furiosa.

Caminé hacia ellas.

Sienna instintivamente le puso la mano en el hombro a Maya, tirando de ella para acercarla.

—Yo llevo la maleta —dije, tendiendo la mano.

Sienna me entregó el equipaje sin tocar mis dedos.

Miré a Maya. Parecía cansada, los ojos le pesaban. Eran las dos de la mañana.

—¿Quieres que te coja? —pregunté.

La pregunta quedó flotando en el aire. Era una prueba. Si se negaba, si me tenía miedo... eso me destrozaría.

Maya miró a su madre. Sienna dudó, mordiéndose el labio, pero asintió mínimamente.

Maya extendió los brazos hacia mí.

Solté la maleta en el suelo un segundo para cogerla.

Levantarla fue... extraño y correcto. Su peso encajó en mi pecho como la pieza que le faltaba a un engranaje.

Olía a polvos de talco y a sueño. Anidó la cabeza en el hueco de mi cuello con una confianza natural que yo no merecía.

Cogí la maleta con la otra mano.

—Vamos —dije, sintiendo la necesidad primitiva de meterlas tras paredes de acero y cristal.

Salimos del apartamento. En el pasillo, la puerta forzada quedó abierta de par en par, un monumento a la violencia que había traído a sus vidas.

Mandaría a alguien a arreglarla luego. O mejor, compraría el edificio y mandaría blindarlo entero.

Bajamos en el ascensor en silencio. Sienna miraba los números cambiar en el panel, negándose a mirarme a mí o a mirar a la niña en mis brazos.

Cuando llegamos a la planta baja, la lluvia había vuelto.

El SUV táctico negro estaba aparcado en la puerta, con el motor en marcha. Mis hombres estaban en posición de alerta.

Al ver a la niña en mis brazos, su postura cambió. Hubo un intercambio de miradas rápido y profesional.

Lo entendieron. El nivel de la misión acababa de subir.

Abrí la puerta trasera. Había una sillita infantil dentro. Andreas era eficiente;

debía haber mandado instalarla en cuanto mencioné a la niña.

Puse a Maya en la sillita. Refunfuñó un poco, soñolienta.

—Será rápido, pequeña —susurré, abrochándole el cinturón. Mis dedos rozaron su mejilla, suave y caliente.

Me aparté para dejar entrar a Sienna.

Se detuvo en la puerta del coche, con la lluvia mojándole el pelo.

—Esto no es un rescate, Alex —dijo, en voz baja, para que solo yo la oyera.

—Esto es un secuestro.

—Llámalo como quieras —respondí, cerrando el espacio entre nosotros, bloqueando el mundo exterior con mi cuerpo.

—Pero, a partir de hoy, nadie os toca. Ni Damon. Ni la ley... Ni el diablo.

—¿Y quién nos protege de ti? —preguntó, con los ojos llenos de dolor.

—Nadie —admití.

Entró en el coche.

Cerré la puerta.

Di la vuelta y entré por el lado opuesto. El coche arrancó, deslizándose por las calles mojadas de Londres como un tiburón en aguas oscuras.

Observé a Maya, que ya se había vuelto a dormir, con la cabeza ladeada.

Luego, miré a Sienna, que contemplaba fijamente la ventana.

La guerra había comenzado. Pero, por primera vez en mi vida, tenía algo que perder que no se podía sustituir con dinero.

Tenía una hija.

Y que Dios se apiade de quien intente quitármela, porque yo no tendré piedad.



Sienna
STERLING

Capítulo 6

La lluvia golpeaba contra el cristal blindado del SUV como si intentara advertirnos y el mismísimo cielo de Londres llorase por mi partida forzada.

Yo estaba encogida en el rincón del asiento de cuero, observando la silueta de Alex a mi lado.

Hablaba por teléfono en griego, en un tono bajo y gutural que no había escuchado en cinco años.

No entendía todas las palabras, pero percibía la cadencia: órdenes.

Estaba moviendo piezas, posicionando soldados, reescribiendo mi vida con la misma facilidad de quien firma un cheque.

Miré hacia un lado. Maya dormía en la sillita nueva, con la cabeza ladeada, abrazando a su conejo de peluche con fuerza.

Parecía tan pequeña y ajena al hecho de que estaba siendo secuestrada por su propio padre.

El coche redujo la velocidad.

Miré por la ventana. No estábamos en el centro de Londres. No estaban las luces del Shard ni el ajetreo de la City.

Había vallas altas, alambre de espino y focos cortando la oscuridad.

Pista de aterrizaje.

Mi corazón se saltó un latido y luego se desbocó a un ritmo de pánico puro.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mi voz sonando más estridente de lo que me habría gustado.

Alex colgó el teléfono y se volvió hacia mí. La luz amarilla de las farolas exteriores iluminó la mitad de su rostro, dejando la otra mitad en la sombra.

Parecía un dios del inframundo. Hermoso y aterrador.

—Vamos a Grecia —dijo, con la calma irritante de quien decide el destino de los mortales.

—Londres está comprometida. Damon tiene ojos en la ciudad. El apartamento, el despacho, el ático... todo es vulnerable.

—¿Y adónde nos llevas? —exigí, desabrochándome el cinturón, lista para... ¿para qué? ¿Luchar?

¿Correr con una niña de cuatro años bajo la lluvia?

—A casa —respondió.

—¡Mi casa está en Kensington!

—Tu casa está donde yo diga que es seguro. —Abrió la puerta del coche.

El sonido de las turbinas invadió el vehículo, con un zumbido agudo y potente.

—Y el único lugar donde puedo garantizar que nadie os toque es Atenas.

—¿Atenas? —El aire se me escapó de los pulmones—. No. ¡No, Alex! ¡No voy a volver a Grecia!

¡Juré que nunca más volvería a pisar ese lugar!

—Perdiste el derecho a votar cuando me ocultaste a mi hija.

Salió del coche, ignorando mis protestas. Dio la vuelta y abrió la puerta por el lado de Maya.

—¡No la toques! —grité, bajando del coche y corriendo hacia el otro lado, mientras la lluvia empapaba mi ropa al instante.

Alex ya estaba soltando el cinturón de la sillita. Se detuvo y me miró.

La lluvia le resbalaba por el pelo oscuro, pegándole la camisa blanca al pecho ancho.

Al príncipe no parecía molestarle la tormenta. Él era la tormenta.

—Mira ese avión, Sienna. —Alex señaló a la pista.

Había un jet privado negro, elegante y siniestro como un tiburón, parado bajo los focos.

La escalerilla estaba bajada, y hombres armados montaban guardia en la base.

—Ese avión despega en diez minutos. Con o sin tu consentimiento.

—Se inclinó hacia mí, con el rostro a centímetros del mío.

—Puedes subir andando y dándole la mano a nuestra hija, o puedo sedarte y cargarte.

La elección es tuya. Pero Maya va a subir a ese avión.

Temblé. No de frío, sino de odio y de miedo.

Alex hablaba en serio. Lo veía en sus ojos. Ese no era el hombre que me llevaba a cenar y se reía de mis bromas, sino el

Galanis al que los periódicos llamaban "El Príncipe" y que usaba la ley y la fuerza con la misma indiferencia moral.

Miré a Maya, que empezaba a despertarse con el ruido y la lluvia.

Si me resistía, la asustaría. Si intentaba huir, la perdería.

Él tenía abogados, guardias y dinero infinito... Yo solo tenía amor de madre, y en ese momento, eso no era moneda de cambio.

—Te odio —susurré, sintiendo cómo el agua de la lluvia se mezclaba con mis lágrimas.

—Genial —respondió, sin parpadear—. El odio te mantiene alerta.

Sacó a Maya de la sillita con facilidad, protegiendo su cabeza de la lluvia con su propio cuerpo.

—¿Papá? —refunfuñó ella, frotándose los ojos—. ¿Está lloviendo?

—Solo un poco, princesa. Vamos a subir al pájaro grande.

—¿Pájaro grande? —Miró el jet y abrió mucho los ojos—. ¡Hala!

Su inocencia era un puñal en mi pecho. Estaba encantada con el monstruo de metal que estaba a punto de llevarnos al exilio.

Caminé tras ellos hacia la escalerilla. Sentía los pies de plomo.

Cada paso me alejaba de la vida segura que había construido, del colegio de Maya, de mis amigos y de mi libertad.

Damon me había amenazado con fotos y mensajes. Era un fantasma que rondaba mi vida exigiendo dinero.

Pero Alex...

Miré su ancha espalda mientras subía las escaleras con mi hija en brazos.

Alex no quería dinero, no mandaba mensajes anónimos, ni aparecía en mi puerta, sino que derribaba las barreras y tomaba el control de todo.

Damon era peligroso porque quería destruir mi vida. Alex era peligroso porque quería poseer mi vida.

No sabía qué destino era peor.

Entré en la cabina del jet y el contraste fue inmediato. El lujo era obsceno.

Butacas de cuero crema, gruesas moquetas, acabados en madera de nogal y oro. El aire era cálido y estaba perfumado.

Alex depositó a Maya en uno de los anchos asientos. Parecía una muñeca diminuta en aquel trono de cuero.

—¿Vamos a volar? —preguntó, dando palmaditas, totalmente ajena a la tensión que absorbía el oxígeno de la cabina.

—Vamos a volar muy alto —prometió Alex, abrochándole el cinturón con una delicadeza que contradecía al hombre brutal que me acababa de amenazar en la pista.

Se levantó y me miró. Yo estaba de pie en la entrada, goteando agua sobre la cara moqueta, abrazada a mí misma.

—Siéntate, Sienna.

—Prefiero quedarme de pie.

—Vamos a despegar. Siéntate.

Caminé robóticamente hasta la butaca frente a la de Maya. Me senté, pero no me relajé.

Me quedé en el borde del asiento, lista para... ¿huir? No había adónde huir a diez mil metros de altura.

La puerta del jet se cerró, sellando nuestro destino. El sonido del mundo exterior desapareció, sustituido por el zumbido presurizado de la cabina.

Alex se sentó en la butaca junto a Maya, frente a mí.

Cogió una manta de cachemira doblada y cubrió las piernas de la niña.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—¡Quiero zumo de uva!

Pulsó un botón y apareció una azafata como por arte de magia.

—Zumo de uva para la señorita y un whisky doble para mí. —Me miró—. ¿Agua?

¿Champán? ¿Cianuro?

Lo fulminé con la mirada.

—Solo dime qué va a pasar cuando lleguemos allí.

Despidió a la azafata con un gesto.

—Cuando lleguemos a Atenas, iremos a la Mansión. Mis hermanos ya lo saben. La seguridad se ha triplicado.

—Tu familia... —Sentí un nuevo tipo de náuseas—. Lo van a saber. Lo de ella.

—Ya lo saben. Andreas está preparando su habitación. Athan ha mandado cerrar el perímetro del puerto.

—¿Se lo has contado antes de preguntarme?

—No necesito tu permiso para proteger a mi familia, Sienna. Maya es mi familia.

—¿Y yo? —pregunté, y la voz me falló—. ¿Qué soy yo? ¿La incubadora? ¿La prisionera?

Alex se inclinó hacia delante. Sus ojos, del mismo color que los de Maya, atraparon los míos.

—Tú eres su madre. Lo que significa que estás bajo mi manto de protección.

Nadie te toca ni te hace daño. Ni Damon, ni la prensa, ni nadie.

—Excepto tú —susurré—. Tú me haces daño. Invadiste mi casa, robaste mi empresa y me has secuestrado.

¿Quién me protege de ti, Alex?

No respondió de inmediato, simplemente se recostó en la butaca, viendo a Maya jugar con los flecos de la manta.

Su expresión era ilegible, una máscara de piedra.

—Tal vez tengas razón —dijo Alex en voz baja—. A lo mejor yo soy el villano de esta historia.

Pero el villano es quien mantiene el castillo en pie cuando los dragones vienen a atacar.

El avión empezó a rodar y sentí la aceleración en mis huesos.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento.

Había pasado años huyendo de la sombra de los Galanis. Vendí joyas, mentí a mis padres y viví con miedo, todo para evitar exactamente este momento.

Sin embargo, aquí estaba. Volando hacia el Olimpo, atrapada en una jaula de oro a treinta mil pies, con el hombre al que había amado y odiado en la misma medida.

Maya se rio de algo que dijo Alex. El sonido de su risa se mezcló con el rugido de las turbinas.

Abrí los ojos y vi a Alex sonriéndole. Esa sonrisa. Los hoyuelos.

La luz que transformaba su duro rostro en algo impresionante.

El corazón me dolió.

Damon podía ser un monstruo que quería mi dinero. Pero Alex... era el hombre que podía robarme el amor de mi hija y destrozarme el corazón por segunda vez.

Tenía la terrible sensación de que, esta vez, no sobreviviría a los escombros.



Alex
GALANIS

Capítulo 7

La verja de hierro forjado de la Mansión Galanis se abrió con un pesado gemido mecánico, revelando el camino de cipreses que llevaba al corazón de nuestro imperio.

Detrás del cristal blindado del SUV, oí el suspiro de admiración proveniente del asiento trasero.

—¡Es un castillo de verdad! —exclamó Maya, con la cara pegada a la ventanilla, observando la imponente fachada de piedra blanca bañada por el sol del Egeo.

Para ella, era Disney. Para mí, era la fortaleza mejor guardada del Mediterráneo.

Un santuario construido con sangre y mantenido con balas.

Miré a Sienna. Al contrario que su hija, ella parecía estar entrando en una cámara de ejecución.

Estaba pálida, apretando las manos en el regazo, con los ojos barriendo los altos muros y a los guardias armados con un terror que yo conocía bien.

Recordaba la última vez que estuvo aquí y los secretos que descubrió.

El coche se detuvo frente a la entrada principal.

—Bienvenidas a casa —murmuré, abriendo la puerta.

El calor de Atenas nos golpeó de inmediato, seco y cargado con el olor a pinos y al mar.

Saqué a Maya de la sillita. Parpadeó bajo la fuerte luz, aferrando su conejo de peluche como un escudo contra lo desconocido.

—¿Vamos a conocer a los otros caballeros? —preguntó, susurrando, intimidada por el tamaño de las columnas de mármol.

—Sí. Son grandes, pero no muerden. — La mayoría de las veces, completé mentalmente.

Sienna bajó del coche. Se posicionó a mi lado de inmediato, buscando protección, aunque sus ojos me decían que me odiaba por haberla traído allí.

La puerta doble de roble se abrió.

La familia estaba esperando.

Athan estaba en el centro, irradiando aquella fría autoridad de Rey que hacía que los hombres adultos bajaran la cabeza.

A su lado, Eleni, con la postura de una reina que ha sobrevivido al infierno, le cogía la mano.

Andreas estaba apoyado en una columna, con los brazos cruzados, exhibiendo los tatuajes que le subían por el cuello, con Chloe a su lado, y la mano protectora sobre su barriga de embarazada.

El silencio cayó sobre el patio.

Todos los ojos se fijaron en la niña que tenía en mis brazos.

Vi la conmoción momentánea en el rostro de Athan. Vi la sonrisa lenta e incrédula dibujarse en el rostro de Andreas y la ternura inmediata en los ojos de las mujeres.

—Por los dioses... —Andreas se despegó de la columna y caminó hacia nosotros.

Parecía un gigante, una montaña de músculos y tinta.

Sienna se tensó, lista para agarrar a Maya, pero le puse la mano en la base de la espalda, en un toque firme de advertencia y posesión.

Deja que pase.

Andreas se detuvo frente a nosotros. Miró a Maya.

—Tiene los hoyuelos —dijo él, con su voz ronca sonando sorprendentemente suave.

—Y los ojos de Alex. No hace falta ni pedir la prueba de ADN, hermano.

El sello de fábrica es obvio.

Maya miró a Andreas, fascinada por los tatuajes.

—¿Te has pintado el brazo? —preguntó ella, señalando la tinta negra.

Andreas se echó a reír, un sonido atronador que hizo que Sienna diera un respingo.

—Me lo he pintado, pequeña. Pero no se lo cuentes a tu madre, o me castigará.

Maya se rio, rompiendo el hielo.

—Yo soy el tío Andreas. El tío guay. Ese de ahí con cara de haber comido limón es el tío Athan.

—Señaló a nuestro hermano mayor.

Athan se acercó. No sonreía fácilmente, pero cuando miró a Maya, la frialdad habitual de sus ojos se derritió.

Veía el futuro de nuestra dinastía allí.

—Bienvenida, Maya —dijo Athan, tendiéndole la mano para que se la estrechara, tratándola con la dignidad de una pequeña adulta.

—Esta casa es tuya.

Maya le estrechó la mano, tímida.

—Gracias, señor rey.

Eleni y Chloe se adelantaron para saludar a Sienna. Vi el alivio en el rostro de Sienna cuando fue acogida no como una prisionera, sino como una mujer que entendía el peso de amar a un Galanis.

Pero el recibimiento no estaba completo.

Unos pasos apresurados resonaron en el mármol del vestíbulo. Una figura vestida de negro, irradiando la dignidad de una emperatriz viuda, apareció en la puerta principal.

Cassandra Galanis... Mi madre.

Se detuvo en lo alto de la escalinata. Sus ojos azules se fijaron en la niña en mis brazos.

—Panagia mou... —susurró, con la voz temblorosa—. ¿Alex?

—Es tu nieta, madre —respondí, sintiendo un nudo en la garganta.

Cassandra bajó los escalones con una agilidad que yo no había visto en años.

Ignoró a Athan, ignoró la imponente presencia de Andreas y se detuvo ante nosotros.

Maya miró a la mujer mayor con curiosidad.

—¿Tú eres la reina? —preguntó Maya, siguiendo la lógica del "castillo".

Bajando de mis brazos para observar a la mujer.

Mi madre, la mujer que había mantenido a esta familia unida con puño de hierro, mostró una emoción poco común.

—Soy tu Yaya —corrigió, arrodillándose en el suelo de piedra, sin importarle su caro vestido.

—Ven aquí, mi ángel. Déjame verte.

Maya dudó por un segundo, pero el calor en la mirada de Cassandra era magnético.

Mi hija se inclinó y permitió el abrazo. Cassandra cerró los ojos, apretando a la niña contra su pecho como si estuviera sosteniendo un milagro.

—Eres perfecta —declaró.

Entonces, Cassandra levantó los ojos hacia Sienna. La ternura desapareció instantáneamente de su rostro, sustituida por una frialdad que hizo que la temperatura del patio cayera.

Me preparé para intervenir. Mi madre podía ser implacable cuando se trataba de lealtad, y lo que vi en sus ojos no fue acogida.

Fue un juicio afilado.

—Nos has robado cuatro años —le dijo Cassandra a Sienna, con una voz baja y dura como el acero.

—Me ocultaste a mi propia sangre. Te agradezco que la hayas traído a casa ahora, pero no esperes que perdone el silencio.

Ella está aquí... y te garantizo que nadie volverá a apartarla de nosotros. Ni siquiera tú.

Sienna palideció, tragando saliva ante la sentencia de la matriarca, pero asintió, aceptando el peso de la acusación.

—Entremos —ordenó Athan, cortando la tensión con su autoridad habitual, aunque sus ojos evaluaban la escena con cautela.

—El almuerzo está servido. Mamá, llévalas dentro. Alex... nosotros tenemos trabajo.

Instalé a Sienna y a Maya en la suite de invitados del ala este, bajo la supervisión vigilante y encantada de Cassandra, que ya estaba ordenando a las asistentas que trajeran dulces típicos.

La habitación era amplia, con un balcón con vistas al mar, decorada en tonos crema y oro.

Era lujosa, segura y, aun así, Sienna miraba las paredes como si fueran barrotes.

Maya, por otro lado, ya estaba saltando en la cama king size.

—¡El castillo mola! —gritó.

Aparté a Sienna a una esquina, lejos de los oídos de la niña y de mi madre.

—Tengo que reunirme con mis hermanos —le informé—. La casa es segura.

Mi madre no dejará que le pase nada a Maya.

Puedes circular, ir a la piscina, al jardín... Pero no salgas de las puertas.

—¿Y si lo intento? —desafió, cruzándose de brazos.

—Los guardias tienen órdenes de traerte de vuelta. Con delicadeza, si es posible. Por la fuerza, si es necesario.

No pongas a prueba a mis hombres, Sienna. Me son leales a mí, no a ti.

Tragó saliva, ante la realidad de su situación.

—Vete —dijo, girando el rostro—. Vete a jugar a la guerra. Es lo que mejor sabéis hacer.

Salí de la habitación, cerrando la puerta de mi conciencia, pero dejando la puerta física sin echar la llave.

Necesitaba sentir que tenía algo de espacio, o enloquecería.

Caminé hasta el despacho principal. El santuario de Athan.

Cuando entré, el olor a puro y a whisky añejo ya llenaba el aire.

Athan estaba sentado detrás de la mesa de caoba maciza. Andreas estaba sirviendo bebidas en el bar.

Cerré la pesada puerta, aislando el sonido de la casa. El silencio que siguió fue denso, cargado de preguntas no formuladas.

Cogí el vaso que Andreas me tendió y me senté en el sillón de cuero frente a Athan.

—Es preciosa, Alex —comenzó Athan, haciendo girar un anillo de sello en su dedo—. Y es innegablemente nuestra.

La sangre es fuerte. Mamá está radiante.

—Lo sé.

—Pero eso no cambia el hecho de que nos has traído una bomba de relojería.

—El tono de Athan se endureció, convirtiéndose en el del mafioso—. Damon lo sabe.

—Lo sabe —confirmé, tomando un sorbo de whisky para quemar el agotamiento—. Estaba chantajeando a Sienna.

Athan se inclinó hacia delante, con los ojos azules clavados en los míos.

—Necesito saber la verdad, Alex, y que seas sincero, no el abogado que distorsiona los hechos.

—Hizo una pausa—. ¿Lo sabías? Durante todos estos años, mientras dábamos caza a las ratas y expandíamos el territorio... ¿sabías que tenías una hija vulnerable en Londres?

Sentí el peso de la acusación. La idea de que podría haber sido tan negligente como para exponer a la familia.

—No —respondí, firme, sosteniéndole la mirada—. No lo sabía. Sienna huyó cuando descubrió lo de los negocios.

Cortó todo contacto. Cambió de número. Pensé que solo quería distanciarse. No sabía que estaba embarazada.

—Ha escondido a una niña Galanis durante cuatro años —comentó Andreas, sacudiendo la cabeza, en una mezcla de rabia y admiración a regañadientes.

—Esa mujer tiene nervios de acero. O está loca.

—Estaba protegiendo a la niña —la defendí, sintiendo una extraña necesidad de justificar las acciones de Sienna.

—Creía que nosotros éramos el peligro. Seamos sinceros, no le faltaba razón.

Athan se recostó en la silla.

—Entonces, escondió a la niña. ¿Cómo se enteró Damon?

—Damon tiene ojos en Londres. Debía de estar vigilando a Sienna por su conexión conmigo, esperando alguna debilidad.

Cuando descubrió a la niña... encontró la forma de presión perfecta.

Me levanté y empecé a caminar por el despacho, mi cerebro de estratega asumiendo el mando.

—Pensad conmigo. Sienna estaba vendiendo todo lo que tenía: joyas, acciones, inmuebles... Se estaba desangrando financieramente.

—Chantaje —concluyó Andreas—. La rata la estaba extorsionando.

—Exactamente. —Me detuve frente al mapa de Europa en la pared.

—Damon estaba usando a Maya como rehén emocional. "Paga o se lo cuento a Alex".

"Paga o le haré daño a la niña". Estaba financiando la guerra contra nosotros con el dinero de la propia madre de mi hija.

Andreas siseó una palabrota. Athan permaneció impasible, pero vi latir la vena de su sien.

—Es poético, de una forma enfermiza —murmuró Athan.

—Usó nuestra propia sangre para comprar las balas que le dispararon a Andreas.

—Pero ahora se ha acabado —declaré, volviéndome hacia ellos—. He cortado la fuente. He asumido los activos de Sienna.

He congelado las cuentas. Damon no va a recibir el pago de esta semana.

—Lo que significa que ha perdido su medio de presión —analizó Athan.

—Ya no tiene el dinero y ya no tiene el secreto, porque tú ya lo sabes.

—Está acorralado —dijo Andreas, chasqueando los dedos—. Y una rata acorralada muerde.

—Se va a desesperar —estuve de acuerdo—. Sin el dinero de Sienna, su red de protección cae.

Los mercenarios no trabajan gratis. Tendrá que hacer un movimiento audaz y estúpido para intentar recuperar el poder.

—O intentará cumplir la amenaza —dijo Athan, sombrío.

—Dijo que nos quitaría todo lo que amamos. Lo intentó con mi mujer. Lo intentó con Andreas.

Ahora... el objetivo es la niña.

El pensamiento de Damon cerca de Maya hizo que la bilis me subiera por la garganta.

—No se acercará a ella. —Mi voz salió en un tono bajo, vibrando con una promesa letal.

—He blindado esta casa. Aquí no entra nadie.

—Protegeremos a la niña, Alex —aseguró Athan—. Es de la familia.

Mamá mataría a cualquiera que intentara tocarla ahora. Pero tenemos que usar eso.

—¿Usar el qué?

—Su desesperación. —Athan se levantó—. Damon ha perdido su fuente de ingresos.

Intentará atacar para demostrar que sigue siendo peligroso. Esperaremos. Dejaremos que venga.

Y cuando venga... lo aplastaremos.

Andreas sonrió, esa sonrisa de depredador que precedía a la violencia.

—Por fin. Me estaba aburriendo.

Athan me miró.

—Sienna es el eslabón débil ahora, Alex. Está aterrorizada. Damon puede intentar contactar con ella, intentar manipularla de nuevo.

¿Estás seguro de que está de nuestro lado?

Pensé en la mujer del piso de arriba. En su miedo. En el odio que sentía por mí.

—Ella no está de nuestro lado, Athan. Está del lado de su hija. —Me terminé el whisky.

—Y mientras yo sea la única barrera entre su hija y la muerte... ella será leal.

Me aseguraré de ello.

—Excelente —sentenció Athan—. Bienvenido de nuevo a la guerra, hermano. Ahora tienes algo que perder.

Eso te convierte en un hombre peligroso... o en un hombre muerto. Intenta ser lo primero.

Asentí y salí del despacho.

Mientras caminaba de vuelta a la habitación, el peso de la responsabilidad parecía aplastarme los hombros.

Había traído la guerra al interior de mi casa.

Pero al recordar la sonrisa de Maya al ver a su "Yaya", supe que quemaría el mundo entero antes de dejar que Damon apagara ese brillo.

El chantaje había terminado. La caza acababa de empezar.



Sienna
STERLING

Capítulo 8

Me desperté con el silencio.

Para cualquier madre, el silencio no es sinónimo de paz, sino de pánico.

Me senté en la cama king size abruptamente, con el corazón latiendo a un ritmo frenético de alerta.

La sábana de seda del otro lado estaba fría. La almohada pequeña estaba arrugada, pero vacía.

—¿Maya? —llamé, con mi voz ronca por el sueño.

Ninguna respuesta.

La habitación de invitados era inmensa, dorada y aterradora. Miré hacia la puerta del balcón; estaba cerrada.

Miré hacia la puerta del baño. Abierta y vacía.

El reloj de la mesita de noche marcaba las nueve de la mañana. Me había quedado dormida.

El agotamiento emocional del viaje, el cambio horario, el whisky que Alex me obligó a beber en el avión... todo eso me tumbó como un anestésico.

Me levanté de un salto, ignorando la bata de seda que estaba doblada a los pies de la cama, y corrí hacia la puerta del pasillo descalza, todavía con la ropa arrugada del viaje.

—¡Maya! —grité, saliendo al pasillo de mármol.

Se la habían llevado. Alex se la había llevado... El muy cretino había esperado a que me durmiera para quitármela y entregársela a una de esas institutrices de uniforme almidonado.

Corrí por el pasillo, perdida en el laberinto de la Mansión Galanis. Pasé junto a retratos de hombres severos con ojos crueles, ancestros que parecían juzgar mi presencia allí.

Bajé la escalinata principal corriendo, casi resbalando en el mármol pulido.

—¿Srta. Sterling? —Un guardia de seguridad surgió de la nada, bloqueando mi camino con cortesía militar.

—¿Dónde está? —exigí, jadeando, agarrándome a la barandilla para no caer—. —¿Dónde está mi hija?

—La niña está en la terraza este, con la señora Cassandra —respondió, impasible.

—El desayuno se está sirviendo.

Empujé al guardia, que ni se inmutó, lo esquivé y eché a correr hacia la luz del sol que entraba por las puertas francesas abiertas.

El olor a mar, orégano y miel me golpeó antes de ver nada.

Me detuve en la puerta de cristal, con el pecho subiendo y bajando violentamente.

La escena ante mí era digna de una pintura renacentista. El mar Egeo brillaba en un azul imposible al fondo.

La mesa del desayuno estaba puesta bajo una pérgola cubierta de enredaderas. Había cubertería de plata, cristalería y fuentes de fruta.

En la cabecera de la mesa, sentada en un trono de mimbre, estaba Cassandra Galanis.

Vestía de negro, pero la tela era ligera y vaporosa. La mujer sonreía.

Una sonrisa que nunca imaginé ver en el rostro de la matriarca de la mafia. Y en su regazo... estaba Maya.

Mi hija ya no llevaba el pijama de conejito ni la ropa cómoda que me había traído de Londres.

Llevaba un vestido blanco de algodón, con bordados azules típicos, que parecía costar más que una joya antigua de mi familia.

Tenía el pelo peinado y trenzado con una cinta de raso.

Cassandra sostenía un trozo de loukoumades, esas bolitas de masa frita con miel, y se lo llevaba a la boca a Maya.

—Fae, agapi mou —decía Cassandra, en tono de adoración—. Es dulce, como tú.

Maya mordió el dulce, manchándose la comisura de la boca de miel. Se rio, balanceando las piernas.

—¡Está muy rico, Yaya!

Yaya...

La palabra fue como una bofetada en mi cara.

En menos de doce horas, ya tenían un apodo.

En menos de doce horas, mi hija ya estaba vestida como una griega, comiendo como una griega y siendo mimada por la mujer que crio a los tres hombres más peligrosos de Grecia.

Di un paso hacia fuera, pisando el suelo de piedra caliente.

—¡Maya!

Las dos se giraron.

La sonrisa de Maya se ensanchó.

—¡Mamá! ¡Mira! ¡Yaya tiene bolitas de miel!

Cassandra me miró. Su sonrisa no desapareció, pero cambió. Se convirtió en la sonrisa de quien ostenta el poder.

No era hostil, pero era... posesiva.

—Buenos días, Sienna —dijo Cassandra, limpiando la boca de Maya con una servilleta de lino.

—Has dormido como un tronco. Alex dijo que no te despertáramos. Parecías necesitar descanso.

—No necesitaba descanso, necesitaba saber dónde estaba mi hija —repliqué, intentando controlar el temblor de mi voz.

Caminé hasta la mesa—. Maya, bájate de ahí. Estás manchando el vestido de tu abuela.

—No está manchando nada —cortó Cassandra, sujetando a Maya con más firmeza.

—Y aunque así fuera... solo es tela. Se queda donde quiera.

—Tiene una rutina —insistí, sintiéndome pequeña ante aquella mujer imperiosa.

—No puede comer tanto azúcar por la mañana. Se pone hiperactiva.

—Tonterías. Los niños necesitan energía. Mírala, Sienna. Está pálida.

La lluvia de Londres le ha robado el color. Aquí vamos a alimentarla como es debido.

Cassandra cogió otro dulce.

—Abre la boca, pajarito.

Maya abrió la boca, obediente y encantada.

Me quedé allí, de pie, sintiéndome una intrusa. Yo era la madre, la única que la había cuidado, que limpió su vómito cuando estuvo enferma, que le cogió la mano en sus pesadillas.

¿Pero allí? No era más que la mujer que la había llevado en su vientre.

Miré a mi alrededor. Había niñeras uniformadas esperando en un rincón, guardias de seguridad en el perímetro y una familia lista para absorberla.

Sentí una mano en mi hombro. Me giré asustada.

Era Chloe. La esposa de Andreas. Llevaba un pareo ligero sobre su barriga de embarazada y sostenía un vaso de zumo verde.

—Respira —susurró, cerca de mi oreja—. Cassandra es un tractor. No lo hace con mala intención.

Ha esperado años a tener nietos y ahora le ha caído una ya crecidita.

—Está ocupando mi lugar —le susurré de vuelta, sintiendo que la angustia me desbordaba.

—Nadie ocupa el lugar de una madre —Chloe me apretó el hombro.

—Pero aquí, Sienna... la familia es un organismo colectivo. Tendrás que aprender a compartir. O te volverás loca.

Compartir. Yo no quería compartir. Quería recuperar mi vida.

Unos pasos pesados sonaron en la terraza.

Alex apareció vestido con unos pantalones de lino beige y una camisa blanca con las mangas remangadas.

Parecía fresco, descansado e irritantemente guapo bajo la luz de la mañana.

Caminó directo a la cabecera de la mesa.

—Buenos días, madre. —Besó la frente de Cassandra.

Después, Alex miró a Maya. Su rostro se iluminó de esa forma que hacía que mi estómago diera vuelcos.

—Buenos días, princesa. ¿Te ha gustado el desayuno?

—¡Papá! —Maya intentó bajarse del regazo de Cassandra para ir hacia él, pero Alex se rio y le hizo un gesto para que se quedara.

—¡Tengo miel!

—Ya lo veo. Estás muy dulce.

Le acarició la cabeza, jugando con la trenza que le había hecho Cassandra.

Solo entonces me miró a mí.

Su sonrisa desapareció, sustituida por la máscara de neutralidad que usaba para tratar de "negocios".

—¿Has dormido bien?

—Como si me hubieran dopado —respondí, mordaz.

—Fue el cansancio. —Ignoró mi acusación—. Siéntate. Come algo. Necesitas estar fuerte.

—¿Para qué? —pregunté, tirando de una silla y sentándome en el extremo opuesto, lejos de ellos.

—¿Para ver cómo jugáis a las casitas con mi hija?

Alex arqueó una ceja. Cassandra dejó de darle de comer a Maya y me miró con desaprobación.

—"Nuestra" hija, Sienna —corrigió Alex, con voz baja, pero incisiva—. Y sí, vamos a cuidarla.

Para eso estáis aquí.

—Siento que solo soy la incubadora que ha venido a entregar el paquete —dejé escapar.

La frase sonó más amarga de lo que pretendía.

El silencio cayó sobre la mesa. Maya me miró, notando la tensión.

Cassandra suspiró. Puso a Maya en el suelo.

—Vete a ver las flores con la tía Chloe, agapi. —Le hizo un gesto a su nuera.

Chloe asintió, cogió a Maya de la mano y se la llevó al jardín, alejándola del campo de batalla.

En cuanto salieron, Cassandra se volvió hacia mí. La dulzura de la abuela desapareció. Solo quedó la matriarca.

—No eres una incubadora, Sienna. Eres la mujer que escondió a mi nieta durante cuatro años.

—Su voz era tranquila, pero letal—. Si te sientes desplazada, es porque tú elegiste alejarte y construiste ese muro.

No nos culpes por estar intentando derribarlo con amor.

—¿Amor? —Mi voz tembló—. ¡La conocéis desde hace doce horas!

—La sangre no necesita tiempo. La sangre reconoce a la sangre. —Cassandra se levantó.

—Puedes quedarte ahí compadeciéndote de ti misma, o puedes aceptar que ahora tiene a más personas para amarla.

La elección es tuya.

Salió, siguiendo a Maya y a Chloe, dejándome a solas con Alex.

Lo miré. Estaba sirviéndose café, impasible.

—Tu madre me odia —murmuré.

—Mi madre es protectora. Lo superará. —Me tendió una taza —. Bebe.

—No quiero café. Quiero saber cuándo se acaba esto.

Alex apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia mí.

—Esto no se acaba, Sienna. —Sus ojos, del mismo color que los de Maya, atraparon los míos.

—Entiéndelo de una vez: esta es su vida ahora. Esta mesa, este mar, esta familia.

Aunque Damon muera mañana... Maya es una Galanis. Pertenece a este mundo.

—¿Y yo? —La pregunta salió en un susurro entrecortado—. ¿Dónde encajo yo?

Alex me miró. Por un segundo, vi algo en sus ojos. ¿Un recuerdo? ¿Un deseo?

¿Un rastro del hombre que me amó en Oxford?

Pero parpadeó y la barrera regresó.

—Eres su madre —repitió la frase que había dicho en el avión.

—Y, por ahora, eres mi invitada. Disfruta del lujo, Sienna. Nada en la piscina. Cómete la comida.

Deja que mi madre mime a la niña. Te has pasado cuatro años cargando con el mundo a tus espaldas tú sola. Déjanos cargar un poco a nosotros.

—No queréis cargar con el peso, Alex. Queréis arrebatarme la carga.

Enderezó el cuerpo, ajustándose el reloj en la muñeca.

—Tal vez. —Se dio la vuelta para irse—. Pero recuerda: yo no te quité tu carga.

Tú la trajiste a mi puerta cuando necesitaste protección. No te quejes de la seguridad que has necesitado.

Salió, caminando hacia el jardín donde Maya reía, corriendo entre los rosales de Cassandra.

Me quedé sola en la mesa abundante. El sol de Atenas quemaba mi piel, pero por dentro, nunca había sentido tanto frío.

Tenían razón. Estaba a salvo. Maya era feliz. Sin embargo, mientras la veía correr hacia los brazos de Andreas, que la levantaba en el aire como si fuera una pluma, me di cuenta de una verdad terrible: había salvado la vida de mi hija, pero había perdido el control sobre su destino.

Ya no era el centro del mundo de Maya.

Me había convertido en un mero satélite orbitando alrededor del sol abrasador de los Galanis.



Alex GALANIS

Capítulo 9

La tarde caía sobre el Egeo, pintando el cielo con tonos violetas y oro quemado, pero en el jardín de la Mansión Galanis, la energía era de puro mediodía.

Yo estaba en el balcón del segundo piso, con un vaso de whisky intacto en la mano, observando la escena ahí abajo como un general observa a sus tropas en tiempos de paz.

Era una imagen que jamás imaginé presenciar.

En el césped impecable, cerca de la piscina infinita, Andreas estaba a gatas en el suelo.

Sí, Andreas Galanis. La Bestia del Puerto. El hombre que arrancaba los dientes a los traidores con alicates oxidados.

Estaba a gatas, fingiendo ser un caballo, o quizás un dragón, a juzgar por los rugidos guturales que soltaba, mientras Maya

cabalgaba a su espalda, sujetándole las orejas como si fueran riendas.

—¡Más rápido, tío Bestia! —gritaba, riendo tanto que el sonido me llegaba, limpio y cristalino.

—¿Tío Bestia? —gruñó Andreas, pero obedeció, trotando más rápido en círculos—. ¿Quién te ha enseñado ese nombre?

Ha sido Athan, ¿verdad? Ese traidor de traje.

Chloe, su esposa embarazada, sentada en una silla, observaba todo, riéndose a carcajadas.

Athan estaba sentado en una tumbona cercana, leyendo un informe en una tablet, pero yo veía el fantasma de una sonrisa en él.

Eleni estaba a su lado, con la cabeza en el hombro de su marido, sosteniendo a su bebé en brazos y observando el juego con una serenidad que le había costado años conquistar.

Mi madre, Cassandra, estaba sentada bajo la pérgola, pelando naranjas con un cuchillo afilado, vigilándolo todo como una leona satisfecha.

Era perfecto.

El clan había absorbido a Maya. No hubo rechazo, ni preguntas sobre legitimidad.

Tenía la sangre, tenía los ojos y tenía la actitud. Para los Galanis, eso bastaba.

En menos de veinticuatro horas, ya era la princesa del imperio.

Entonces, mis ojos se desviaron hacia la periferia de la escena.

A la sombra de un olivo centenario, lejos de la piscina, lejos de las risas, estaba Sienna.

Estaba sentada en un banco de piedra, con las rodillas contra el pecho, abrazándose las piernas.

Llevaba un vestido ligero que Chloe le había prestado, pero parecía incómoda, como si llevara una piel que no era suya.

No estaba leyendo ni con el móvil. Solo observaba.

Mirando cómo su hija era feliz con la familia que ella se había pasado cuatro años intentando evitar.

Había una soledad en la postura de Sienna que hizo que se me encogiera el pecho.

No era solo tristeza, sino la resignación de quien siente que se ha vuelto innecesaria.

Ella había sido el mundo entero de Maya. En ese momento, era solo una persona más en la multitud de adoradores.

Di un largo sorbo al whisky, sintiendo cómo el líquido quemaba.

Debería estar feliz. Mi hija estaba a salvo. Mi familia estaba unida. El plan estaba funcionando.

Entonces, ¿por qué ver a Sienna de ese modo me hacía sentir como si hubiera cometido un crimen peor que cualquiera de los que ya había cometido en nombre de los negocios?

Bajé las escaleras.

Cuando llegué al jardín, Andreas había dejado de "trotar" y ahora le estaba enseñando algo a Maya.

—Mira, pequeña —decía Andreas, poniéndose de rodillas para estar a su altura.

Cerró su enorme mano cubierta de tatuajes—. Nunca metas el pulgar dentro de los dedos cuando cierres el puño.

Si golpeas así, te rompes el dedo. El pulgar se queda fuera. Así.

Maya imitó el gesto, cerrando su manita con seriedad mortal.

—¿Así, tío?

—Eso es. Perfecto. —Andreas sonrió, orgulloso—. Ahora, si un niño pesado te tira del pelo en el colegio, ¿dónde le pegas?

—¡En la nariz! —respondió Maya, entusiasmada.

—¡Andreas! —La voz de Sienna cortó el aire, viniendo desde la sombra del olivo.

Todos se detuvieron.

Sienna caminó hacia ellos. Estaba pálida, pero sus ojos echaban chispas de rabia.

—Tiene cuatro años —dijo Sienna, deteniéndose frente a Andreas, que se levantó, dominándola con su altura.

—No necesita aprender a romper narices. Necesita aprender a compartir los juguetes y a decir "por favor".

Andreas la miró, sin dejarse intimidar, pero también sin agresividad.

—El mundo es malo, cuñada. "Por favor" no para un puñetazo.

—Ella no vive en tu mundo —replicó Sienna—. Vive en el mío. Donde los niños no son soldados.

—Es una Galanis —dijo Andreas, como si eso zanjara la discusión—. Su sangre pide guerra.

Es mejor que sepa cómo luchar.

Sienna miró a Maya, que todavía tenía el puño cerrado, mirando a su madre con confusión.

—Maya, ven aquí —la llamó Sienna, tendiéndole la mano.

Maya miró a Andreas, luego a la piscina, y finalmente a su madre.

Caminó hacia Sienna, pero sin el entusiasmo de antes.

—Estábamos jugando, mamá...

—Lo sé, mi amor. Pero se está haciendo tarde. Vamos a bañarnos.

Sienna la cogió de la mano y empezó a caminar hacia la casa, pasando por mi lado sin siquiera levantar la mirada.

Sentí la tensión irradiar de ella como ondas de calor.

—Tiene garra —comentó Andreas, cruzándose de brazos, observándolas alejarse.

—Se ha enfrentado a la Bestia para proteger a su cría. Me gusta.

—Estabas enseñando a mi hija a pelear, Andreas —le reprendí, deteniéndome a su lado.

—Alguien tiene que enseñarle. Tú estás demasiado ocupado siendo el "Príncipe". —Me dio una palmada en el hombro.

—Lo va a necesitar, Alex. Damon no va a parar y, cuando venga... quiero que esa niña sepa morder.

Asentí, sabiendo que tenía razón, pero también que Sienna jamás aceptaría eso.

Seguí a la madre de mi hija al interior de la casa.

La encontré en el pasillo del primer piso. Estaba parada, esperando a que Maya subiera las escaleras primero.

—Sienna.

Se volvió, con el rostro cansado y las defensas bajas.

—¿Qué pasa, Alex? ¿Has venido a darme otra lección sobre cómo mi hija es una "heredera" y tiene que aprender a usar cuchillos antes de aprender a leer?

—Andreas es un exagerado. Lo sabes.

—¡No sé nada! —estalló ella, pero mantuvo la voz baja para que Maya no la oyera.

—No os conozco. Conozco la leyenda. Conozco el miedo.

Y ahora estoy viendo cómo mi hija se transforma en uno de vosotros.

Me acerqué, acorralándola suavemente contra la pared. No para intimidarla, sino para obligarla a escucharme.

—Ella es una de nosotros, Sienna.

—Era dulce e inocente.

—Todavía lo es. —Le toqué el brazo. Tenía la piel fría—. Pero es feliz.

¿Has visto su sonrisa?

Sienna desvió la mirada, mordiéndose el labio para contener el llanto.

—La he visto. —Su voz se quebró—. Es feliz porque tú eres el Príncipe, Andreas es el dragón divertido y Cassandra es la abuela que le da dulces.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema... —Levantó los ojos hacia los míos, y el dolor que había en ellos me golpeó como un puñetazo.

—El problema es que ya no me necesita. En Londres, yo era todo lo que tenía.

Aquí... aquí solo soy la pesada que le manda bañarse y le prohíbe el azúcar.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. —Una lágrima se le escapó—. Tenéis dinero, tenéis poder, tenéis una familia inmensa.

¿Qué tengo yo, Alex? No tengo casa. No tengo empresa. No tengo nada. Soy reemplazable.

Su confesión me dejó sin palabras por un segundo.

Me había centrado tanto en proteger su seguridad física, en garantizar su futuro financiero, que me había olvidado de lo básico: su identidad.

Le había quitado todo lo que definía a Sienna Sterling. El trabajo, la autonomía, el hogar.

Y ahora, sentía que le estaba quitando lo único que le quedaba: la maternidad.

—Nunca serás reemplazable —le dije, con absoluta seriedad.

Llevé la mano a su rostro, limpiándole la lágrima con el pulgar —. Eres su madre.

Eres la única que la conoce de verdad. Andreas puede enseñarle a dar puñetazos, y mi madre puede darle dulces, pero cuando tenga una pesadilla por la noche... es tu nombre el que gritará.

No el mío.

Sienna cerró los ojos ante mi tacto, soltando un suspiro tembloroso.

—Quiero irme, Alex. Odio este lugar.

—Lo sé.

—Y te odio a ti por traerme aquí.

—Lo sé.

Acerqué mi rostro al suyo. La atracción entre nosotros, esa maldita electricidad que cinco años de distancia y dolor no habían logrado apagar, crepitó en el aire.

Podía olerla. A vainilla y a desesperación...

—Ódiame todo lo que quieras, Sienna —susurré contra sus labios.

—Pero no digas que no eres necesaria. Porque si no estuvieras aquí... esta casa solo sería un castillo frío y lleno de asesinos.

Tú y ella... habéis devuelto la luz.

Abrió los ojos. Había confusión en ellos... y deseo.

Por un segundo, pensé que me iba a besar. O a pegar.

Pero la puerta del dormitorio se abrió.

—¿Mamá? —llamó Maya—. ¿Ya está el baño?

Sienna se apartó de mí bruscamente, como si hubiera recibido una descarga.

Se arregló el pelo, componiendo su máscara de madre eficiente.

—Voy, mi amor.

Me miró por última vez. Su vulnerabilidad había desaparecido, escondida tras la muralla que erigía tan bien como yo.

—No pienses que tus palabras bonitas cambian algo, Alex.

Sigo siendo una prisionera y tú eres el carcelero.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

Me quedé inmóvil en el pasillo, oyendo el clic de la cerradura.

Tenía razón. Yo era el carcelero. Pero lo que ella no entendía es que el carcelero también estaba preso.

Preso de ella, de esa niña y de una guerra que necesitaba ganar rápido, antes de que la tristeza de los ojos de Sienna se transformara en indiferencia.

Porque el odio podía soportarlo. El odio era apasionado.

Pero si ella se rendía... si se apagaba... perdería lo único que hacía que la victoria mereciera la pena.

Volví al despacho, donde Andreas y Athan me estaban esperando.

Era hora de dejar de jugar a las casitas y empezar a cazar al lobo que rondaba mi puerta.

¿Damon quería una respuesta? Yo se la iba a dar.



Sienna
STERLING

Capítulo 10

El reloj de péndulo del pasillo dio las dos de la mañana, con un sonido grave y lúgubre que resonó por la mansión dormida.

Yo estaba tumbada en la cama, con los ojos ardiendo, mirando el techo pintado con frescos de dioses griegos que parecían burlarse de mi insomnio.

A mi lado, Maya dormía el sueño profundo de los inocentes, abrazada al unicornio gigante que Alex le había regalado.

Ella estaba en casa y yo, en una jaula.

Me levanté despacio, con cuidado de no hacer crujir el colchón. Necesitaba salir de aquella habitación.

El aire acondicionado estaba perfecto, las sábanas eran de la seda más pura, pero sentía que me estaba asfixiando.

Me puse mi bata de satén sobre el camisón fino y salí al pasillo.

La casa estaba inmersa en sombras. Solo las luces de emergencia y el brillo de la luna que entraba por las ventanas altas iluminaban el camino.

Sabía que había cámaras y guardias en el perímetro exterior. Sin embargo, dentro de la casa, el silencio era absoluto.

Mis pies descalzos me llevaron, casi por instinto, a la zona oeste, encontrando la biblioteca.

Necesitaba información. Alex me había quitado el móvil, bloqueado mi acceso a las cuentas y me había aislado del mundo.

Necesitaba saber si Sterling Holdings todavía existía o si él la había desmantelado y si yo aún tenía una vida a la que volver.

Empujé la puerta doble del despacho. Se abrió sin hacer ruido.

El olor a papel antiguo, cuero y tabaco me envolvió.

Era un aroma masculino y embriagador, que me traía recuerdos intensos de Alex, por mucho que hiciera todo lo posible por evitarlos.

La luz de la luna entraba por los enormes ventanales, bañando las estanterías de caoba en plata. Caminé hasta la mesa principal.

Había papeles esparcidos, contratos y mapas.

Empecé a rebuscar entre los documentos, con las manos temblando levemente. Informes bancarios. Transferencias a Suiza. Planos del puerto.

Nada sobre mi empresa. Solo los negocios sucios de los Galanis.

—¿Buscando una salida, Sienna?

La voz vino del sillón de cuero en el rincón oscuro de la habitación: grave, ronca y peligrosa.

Di un respingo, soltando los papeles, y me llevé la mano al pecho.

Alex emergió de las sombras.

No estaba vestido como el Príncipe. Llevaba solo un pantalón de chándal gris, bajo en las caderas, y el torso estaba desnudo.

En la mano, un vaso de cristal con líquido ámbar.

Parecía salvaje. Tenía el pelo alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él repetidas veces.

La cicatriz en el hombro, aquella que se hizo protegiéndome años atrás, brillaba blanca bajo la luz de la luna.

—Me has asustado —susurré, retrocediendo hasta chocar con la cadera en la mesa.

—Esta es mi casa. Soy la única cosa a la que no deberías temer aquí dentro.

—Se levantó, caminando lentamente en mi dirección, como un felino acorralando a su presa.

—¿Qué quieres con esos papeles? ¿Espionaje industrial?

¿O estás buscando una cláusula de rescisión en tu contrato de cautiverio?

—¡Estoy buscando mi vida! —le rebatí, con la rabia superando al miedo—. ¡Me has quitado todo, Alex!

Mi teléfono, mi trabajo, mi autonomía. No sé si la empresa de mi padre se ha arruinado.

¡No sé si mis amigos se creen que he muerto!

—Tus amigos creen que estás en una clínica de rehabilitación de lujo en Suiza. Fue la historia que plantamos.

—Se detuvo al otro lado de la mesa, apoyando las manos en la madera, inclinándose hacia mí.

—Y tu empresa es más rentable ahora bajo mi gestión de lo que lo era cuando la usabas para financiar a chantajistas.

Su arrogancia encendió un fuego en mi sangre.

—¡Eres despreciable!

—Soy eficiente.

—¡Me tratas como a una muñeca! —grité, olvidando que necesitaba guardar silencio.

¡Como si fuera un accesorio que has guardado en la estantería durante cuatro años y ahora has decidido volver a jugar con él!

—No eres un accesorio —gruñó, rodeando la mesa.

—Eres la madre de mi hija y la mujer que me abandonó.

—¡Yo no te abandoné! ¡Huí para salvar su vida!

—¡Huiste porque no confiaste en mí! —Se detuvo frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y el olor a whisky y sándalo.

—Creíste que yo era un monstruo, Sienna. Ahora estás aquí, quejándote de que el monstruo ha cerrado la torre con llave para que no entre el dragón.

—¡No me quejo de la seguridad! ¡Me quejo de ser anulada!

—Le empujé el pecho desnudo con las dos manos, intentando apartarlo. Fue como empujar una pared de granito.

—¡Yo existo, Alex! ¡Soy más que la madre de Maya! ¡Soy una mujer!

Me agarró por las muñecas, inmovilizándome las manos contra su pecho.

Su corazón latía fuerte y rápido, a un ritmo de guerra.

—Sé que eres una mujer —dijo, con una voz que bajó a un susurro áspero.

Sus ojos, oscuros de deseo y furia, descendieron por mi cuerpo, devorando la seda fina de la bata, la curva de mis pechos, mi boca.

—Dios sabe que nunca lo he olvidado.

La tensión en el aire cambió. El odio seguía ahí; sin embargo, se mezcló con algo más denso, más caliente.

Una electricidad estática que hacía que se me erizara el vello del cuerpo.

—Suéltame —pedí, pero mi voz salió sin fuerza.

—No —respondió—. Te has pasado cinco años huyendo. Hoy, te quedas.

Me soltó las muñecas solo para agarrarme por la cintura y tirar de mí contra él.

El choque de nuestros cuerpos fue violento. Sentí su dureza contra mi vientre, la prueba física de que su rabia era tan carnal como su deseo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté, con el aire faltándome en los pulmones, el olor a peligro y deseo emanando de él como una droga.

—Todo —murmuró. Su voz no salió de la garganta, sino de un lugar profundo y sombrío, vibrando directamente en mi vientre, haciendo que mis rodillas cedieran antes incluso de que Alex me tocara.

Entonces, tomó mi boca.

No fue un beso; fue un ataque. No hubo gentileza, ni la cortesía de pedir permiso.

Fue una colisión de dientes y labios. Su boca reivindicó la mía con un hambre desesperada, mordiéndome el labio inferior con fuerza suficiente para romper la piel, probando el sabor metálico de mi sangre mezclado con el whisky en su lengua.

Debería haber luchado, pateado, gritado y corrido lejos de aquel monstruo.

Sin embargo, mi cuerpo, maldito traidor, reconoció su toque como una planta reconoce el sol tras un invierno nuclear.

Cinco años de sequía, de soledad y de noches frías en Londres... todo eso explotó en un instante de combustión espontánea.

Cuando su lengua invadió mi boca, áspera y dominadora, barriendo mi paladar y batiéndose en duelo con la mía, no retrocedí.

Yo se la succioné de vuelta. Le agarré la nuca, enterrando mis dedos en su pelo grueso, tirando de él más hacia mí, desesperada por ser consumida.

Gemí contra su boca, con un sonido ronco, animalesco, de pura necesidad, y eso fue todo el permiso que él necesitaba.

Alex me levantó como si yo no pesara nada, mis piernas abrazaron instintivamente su cintura.

El muy cretino me depositó en el borde de la mesa de caoba.

La madera fría y dura bajo mis muslos contrastó violentamente con el calor infernal que irradiaba de él.

Se encajó entre mis piernas, sus muslos musculosos y duros como la roca presionando los míos abiertos, forzando el espacio y reivindicando el territorio.

Sus manos, grandes, encallecidas y calientes, no pidieron permiso.

Se deslizaron por la abertura de mi bata de seda, encontrando mi piel desnuda.

Su toque era fuego líquido. Alex recorrió mis pantorrillas, subiendo por los muslos, apretando la carne suave con una posesividad que dejaría marcas moradas a la mañana siguiente.

—Eres caliente... —gruñó contra mi cuello, descendiendo con besos húmedos y mordiscos que marcaban la piel sensible de mi garganta, succionando mi pulso yugular como un vampiro hambriento.

—Tan caliente... y tan húmeda para mí.

Sus manos subieron, ignorando el tejido fino del camisón, y agarraron mis pechos con una firmeza brutal.

Los apretó, amoldando su peso en la palma de las manos, midiéndome y poseyéndome.

Sus pulgares rozaron mis pezones endurecidos a través de la seda, trazando círculos, pellizcándolos, enviando una descarga eléctrica directa a mi clítoris, que palpitó dolorosamente en respuesta.

Arqueé la espalda, echando la cabeza hacia atrás, ofreciendo más, incapaz de contener los gemidos. Alex aceptó la oferta.

Agachó la cabeza y atrapó mi pecho izquierdo a través de la tela, con la boca caliente y húmeda, succionando con fuerza y la lengua trabajando el pezón, mientras la barba de varios días arañaba la piel delicada de mi escote, creando una fricción deliciosa y agonizante.

—Di que me odias —pidió, levantando su rostro sudado para mirarme.

Sus ojos, de un ámbar oscurecido por la lujuria, brillaban con una locura controlada—. Dilo, Sienna. Mientras te toco. ¡Dilo!

—Te odio —jadeé, bajando las manos por sus anchos hombros, clavando las uñas en los músculos tensos de su espalda.

—Te odio tanto...

—Bien —gruñó contra mis labios hinchados—. Porque yo también te odio por hacerme desearte tanto.

Su mano descendió abruptamente, como un depredador atacando. Encontró la barrera de mis bragas de encaje.

No tuvo paciencia para quitármelas. No hubo delicadeza. Con un tirón violento, rasgó la tela.

El sonido del encaje rasgándose fue alto, obsceno en el silencio de la biblioteca, resonando como un disparo.

Quedé expuesta, vulnerable y abierta a él.

Alex se bajó el pantalón de chándal con una mano, lo justo para liberarse.

Vi su rigidez, el miembro grueso, palpitante y venoso, rezumando la preexcitación, el tamaño que mi cuerpo recordaba y temía.

No preparó el camino, no usó los dedos, simplemente me sujetó las caderas con ambas manos, fijándome en el sitio, impidiendo cualquier retroceso, y presionó la ancha cabeza de su pene contra mi entrada empapada e hinchada.

—Mírame —ordenó, con voz ronca.

Le miré, y mientras nuestros ojos estaban enfrascados en una guerra silenciosa de odio y deseo, entró.

No fue suave. Fue una invasión.

Empujó las caderas hacia delante, rompiendo la resistencia de los años sin sexo.

Sentí el glande forzando el paso, estirándome más allá del límite, abriéndose camino donde nadie había tocado en media década.

Hubo un dolor agudo, un ardor de tejido dilatado a la fuerza, mezclado con el placer alucinante de ser llenada.

Invadió cada centímetro, llenando el vacío y tomándolo todo.

Grité, ahogando el sonido en su hombro, clavándole los dientes en el músculo del trapecio para soportar la intensidad.

—Estás muy estrecha... —siseó, con los dientes apretados, las venas saltando en su cuello y en su frente mientras se detenía por un segundo, enterrado hasta la base, dejando que mi cuerpo se acostumbrara a la invasión.

—¡Joder, qué estrecha! Como si todavía fueras virgen.

—Nadie... —gemí, y el dolor dio paso a una pulsación febril que irradiaba desde mi centro.

—Nadie me ha tocado. Solo tú.

La confesión hizo que algo se rompiera dentro de él. La fiera asumió el control.

Empezó a moverse. Embestidas largas, profundas, retirándose casi por completo para después clavarse en mí con toda su fuerza,

chocando su hueso púbico contra el mío con un sonido húmedo de piel contra piel.

La pesada mesa de caoba gemía y vibraba a cada impacto brutal de nuestros cuerpos.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca, usando mis talones para presionarle los riñones, queriendo que alcanzara el lugar más profundo, el cuello de mi útero.

—Eso es... —gruñó, con el sudor goteando de su frente a la mía—. Acéptalo... Acéptalo todo.

La fricción era puro fuego. Mis paredes internas apretaban su polla, masajeando, succionando, y yo sentía su textura y su dureza implacable.

Pero la mesa no era suficiente. Alex detuvo su ritmo brutal, respirando con dificultad, con su pecho subiendo y bajando contra el mío.

Sin salir de dentro de mí, me levantó en brazos.

Solté un grito ahogado ante la sensación de plenitud y gravedad, agarrándome a su cuello, con mis piernas trabadas en su espalda.

Caminó dos pasos, conmigo empalada en él, y me apretó contra la estantería de libros.

La madera fría y los libros de tapa dura a mi espalda contrastaban con el calor infernal de su cuerpo frente a mí.

—Sujétate —ordenó.

Soltó una de mis piernas y la alzó, enganchando mi rodilla sobre su brazo.

En esa posición, estaba completamente abierta, expuesta y vulnerable. El ángulo cambió, y fue capaz de llegar aún más profundo, tocando lugares que ni sabía que existían.

Golpeaba contra mi punto G con una precisión militar, despiadado, rozando mi clítoris hinchado en cada embestida pesada.

—¿Quién es tu dueño? —gruñó en mi oído, mordiéndome el lóbulo, con la voz cargada de una posesión tóxica y deliciosa.

—¡Dilo, Sienna! ¿Quién está dentro de ti? ¿De quién es este coño?

—Tuyo... —lloré, con la cabeza dándome vueltas y puntos blancos bailando en mi visión. El placer rozaba la agonía.

—Es tuyo, Alex...

—Soy yo. Siempre he sido yo... —Aumentó el ritmo, castigándome con placer, embistiendo con una violencia controlada que me hacía ver las estrellas.

—Intentaste huir. Intentaste olvidarme. Pero tu cuerpo sabe a quién pertenece.

Tu cuerpo se sabe mi nombre.

Mis manos recorrían sus anchos hombros, su pecho sudado y resbaladizo, bajando para arañar los bíceps tensos que me sostenían en el aire.

Estaba perdiendo el control. El mundo se reducía a aquel hombre, a aquel olor almizclado, a aquella fuerza bruta que me dominaba y me deshacía.

Sentí la presión acumularse, como una ola gigantesca a punto de romper.

—Alex... por favor... me voy a...

—Córrete para mí —ordenó, presionando el pulgar directamente sobre mi clítoris mientras seguía follándome con fuerza.

—¡Ahora, Sienna! ¡Deshazte para mí!

El toque del pulgar fue el detonante final.

Sentí llegar la ola, arrolladora, empezando en los dedos de los pies y subiendo por la columna, explotando en mi vientre.

Grité su nombre, contrayéndome alrededor de su miembro, apretándolo con espasmos rítmicos y violentos.

Mi visión se volvió blanca.

—Eso es... —gruñó, sintiendo los espasmos de mi orgasmo apretar su polla.

Soltó un rugido bajo, primitivo. Con tres embestidas finales, brutales y profundas, enterrándose hasta el alma, se derramó dentro de mí.

Sentí su chorro caliente llenándome, latiendo en sincronía con mi placer, atándonos nuevamente de la manera más antigua e irrevocable que existe.

Nos quedamos ahí, suspendidos en el tiempo, él sosteniéndome contra la estantería, con la frente apoyada en la mía, ambos jadeantes, sudorosos y temblorosos.

El semen y nuestros fluidos me escurrían por los muslos, en una prueba física de lo que habíamos hecho.

El silencio volvió a la biblioteca; sin embargo, estaba cargado, pesado por la rendición absoluta que acababa de ocurrir.

No solo me había acostado con él, le había dejado entrar de nuevo y no había forma de cerrar esa puerta.

¿Qué había hecho? Me había acostado con el hombre que había secuestrado mi vida. Había cedido.

Alex me miró. No parecía arrepentido. Parecía... saciado y, de alguna forma, aún más peligroso.

—Esto no cambia nada —dije, bajándome de su regazo, con las piernas temblando.

—Sigo queriendo recuperar mi vida.

Alex levantó la mano y tocó mi labio hinchado con el pulgar.

—Has recuperado tu vida, Sienna —susurró.

—La vida que me incluye a mí, de la que huiste hace cinco años.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, deteniéndose antes de salir.

—Y, por cierto... Sterling Holdings ha tenido un aumento del 15% en sus acciones hoy.

Salió, dejándome sola en la oscuridad, con el olor a sexo y libros antiguos, y la terrible certeza de que no estaba luchando solo contra él.

Estaba luchando contra mí misma... y perdiendo.



Alex
GALANIS

Capítulo 11

El agua helada de la ducha me golpeaba en la espalda como latigazos, pero no lograba apagar el fuego que Sienna había encendido.

Ni la temperatura ni el jabón caro conseguían eliminar su olor de mi piel: una mezcla embriagadora de vainilla, sudor y sexo, que parecía haberse fundido con mi ADN.

Apoyé la frente contra los azulejos de mármol negro, con la respiración aún agitada y el corazón latiendo a un ritmo que no era de descanso, sino de conquista.

Cerré los ojos y el presente se disolvió. La oscuridad tras mis párpados me transportó de vuelta a Oxford, cinco años atrás.

Recuerdo el momento exacto en que la vi por primera vez.

No fue en una fiesta regada con champán ni en una subasta benéfica, donde ambos solíamos movernos.

Fue en la biblioteca Bodleiana. El único lugar donde el silencio era sagrado.

Estaba sentada en una mesa de roble cerca de la ventana gótica, bañada por la pálida luz de la tarde inglesa. Sienna Sterling.

La única hija de Lord William Sterling. Sabía quién era antes incluso de saber su nombre.

La "Princesa de Hielo" de la alta sociedad londinense, la chica que tenía más fondos fiduciarios que amigos y que miraba el mundo con un elegante desdén.

Aquel día, no parecía una heredera intocable, sino una guerrera perdiendo una batalla.

Había una pila de libros de Economía que amenazaba con derrumbarse sobre ella, y mordía el capuchón de un bolígrafo con una frustración adorable, con el ceño fruncido en concentración total.

Yo, Alex Galanis, el hombre que nunca había tenido que esforzarse por una mujer, me detuve en el pasillo, paralizado.

Me acerqué, usando mi mejor sonrisa, esa que abría las puertas de los bancos y las piernas de las socialités, pero que sospechaba que no funcionaría con ella.

Sienna Sterling no necesitaba mi dinero. Tenía el suyo propio. No se dejaba impresionar por los apellidos;

el suyo abría más puertas en el Parlamento británico que el mío.

—Parece que estás librando una guerra contra Keynes y perdiendo —comenté, apoyando la mano en la silla vacía frente a ella.

Levantó la vista y fue en ese instante. El impacto sísmico.

No fue solo la belleza de sus ojos color avellana, inteligentes y afilados, fue su postura.

No sonrió, solo me evaluó con la frialdad de quien sabe exactamente cuánto vale.

—Nunca pierdo guerras —respondió, con una voz cristalina, con ese acento aristocrático que hacía que cada palabra sonara como una sentencia.

—Solo estoy renegociando los términos de la rendición.

Me reí, encantado con su audacia. Tiré de la silla y me senté sin que me invitaran.

—Apuesto a que puedo hacer que olvides a Keynes y te enamores de mí —la provoqué, lanzando mi encanto sobre la mesa como si fuera un par de ases.

Arqueó una ceja perfecta, con una sonrisa de puro escarnio curvándole los labios.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánto tiempo cree que le llevaría eso, señor Galanis? ¿Un mes? ¿Un semestre?

—Una semana —garanticé.

Soltó una carcajada burlona, seca e incrédula.

—Eres arrogante. Me gusta eso. Pero jamás caería en esa labia.

Se equivocaba.

Exactamente siete días después, me estaba follando a la princesa inglesa contra las estanterías de la sección de Historia Medieval, con sus piernas alrededor de mi cintura y sus gemidos ahogados por mi mano, demostrándole a ella, y a mí mismo, que la arrogancia, a veces, está justificada.

Éramos perfectos sobre el papel y fuera de él. El "Príncipe Griego" y la "Rosa Inglesa".

Dos monstruos de mundos diferentes colisionando. Tenía un brillo que nunca había visto en ninguna otra mujer.

Un valor para enfrentarse a mí, para desafiarme intelectual y físicamente, que me volvía adicto.

Sienna fue la única mujer que quise para siempre a mi lado.

Durante un año, viví la fantasía. Yo era solo Alex. Ella era solo Sienna.

Planeaba un futuro en el que la sangre de mi familia no nos tocaría.

Hasta la noche en que todo se derrumbó.

El recuerdo me vino como un puñetazo en el estómago. La noche en que llegué a su apartamento, con una caja de terciopelo en el bolsillo.

Iba a pedirle que se casara conmigo. Iba a desafiar a mi padre, iba a ignorar su exigencia de tener una esposa griega.

Iba a elegirla a ella...

Pero el apartamento estaba vacío.

No había ropa de diseñador en el vestidor. No estaba su perfume en el aire.

Solo una llave sobre la mesa de centro y una nota en papel con membrete, escrita con la caligrafía impecable que yo amaba:

Sé quién eres, Alex. Sé a lo que se dedica tu familia.

El dinero viejo no se mezcla con el dinero manchado de sangre. No me busques.

La rabia que sentí esa noche fue nuclear.

No lloré. Los Galanis no lloran. Destruí.

Destrocé el apartamento. Arrojé la mesa de cristal contra la pared, golpeé el espejo hasta que me sangraron los nudillos, rasgué las cortinas.

No fue solo el dolor de la pérdida. Fue la humillación. Su arrogancia al juzgarme.

Sienna, que venía de un linaje de nobles que se habían enriquecido explotando colonias, tuvo la audacia de mirar a mi familia y llamarnos monstruos.

Juré que la odiaría. Con los conflictos estallando en Grecia y la muerte de mi padre poco después, el caos engulló mi vida.

Sienna acabó convirtiéndose en parte de mi pasado, una cicatriz que ocultaba con trajes caros y cinismo.

Sin embargo, no podría haber previsto que aquella cicatriz había dejado una marca viva.

No podría haber previsto que habíamos concebido una hija.

Abrí los ojos bajo el agua, volviendo al presente, al baño de mármol en Atenas.

La imagen de ella sobre la mesa de la biblioteca anoche, gimiendo mi nombre, con las piernas temblorosas alrededor de mi cintura... aquello demostraba que la conexión no había muerto.

El odio no había matado el deseo. Al contrario, le había echado gasolina.

Seguía siendo mi Sienna. La única mujer capaz de desafiarme y desarmarme.

Apagué la ducha y cogí la toalla, secándome con movimientos bruscos, sintiendo cómo la rabia y la posesión se mezclaban en mi pecho.

—No te vas a escapar de nuevo, Sienna —le prometí a mi reflejo en el espejo empañado.

—Esta vez, no tengo un anillo de diamantes en el bolsillo.

Tengo las llaves de tu jaula y las he tirado al mar.

Intenté dormir, pero el sueño fue ligero, poblado por sueños febriles en los que la perseguía por pasillos infinitos, siempre a un paso de alcanzarla.

El amanecer llegó trayendo un cielo plomizo, un sudario gris sobre el azul habitual del Egeo.

El aire estaba pesado y eléctrico, como antes de una tormenta.

Estaba en el balcón, sirviéndome el primer café solo, cuando la radio de comunicación sobre la mesita de noche chirrió, rompiendo el silencio de la mañana.

— ¿Señor Galanis? —Era la voz de Nikos, el jefe de seguridad del perímetro.

Había una urgencia en su voz que hizo que el estómago se me encogiera.

Apreté el botón, y mis instintos pasaron de "hombre" a "guerrero" en un milisegundo.

—Habla, Nikos.

— Necesitamos su presencia en el sector norte del jardín. Inmediatamente. Traiga guantes.

La petición de guantes fue el detalle que me heló. Nikos era un excomandante de las fuerzas especiales griegas.

No se inmutaba por nada. Si pedía cuidado forense, era porque la situación era crítica.

—Bajo enseguida.

Me puse una camisa negra, cogí mi pistola del cajón y me la coloqué en la funda a la espalda.

Bajé las escaleras en absoluto silencio. La casa aún dormía.

Sienna y Maya estaban a salvo en el ala este, tras puertas cerradas con llave. Andreas y Athan, en sus respectivas alas.

El silencio de la mansión parecía, de repente, frágil...

Salí al jardín, donde el aire de la mañana era frío.

Caminé rápido hasta el sector norte, cerca de los altos muros de piedra que separaban la propiedad del acantilado escarpado que daba al mar.

Había un grupo de cuatro guardias de élite reunidos en círculo, mirando al suelo con expresiones sombrías.

Se apartaron cuando me vieron llegar, abriendo camino como el Mar Rojo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, parándome junto a Nikos.

—Derribamos un dron hace diez minutos, señor. —Nikos señaló los restos de plástico negro humeante en el césped.

—Era un modelo comercial, pero modificado para largo alcance y carga pesada.

Vino del mar, volando bajo para evitar el radar principal.

—¿Estaba grabando?

—No, señor. No llevaba cámara. —Nikos tragó saliva, con la nuez de Adán subiendo y bajando.

—Traía una entrega.

Miré el objeto amarrado a los restos retorcidos del dron con un alambre fino.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies y el mundo dio vueltas. No era una bomba. Era peor.

Era una muñeca, una de esas clásicas de trapo, con un vestido rosa y pelo de lana. Pero estaba quemada.

La tela del vestido estaba chamuscada, negra de hollín. La cara de plástico, que debería haber estado sonriendo, se había derretido en una mueca grotesca, deformada por el fuego, con un ojo escurriéndose como una lágrima de cera.

Le faltaba un brazo, arrancado con violencia. Y, atada al cuello de la muñeca, como una horca, había una cinta de satén azul royal.

El mismo color exacto de la cinta que mi madre le había trenzado en el pelo a Maya ayer por la mañana.

El mensaje era claro, brutal y personal.

Sé dónde está, qué lleva puesto y puedo quemarla.

Me arrodillé en la hierba, ignorando la humedad que me manchaba el pantalón. Toqué el plástico derretido con la punta de los dedos.

Todavía estaba tibio.

El calor de la amenaza viajó por mi brazo y se instaló en mi corazón, congelándolo.

La furia que sentí la noche anterior, la pasión, la posesión... todo eso desapareció.

Lo que quedó fue una lucidez asesina. El hielo negro de mi familia.

Damon no estaba jugando al ajedrez. No quería dinero. Estaba declarando una guerra de exterminio, amenazando la única cosa pura que yo tenía.

—¿Dónde está el operador? —pregunté, levantándome lentamente. Mi voz salió tan calmada, tan desprovista de emoción, que vi temblar a uno de los guardias.

—Perdimos la señal en dirección al mar, a unos tres kilómetros. Probablemente una lancha rápida.

Ya hemos enviado a la patrulla costera, pero...

—Ya se ha ido —completé. Damon era un cobarde, pero era eficiente.

Miré hacia la ventana de la habitación de Sienna en el segundo piso. La cortina de terciopelo estaba cerrada.

Todavía dormían, ajenas al monstruo que acababa de llamar a nuestra puerta y dejar un cadáver simbólico en nuestro jardín.

—Y Nikos... —Me giré hacia él, que retrocedió ante lo que vio en mis ojos—. Dobla la guardia.

Quiero francotiradores en los tejados y una patrulla marítima continua. Si una gaviota vuela demasiado cerca de la ventana de mi hija, quiero que la abatan.

—Entendido.

Caminé de vuelta hacia la casa.

Mis pasos eran pesados, cada pisada en el mármol resonaba como un tambor de guerra.

Le había prometido a Sienna que estarían seguras. Fui arrogante y subestimé la locura de mi hermanastro.

Damon acababa de demostrarme que las murallas de mi castillo no eran lo bastante altas.

Entré en el despacho, pasando de largo por el minibar. No necesitaba alcohol. Necesitaba sangre.

Fui al teléfono seguro y marqué el número de Andreas.

— ¿Qué mierda es esta a estas horas? —Respondió con la voz ronca por el sueño, probablemente con Chloe durmiendo en sus brazos.

—Despierta, hermano. —Me miré la mano. Tenía una mancha negra de hollín en el dedo índice.

La ceniza de la muñeca—. La guerra ha cambiado.

— ¿Qué ha pasado?

—Damon ha enviado un dron. Con una muñeca quemada llevando una cinta como la de Maya.

—La voz se me quebró en la última palabra, al sentir que la rabia me estrangulaba las cuerdas vocales.

—Ha amenazado con quemar a mi hija viva, Andreas.

El silencio al otro lado fue absoluto. Luego, oí sábanas moviéndose y el clic de un arma siendo amartillada.

— Bajo ahora mismo —dijo Andreas, en un tono firme—, despierta a Athan. Hoy vamos a cazar.

Colgué.

Fui al fregadero del bar y me lavé las manos, frotándome la piel hasta enrojecerla, intentando quitar la mancha de hollín.

Pero sabía que aquella suciedad no saldría.

No iba a arrestar a Damon ni a arruinarlo, iba a matarlo.

Le arrancaría el corazón con mis propias manos y haría que le doliera.



Sienna
STERLING

Capítulo 12

El aire en la mansión había cambiado.

No era algo que pudiera ver, pero lo sentía en la piel.

Era una electricidad estática, una tensión vibrante que hacía que se me erizaran los pelos de la nuca.

El número de guardias en el jardín se había duplicado. Las ventanas de la planta baja estaban cerradas, a pesar del sol brillante que hacía fuera.

Yo estaba en la sala de juegos improvisada en el ala este, viendo a Maya dibujar.

Estaba canturreando una canción que le había enseñado Andreas, algo en griego que yo sospechaba que era una canción de taberna, a juzgar por cómo se reía él cuando se la enseñó.

La puerta se abrió y Alex entró.

Acababa de salir de la ducha, tenía el pelo aún húmedo, pero iba vestido de negro de pies a cabeza.

No el traje de lino del "Príncipe", sino una camisa táctica ajustada y unos pantalones cargo oscuros.

Llevaba una pistola en la funda sujeta a la cintura.

Parecía un soldado listo para ir al frente.

Maya levantó la cabeza.

—¡Papi! ¡Mira mi dibujo! ¡Es el tío Andreas luchando con un pulpo!

Alex forzó una sonrisa, pero no era de verdad. Sus ojos eran dos piedras de ámbar frío.

—Es precioso, princesa. —Se acercó y le besó la coronilla, demorándose allí, inspirando su olor como si fuera oxígeno.

—Escucha, papá necesita robar a mamá un ratito. La Yaya Cassandra va a venir con bizcocho de naranja.

—¡Bien! ¡Bizcocho!

Alex se giró hacia mí. Su sonrisa desapareció.

—Ven conmigo.

No era una petición.

Le seguí fuera de la habitación. En cuanto la puerta se cerró, aislando el sonido de la inocencia de Maya, me agarró del brazo y me guio por el pasillo con pasos largos.

—¿Qué está pasando? —pregunté, intentando seguir su ritmo —. ¿Por qué hay tantos guardias?

¿Qué ha pasado en el jardín esta mañana temprano?

No respondió hasta que llegamos a su despacho. Abrió la puerta, me empujó suavemente hacia dentro y echó la llave.

—Damon ha enviado un mensaje —dijo, volviéndose hacia mí.

Su voz estaba desprovista de emoción, lo que me asustó más que si estuviera gritando.

—¿Qué tipo de mensaje? ¿Quiere más dinero?

Alex caminó hacia el escritorio y cogió algo que estaba envuelto en un paño.

—No quiere dinero, Sienna. El dinero se acabó cuando congelé tus cuentas. Ahora, quiere sangre.

Desenrolló el paño.

Lo miré y tuve que llevarme la mano a la boca para ahogar un grito.

Era una cinta azul. Chamuscada por las puntas, oliendo a humo y a plástico quemado.

—Eso... —Mi voz falló—. Esa cinta... Maya la llevaba ayer.

—Sí. Damon envió un dron. Con una muñeca quemada usando esa cinta.

Sentí que el suelo desaparecía. El terror, frío y líquido, inundó mis venas.

—¿Él ha estado aquí? —susurré—. ¿Ha estado cerca de ella?

—El dron vino del mar. Pero el mensaje es claro: sabe dónde estamos y que Maya es el blanco.

El pánico, que venía reprimiendo desde Londres, estalló.

—¡Tengo que sacarla de aquí! —grité, corriendo hacia la puerta—. ¡Voy a coger a Maya y nos vamos!

¡Nos vamos a Australia, a Canadá, a cualquier sitio lejos de vosotros!

Alex me interceptó antes de que tocara el picaporte. Me agarró por los hombros y me apretó contra la madera de la puerta, bloqueando mi salida con su cuerpo.

—¡No vas a ir a ninguna parte!

—¡Suéltame! ¡Va a matarla! ¡Nos has traído esto encima! ¡Es culpa tuya!

—¡Es culpa mía! —me rugió, sacudiéndome una vez—. ¡Y también es culpa tuya!

¡Nosotros hemos creado esto, Sienna!

—¡Yo intenté esconderla!

—¡Y fracasaste! —Aproximó su rostro al mío, con los ojos ardiendo de intensidad.

—Entiende una cosa, de una vez por todas: no existe "huir".

Damon tiene los recursos de la mafia rusa, de la Camorra y Dios sabe de quién más.

Si sales por esas puertas con ella, estaréis muertas en 48 horas.

Empecé a llorar, golpeándole el pecho con los puños cerrados.

—Te odio... te odio...

—Lo sé. —Me sujetó las muñecas, aprisionándolas contra su pecho, sobre su corazón que latía con fuerza.

—Ódiame. Pero mantente viva.

Esperó hasta que mis sollozos disminuyeran, hasta que dejé de luchar y solo temblaba entre sus brazos.

—Maya nos ha unido para siempre, Sienna —dijo, con una voz que bajó a un tono grave y ronco.

—Ya no existe "yo" y "tú". Existe "nosotros". Nuestra sangre corre por sus venas.

Mi pasado y tu miedo han creado su futuro. Estamos encadenados.

Levanté el rostro para mirarlo.

—¿Entonces estamos condenados?

—No. —Soltó mis muñecas y me agarró la cara, limpiándome las lágrimas con los pulgares encallecidos.

—Nosotros no somos víctimas. Somos Galanis y nosotros no corremos. Nosotros matamos a lo que nos amenaza.

Se alejó y fue hasta una estantería de libros falsa.

Tiró de un libro, y la estantería giró, revelando un panel de armas.

Me quedé mirando, aturdida. Había pistolas, rifles, cuchillos...

Alex cogió una pistola negra, pequeña y compacta. Comprobó el cargador con un clic metálico seco.

Volvió a caminar hacia mí y me tendió el arma. Por la culata.

—Tómala.

Miré el objeto como si fuera una serpiente venenosa.

—No me gustan las armas.

—No me importa lo que te guste. Me importa lo que necesitas.

—Me cogió la mano derecha y forzó el arma contra mi palma.

—Es una Glock, ligera, compacta y fácil de esconder.

—Alex, soy una ejecutiva. Vendo empresas. No disparo a la gente.

—Eres la madre de una heredera de la mafia que está siendo cazada por un psicópata.

—Cerró mis dedos alrededor de la culata fría—. La ejecutiva murió en Londres.

La madre tiene que sobrevivir en Atenas.

Apreté el arma. Pesaba. Estaba fría. Pero había un poder en ella.

—No sé usar esto.

—Yo te enseñaré. —Se posicionó detrás de mí, ajustando mi postura, con sus manos cubriendo las mías, su pecho pegado a mi espalda.

—Andreas quería enseñarte a dar puñetazos. A mí me parece una pérdida de tiempo.

Si Damon se acerca lo suficiente para que le des un puñetazo, ya has perdido.

Guió mis brazos, levantando el arma hacia un blanco imaginario en la pared de enfrente.

—Vas a aprender a disparar, Sienna. Vas a aprender a desarmar.

Vas a aprender dónde clavar un cuchillo para matar en segundos.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté, sintiendo cómo el calor de su cuerpo me envolvía, en una mezcla confusa de protección y peligro.

Pegó su boca a mi oreja, y su aliento caliente me hizo estremecer.

—Porque no puedo estar en todas partes todo el tiempo y, si un día caigo... si un día logran pasarme a mí... tú eres la última línea de defensa entre el monstruo y nuestra hija.

La realidad de esas palabras pesó sobre mí. Si un día caigo. Alex, el invencible, estaba admitiendo su mortalidad.

Giré el rostro para mirarlo. Nuestras narices se rozaron.

—Tú no vas a caer —susurré, como una orden desesperada.

—Soy un hombre en guerra, agapi mou. Todo es posible.

—Sus ojos bajaron hacia mi boca y luego volvieron a mis ojos.

—Pero dormiré más tranquilo sabiendo que mi princesa tiene dientes.

Me apretó las manos sobre el arma.

—No vas a ser una víctima, Sienna. Nunca más. Vas a ser una guerrera.

Vas a ser la mujer que vi en aquella biblioteca, la que nunca pierde una guerra.

Miré el arma en mi mano. Luego lo miré a él.

El miedo seguía ahí, enroscado en mi estómago. Sin embargo, algo nuevo empezó a crecer a su lado.

Una determinación fría. Un eco de la rabia de Alex.

Damon había quemado una muñeca simbolizando a mi hija.

Apreté el arma con fuerza, sintiendo que el acero se convertía en una extensión de mi brazo.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté.

Alex sonrió. No con la sonrisa de donjuán, sino con la del depredador que ha encontrado a su compañera de caza.

—Ahora.



Alex GALANIS

Capítulo 13

El subsuelo de la mansión olía a aceite de armas, a metal frío y a aire reciclado.

Era un santuario de violencia, construido muy por debajo de los rosales de mi madre y de la piscina donde mi hija jugaba.

Yo estaba desmontando una Glock 19 sobre la mesa de acero, con movimientos automáticos y precisos.

Oí el sonido del ascensor abriéndose.

No me giré. Continué limpiando el percutor con un paño de franela, pero mis sentidos entraron en alerta máxima.

Su olor llegó antes que sus pasos. Incluso en medio de la pólvora, su vainilla destacaba como una flor en un campo de batalla.

—Llegas tarde —dije, encajando el cañón de nuevo en su sitio con un clic seco.

—Estaba acostando a Maya para la siesta. —La voz de Sienna resonó en el espacio de hormigón, desafiante.

Me giré y casi dejo caer el arma.

Le había dicho que se pusiera algo cómodo. Esperaba un chándal holgado.

Sienna llevaba unos leggings negros que parecían pintados en la piel, dibujando cada curva de las piernas y las caderas que yo había sujetado con tanta fuerza la noche anterior.

La camiseta de tirantes blanca era ajustada, dejando a la vista los brazos finos, pero definidos, y el busto donde yo había dejado una marca morada que ella intentó cubrir con maquillaje.

Estaba preciosa y era un peligro para mi concentración.

Apreté la Glock en la mano, usando la frialdad del polímero para anclar mi autocontrol.

—Acércate —comenté, indicando la mesa con la barbilla.

Caminó hasta la mesa, mirando las armas expuestas con una mezcla de repulsión y fascinación morbosa.

—¿Esto es necesario? —preguntó, señalando el arsenal en la pared. Fusiles de asalto, escopetas, cuchillos tácticos...

—Damon no te va a atacar con palabras maleducadas, Sienna. —Puse la Glock montada delante de ella—. Cógela.

Dudó, y luego extendió la mano. Cogió el arma como si fuera un animal venenoso, sujetándola con la punta de los dedos.

—Pesa.

—Tiene diecisiete balas en el cargador. Diecisiete oportunidades de salvar tu vida o la de Maya.

El peso es el precio de la seguridad.

Di la vuelta a la mesa, poniéndome a su lado.

—Postura —ordené—. Ponte de frente al blanco.

Sienna se giró hacia la silueta de papel colgada a diez metros de distancia.

Se quedó rígida, con los pies juntos y los hombros tensos.

—Mal. —Caminé detrás de ella—. Si disparas así, el retroceso te tirará al suelo.

Le puse las manos en la cintura. Sentí su cuerpo tensarse bajo mi roce.

El calor de Sienna me quemó las palmas a través de la fina tela de la camiseta.

—Abre las piernas —susurré en su oído.

Sienna giró el rostro, con los ojos echando chispas.

—¿Qué?

—Para tener base, Sienna. —Sonreí, lenta y perversamente, disfrutando al ver el rubor subirle por el cuello.

—Separa los pies a la anchura de los hombros.

Obedeció, separando las piernas. Le di un ligero golpe en el talón derecho.

—Pie de apoyo atrás. Inclina el cuerpo hacia delante. Agresiva.

No estás huyendo del disparo, estás yendo a su encuentro.

Presioné mi pecho contra su espalda. Envolví sus brazos con los míos, ajustando la empuñadura.

Mi boca estaba a milímetros del lóbulo de su oreja.

Podía ver la pulsación frenética en la vena de su cuello.

—Sujétala fuerte —instruí, con mi voz grave vibrando contra su columna—. Mano derecha alta en la empuñadura.

Mano izquierda envolviendo a la derecha. No dejes espacio. Si hay espacio, el arma baila y fallas. Si fallas...

—Muero —completó ella, en un susurro trémulo.

—Exactamente.

Puse mi mano sobre la suya, corrigiendo el dedo en el gatillo.

—Respira, Sienna. Estás tensa.

—Es difícil relajarse contigo respirando en mi cuello —repuso, con la voz entrecortada.

—Acostúmbrate. El peligro no respeta el espacio personal.

Rocé mi nariz en la curva de su cuello, inhalando profundamente. Su olor era una droga.

Sentí que su cuerpo se ablandaba contra el mío por una fracción de segundo, la cadera buscando instintivamente el contacto con mi ingle.

Estaba duro. Dolorosamente duro... y Sienna podía sentirlo, presionado contra su culo.

—Alex... —gimió, bajo, con un sonido de protesta y deseo.

—Céntrate en el blanco —gruñí, mordiendo levemente su hombro, sobre el tirante de la camiseta.

—Imagina que es Damon, sujetando la cinta de Maya.

La mención de la amenaza hizo que su postura cambiara. La flojera del deseo se endureció en determinación. Dejó de temblar.

—Eso es —la animé, sintiendo el cambio—. Canaliza el odio. Apunta al pecho —ordené—. Al centro de masa.

No intentes ser una heroína con tiros en la cabeza. Destrúyele el corazón y los pulmones. Haz que se detenga.

Alineó la mira.

—Ahora. Presiona el gatillo. No le des un tirón. Presiona. Suavemente. Como si lo estuvieras llamando hacia ti.

El sonido del disparo fue ensordecedor en el espacio cerrado. El arma dio un culatazo, empujando a Sienna hacia atrás, contra mi pecho.

Mis brazos la sujetaron con firmeza, absorbiendo el impacto.

Miramos el blanco, donde apareció un agujero en el hombro de la silueta.

—Nada mal para el primer tiro —murmuré—. Pero has dudado.

—Es mucho ruido —dijo, con la respiración acelerada. La adrenalina le corría por las venas, podía sentirlo.

Estaba vibrando.

—Otra vez.

Sienna disparó tres veces más. El olor a pólvora quemada llenó el aire, acre y picante.

Los tiros dieron en el pecho del blanco.

Sienna bajó el arma, jadeando. Su pecho subía y bajaba rápidamente.

Se giró entre mis brazos, poniéndose de frente a mí, atrapada entre mi cuerpo y la mesa.

Sus ojos estaban dilatados, oscuros, brillando con la excitación de la violencia. Su cara estaba sonrojada.

Sienna estaba magnífica.

—¿He acertado? —preguntó ella.

—Has matado al papel —respondí, quitándole el arma de la mano y dejándola en la mesa, poniéndole el seguro sin apartar los ojos de ella.

—Pero el papel no contraataca.

—He sentido... —Se miró sus propias manos, que temblaban ligeramente—. Es poder.

—Lo es. Es adictivo, ¿verdad?

Le agarré la cintura y la subí a la fría mesa de acero, abriéndole las piernas para poder ponerme entre ellas.

Exactamente como la noche anterior, pero allí el peligro real se cernía sobre nosotros.

—¿Te ha gustado? —pregunté, sujetándole la barbilla, obligándola a mirarme.

—¿Lo de disparar?

—Lo de tener el poder de la vida y la muerte en tu mano.

Tragó saliva, lamiéndose los labios secos.

—Me ha asustado.

—El miedo es bueno, te mantiene viva. —Deslicé mi mano por su muslo, apretando la carne suave a través del legging.

—¿Sabes qué más te mantiene viva, Sienna?

—¿El qué?

—Esto.

Pegué mi boca a la suya.

Esta vez, no hubo resistencia. Sienna me agarró de los hombros, clavando las uñas en mi camisa táctica, y me abrió la boca.

Su sabor mezclado con la pólvora del aire era explosivo.

La besé con urgencia, mis manos subieron por su espalda, atrayéndola más cerca, queriendo fundirla en mí.

La fricción de nuestros cuerpos era intensa. Yo quería arrancarle aquellas ropas ajustadas.

Quería follármela allí mismo, rodeado de armas, recordándole que la única arma que realmente necesitaba dominar era yo.

Sienna gimió en mi boca, contoneándose contra mis caderas, buscando fricción.

—Alex... —jadeó, apartando la boca a milímetros de la mía—. Si entra alguien...

—Nadie entra aquí sin mi huella dactilar —murmuré, descendiendo con besos hacia su cuello, sintiendo el sabor salado del sudor.

—Estamos encerrados en una caja de hormigón a veinte metros bajo tierra. Nadie te va a oír gritar.

La idea pareció excitarla aún más. Echó la cabeza hacia atrás.

Mi mano fue hacia el borde de su camiseta, subiendo para tocar la piel caliente de su vientre...

—¿Papi?

La voz provino del comunicador en mi cinturón. La voz de Maya, transmitida por el vigilabebés de largo alcance que yo mantenía conectado 24 horas.

— Papi, me he despertado. ¿Dónde estás?

El sonido de la voz de nuestra hija fue como un jarro de agua fría.

Sienna se congeló. Yo me detuve, con la mano aún en su piel, en medio de una respiración irregular.

La realidad invadió el santuario de la lujuria.

Sienna empujó mi pecho suavemente, bajándose de la mesa. Se arregló la ropa, con la cara ardiéndole de vergüenza y frustración.

—Se ha despertado —susurró Sienna, trémula.

Cogí la radio, respirando hondo para controlar mi voz.

—Estoy aquí, princesa. —Mi voz salió un poco más ronca de lo normal—. Estoy en el sótano.

Ahora subo.

—¿Traes a mamá?

Miré a Sienna. Se estaba pasando la mano por el pelo, intentando recomponerse, pero sus ojos seguían oscuros por el deseo no consumado.

—Mamá está conmigo —respondí, sin quitarle los ojos de encima a Sienna—. Estamos entrenando.

—¿Entrenando para el circo?

Sienna soltó una risa nerviosa, corta.

—Casi, mi amor —respondió Sienna cerca de la radio—. Casi.

Apagué el comunicador.

El silencio volvió al arsenal, pero la tensión sexual seguía ahí, densa, pesada, no resuelta.

—La clase ha terminado por hoy —dije, retrocediendo un paso para darle espacio.

Si me quedaba cerca, no respondería de mí.

Sienna asintió. Caminó hacia el ascensor, pero se detuvo antes de entrar.

Miró hacia atrás, hacia mí, y luego hacia el arma en la mesa.

—Mañana —dijo, con voz firme—. Quiero aprender a usar el cuchillo.

Sonreí.

—Mañana, Sienna.



Sienna
STERLING

Capítulo 14

Aún sentía el olor a pólvora en mi piel.

Me había dado dos duchas desde que salí del arsenal subterráneo, frotando mi cuerpo hasta enrojecerlo, pero la mezcla metálica de la munición y el almizcle de Alex parecían haberse fundido con mi ADN.

Estaba sentada en una tumbona en el jardín, fingiendo leer un libro, pero mis ojos no lograban enfocar las letras.

Mi mente volvía repetidamente al momento en que él me apretó contra la mesa de acero.

La violencia de su deseo. Mi propia rendición, humillante y deliciosa.

Casi me había acostado con él rodeada de fusiles de asalto.

Había sentido placer en las manos del hombre que me mantenía prisionera.

¿Qué decía eso de mí? ¿Que estaba rota? ¿O que me estaba adaptando?

—¡Mami! ¡Mira, una mariposa azul!

La voz de Maya me sacó del abismo. Estaba agachada cerca de un macizo de lavanda, a unos metros de distancia.

El sol de la tarde iluminaba su pelo castaño, creando un halo dorado.

Parecía un ángel en un jardín de guerra.

Dos guardias de seguridad estaban parados a tres metros de ella, con las manos cruzadas sobre las ingles y gafas oscuras ocultando unos ojos que barrían el perímetro constantemente.

Su presencia, que antes me irritaba, en ese momento me daba un consuelo frío.

Después de lo de la muñeca quemada... quería un ejército a su alrededor.

—Es preciosa, mi amor —respondí, forzando una sonrisa.

—No le toques las alas, o no podrá volar más.

—Ya lo sé, mami. El tío Andreas dijo que solo hacemos daño a los que son malos. Las mariposas son buenas.

Un escalofrío me recorrió la espalda. El adoctrinamiento Galanis estaba sucediendo demasiado rápido.

Me levanté para ir hacia ella, sintiendo la necesidad física de tocarla, de asegurarme de que era real y de que estaba de una pieza.

Fue en ese momento cuando el aire cambió.

No hubo aviso sonoro, solo una presión atmosférica, un desplazamiento de aire repentino que me hizo estallar los tímpanos.

Entonces, el mundo explotó.

El sonido fue apocalíptico. Un rugido de trueno y metal retorcido que vino de la puerta principal, a doscientos metros de

distancia, pero con fuerza suficiente para hacer temblar el suelo bajo mis pies.

Las ventanas de la fachada de la mansión vibraron. Los pájaros echaron a volar de los árboles, presas del pánico.

Una columna de humo negro y denso se elevó hacia el cielo azul, mancillando un día perfecto.

Mi cerebro se detuvo por un segundo. ¡Bomba!

Al segundo siguiente, el instinto tomó el control.

—¡MAYA!

No corrí; volé. Me tiré sobre el cuerpecito de mi hija, derribándola sobre la hierba, cubriéndola con mi propio cuerpo, convirtiéndome en un escudo humano contra cualquier metralla que pudiera caer.

—¡Mami! —gritó ella, asustada por el impacto.

—¡Estate quieta! ¡Baja la cabeza! —ordené, apretándole la cara contra la tierra, cubriéndole los oídos con las manos.

Empezaron a sonar sirenas dentro de la propiedad. Gritos. Órdenes ladradas en griego.

Los dos guardias de seguridad que estaban cerca de nosotras sacaron las armas instantáneamente.

Uno de ellos se arrodilló a nuestro lado, apuntando el fusil hacia fuera, mientras el otro hablaba frenéticamente por la radio.

— ¡Perímetro violado! ¡Código Negro! ¡Repito, Código Negro en la Puerta Uno!

Olí a goma quemada, a explosivos y a terror.

—¿Qué ha sido eso? —lloriqueó Maya contra mi pecho, temblando.

—Un trueno, cariño. Ha sido solo un trueno muy fuerte.

—Menti, apretándola tanto que debía de estar haciéndole daño, pero no podía soltarla.

—¡Sienna!

Oí el grito procedente del porche.

Levanté la cabeza un milímetro y vi a Alex corriendo hacia nosotras.

No iba con traje, ni con ropa táctica, solo llevaba una camisa blanca y un pantalón de vestir, como si acabara de salir de una reunión.

Saltó los escalones del porche, empuñando un arma plateada en la mano derecha.

Su rostro... nunca olvidaré su rostro en aquel momento.

No era el rostro del amante que me había poseído sobre la mesa, ni el del padre que le sonreía a su hija.

Era el rostro de la Muerte: pálido, retorcido en una máscara de furia absoluta y miedo visceral.

Llegó hasta nosotras en segundos, derrapando en la hierba.

—¿Estáis heridas? —Alex cayó de rodillas a mi lado, soltando el arma en el suelo y recorriendo mi cuerpo y el de Maya frenéticamente con sus manos libres, buscando sangre.

—¡Háblame, Sienna!

—¡Estamos bien! —grité, con voz estridente—. ¡Ha sido en la puerta! ¡El suelo tembló!

Alex miró hacia la columna de humo. Sus ojos se oscurecieron, convirtiéndose en agujeros negros.

—¡Andreas! —rugió hacia la radio en el hombro del guardia de seguridad—. ¡Informe!

— Coche bomba en la puerta de servicio, —la voz de Andreas llegó llena de estática y odio.

— El conductor suicida ha intentado entrar. La barrera de contención ha aguantado. Sin bajas civiles. Dos guardias heridos.

Alex soltó un suspiro tembloroso, pero no se relajó.

—Llévalas al búnker. ¡Ahora! —le ordenó al guardia. Luego me miró—. Levántate, Sienna.

Tiró de mí por el brazo, ayudándome a levantarme, pero manteniendo a Maya apretada entre los dos.

—Alex... —Intenté hablar, mis piernas parecían gelatina.

—¡Corre!

Corrimos hacia el interior de la casa, donde se había instalado el caos. Las asistentas corrían hacia los refugios y los guardias, hacia las ventanas.

Athan estaba en el vestíbulo de entrada, sosteniendo un fusil de asalto contra el pecho, vestido impecablemente, dando órdenes con una calma gélida que era aterradora.

—Llévalas abajo, Alex —dijo Athan sin mirarnos—. Yo voy al muro.

Alex no se detuvo. Nos guio a través de la cocina, hacia una puerta de acero disfrazada de despensa.

Tecleó un código, la puerta siseó y se abrió.

Una escalera de hormigón bajaba hacia la oscuridad.

—Baja —mandó, empujándome suavemente.

—¿Vienes? —pregunté, agarrándole la mano.

Me miró. Tenía una mancha de tierra en la mejilla, a consecuencia de haberse arrodillado en la hierba.

—Necesito asegurarme de que el perímetro es seguro.

—¡No! —El pánico me hizo apretar sus dedos—. ¡No vuelvas allí!

—Sienna. —Me sujetó la cara con ambas manos—. ¿Tienes un arma?

—No... está en la habitación.

—Error número uno. No vuelvas a alejarte de ella nunca más. —Sacó una segunda pistola del tobillo y me la puso en la mano.

—Baja. Echa la llave por dentro. Solo ábrenos a mí, a Athan o a Andreas.

Si cualquier otra persona intenta entrar...

—Disparo al centro de masa —recité, con voz temblorosa, recordando la lección de ayer.

Asintió, con un destello de orgullo sombrío en los ojos.

—Eso es. Ahora ve. Protege a nuestra hija.

Me besó. Un beso rápido, duro, con sabor a despedida, y me cerró la puerta de acero en las narices.

Oí los cerrojos mecánicos girar.

Estábamos solas.

Bajé las escaleras con Maya en brazos y el arma pesada en mi mano derecha.

El búnker no era oscuro ni húmedo. Era una sala de estar subterránea, con sofás, reservas de comida y monitores de seguridad que cubrían toda la propiedad.

Cassandra ya estaba allí.

Estaba sentada en un sillón, sosteniendo un rosario de cuentas negras en una mano y un vaso de agua en la otra.

Estaba pálida, pero entera.

A su lado, Eleni y Chloe estaban sentadas en el sofá.

Eleni mantenía al pequeño Theodoros apretado contra su pecho, tapándole los oídos al bebé con manos temblorosas para amortiguar el sonido del caos exterior, mientras el niño dormía un sueño agitado, ajeno a la guerra.

Con su mano libre, sostenía la de Chloe, que, a su vez, se acariciaba su propia barriga de embarazada.

Cuando entré, todas me miraron a mí y al arma que tenía en la mano.

—¿Ella está bien? —preguntó Cassandra de inmediato, levantándose.

—Está asustada —respondí, sentando a Maya en el sofá, cerca de Eleni y del bebé—. Pero no está herida.

Maya empezó a llorar en voz baja.

—Quiero a papá... quiero ir a casa...

La abracé, meciéndola, mientras mis ojos se clavaban en los monitores de la pared.

Las cámaras mostraban la puerta. Había fuego. Restos de un coche esparcidos por el asfalto.

Hombres armados corriendo y, entonces, vi a Alex en la pantalla.

Caminaba hacia el fuego, al lado de Andreas y Athan.

El viento ondeaba su camisa blanca, ahora manchada de hollín.

Llevaba el arma a un lado del cuerpo, caminando con una determinación letal hacia los restos.

No parecía humano, sino un ángel vengador.

Chloe se me acercó y me puso la mano en el hombro.

—Ellos van a solucionarlo, Sienna. Están luchando por nosotras. Por Maya, por Theodoros y por mi bebé.

Miré el arma en mi mano, y luego la pantalla, donde el padre de mi hija caminaba entre las llamas.

El día anterior, me había parecido que el entrenamiento de tiro era una paranoia de un hombre controlador o un juego erótico de poder.

En ese momento, sintiendo el peso del acero frío en mi palma y viendo el fuego consumir la entrada de nuestra "fortaleza", lo entendí.

Alex no estaba jugando a la guerra, vivía en ella y tenía razón, yo no podía ser una víctima.

Una parte de mí quería odiarlo con todas mis fuerzas por traer ese infierno a la vida de mi hija, por ponernos en el punto de mira de aquella destrucción.

Si hubiera sabido, cinco años atrás, que el precio de amar a Alex Galanis sería ver el miedo en los ojos de Maya, jamás habría permitido aquel primer beso.

Habría huido antes incluso de saber a qué sabía su boca.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para arrepentimientos. El sabor amargo en mi boca confirmaba mi fracaso: me había pasado cuatro años intentando construir una burbuja a su alrededor y protegerla del mundo de su padre, y había fracasado.

La cruel ironía era que, en aquel instante, la única forma de mantenerla con vida era exactamente bajo la custodia del hombre que me había pasado la vida intentando evitar.

La única seguridad que me quedaba radicaba en su violencia.

Apreté el arma, sintiendo cómo el miedo y el arrepentimiento se transformaban en una rabia fría y sólida.

Damon había intentado volarnos por los aires, hacerle daño a mi hija y al sobrino de Alex.

Miré a Maya llorando en el sofá y a la cabecita frágil de Theodoros en brazos de Eleni.

—Todo va a salir bien, mi amor —susurré, acariciándole el pelo, mintiéndole a ella y a mí misma.

—Papá está ahí fuera y mamá está aquí. Nadie te va a hacer daño.

Pero, mientras decía eso, mis ojos no se apartaban de la pantalla, viendo a Alex levantar el arma y disparar contra algo en el humo.

La guerra había llamado a nuestra puerta y yo estaba lista para devolver el fuego.



Alex GALANIS

Capítulo 15

El olor a C4 quemado es inconfundible. Tiene un sabor metálico, acre, que se pega en la parte posterior de la garganta y te recuerda que la civilización es solo una fina capa de barniz sobre la barbarie.

Yo estaba de pie en medio del cráter humeante donde, minutos antes, existía la puerta de servicio de nuestra fortaleza.

Mi camisa blanca estaba gris por el hollín y tenía sangre seca en la mejilla, no mía, sino de uno de los guardias que salió despedido por la onda expansiva.

A mi alrededor, el equipo de limpieza ya estaba trabajando. Recogían los restos de metal retorcido del coche bomba.

El cuerpo del conductor suicida... bueno, lo que quedaba de él ya había sido retirado en bolsas negras.

—Mercenario albanés —dijo Andreas, apareciendo a mi lado.

Se limpiaba un cuchillo en la pernera del pantalón, a pesar de no haberlo usado.

Era un tic nervioso de la Bestia cuando quería matar y no había nadie vivo cerca.

—Tatuaje del clan Krasniqi en el antebrazo que le ha quedado. Damon está contratando a la escoria de los Balcanes.

—Está desesperado —murmuré, dándole una patada a un trozo de parachoques derretido.

—¿Un ataque frontal a plena luz del día? Eso no es estrategia. Es pánico.

—¡Es una declaración de guerra, Alex! —rugió Andreas, con los ojos verdes brillando con furia asesina.

—¡Mi mujer está embarazada ahí dentro! ¡Nuestro sobrino está en la cuna!

¡Ese bastardo ha intentado tirar abajo nuestra casa!

—Ha fracasado —intervino Athan.

Nuestro hermano mayor caminaba hacia nosotros, viniendo de la casa, como siempre, con su traje oscuro impecable, sin una arruga, pero el aura que le rodeaba era lo bastante helada como para congelar el fuego que aún crepitaba en los escombros.

—La barrera de contención ha funcionado —continuó Athan, deteniéndose ante nosotros—. Pero Andreas tiene razón.

Damon ha cruzado la línea definitiva. Ya no estamos conteniendo un problema familiar, tenemos que exterminar una plaga.

Miré hacia la casa. Hacia las ventanas cerradas donde Sienna y Maya estaban escondidas en el búnker.

La imagen de Sienna protegiendo a nuestra hija me vino a la mente. Había estado magnífica y aterrorizada.

Le prometí seguridad y lo que le entregué fue fuego.

La culpa me pesó en el estómago como plomo, pero la transformé en combustible. La culpa no resuelve problemas, la acción sí.

—Vamos al despacho —dije, dándole la espalda a la destrucción.

—Quiero saber de dónde ha salido el dinero para este espectáculo de fuegos artificiales.

Mis hermanos asintieron y caminaron a mi lado hacia el interior de la casa.

El silencio entre nosotros estaba cargado con la necesidad de una respuesta que tenía que encontrar pronto.

El aire acondicionado zumbaba suavemente, filtrando el olor a humo del exterior. Athan se sentó en la silla principal.

Andreas se quedó de pie, paseándose de un lado a otro como un tigre enjaulado.

Yo fui directo a mi portátil.

Mis dedos volaron sobre el teclado.

—El albanés no se inmoló gratis —hablé, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Su familia va a recibir un buen pago y el C4... es material militar de alta calidad.

Cuesta caro.

—Dijiste que habías congelado las cuentas de Damon —puntualizó Athan, sirviéndose un whisky solo.

—Y lo hice. Chimera Ventures está muerta. Las cuentas de las Islas Vírgenes están bloqueadas.

—Accedí al servidor bancario paralelo que yo monitorizaba—. Pero el dinero es como el agua.

Si cierras una presa, encuentra una grieta.

—Encuentra la grieta, Alex —exigió Andreas—. Y luego déjame ir allí y volarla por los aires.

—Espera.

Mis ojos barrieron las líneas de código. Había un flujo de datos encriptados que había pasado desapercibido la semana anterior.

Pequeñas transferencias, fragmentadas, procedentes de diferentes empresas tapadera de Asia, todas convergiendo hacia un único punto de liquidez en Europa.

Un punto ciego.

—Lo tengo —susurré.

Athan y Andreas se detuvieron.

—¿Dónde? —preguntó Athan.

Les giré el portátil.

—Zúrich.

En el mapa digital, un punto parpadeaba en Suiza.

—Banque Souveraine de Zurich —leí el nombre—. Es un banco privado, ultraexclusivo.

No aceptan clientes con menos de cien millones en activos líquidos y lo más importante: no digitalizan los registros de los clientes VIP.

Todo se hace en papel, en libros de contabilidad físicos, guardados en una cámara acorazada subterránea.

—Por eso no lo viste antes —concluyó Athan—. No estaba en la red.

—Exacto. Damon debe tener una cuenta antigua allí, o está usando un testaferro con acceso de nivel diamante.

De ahí es de donde está saliendo el dinero para los mercenarios. Es su último pulmón financiero.

—Entonces envía un equipo a Zúrich —sugirió Andreas, chasqueando los dedos—. Quemad el banco.

—No podemos quemar un banco suizo, Andreas. Eso atraería a la Interpol, a la CIA y al infierno sobre nosotros.

—Cerré el portátil de golpe—. Además, si destruimos el banco, el dinero solo cambia de lugar.

Nosotros necesitamos robar el dinero. Tenemos que transferir la titularidad y dejar a Damon a cero.

—¿Y cómo lo hacemos si los registros son físicos? —preguntó Athan, entornando los ojos.

Me levanté, ajustándome los puños de la camisa manchada de hollín.

—Alguien tiene que entrar allí, acceder a la cámara acorazada física, usar las credenciales del titular y autorizar la transferencia presencialmente.

—Es una trampa —dijo Andreas de inmediato—. Damon sabe que vamos a rastrear el dinero.

Va a estar esperando en Zúrich.

—Sé que es una trampa —convine—. Pero es la única oportunidad que tenemos de cortarle la cabeza a la serpiente.

Si le quitamos ese dinero, los mercenarios se irán. Sin paga, no hay ejército.

Damon se queda solo... y un hombre solo es un hombre muerto.

Athan me analizó durante un largo instante. Vio la determinación en mis ojos y se dio cuenta de que no estaba sugiriendo enviar a un soldado.

—Tú quieres ir —afirmó Athan.

—Tengo que ir. —Caminé hacia el mapa de Europa de la pared.

—Conozco los protocolos bancarios suizos mejor que nadie en esta habitación. Hablo el idioma.

Sé cómo manipular a banqueros arrogantes. Si vas tú, Athan, llamarán a la policía por tu cara de Don.

Si va Andreas, le pegará un puñetazo al director a la primera negativa.

Andreas resopló, pero no me llevó la contraria.

—Yo soy el único que puede entrar en esa cámara acorazada, sonreír, firmar los papeles y salir con el dinero de Damon en mi bolsillo —concluí.

—¿Y la trampa? —preguntó Andreas—. ¿Y los hombres que estarán esperando para matarte?

Sonreí. La sonrisa fría que usaba antes de destruirle la vida a alguien en un tribunal.

—Que vengan. Les estaré esperando. Pero no voy a ir solo. Necesito cobertura.

—Yo voy contigo —se ofreció Andreas.

—No. —Me negué rotundamente—. Tú te quedas aquí. La mansión ha sido atacada. Chloe y Eleni necesitan protección.

Maya necesita protección. Si yo fracaso en Zúrich, Andreas... tú eres la última línea de defensa de mi hija.

Andreas apretó la mandíbula, pero asintió. Entendía cuál era su deber.

—Me llevaré a un equipo pequeño —decidí—. A Nikos y a dos hombres de confianza.

Entramos rápido, cortamos el grifo del dinero y salimos.

Athan se levantó y caminó hacia mí. Me puso la mano en el hombro.

—Hazlo, Alex. Ve a Zúrich. Drena al bastardo hasta la última gota. Pero vuelve vivo.

La niña necesita a su padre.

Asentí.

—Volveré.

—¿Cuándo te vas?

—Están repostando el jet. Salgo en dos horas.

—¿Y Sienna? —preguntó Athan, con una voz suave, pero cargada de significado.

—¿Qué le vas a decir?

Sentí una presión en el pecho y tragué saliva.

Acababa de ver un coche explotar. Estaba en el búnker, aterrorizada, y yo estaba a punto de decirle que me marchaba al corazón del territorio enemigo.

—Le diré que voy a terminar lo que hemos empezado.

—No le va a gustar —advirtió Andreas.

—No tiene que gustarle. Tiene que estar a salvo. —Me giré hacia la puerta.

—Voy a lavarme y a hablar con ella. Mantened la casa cerrada a cal y canto.

Salí del despacho.

Mientras subía las escaleras hacia mi dormitorio, mi mente ya estaba en Zúrich, trazando el plan, calculando las rutas de escape.

Pero una parte de mí... la que se había despertado con su olor a vainilla esta mañana... sabía que la batalla más difícil no sería contra los banqueros suizos.



Sienna
STERLING

Capítulo 16

El baño eliminó el hollín y la tierra, pero no logró borrar la imagen de Alex caminando hacia el fuego.

Yo estaba en la habitación de invitados, terminando de ponerme unos vaqueros y una blusa de lana, cuando la puerta se abrió sin previo aviso.

Alex entró. Ya se había limpiado. Llevaba el pelo mojado, peinado hacia atrás, y el griego vestía un traje negro a medida, con una camisa blanca impecable.

La única prueba del ataque de hacía una hora era la tensión de sus hombros y la sombra oscura en sus ojos.

Llevaba una bolsa de mano de cuero.

—He venido a despedirme —dijo, de pie en el umbral, sin entrar del todo.

La distancia física entre nosotros parecía un abismo.

—¿A despedirte? —Me enderecé, sintiendo que el pánico aumentaba—. ¿A dónde vas?

—A Zúrich. —Soltó la información como si fuera irrelevante—. Hemos descubierto la fuente del dinero.

Voy a cortarle la cabeza a la serpiente. Andreas se queda aquí para dirigir la seguridad.

—Vas al banco —concluí, con mi mente trabajando deprisa—. Al Banque Souveraine, ¿verdad?

Alex entrecerró los ojos.

—Lo has adivinado rápido. Sí. Es allí.

—¿Y cómo piensas entrar? —Crucé los brazos, caminando hacia él—. Es un banco privado, Alex.

No le abren las puertas a nadie sin una cita previa con tres meses de antelación y una verificación de antecedentes que haría que el MI6 pareciera aficionado.

Verán el nombre Galanis y cerrarán las persianas de acero.

—Tengo mis métodos. Soborno, chantaje, allanamiento... Lo de siempre.

—Métodos brutos para un problema delicado. —Me detuve frente a él—. No lo vas a conseguir.

El director, Henriarch, es un purista. Prefiere quemar el dinero a entregárselo a un mafioso griego que echa abajo la puerta.

—¿Qué sugieres, Sienna? —Su voz sonaba impaciente—. ¿Que le mande flores?

—No. Sugiero que me lleves.

Alex se rio. Una risa corta, seca e incrédula.

—Ni de coña. Tú te quedas aquí. En el búnker. Donde es seguro.

—¿Seguro? —Señalé la ventana, el humo que aún se elevaba desde la puerta.

—¡Acaban de volar por los aires la entrada de tu casa, Alex! ¡No hay ningún lugar seguro!

Si Damon quiere entrar aquí, seguirá intentándolo. La única forma de pararlo es acabar con él.

—Exactamente y eso es lo que voy a hacer... Solo.

—¡Tú no entras en esa cámara acorazada sin mí! —Grité, perdiendo la paciencia.

—¡Henriarch era el mejor amigo de mi padre! Crecí yendo a los tés de los domingos en su casa de Ginebra.

Es el padrino de mi prima. Para ti, es un objetivo. Para mí, es el "tío Henri".

Alex se quedó en silencio. Me analizó, buscando un farol, buscando miedo. No encontró ninguna de las dos cosas.

—¿Estás diciendo que te abrirá la cámara acorazada?

—Estoy diciendo que si Sienna Sterling llama diciendo que necesita una consultoría de emergencia para proteger el patrimonio de la familia... abrirá el banco en mitad de la noche y servirá champán.

Alex se pasó la mano por la cara, frustrado. Sabía que yo tenía razón.

La lógica del Estratega estaba luchando contra el instinto del Protector.

—Es peligroso, Sienna... Damon podría tener vigilantes en la ciudad. Si salimos de aquí...

—¡Si nos quedamos aquí esperando, seremos un blanco fácil! —Le agarré las solapas del traje—. ¡Alex, mírame!

Ayer me diste un arma. Me dijiste que no fuera una víctima. Me dijiste que fuera una guerrera.

¡Pues déjame luchar! Yo soy la única llave que tienes para entrar en ese banco sin que salte una alarma.

Él miró mis manos sujetando su traje. Luego subió hasta mis ojos. Su resistencia se quebró.

—Tienes diez minutos para hacer una maleta —dijo, con voz grave—. Ropa formal.

Iremos directamente al hotel.

—¿Y Maya? —La pregunta salió en un susurro doloroso. El valor me flaqueó.

—Ella se queda.

—No puedo dejarla...

—Tienes que dejarla. —Alex me sujetó el rostro—. Zúrich es una potencial zona de guerra.

Aquí, con Andreas y Athan, es una fortaleza. Si nos la llevamos, ella será el punto débil.

Si la dejamos, será el motivo para que volvamos vivos.

Me tragué las lágrimas. Tenía razón.

—Diez minutos —accedí.

La despedida fue lo más difícil que he hecho en mi vida.

Fue peor que huir de Londres o apretar el gatillo durante el entrenamiento.

Maya estaba en el salón, sentada en la alfombra persa, rodeada por Andreas y Cassandra.

Andreas estaba construyendo una torre de bloques con ella, con la paciencia de un santo, mientras el arma en su funda brillaba bajo la luz de la lámpara.

Cuando nos vio entrar con las maletas, Maya se detuvo.

—¿Os vais de viaje? —preguntó, con la intuición infantil afilada como una navaja.

Me arrodillé frente a ella y Alex hizo lo mismo.

—Sí, mi amor —dije, forzando una sonrisa que me dolía en el alma.

—Papá y mamá tienen que resolver un problema de trabajo. Será rápido.

—¿Vais a luchar contra los dragones? —Miró a Alex.

Alex le acarició la cara.

—Vamos a asegurarnos de que los dragones no vuelvan a acercarse nunca más al castillo, princesa.

—No quiero que os vayáis. —Le tembló el labio—. Me da miedo el ruido de ahí fuera.

—Eh. —Andreas se inclinó y su voz grave llenó la sala de seguridad—. Mírame, pequeña.

¿Sabes quién se queda aquí contigo?

Maya lo miró.

—¿El tío Bestia?

—¡Eso es! El tío Bestia. ¿Y sabes qué le pasa a quien intenta acercarse a ti cuando yo estoy aquí?

Maya negó con la cabeza.

—Se convierten en comida para peces. —Andreas le guiñó un ojo—. Nadie te va a tocar. Te lo prometo. Por mi vida.

Miré a Andreas. Había una promesa solemne en sus ojos verdes. Él moriría antes de dejar que le pasara algo.

Yo lo sabía y eso fue lo que me permitió respirar.

Cassandra se acercó y me puso la mano en el hombro.

—Ve, Sienna. Trae a Alex a casa. Yo la cuidaré como si fuera mi propia hija.

Abracé a Maya. Le olí el cuello, grabando el aroma en mi memoria para usarlo como escudo cuando me entrara el miedo.

—Sé buena con la abuela —susurré—. Te quiero más que a nada en el universo.

—Yo también te quiero, mami. ¿Me traes chocolate?

Me reí, llorando al mismo tiempo.

—Te lo traigo. El mejor chocolate del mundo.

Me levanté. Alex le besó la frente a su hija, murmuró algo en griego que sonó como una bendición, y luego se puso en pie.

No miró hacia atrás. Si lo hacía, no sería capaz de irse.

Me cogió de la mano.

—Vámonos.

Caminamos hacia la puerta. El coche blindado nos esperaba para llevarnos al jet.

Mientras cruzábamos el patio, pasando por los escombros que aún olían a quemado, le apreté la mano a Alex.

Estaba dejando mi corazón atrás, protegido por monstruos que eran mi familia, y subiéndome a un avión con el hombre que había destruido mi apacible vida, yéndome a una ciudad helada para robar un banco.

Yo ya no era Sienna Sterling, la heredera de la alta sociedad. Ya no era la fugitiva asustada.

Entré en el coche, me sequé las lágrimas y miré a Alex.

—Vamos a acabar con él —dije.

Alex esbozó la sonrisa del Lobo.

—Vamos.



Alex GALANIS

Capítulo 17

Zúrich no tenía el caos vibrante de Londres ni el calor pasional de Atenas.

Zúrich era la cámara acorazada de un banco convertida en ciudad: fría, silenciosa, limpia y discretamente letal.

El jet aterrizó bajo una tormenta de nieve que transformaba la pista en una infinita sábana blanca.

El piloto tuvo dificultades, pero aterrizó con la precisión militar que yo exigía a mi nómina.

Miré a Sienna en la butaca frente a mí.

Ella estaba mirando por la ventana, observando los copos de nieve golpear el cristal doble.

Llevaba un abrigo de cachemira color crema, cuello alto y botas de cuero.

Parecía la viva imagen del "dinero viejo": intocable, elegante y distante.

Pero yo veía lo que nadie más veía.

Veía su mano apretando el reposabrazos hasta que se le pusieron blancos los nudillos y el temblor casi imperceptible de su mandíbula.

Sienna estaba pensando en Maya, y en que cada kilómetro que volábamos hacia el norte era un kilómetro más de distancia de nuestra hija.

—Ella está bien, Sienna —dije, interrumpiendo el zumbido de los motores que desaceleraban.

Sienna no se giró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Andreas está ahí y si el mismísimo Diablo intenta entrar hoy en su habitación, Andreas le arrancará los cuernos y se los hará tragar.

Soltó un largo suspiro, empañando el cristal. Entonces, por fin, me miró.

—Lo sé. Andreas es una bestia, pero es leal. El problema no es su seguridad, Alex.

El problema es que la he dejado.

—Tú no la has dejado. Has venido a luchar por ella. Hay una diferencia.

El jet se detuvo. La puerta se abrió, y el aire gélido de los Alpes invadió la cabina, cortante como una cuchilla.

—Vamos —ordené, levantándome y tendiéndole la mano—. A partir de ahora, no somos unos padres preocupados.

Somos la pareja más poderosa y arrogante de Europa. Ponte tu armadura, Sienna Sterling.

Ella miró mi mano, luego a mis ojos.

La fragilidad desapareció, sustituida por aquella máscara de frialdad aristocrática que aprendió en la cuna. Cogió mi mano.

—He nacido llevando esta armadura, Alex.

Bajamos la escalera. Un Mercedes Maybach negro nos esperaba en la pista, con el motor encendido y caliente.

Nikos, que había venido como mi sombra armada, se sentó en el asiento del copiloto, al lado del conductor local al que contraté y verifiqué tres veces.

El trayecto hasta el hotel fue silencioso. La ciudad pasaba a nuestro lado, como borrones de luces amarillas y nieve gris.

El Dolder Grand parecía un castillo de cuento de hadas en lo alto de la colina, con sus torres iluminadas contra el bosque negro.

Pero yo sabía que era solo otro tipo de fortaleza, una donde los secretos no se guardaban con armas, sino con discreción suiza.

El coche se detuvo y el aparcacoches abrió la puerta.

Salí primero, ajustándome el abrigo negro. El frío intentó morderme, pero la adrenalina me mantenía caliente.

Le tendí la mano a Sienna.

Salió del coche con la gracia de una reina bajando de un carruaje.

Caminamos por el opulento vestíbulo. Mármol, arte moderno, gente rica hablando en voz baja. Sentí las miradas.

Sienna Sterling era una figura conocida en aquellos círculos, y su desaparición en los últimos años había generado rumores.

Verla entrar allí, del brazo de un Galanis, era el equivalente social a lanzar una granada en el salón.

Apreté su brazo contra mi cuerpo.

—Sonríe —susurré—. Nos están mirando.

—Que miren —respondió ella, alzando la barbilla.

—Huelen el escándalo como los tiburones huelen la sangre.

Llegamos a recepción. El director, un suizo con una sonrisa ensayada, vino a recibirnos personalmente.

—Mademoiselle Sterling. Monsieur Galanis. Es un honor recibirles. La Suite Maestro está preparada.

—Gracias —respondí, entregándole mi pasaporte y el de ella —. Queremos privacidad total.

Sin servicio de habitaciones a menos que se solicite y si alguien pregunta si estamos aquí...

—Ustedes no están —completó el director, guiñando un ojo con discreción—. La discreción es nuestra esencia, señor.

Subimos a la suite.

Era un apartamento lujoso con vistas al lago y a la ciudad.

Había una chimenea, un piano de cola y una cama que parecía un campo de batalla de sábanas blancas.

En cuanto el botones dejó las maletas y salió, cerré la puerta y eché la llave.

Sienna soltó el aire, se quitó el abrigo y lo tiró en un sillón. Caminó hasta la ventana.

—Barrido —anuncié.

Saqué un pequeño dispositivo del bolsillo y empecé a recorrer la habitación.

Comprobé los teléfonos, las lámparas, los detectores de humo. Sienna me observaba por el reflejo del cristal, con los brazos cruzados.

—¿Crees que Damon ha puesto micrófonos en el hotel? —preguntó.

—Creo que Damon tiene oídos en todas partes por donde circula el dinero y yo no cometo errores por pereza.

El aparato permaneció en silencio. Limpio.

—Estamos seguros —guardé el dispositivo—. Por ahora.

Fui al minibar y serví dos copas de coñac. Le llevé una a ella.

Sienna cogió la copa, pero no bebió. Miraba la nieve caer ahí fuera.

—El banco abre mañana a las nueve —dijo ella—. Llamé a Henriarch desde el teléfono del avión.

Accedió a recibirnos para un "desayuno privado".

Se cree que quiero hablar sobre la sucesión de mi padre.

—Genial. Ese es el primer paso. Usaremos el desayuno para establecer tu presencia y hacer que baje la guardia.

—Pero la cámara acorazada... —Se giró hacia mí, preocupada —. La cámara acorazada principal está en el sótano, Alex.

Henriarch nunca me llevaría allí en una primera reunión matutina. Es un paranoico. La seguridad de día es impenetrable.

—Lo sé. —Di un sorbo al coñac, sintiendo cómo el líquido me quemaba.

—Por eso no vamos a robar el banco por la mañana, Sienna. Vamos a robarlo por la noche.

Ella frunció el ceño.

—¿Por la noche? El banco cierra a las cinco.

—El banco cierra para los negocios, pero abre para la vanidad. —Sonreí con la sonrisa del Estratega.

—Mañana es el Baile Anual del Banque Souveraine.

Henriarch va a reunir a la élite europea en el vestíbulo principal para beber champán y celebrar los beneficios.

Sienna abrió mucho los ojos, y la comprensión asomó a su rostro.

—Quieres que consiga una invitación.

—Quiero que hagas que te suplique que vayas.

En el desayuno, lo encantas. Haces que se sienta importante.

Y cuando te invite al baile... estaremos dentro.

Con la seguridad distraída por los VIP y el director ocupado contigo, tendré el margen de tiempo necesario para bajar al sótano.

—¿Vas a hackear la cámara acorazada del banco más seguro del mundo mientras yo bailo con el director?

—Exactamente. Y tú te asegurarás de que él no mire el reloj, ni los monitores de seguridad, mientras lo hago.

Dio un trago al coñac, y le brillaron los ojos con una mezcla de miedo y excitación.

—Es una locura.

—Es la única opción. Necesitamos acceso físico y una gran distracción. El baile nos proporciona ambas cosas.

Me acerqué a ella. La habitación estaba caliente y la chimenea encendida proyectaba sombras danzantes en las paredes. Estábamos solos. Sin Maya.

Sin Andreas. Sin guardias...

Solo nosotros dos y la enorme cama.

La tensión que nació en el campo de tiro y que estalló en la biblioteca seguía ahí, vibrando entre nosotros.

Le toqué la cara, trazando la línea de su mandíbula con el pulgar.

—Lo hiciste bien ahí abajo: fría, arrogante y perfecta.

—He aprendido del mejor —susurró, inclinando la cara contra mi mano, en un gesto inconsciente de búsqueda de consuelo.

—¿Tienes miedo?

—Estoy aterrorizada. —Abrió los ojos y me miró.

—Si esto sale mal, Alex... si nos detienen, o nos matan... Maya se queda sola.

—No vamos a fracasar. —Me incliné, rozando mis labios con los suyos, saboreando el coñac.

—Ahora somos un equipo, ¿recuerdas? El Lobo y la Reina.

Puso la mano en mi pecho, sobre mi corazón.

—Prométeme que volveremos a por ella.

—Lo juro. —La besé. Fue un beso suave, contenido, cargado de promesas que pesaban toneladas—. Ahora intenta descansar.

Mañana tenemos un banco que robar.

Me aparté antes de perder el control. Quería desnudarla, quería olvidar la nieve y el peligro en su cuerpo, pero necesitábamos estar concentrados.

Sienna asintió y fue al baño.

Me quedé en el salón, mirando la noche blanca de Zúrich.

Damon estaba en alguna parte, tal vez viendo desaparecer su dinero, tal vez planeando su próximo ataque.

Pero él no sabía una cosa.

Se creía que estaba luchando contra un hermano que lo odiaba.

Sin embargo, lo que no sabía era que estaba luchando contra un padre que protegía a su cría y contra una madre que acababa de descubrir sus garras.

Me bebí el resto del coñac de un trago.

Mañana, Zúrich ardería. Pero hoy, necesitaba mantener el fuego bajo control. Al menos durante unas horas más.



Sienna
STERLING

Capítulo 18

El "desayuno" con Henriarch había sido una partida de ajedrez tensa, pero victoriosa. Había mordido el anzuelo.

Se creyó la historia de la hija pródiga que volvía para hacerse cargo del negocio y, tal como Alex predijo, insistió en que acudiera al Baile de Gala esa noche.

"La élite tiene que ver que los Sterling han vuelto", me dijo, besándome la mano.

Esa parte había sido fácil, pero no me dejaba más tranquila para lo que pasaría esa noche.

La Bahnhofstrasse era el corazón palpitante del dinero viejo europeo.

Los escaparates blindados exhibían relojes que costaban el PIB de países pequeños, y el aire helado olía a chocolate suizo y a exclusividad silenciosa.

Caminábamos por la acera limpia, con el brazo de Alex entrelazado al mío con una firmeza que iba más allá de la cortesía.

Para cualquiera que pasara, éramos solo otra pareja poderosa gastando fortunas en una tarde de martes.

Sin embargo, yo sentía la tensión en su bíceps, duro como el granito bajo su abrigo de lana negra.

—Actúa con naturalidad —murmuró, rozándome la sien con los labios como si fuera un beso, pero el tono era de mando.

—Nos están vigilando. Puede que Damon no sepa que estamos aquí, pero Zúrich tiene ojos.

—Sé actuar, Alex. Me han criado para sonreír en fiestas aburridas y fingir que me cae bien gente a la que detesto.

Soltó una carcajada por lo bajo, sin humor.

—Entonces no olvides que estás en el escenario, agapi mou.

Nos detuvimos frente a la Maison Galarneau, la boutique más exclusiva de la avenida.

No había precios en el escaparate, solo un solitario vestido de seda iluminado como una obra de arte.

El portero nos abrió la pesada puerta de cristal y entramos.

El calor de la calefacción central nos envolvió, con olor a perfume caro y dinero nuevo.

—Monsieur, Madame. —Una encargada impecable, con un moño tan apretado que parecía doloroso, vino a recibirnos.

—¿En qué puedo ayudarles?

Alex respondió en un francés perfecto, con ese acento arrastrado y arrogante que sabía usar tan bien.

—Mi esposa necesita algo para esta noche. El Baile del Banque Souveraine.

La mención del evento hizo que los ojos de la encargada brillaran.

—Ah, oui. Tenemos la colección privada en el segundo piso. ¿Algo específico?

Alex me miró. Sus ojos, color miel oscura, recorrieron mi cuerpo cubierto por el abrigo de invierno, imaginando lo que había debajo.

—Rojo —dijo—. El color de la sangre o del pecado. Elija el que prefiera.

Y quiero que sea algo que haga que el director del banco olvide la contraseña de su propia cámara acorazada cuando la mire.

La encargada sonrió, cómplice y encantada con la audacia.

—Acompáñenme.

Media hora después, estaba de pie ante el triple espejo del probador VIP.

El vestido era una segunda piel de seda carmesí. La tela se escurría por mi cuerpo como agua líquida.

Tenía tirantes finos, un escote que se hundía peligrosamente en el busto y la espalda completamente descubierta hasta la base de la columna vertebral.

La abertura lateral subía por el muslo izquierdo, revelando piel a cada paso.

Era escandaloso y un arma de distracción masiva.

Respiré hondo, ajustándome la tela sobre las caderas, y salí del probador.

Alex estaba sentado en un sillón de terciopelo gris, sosteniendo una copa de champán que no se había bebido.

Estaba mirando su móvil, probablemente controlando la seguridad del perímetro.

Cuando oyó mis pasos, el griego levantó la cabeza.

El móvil quedó olvidado en su regazo y la copa se quedó parada en el aire.

El silencio en la sala se alargó, denso y pesado. Vi cómo se le dilataba la pupila, engullendo el iris dorado.

Su mirada no era de admiración; era de hambre.

Un hambre cruda y depredadora, que hizo que mis pezones se endurecieran contra la seda fría.

Se levantó despacio, como un leopardo saliendo de la hierba alta.

Caminó hacia mí sin decir una palabra. Se paró detrás de mí, mirando nuestro reflejo en el espejo.

Él, vestido de negro, alto y sombrío. Yo, vestida de rojo, expuesta y vulnerable.

—Date la vuelta —ordenó, con voz ronca, raspando la garganta.

Obedecí.

Me miró el escote. Levantó la mano y sus dedos me rozaron la piel expuesta del escote, trazando un camino hasta mi hombro desnudo.

—Vas a parar el baile, Sienna —susurró.

—Y voy a tener que contenerme para no matar a cada hombre que se atreva a mirarte.

—Creía que el objetivo era distraer al banquero —respondí, intentando mantener un tono de voz firme, pero su roce me desestabilizaba.

—El objetivo es distraerlo, no provocar un infarto colectivo.

—Su mano descendió, pesada y posesiva, agarrándome por la cintura, atrayéndome contra su cuerpo.

—Odio que te vean así. Odio saber que otros ojos van a tocar tu piel.

—Es solo un vestido, Alex.

—No. Es una invitación y tú eres mi invitada. Solo mía.

Me besó el hombro con fuerza, casi un mordisco, marcando territorio.

—Nos lo llevamos. —Se apartó bruscamente, como si estuviera enfadado con su propio deseo—. Cámbiate de ropa.

Tenemos que irnos.

Volví al probador, temblando. Su intensidad era asfixiante.

Me puse mi ropa normal y salí. Alex ya había pagado.

La encargada nos entregó la bolsa con la sonrisa de quien acaba de ganar la comisión del mes.

Íbamos caminando hacia la salida. Alex, con la mano en la base de mi espalda, me guiaba, cuando una voz familiar cortó el ambiente cargado de la tienda.

—¿Sienna? ¿Sienna Sterling?

Me detuve. La sangre desapareció de mi rostro.

Yo conocía esa voz. Era la voz de los veranos en Surrey, de los partidos de polo y de los tés de la tarde.

Me giré despacio.

De pie cerca de la entrada, sujetando algunas bolsas de la compra y pareciendo recién salido de un catálogo de moda masculina británica, estaba Julian Blackwood.

El conde de Emsworth. Mi amigo de la infancia, antiguo vecino y el hombre con el que mi padre siempre soñó que me casaría.

—Julian... —El nombre salió en un soplo incrédulo.

Se le iluminó la cara. Dejó caer las bolsas al suelo, saltándose cualquier protocolo, y corrió hacia mí.

—¡Dios mío, eres tú de verdad! —Parecía genuinamente sorprendido y feliz—. ¡Sienna!

Antes de que yo pudiera reaccionar, me cogió las dos manos.

Sentí que Alex se ponía rígido a mi lado. Su energía cambió al instante de "cliente" a "asesino".

—Julian, ¿qué haces aquí? —preguntó, intentando soltar mis manos con disimulo, pero me las sujetaba con fuerza, emocionado.

—Estoy de vacaciones... ¡pero olvídate de eso! ¿Dónde te habías metido?

—Me miraba con los ojos muy abiertos, examinándome la cara.

—Tu padre dijo que estabas en una clínica de los Alpes, recuperándote de un... agotamiento. Dijo que estabas incomunicada.

¡Intenté ir a visitarte, llamé a todos los sanatorios, pero nadie tenía tu nombre!

Julian estaba demasiado cerca. Olía a colonia cítrica y a inocencia. No veía el peligro a mi lado.

—Yo... yo estoy bien, Julian. Ha sido una época difícil, pero estoy mejor.

—Estás muy delgada, darling. —Me soltó una de las manos y levantó la suya para tocar mi cara, en un gesto de cariño fraternal que siempre habíamos tenido.

—¿Te han cuidado bien? Estaba tan preocupado. Te he echado tanto de menos.

El toque nunca llegó a producirse.

Una mano grande, bronceada y fuerte interceptó la muñeca de Julian en el aire, centímetros antes de que tocara mi mejilla.

No fue un bloqueo defensivo. Fue una captura.

Alex dio un paso al frente, interponiéndose físicamente entre Julian y yo, bloqueándole la visión de mí.

Sujetaba la muñeca del conde con una fuerza que hizo que los dedos de Julian se abrieran por el dolor.

—¿Quién es usted? —preguntó Julian, asustado, intentando tirar del brazo, pero Alex era un ancla.

—Soy el hombre que le romperá el brazo por tres sitios si vuelve a intentar tocar a mi mujer —respondió Alex.

Su voz no era alta. Era baja, gutural, y vibraba con una amenaza tan real que hizo que el aire de la tienda pareciera enrarecerse.

El acento refinado desapareció, dando paso a la cadencia áspera de las calles de Atenas.

—¡Alex, no! —Grité, agarrándole el brazo con las dos manos —. ¡Es un amigo! ¡Suéltale!

—¿Un amigo? —Alex se giró hacia mí, con los ojos echando chispas de puro odio.

—Iba a acariciarte la cara, Sienna. Te ha llamado darling. Los amigos no hacen eso.

—¡Me conoce desde que tengo cinco años! ¡Alex, por favor, suéltale! ¡Estamos llamando la atención!

Alex miró a Julian con absoluto desprecio, luego lo empujó. Julian se tambaleó hacia atrás, tropezando con un perchero de ropa.

Se agarró la muñeca, masajeándose la piel roja donde los dedos de Alex habían apretado.

Julian recuperó la compostura, ajustándose su abrigo de cachemira, pero vi el miedo en sus ojos.

Miró a Alex: un hombre más grande, más ancho y visiblemente más peligroso... después a mí.

—Sienna... ¿quién es este bruto? —preguntó Julian, con la voz temblorosa de indignación—. ¿Estás en peligro?

¿Te está haciendo daño?

La pregunta quedó flotando en el aire.

Alex dio un paso hacia él. Sus puños se cerraron. Yo conocía ese lenguaje corporal.

Estaba a punto de darle una paliza a un lord británico dentro de una tienda de lujo en Zúrich, horas antes de que tuviéramos que asaltar un banco sin que nos vieran.

Si la policía venía... si pedían documentación... todo habría acabado.

—¿Quieres que llame a la policía? —insistió Julian, sacando el móvil del bolsillo.

La palabra "policía" fue el detonante definitivo.

—¡No! —Grité, tirándome delante de Alex, plantando las manos en su pecho y empujando con todas mis fuerzas.

Era un muro, pero se detuvo al sentir mi tacto—. ¡Julian, vete! ¡Ahora!

—Pero, Sienna, necesitas ayuda...

—¡No necesito ayuda! —mentí, desesperada, mirando a Julian a los ojos con una intensidad suplicante.

—Estoy con él porque quiero. Él es mi... marido.

La palabra "marido" hizo que Julian se congelara. Hizo que Alex dejara de respirar durante un segundo.

—¿Marido? —repitió Julian, estupefacto—. ¿Te has casado con... esto?

—Vete, Julian. Por favor. Si eres mi amigo, vete de aquí. Ahora.

Julian miró a Alex por última vez. Vio la promesa de violencia en los ojos del griego.

El instinto de conservación le ganó a la caballerosidad.

—Si me necesitas... estoy en el Baur au Lac —dijo Julian, retrocediendo.

—Si vuelves a acercarte a ella, te mato —advirtió Alex, tranquilo y letal.

Julian dio media vuelta y salió apresuradamente de la tienda, y la campanilla de la puerta tintineó alegremente en contraste con la

brutal escena.

La tienda estaba en absoluto silencio. Las dependientas nos miraban, aterrorizadas, agarrando los teléfonos como si no supieran si llamar a seguridad o a la policía.

Alex se quedó mirando la puerta por la que había salido Julian, con el pecho subiendo y bajando con respiraciones pesadas.

Luego, se giró hacia mí.

Yo esperaba que se calmara. Esperaba que se diera cuenta de que había salvado la situación.

Me equivocaba.

La mirada que me lanzó no contenía ninguna gratitud. Tenía una oscuridad tan profunda, unos celos tan tóxicos, que me dieron ganas de retroceder.

—Vámonos —gruñó.

—Pero el vestido... la bolsa...

Cogió la bolsa del mostrador con un movimiento brusco, sin ni siquiera mirar a la dependienta petrificada.

—Vamos.

Me agarró del brazo, apretando con demasiada fuerza, y me arrastró fuera de la tienda, hacia el frío de la calle, arrojándome dentro del coche negro que nos esperaba en la acera como si fuera una prisionera que hubiera intentado escapar.

El conductor arrancó.

Alex no me miró. Miraba al frente, con la mandíbula apretada y la vena de la sien latiéndole.

Me miré las manos en el regazo. Me temblaban.

El plan pendía de un hilo y la culpa no era de Damon.

Era del celoso monstruo que estaba sentado a mi lado.



Alex GALANIS

Capítulo 19

Entré en la suite y di un portazo con una violencia que hizo temblar las paredes y tintinear la lámpara de cristal como si un terremoto hubiera sacudido Zúrich.

—¿Te has vuelto loco? —gritó Sienna detrás de mí, tirando su bolso de marca al sofá con fuerza.

—¡Casi le rompes la muñeca a un lord británico en medio de la Bahnhofstrasse! ¿Has perdido la cabeza?

Me giré hacia ella, bufando. La furia me nublaba la visión, tiñendo los bordes del mundo de rojo.

No veía la suite de lujo, solo veía el rostro de Sienna, aquel que Julian intentó acariciar.

—¡Debería haberle roto el cuello! —rugí, arrancándome el abrigo y tirándolo al suelo.

—¿"Darling"? ¡Te ha llamado darling! ¡Iba a tocarte la cara, Sienna!

¡Y tú ibas a dejarle!

—¡Es mi amigo de la infancia, Alex! ¡Solo estaba preocupado!

—¡Estaba coqueteando! —Avancé hacia ella, acorralándola contra la pared del salón.

—Soy un hombre, Sienna. Sé lo que estaba pensando. Te miró como si tuviera derechos sobre ti.

Como si te conociera mejor que yo.

—¡Me conoce desde hace veinte años! —Me empujó, pero yo era un muro de piedra.

—¡Forma parte de mi vida, la que tenía antes de que tú lo convirtieras todo en un caos!

—Ah, la vida antes de mí. —Solté una risa cruel, acercando mi rostro al suyo—. Aquella vida segura.

Los tés de la tarde, los partidos de polo, los hombres educados que piden permiso antes de tocar.

¿Es eso lo que quieres? ¿Querías haberte ido con él?

—¡A lo mejor sí quería! —me gritó a la cara, con los ojos llenos de lágrimas de rabia.

—¡Quería a un hombre que no me trate como a una propiedad! ¡No a uno que amenace con dar palizas a la gente en público!

Respiró hondo, con el pecho subiendo y bajando, y entonces soltó lo que llevaba guardado desde hacía cinco años.

—¡Por eso hui, Alex! —La confesión salió como un disparo.

—¡Hui porque eres un maníaco! Te miré y vi esa oscuridad, esa necesidad de control absoluto, y entré en pánico.

—Huiste... —Mi voz bajó, peligrosa.

—¡Sí! ¡Escondí a tu hija durante cuatro años porque tenía miedo de que fuera engullida por esta locura tuya!

No quería que creciera viendo a su padre romper huesos por celos. ¡Quería paz!

¡Y Julian... Julian es la paz que tú me robaste!

Sus palabras fueron ácido en mi piel. Había escondido a Maya no solo por seguridad, sino para protegerla de mí.

De mi naturaleza.

—¿Paz? —Acerqué mi rostro al suyo, gruñendo—. La paz es una mentira para personas débiles, Sienna.

Tú nunca has sido débil. No huiste porque yo sea un maníaco... sino porque sabías que no tenías elección.

Le agarré la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos.

—Eres mía, Sienna. Desde el primer segundo. Desde aquel día en la biblioteca de Oxford, cuando levantaste la vista de aquellos libros y me miraste.

Lo decidí allí. En aquel preciso instante. No quería simplemente salir contigo.

Quería poseerte y consumir cada trozo de tu alma hasta que no quedara espacio para nadie más.

—Estás enfermo... —susurró, pero no retrocedió.

—Soy devoto y ese estirado no duraría ni cinco segundos en mi mundo.

Él no sabría qué hacer con una mujer como tú. Te trataría como si fueras de porcelana.

Yo te trato como a la reina que eres: en el fuego y en la sangre.

—¡Pero ahora no estoy en tu mundo, Alex! ¡Estamos en Suiza! ¡Y casi lo echas todo a perder!

Si hubiera aparecido la policía...

—¡Cállate! —Mi paciencia se desintegró. La lógica desapareció.

El Estratega murió, y la Bestia tomó el mando.

Agarré a Sienna por la cintura y la llevé en volandas por la habitación, ignorando sus protestas y los inútiles puñetazos que me daba en la espalda.

Llegué a la cama king size y la lancé sobre el colchón.

Sienna rebotó en las sábanas blancas, con el pelo esparciéndose como un halo oscuro.

Antes de que pudiera levantarse o huir, ya estaba sobre ella.

Me subí a la cama, a gatas como un depredador, acorralándola contra el cabecero de hierro.

—¡Alex! —jadeó, intentando retroceder, pero no había adónde ir.

—¿Quieres a un hombre civilizado? —susurré, arrancándome la pajarita de seda con un tirón violento.

—Mala suerte. Me tienes a mí, a un maníaco.

Le agarré las muñecas y se las forcé por encima de la cabeza.

Se las até a los barrotes del cabecero con la pajarita, con un nudo rápido y brutal. Estaba expuesta.

El pecho le subía y bajaba frenéticamente, con los ojos muy abiertos, oscilando entre el miedo y la excitación que yo sabía que le corría por las venas.

—¿Qué vas a hacer? —jadeó.

—Voy a asegurarme de que no vuelvas a olvidar nunca más quién es el dueño de esta boca, de esta piel, de este sabor...

Mis manos bajaron hasta su cintura. Llevaba el pantalón negro de sastre.

Una tela elegante, seria... una barrera irritante.

No tuve paciencia para la cremallera. Con ambas manos, agarré la cinturilla del pantalón y tiré con una fuerza salvaje.

El botón saltó, volando por la habitación. El sonido de la tela cediendo fue música para mi rabia.

Le arrastré el pantalón y las bragas de encaje juntos hacia abajo, atrapándole los tobillos, dejándola desnuda de cintura para abajo, abierta a mi mirada hambrienta.

Verla allí: atada, vulnerable, con los muslos pálidos abiertos sobre el edredón oscuro, hizo que me hirviera la sangre.

Era una visión sagrada y profana al mismo tiempo.

—¿Dónde está tu conde ahora? —pregunté, con voz ronca—. ¿Se arrodillaría ante ti así?

¿Tendría el valor de probar tus pecados?

Me arrodillé entre sus piernas. Sujeté sus muslos con mis manos grandes, apretando la carne suave con posesividad, dejando la marca de mis dedos en su piel blanca.

Agaché la cabeza y le mordí la parte interna del muslo. No fue un beso. Fue un mordisco.

Lo bastante fuerte para doler, lo bastante suave para prometer placer.

—¡Ah! ¡Alex! —gritó Sienna, arqueando la espalda, tirando de las ataduras.

—Mía —gruñí contra su piel—. Cada centímetro...

Subí con besos húmedos y calientes por su ingle, sintiendo el olor embriagador que emanaba de su centro. Vainilla y deseo.

Era mi droga. Mi vicio. Cinco años sin ello me habían provocado síndrome de abstinencia, y ahora quería una sobredosis.

Llegué a su centro. Estaba empapada. La prueba física de que, a pesar de sus palabras de odio, su cuerpo me pertenecía.

Le abrí los labios con los pulgares, exponiendo el clítoris hinchado, y enterré mi rostro en ella.

La primera lamida fue larga, lenta, arrastrada de abajo hacia arriba.

Sienna soltó un gemido quebrado, echando la cabeza contra la almohada.

Su sabor explotó en mi boca: dulce, salado, almizclado. Era el sabor de mi perdición.

Era mejor que cualquier whisky, más valioso que cualquier cámara acorazada suiza.

—Tan dulce... —murmuré contra su piel mojada, antes de chuparle el clítoris con fuerza.

—¡Alex... oh, Dios... Alex!

Mi lengua trabajó con una cadencia implacable. No solo le estaba dando placer; estaba reivindicando mi territorio.

La devoraba con hambre, con rabia, succionándola como si fuera la única fuente de agua en el desierto.

Mis manos apretaban sus muslos, manteniéndola abierta, forzándola a recibirlo todo. Sentía sus temblores, los espasmos iniciales.

—Di que eres mía —ordené, apartando la boca un milímetro, dejando que el aire frío le diera en su piel sensible solo para torturarla.

—Di a quién perteneces, Sienna.

—¡Tuya! —lloriqueó, contoneando las caderas, buscando mi boca a la desesperada—. ¡Soy tuya, Alex!

¡Por favor... no pares!

Volví a atacarla, pero esta vez con más violencia. Mi lengua era firme, penetrándola, imitando el acto que vendría a continuación, mientras mis labios sellaban su botón sensible, succionando con una presión que la hizo gritar.

Era adictivo sentir su cuerpo deshacerse para mí. Era el poder absoluto.

Yo controlaba su respiración, su corazón, su placer. Julian jamás entendería eso.

Jamás sabría lo que es tener a una mujer como Sienna deshaciéndose en su lengua, suplicando clemencia.

—Suplica —exigí, vibrando contra ella—. Pídelo.

—Alex, por favor... haz que me corra... ¡ahora! Te necesito... ¡te necesito!

Esa petición fue el detonante.

Aumenté el ritmo, usando la mano para estimular su entrada mientras mi boca hacía el trabajo pesado.

Sienna gritó mi nombre, un sonido largo y agudo que llenó la suite.

Su cuerpo convulsionó contra mi cara, sus paredes palpitaban, su sabor inundaba mi boca mientras ella se corría con una intensidad violenta.

No me aparté. Seguí allí, bebiéndome cada gota de su placer, saboreando mi victoria, hasta que los temblores disminuyeron y cayó lacia sobre el colchón, jadeante, derrotada y magníficamente mía.

Levanté el rostro, limpiándome los labios con el dorso de la mano, sintiendo su sabor en mi boca.

La miré. Estaba destruida de la mejor manera posible.

—Esto... —la señalé, con voz grave y absoluta— ...es lo que pasa en mi mundo, Sienna.

Y no volverás a salir de él nunca más.

Me bajé la cremallera del pantalón. Los preliminares habían terminado. Ahora, iba a terminar lo que había empezado.



Sienna
STERLING

Capítulo 20

El mundo aún daba vueltas.

Mi cuerpo vibraba con los temblores secundarios del orgasmo que Alex acababa de arrancarme con la lengua.

Mis muñecas, atadas al cabecero de hierro con la pajarita de seda, latían en sincronía con mi corazón desbocado.

Yo flotaba en una niebla blanca y caliente, sintiendo su peso salir de entre mis piernas, cuando oí el sonido de la cremallera de su pantalón terminar de bajar.

Instintivamente, separé las rodillas, esperando que se tumbara sobre mí, que me besara y entrara en mí mirándome a los ojos, buscando esa conexión de almas que, a pesar de todo, siempre había existido.

Pero Alex no quería una conexión de almas. Quería demostrar que era mi dueño.

—Date la vuelta —ordenó, con una voz áspera y dominadora.

Antes de que pudiera asimilar la orden, sus grandes manos agarraron mis caderas.

Con un movimiento brusco y autoritario, me giró en la cama.

Solté un suspiro de sorpresa cuando mi pecho fue presionado contra el colchón.

Tiró de mí hacia arriba, obligándome a ponerme a gatas, con las rodillas hundiéndose en el suave edredón.

Mis brazos quedaron estirados hacia delante, aún atados al cabecero.

La posición dejaba mi espalda arqueada y mi desnudez trasera completamente expuesta, ofrecida a él como un sacrificio en el altar de nuestra locura.

Sentí el pecho de Alex rozar mi espalda, el calor de su cuerpo irradiando a través de la ropa que aún llevaba puesta.

Su mano descendió por mi columna, deteniéndose en la base, agarrándome el culo con una firmeza que dejaba marcas.

El griego me separó las nalgas con los pulgares.

Sentí algo húmedo y caliente tocar mi entrada. Saliva...

Se escupió en su propia mano o usó la humedad que traía de mi propia excitación: no lo sabía, y que Dios me perdone, no me importaba.

Sentí el líquido escurrirse, frío y luego caliente, preparando el camino, lubricando la fricción que vendría.

—Alex... —gemí, y la anticipación me apretó el vientre.

—Aguanta —gruñó.

Entonces, entró...

No hubo aviso. Empujó las caderas y me llenó con una sola embestida, larga y gruesa, que me hizo gritar contra la almohada.

La sensación de plenitud fue abrumadora. Era demasiado grande, demasiado intenso, ocupando cada milímetro de mi interior, rozando lugares que llevaban media década dormidos.

Se detuvo un segundo, enterrado hasta la base, dejándome sentir el peso de la invasión.

Su mano izquierda agarró mi cadera, manteniéndome fija, mientras la derecha subía por mi espalda, trazando la línea de mi columna.

Cuando empezó a moverse, retirándose casi por completo para luego golpear contra mí con fuerza, mi mente fue arrojada al pasado.

Oxford... Su apartamento... Las noches en que olvidábamos los estudios, a las familias y al mundo exterior.

Recordé todas las locuras. Follar en el capó de su coche bajo la lluvia.

Cuando me apretaba contra la puerta del baño en las fiestas.

De aquella posesividad que, en su momento, yo llamaba pasión, pero que ahora sabía que era la marca registrada de su alma.

Julian... pobre y dulce Julian.

La imagen del conde cogiéndome de la mano en la tienda me vino a la mente.

Julian haría el amor conmigo a oscuras, con delicadeza, preguntándome si todo estaba bien, preocupado por no hacerme daño.

Me trataría como a una muñeca de porcelana.

Pero Alex...

Alex me follaba como si quisiera romper la muñeca para ver qué tenía dentro.

Aumentó el ritmo, y las embestidas se convirtieron en deliciosos castigos. El sonido de la piel chocando contra la piel

resonaba en la habitación silenciosa.

La cama crujía, protestando contra la violencia de nuestro encuentro.

Por mucho que odiara admitirlo, por mucho que la feminista que llevaba dentro gritara que eso era sumisión... mi cuerpo cantaba.

Me encantaba cómo me agarraba. Me encantaba cómo me dejaba sin suelo, sin control, sin más opción que sentir aquella presión insana.

—Nada ha cambiado... —gruñó, con su respiración pesada dándome en la nuca, sintiendo lo apretada que lo envolvía.

—Cinco años lejos, y este lugar aún sabe quién es su dueño.

De repente, su mano subió y me agarró del pelo por la nuca.

Alex me tiró de la cabeza hacia atrás con fuerza, exponiendo mi garganta, obligándome a arquear aún más la espalda.

El dolor en el cuero cabelludo fue agudo, pero solo sirvió para agudizar el placer que explotaba ahí abajo.

Entonces, cambió de táctica. Mientras una mano me mantenía fija por la nuca, la otra se deslizó, hundiéndose en la humedad entre mis muslos.

Cuando sus dedos encontraron mi clítoris, jadeé, el aire se escapó de mis pulmones.

Empezó a masturbarme con el mismo ritmo implacable y rudo con el que me follaba por detrás, creando un asedio de placer del que no tenía cómo, ni quería, escapar.

Mi mente dio vueltas, y la imagen de Julian vino y desapareció como humo. Julian jamás haría eso.

Jamás me ataría, me pondría a gatas y me sometería en un sexo anal tan salvaje y sucio.

Tendría miedo de romperme. Me pediría permiso.

Alex no... Alex sabía que yo no me rompía, que necesitaba ser tomada de esa forma, llenada y frotada hasta que no quedara nada más que nervios expuestos y obediencia.

Él sabía que, en el fondo, la "princesa" quería ser tratada como su "puta".

—Esto es lo que te gusta... —gruñó, con el pulgar moviéndose frenéticamente sobre mi punto más sensible mientras hundía su polla hasta el fondo en mí, alcanzando aquel lugar al que solo él llegaba.

—Ser mía...

Me soltó el pelo y me agarró por la cintura, aumentando la velocidad a un ritmo frenético, brutal, sin detener el movimiento de los dedos que me volvían loca.

Me aferré a las ataduras, con los nudos de la pajarita apretándome las muñecas, mientras mi cuerpo era sacudido por su fuerza, atacada por dos frentes.

El clímax llegó rápido, violento, en una ola de calor que me cegó.

Grité, mordiendo la almohada para ahogar el sonido, mientras mi cuerpo convulsionaba a su alrededor y contra su mano.

Sentí que Alex se deshacía dentro de mí segundos después, con un rugido gutural que me vibró en los huesos, inundándome.

Cayó sobre mí, su peso me aplastó contra el colchón, sudoroso, pesado y caliente, pero sin salir de dentro de mí.

Nos quedamos allí, jadeantes, enredados.

Me dolían las muñecas. Mi cuerpo estaba dolorido, palpitando con el recuerdo de la invasión. Pero mi mente... estaba en absoluto silencio.

La ansiedad, el miedo al banco, la culpa por haber dejado a Maya... todo había desaparecido bajo el peso de la posesión de Alex.

Me besó el hombro sudado, y su respiración empezó a calmarse, para después subir a desatarme las muñecas.

Cuando la pajarita se soltó, mis brazos cayeron flácidos sobre la sábana, hormigueando por el retorno de la sangre.

Las marcas rojas de la seda estaban ahí, como brazaletes de mi rendición.

Alex no me dio tiempo a recuperar el aliento ni a esconderme.

Con las manos firmes en mis hombros, me dio la vuelta boca arriba, tirando de mí hacia el centro de la cama.

Se cernió sobre mí, apoyado en los antebrazos, enjaulándome. Su rostro estaba cerca, el pelo húmedo pegado a la frente, los ojos ámbar ardiendo con una intensidad que iba mucho más allá del deseo físico que acabábamos de saciar.

Parecía furioso y devastado al mismo tiempo.

Alex me sujetó la cara con ambas manos, acariciándome las mejillas con los pulgares y una fuerza desesperada.

—¡Te amo, joder!

La frase me golpeó con la fuerza física de un impacto.

Abrí mucho los ojos, sintiendo que la sorpresa me paralizaba la garganta. El mundo se detuvo. El sonido de nuestra respiración desapareció.

Le miré, aturdida, intentando asimilar las palabras que habían salido de la boca del hombre que, minutos antes, me había tomado con tanta violencia.

Yo esperaba posesividad. Esperaba lujuria. Tal vez incluso un perdón distorsionado. Pero, ¿amor? ¿Tras cinco años de silencio?

¿Después de toda la rabia que demostró en la tienda?

Se me abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Estaba desnuda, marcada, sucia y completamente expuesta, y él me estaba dando lo único que yo creía haber perdido para siempre.

Alex apoyó la frente en la mía, cerrando los ojos con fuerza, como si la confesión le doliera físicamente.

—Siempre te he amado —susurró, con una voz ronca y quebrada, vibrando contra mi piel.

—Desde el primer día. Cada segundo de estos cinco malditos años.

Abrió los ojos de nuevo, y vi una vulnerabilidad en ellos que me partió el corazón.

—Acabaste conmigo cuando desapareciste, Sienna. Me destruiste.

Me convertí en esto... en este monstruo frío que ves ahora... porque la única parte buena que me quedaba se fue contigo aquella noche.

Te busqué en cada rincón, en cada cama, en cada botella, y nunca estabas allí.

Una lágrima solitaria, pesada, se escapó de mi ojo y resbaló hacia la almohada.

Levanté la mano temblorosa hacia su rostro, tocándole la barba de varios días.

—Alex...

Giró el rostro, besando la palma de mi mano con fervor, antes de mirarme con aquella oscura determinación que yo conocía tan bien.

—Nunca más —prometió, y su voz se endureció, volviendo a ser el Lobo.

—No volveré a dejar que salgas de mi vida de nuevo.

No me importa lo que pase en el banco. No me importa a quién tenga que matar. Tú te quedas.

Selló la promesa con un beso. No fue salvaje como el sexo, ni suave como una disculpa.

—Vamos a recuperar lo que es nuestro —murmuró contra mi boca.

—Y después volveremos a casa, con nuestra hija, y nos casaremos.

Abrí ligeramente los ojos, pero no me dio margen para discutir. Me sujetó la barbilla, manteniendo firme la mirada.

—No es una petición, Sienna. Es un hecho. Eres mía. Siempre lo has sido, incluso cuando intentaste huir.

Y voy a asegurarme de que todo el mundo lo sepa.

Voy a ponerte un anillo en el dedo y a atarte a mí de todas las formas que la ley y la iglesia permitan.

Nunca más voy a dejar que te alejes...

Asentí, sintiendo las lágrimas mojarme la cara. No había miedo en aquella imposición, solo la seguridad de un lazo inquebrantable.

La guerra no había terminado, pero la batalla entre nosotros dos... esa había concluido con mi rendición absoluta.

—Yo también te quiero —susurré de vuelta.

Alex sonrió. Una sonrisa cansada, pero genuina y triunfante.

—Lo sé.

Rodó hacia un lado, tirando de mí hacia su pecho, tapándonos con el edredón.

Acomodé la cabeza en el hueco de su cuello, escuchando cómo se desaceleraba su corazón.

Estábamos en el ojo del huracán. El peligro nos rodeaba en Zúrich.

Sin embargo, allí, en aquella cama, envuelta por su olor, con sus marcas en mi cuerpo y la promesa de un futuro grabada en mi piel, sabía que estaba a salvo.

El monstruo me amaba. Iba a casarse conmigo y esa era la arma más peligrosa que yo poseía.

Nos quedamos allí unos minutos más, el mundo exterior quedó suspendido.

No obstante, el tiempo en Zúrich no se detenía, y la realidad empezó a infiltrarse en nuestra burbuja de sábanas y sudor.

Alex me besó en la coronilla y se apartó un poco para mirar el reloj de pulsera que ni siquiera se había quitado durante nuestra tormenta.

—Tenemos que movernos —dijo, con una voz que aún era grave, rasposa por el sexo.

Me quejé, hundiendo el rostro en su pecho, sintiendo su piel caliente y sólida.

—No quiero. Quiero quedarme aquí. Quiero fingir que el mundo exterior no existe.

—Yo también, agapi mou. —Me pasó la mano por la espalda desnuda, trazando las vértebras de mi columna con una delicadeza que contrastaba con la fuerza bruta de momentos atrás.

—Me pasaría el resto de la vida en esta cama contigo.

Pero Henriarch nos espera y ese vestido rojo tiene que usarse.

Se sentó en la cama, y el movimiento hizo que los músculos de su espalda se ondularan.

Me senté yo también, tirando de la sábana para cubrir mi cuerpo, sintiéndome flácida, deliciosamente dolorida y marcada.

Alex se levantó. Estaba desnudo, magnífico y sin pudor, caminando por la habitación como el dios griego que era.

Me tendió la mano.

—Vamos. Una ducha.

Miré su mano, y luego sus ojos ámbar, que brillaban con picardía.

—¿Una ducha contigo? —Arqueé una ceja, desconfiada.

—La última vez que nos metimos juntos en la ducha, nos perdimos la cena y rompimos la jabonera.

Si entramos ahí ahora, no saldremos antes de medianoche.

Alex se rio. Un sonido leve, raro, que me calentó el pecho.

—Prometo portarme bien —dijo, poniéndose la mano sobre el pecho, donde su corazón latía con fuerza.

—¿Tú? ¿Portarte bien? —me burlé, aceptando su mano y dejándome arrastrar fuera de la cama.

Me flaquearon un poco las piernas, y él me sujetó por la cintura al instante.

—Palabra de honor. —Esbozó una sonrisa torcida, aquella sonrisa de niño travieso que ocultaba al resto del mundo.

—Solo agua caliente y jabón. Necesito quitarme mi olor de encima de ti y relajar estos músculos que he... forzado.

Me sonrojé violentamente al recordar la sensación de él llenándome.

Alex me guio hacia el baño de mármol, abriendo el grifo de la bañera y el de la ducha doble.

El vapor empezó a subir, convirtiendo el espejo en niebla.

Se giró hacia mí en la entrada de la cabina de ducha, sujetándome la cara y dándome un beso rápido.

—Además —susurró contra mis labios, mientras sus ojos volvían a ponerse serios y centrados— no podemos llegar tarde.

Tenemos que cumplir unos horarios, mi futura esposa.

El nuevo título hizo que mi corazón se saltara un latido.

—¿Horarios?

—Sí. —Me guiñó un ojo—. Tenemos que vestirnos, colarnos en una fiesta de gala y robar un banco.

Sonreí, sintiendo que la adrenalina volvía a correrme por las venas, mezclándose con el amor recién confesado.

—Pues vamos —dije, metiéndome en el agua con él—. La cámara acorazada no se va a abrir sola.



Alex GALANIS

Capítulo 21

Si el infierno existe, debe de ser exactamente así: tener a la mujer de tu vida delante de ti, vestida para matar, y no poder tocarla, porque tienes que salvar el mundo.

Sienna estaba terminando de ponerse los pendientes de diamantes frente al tocador.

El vestido rojo, aquel maldito vestido que habíamos comprado antes, escurría por su cuerpo como sangre líquida.

Tenía la espalda descubierta, revelando la curva de la columna que yo había besado y marcado hacía menos de una hora.

La abertura lateral subía peligrosamente por el muslo, provocando la imaginación de cualquier hombre que tuviera la suerte o la desgracia de mirarla.

Yo estaba apoyado en el marco de la puerta, ya vestido con mi esmoquin, con las manos en los bolsillos para ocultar mis puños

apretados.

Lo único que quería era decirle que se lo quitara. O, mejor dicho, romperle eso, tirarla a aquella cama deshecha y pasarme toda la noche metido en ella, olvidándome de bancos, mafias y venganzas.

Mi mente viajó a Oxford. A los pasillos de la biblioteca.

A aquella vez que la arrastré a un armario de suministros durante un baile de la universidad.

Por aquel entonces llevaba un vestido azul. Ni siquiera nos quitamos la ropa.

Me limité a levantarle la falda y la apreté contra las estanterías de los productos de limpieza, acallando sus gemidos con mi boca, mientras los estudiantes pasaban por el pasillo de fuera.

El recuerdo hizo que se me pusiera la polla dura al instante.

Quería volver a hacerlo. Quería empujarla contra la pared de este hotel y recordarle quién era.

Pero no podía.

Miré el reloj. Las nueve de la noche.

Maya. La seguridad de mi hija. La vida de mi familia. Todo dependía de que saliéramos por esa puerta.

El deseo tendría que esperar.

Respiré hondo, forzando al "Estratega" a tomar el control sobre el "Amante".

Caminé hacia ella. Sienna me vio por el espejo y se detuvo, con un pintalabios rojo en la mano.

—¿Llegamos tarde? —preguntó.

—Llegamos a la hora justa. El retraso es elegante. —Me paré detrás de ella, poniéndole las manos en los hombros desnudos.

Su piel estaba caliente—. Pero falta una cosa.

Frunció el ceño.

—¿Falta algo? Llevo los pendientes, el bolso, el arma en la liga...

—Falta esto.

Saqué la cajita de terciopelo negro del bolsillo del esmoquin.

Había llamado a Nikos mientras ella se duchaba.

Le ordené que pusiera patas arriba las joyerías de Zúrich y me trajera el mejor solitario que encontrara en treinta minutos.

Nikos, eficiente como siempre, trajo un diamante de talla esmeralda que costaba más que el coche blindado de ahí abajo.

Sienna miró la caja, luego a mí, con los ojos muy abiertos.

—Alex...

Abrí la caja. El diamante brilló bajo la luz de la lámpara.

—Dije que nos íbamos a casar, Sienna. Y yo no hago promesas vacías. —Saqué el anillo de la caja.

—No es el anillo de mi abuela, que está en la caja fuerte en Atenas. Ese será tuyo cuando volvamos.

Pero este... sirve para avisar a cada hombre en ese salón de que tienes dueño.

Le cogí la mano izquierda. Le temblaba un poco. Deslicé el anillo por el dedo anular. Le quedó perfecto.

—Vas a entrar a ese baile como mi prometida —decreté, besándole la mano, sobre la joya.

—Como la futura señora Galanis.

Sienna miró el anillo, emocionada, y luego levantó el rostro hacia mí. Había un brillo feroz en su mirada.

—La futura señora Galanis está lista para robar un banco contigo.

Sonreí.

—Entonces, vamos.

El salón principal del banco había sido transformado. Donde normalmente reinaba el silencio y las transacciones millonarias, ahora había una orquesta de cuerdas, camareros sirviendo Dom Pérignon y la mayor concentración de riqueza por metro cuadrado de Europa.

Cuando entramos, varias cabezas se giraron.

Sienna Sterling llevaba años sin aparecer en público. Su regreso, vestida de rojo sangre, del brazo de un hombre que exudaba peligro, detuvo la música por un segundo.

Sentí que su cuerpo se ponía rígido a mi lado. Le apreté la mano sobre mi brazo.

—Barbilla alta —susurré—. Tú eres la reina de este tablero. Ellos son solo peones con cuentas bancarias abultadas.

Enderezó la postura, asumiendo la máscara de la "Princesa de Hielo".

Avanzamos por el salón.

Los tiburones no tardaron en oler la sangre.

—¡Sienna! ¡Querida! —Se acercó un anciano, con cara de poseer la mitad de la industria farmacéutica.

—¡Pensábamos que te habías retirado a los Alpes para siempre!

—Lord Cavendish —respondió Sienna con una sonrisa fría y educada.

—Los Alpes son encantadores, pero Zúrich tiene su encanto.

Los ojos del viejo se desviaron hacia mí, curiosos y cautelosos.

—¿Y este es...?

—Alex Galanis —respondí, tendiéndole la mano. Su apretón fue firme, pero el mío fue de acero.

—El prometido.

Un murmullo recorrió el pequeño grupo que se formó a nuestro alrededor. El apellido "Galanis" era conocido.

No por las columnas de sociedad, sino por los informes de riesgo financiero y los rumores portuarios.

—Galanis... —Otro hombre, un naviero italiano, entornó los ojos—. ¿De Galanis Shipping?

—Exactamente —confirmé, manteniendo un tono suave, pero autoritario.

—He oído que su flota domina las rutas del Mediterráneo Oriental —sondeó el italiano, intentando ver a través de mi fachada.

—Dicen que transportan... de todo.

Era una insinuación. Sabía que "de todo" incluía cosas que no pasaban por aduanas.

Sonreí, la sonrisa corporativa que usaba para blanquear dinero.

—Somos especialistas en logística compleja, signore. Tecnología, maquinaria pesada, obras de arte.

El mundo necesita moverse, y mi familia se asegura de que lo haga rápido y sin burocracia.

Nuestros negocios están... diversificados.

—Y son muy lucrativos, imagino —comentó el italiano, mirando el diamante en la mano de Sienna.

—Lo suficiente para mantener feliz a la mujer más exigente de Inglaterra —respondí, acercando a Sienna y besándole la sien.

Sienna se rio, una risa cristalina y falsa que encantó a todos.

—Alex es modesto —dijo, tocándome el pecho.

—No solo mueve el mundo, también lo construye. Nos estamos expandiendo hacia la tecnología de ciberseguridad.

Estaba jugando al juego. Plantando la semilla: seguridad y tecnología.

Exactamente lo que necesitábamos para justificar cualquier conversación técnica que yo tuviera que tener.

Mientras ella mantenía ocupados a los buitres con historias sobre nuestro "romántico compromiso en Mikonos", mis ojos barrieron el salón.

No miraba las joyas ni las obras de arte, estaba contando los guardias.

Dos en la entrada principal. Uno cerca de la escalera este. Cámaras giratorias cada diez metros en el techo.

Allí, al fondo del salón, cerca de una puerta de roble custodiada por dos armarios de traje, estaba Henriarch, el director.

Estaba hablando con una pareja de rusos.

Le apreté la cintura a Sienna discretamente. Me miró. Le indiqué la dirección con los ojos.

—El objetivo está a las doce —susurré en su oído, fingiendo una caricia.

—Es hora de saludar al tío Henri.

Sienna respiró hondo.

—Vamos allá.

Caminamos hacia él. Yo sentía la fría arma en la sobaquera bajo el brazo izquierdo, presionada contra mis costillas.

Sentía el peso de la responsabilidad.

Esta noche no terminaría con un vals. Terminaría con una caja fuerte abierta o con sangre en el mármol.

Al mirar a Sienna con aquel vestido rojo, juré que la única sangre derramada no sería la suya.



Sienna
STERLING

Capítulo 22

El segundo asalto con Henriarch sería más peligroso que el desayuno.

Por la mañana, entre cruasanes y café solo, fui la heredera nostálgica que buscaba consejo en el viejo amigo de papá.

Sin embargo, allí, bajo las lámparas de cristal y la música de la orquesta, necesitaba ser el cebo perfecto.

Vi a Henriarch cerca de la fuente de champán. Parecía un buitre con un esmoquin de tres mil francos, con ese bronceado eterno de St. Moritz y unos ojos que calculaban el saldo bancario de todos en la sala.

—Ma chérie! —Sonrió al vernos acercar, alzando la copa en un brindis.

—Me hace inmensamente feliz que hayas venido. Nuestra conversación de esta mañana me ha dejado nostálgico todo el día.

—No me lo perdería por nada, tío Henri. —Dejé que me besara la mano, manteniendo mi sonrisa impecable.

—Y, como prometí esta mañana, he traído compañía.

Di un paso a un lado, atrayendo a Alex hacia la luz.

Alex asumió el papel a la perfección. No era el hombre que me había atado a la cama hacía una hora, ni el monstruo que juró encerrarme para siempre.

Era el director ejecutivo carismático, relajado, pero con ese toque de peligro que fascinaba a la aburrida élite.

—Henriarch, Sienna habla mucho de usted —dijo Alex, tendiéndole la mano con una firmeza calculada—. Alex Galanis.

—Galanis... —Henriarch le estrechó la mano, comprobando su fuerza, con los ojos brillando de curiosidad.

—Sí, Sienna mencionó en el desayuno que su prometido era un hombre de... recursos sustanciales. Transporte marítimo, ¿verdad?

—Y algunas adquisiciones agresivas en el sector tecnológico —respondió Alex con una sonrisa depredadora.

—Nos gusta mantener el mercado dinámico. Sienna me ha convencido de que la discreción suiza es lo que nos falta en este momento.

La codicia brilló en los ojos de Henriarch. Yo había plantado la semilla por la mañana, y Alex la estaba regando ahora.

—Han venido al lugar adecuado, señor Galanis. El Souveraine es una cámara acorazada, no solo un banco.

En ese momento, el móvil de Alex vibró en el bolsillo interior del esmoquin.

Lo sacó, miró la pantalla y frunció el ceño con una expresión de fastidio teatral.

—Pido disculpas —dijo Alex, cambiando el tono a una irritación profesional.

—Es mi director de operaciones en Singapur. El huso horario es un infierno.

Tenemos una carga retenida en la aduana que necesita mi autorización de seguridad ahora mismo.

Mi corazón se desbocó. Era la señal.

Henriarch hizo un gesto magnánimo.

—Los negocios nunca duermen, querido amigo. Póngase cómodo. Hay una terraza tranquila justo ahí fuera, si necesita mejor señal.

Alex me miró. Me sujetó la cara con una mano, acariciándome la mejilla con el pulgar.

Para cualquiera que mirara, era la caricia de un prometido apasionado. Para mí, era la orden final: Mantenlo aquí.

—Vuelvo en veinte minutos, querida —dijo, mirándome al fondo de los ojos.

—No dejes que Henri te robe de mi lado.

—No tardes —respondí, sonriendo, mientras se me hacía un nudo en el estómago.

Alex se alejó, caminando hacia las puertas de la terraza con el teléfono en la oreja. Lo observé por el rabillo del ojo.

En cuanto pasó por una columna de mármol y salió del campo de visión de Henriarch, se desvió hacia la izquierda, en dirección al pasillo de servicio.

En un segundo estaba allí, al siguiente, había desaparecido.

Respiré hondo. Ahora me tocaba a mí.

Me giré hacia Henriarch, encendiendo mi encanto al máximo.

—Los hombres y sus imperios —suspiré, poniendo los ojos en blanco de forma cómplice—. No puede desconectar.

—Es la señal de un hombre de éxito, Sienna. Tu padre era igual. —Henriarch me ofreció el brazo.

—Pero dime, ¿son ciertos los rumores? ¿Pensáis centralizar las operaciones de Galanis Shipping aquí?

Le acepté el brazo, caminando despacio por el salón.

—Alex está... insatisfecho con Ginebra. Cree que la seguridad de allí está obsoleta. Estamos hablando de mover nueve cifras, Henri.

Necesita garantías absolutas.

—¿Nueve cifras? —Los ojos de Henriarch se dilataron. El cebo de oro había sido mordido.

—¿Y has encontrado el camino hacia los brazos de un griego peligroso para administrar esa fortuna?

—Una voz femenina y afilada interrumpió nuestra negociación.

Me giré y vi a Lady Vanesa y a su séquito de socialités acercándose. Los buitres.

Mujeres que se alimentaban de cotilleos y escándalos.

—Vanesa —la saludé, fría, sin soltar el brazo de Henriarch.

—Veo que aún no has cambiado de cirujano plástico. ¿Ese de París te sigue estirando demasiado los ojos?

Henriarch se rio, atragantándose con el champán, mientras Vanesa se ponía roja de rabia.

—Sigues igual de mordaz, Sienna. —Vanesa entrecerró los ojos—. Pero todos tenemos curiosidad. ¿Un Galanis?

¿No son un poco... complicados? Dicen que su dinero viene de lugares donde no brilla el sol.

Sentí el peso del arma en mi muslo, bajo la seda del vestido.

—El dinero de todos los que están aquí viene de lugares cuestionables, Vanesa.

La diferencia es que Alex no finge ser un santo.

Y él es... —Toqué el anillo de compromiso, dejando que el diamante brillara bajo la lámpara—. ...extremadamente persuasivo.

—Parece saber lo que quiere —comentó Henriarch, volviendo a centrarse en el negocio.

—Y sobre la seguridad, querida mía, dile que no tiene nada de qué preocuparse.

—Es detallista, Henri. Querrá saber cómo funciona el sistema.

—¡El sistema es una obra de arte! —Henriarch sacó pecho, con el ego hablando más alto que la prudencia.

—Yo mismo tengo el único acceso maestro remoto. Nadie entra en la cámara acorazada de nivel 5 sin que mi reloj —se dio unos golpecitos en la muñeca, donde descansaba un Patek Philippe — reciba una alerta biométrica y una solicitud de código.

Bingo.

El reloj. La alerta iba a su reloj.

Miré discretamente su muñeca. Era un modelo modificado, disfrazado de clásico, pero conectado al sistema del banco.

Si Alex intentaba hackear la cámara acorazada o forzar la entrada biométrica ahí abajo, el reloj vibraría y pediría la contraseña del director.

Tenía que quitarle aquel reloj. O asegurarme de que no viera la alerta.

—Fascinante —murmuré, sintiendo que el pánico empezaba a subirme por la garganta.

—Papá siempre decía que estabas años por delante de tu tiempo.

Miré el gran reloj de pared del salón. Habían pasado cinco minutos.

Alex ya debía de estar en el hueco del ascensor. Si tocaba el panel equivocado...

De repente, pasó un camarero con una bandeja. Dejé mi copa en ella con un movimiento brusco.

Una idea loca y arriesgada cruzó por mi mente.

—Henri, esta música es divina —dije, cortando la conversación técnica—. ¿Recuerdas cómo le gustaba a papá el vals?

—Por supuesto.

—Baila conmigo. —Sonreí, con la sonrisa más seductora y peligrosa que fui capaz de fingir—. Por favor.

Por los viejos tiempos y para celebrar el futuro depósito de los Galanis.

Henriarch sonrió, halagado.

—Será un honor.

Me condujo a la pista de baile. La orquesta tocaba Strauss.

Mientras dábamos vueltas, le puse la mano en el hombro y con la otra le sujeté la mano izquierda.

Mis dedos rozaron la correa de cuero del reloj.

Tenía que estar cerca. Si aquel reloj vibraba, tendría unos segundos para impedir que lo mirara.

—Estás tensa, querida mía —observó Henriarch mientras dábamos vueltas.

—Es la emoción de estar de vuelta —mentí, sonriendo, mientras mi mente gritaba: Corre, Alex. Corre.

Fuera, la nieve caía. Aquí dentro, yo bailaba con el guardián del tesoro, sujetándole la muñeca como si mi vida dependiera de ello.

Porque dependía.



Alex GALANIS

Capítulo 23

En cuanto la pesada puerta de servicio se cerró tras de mí, el sonido del vals de Strauss murió.

El calor del salón de baile fue sustituido por el frío clínico del aire acondicionado industrial.

El olor a perfume caro dio paso al olor a ozono, a productos de limpieza y a electricidad estática.

Saqué el auricular del bolsillo y me lo puse en la oreja, aunque mantuviera silencio de radio.

Me solté la pajarita, dejándola colgando del cuello, y me desabroché la chaqueta del traje para tener acceso rápido a la Glock 43 en la funda de la axila y al cuchillo de combate sujeto en la base de la espalda.

El cronómetro de mi mente empezó la cuenta atrás. Diecisiete minutos.

Avancé por el pasillo. Mis zapatos de cuero italiano, hechos a medida con suelas de goma silenciosas para ocasiones exactamente como esa, no hacían ruido en el suelo de linóleo.

Primer obstáculo: acceso al montacargas.

Doblé la esquina y vi al guardia. Un hombre corpulento, con uniforme táctico gris, armado con un subfusil MP5.

Estaba aburrido, mirando el móvil.

Error de aficionado.

Avancé como una sombra. Cuando se dio cuenta del movimiento periférico y empezó a levantar la cabeza, yo ya estaba encima de él.

Mi mano izquierda le tapó la boca, ahogando su grito.

Mi mano derecha le golpeó el lateral del cuello con la precisión de un cirujano, dándole en el nervio vago.

Se desmayó al instante, y sus rodillas cedieron.

Sujeté su cuerpo antes de que llegara al suelo y lo arrastré hasta el interior de un armario de la limpieza que estaba sin llave.

Le cogí la tarjeta de acceso del cinturón.

—Que duermas bien —murmuré, cerrando la puerta.

Usé la tarjeta en el ascensor. El panel parpadeó en verde. Nivel -5: La Cámara Acorazada.

Mientras el ascensor bajaba, preparé mi equipo. Conecté el decodificador portátil, un dispositivo negro del tamaño de una cajetilla de tabaco, a mi teléfono.

Las puertas se abrieron. El pasillo de la cámara era un túnel blanco, iluminado por luces LED demasiado potentes.

Había cámaras cada tres metros.

Pero yo conocía el sistema. Henriarch era arrogante, y la arrogancia engendra pereza.

Las cámaras tenían un retraso de dos segundos en el ciclo de grabación para ahorrar almacenamiento en la nube.

Dos segundos eran una eternidad para quien sabía moverse.

Corrí. Me deslicé por debajo del campo de visión de la primera cámara, rodé hacia el punto ciego de la segunda y usé el decodificador para alterar la señal de la tercera, congelando la imagen en un bucle vacío.

Llegué a la antesala de la cámara principal.

Dos guardias. Estos no estaban con el móvil. Estaban alerta, de pie frente a la enorme puerta circular de acero cromado.

Me vieron.

El de la izquierda se llevó la mano a la radio. El de la derecha se llevó la mano a la funda.

No había tiempo para sutilezas. Saqué el cuchillo arrojadizo de mi cintura y lo lancé con un movimiento fluido.

La hoja giró en el aire y le dio en la mano al guardia de la radio, clavándosela en el panel de madera de la pared.

Gritó, soltando el aparato.

Mientras el primero gritaba, avancé hacia el segundo. Sacó su arma, pero le desvié el cañón hacia arriba con mi antebrazo izquierdo y le hundí mi puño derecho en el plexo solar.

El aire salió de sus pulmones con un sonido horrible.

Giré mi cuerpo, pasándole por detrás, y le apliqué un mataleón. Tres segundos de presión en la carótida. Se quedó sin fuerzas.

El primer guardia, el del cuchillo, intentaba arrancarse la hoja de la mano con la mano buena, con los ojos muy abiertos por el terror.

Caminé hacia él; dejó de forcejear y vio en mis ojos que yo no estaba allí para negociar.

—El código de emergencia —exigí, con calma.

—Vete a la mierda...

Le pegué un puñetazo en la sien. Cayó inconsciente al lado de su compañero.

Despejé el camino y me puse frente a la puerta de la cámara acorazada del Banque Souveraine, una bestia de diez toneladas.

No había explosivo que pudiera abrirla sin echar abajo el edificio entero.

Conecté el decodificador al puerto de datos del panel biométrico.

Mis dedos volaron sobre el teléfono, ejecutando el script que había preparado.

Rompiendo encriptación de nivel 1... Éxito. Bypasseando el teclado numérico... Éxito.

El panel pitó. Las luces se pusieron amarillas.

Llegué a la última capa. La capa imposible.

El monitor parpadeó en rojo: AUTORIZACIÓN BIOMÉTRICA DEL DIRECTOR NECESARIA. ENVIANDO SOLICITUD AL DISPOSITIVO MAESTRO.

Me quedé helado.

Allí estaba. El sistema estaba enviando una señal silenciosa a Henriarch arriba.

Vería "ACCESO NO AUTORIZADO A LA CÁMARA 5" y apretaría el botón del pánico... Vendrían los guardias, vendría la policía y el juego se habría acabado.

Tenía las armas en la mano, listo para el tiroteo final. Miré el cronómetro.

Doce segundos desde el envío de la señal.

Lo normal sería un bloqueo inmediato. Diez segundos. Quince segundos.

Vamos, Sienna... pensé, sintiendo el sudor frío corriéndome por la espalda. Haz algo. Tírale una bebida encima. Bésalo.

Haz cualquier mierda, pero no dejes que se dé cuenta de la intrusión.

El silencio en el sótano era ensordecedor.

Y entonces, el panel hizo un sonido diferente. Un sonido musical, suave.

La luz roja parpadeó una vez... y se puso verde.

El texto de la pantalla cambió: ACCESO AUTORIZADO - HENRIARCH.

Solté el aire que ni siquiera sabía que estaba aguantando, y una risa incrédula se escapó de mis labios.

Lo había conseguido.

No sabía cómo. No sabía si había bailado con él, si le había robado o si había usado ese encanto letal para distraerlo en el segundo exacto en que yo invadí la cámara acorazada.

Pero Sienna lo había conseguido.

Me había abierto la puerta. Los cierres hidráulicos de la puerta gigante empezaron a girar, con el sonido de unos engranajes pesados en movimiento.

El sello de aire se rompió con un siseo. La puerta se abrió y entré en el santuario.

Las paredes estaban forradas de cajas de depósito de metal y el ambiente olía a dinero viejo y a papel.

Fui directo a la sección 300. Damon Galanis. O, mejor dicho, su empresa tapadera, Chimera Holdings.

Caja 312.

Utilicé la ganzúa electrónica en la sencilla cerradura de la caja. Clic. Abrí la caja de metal.

No había dinero. Había algo mucho más valioso.

Dos libros de contabilidad con tapas de cuero negro y un disco duro externo donde debían de estar las criptomonedas.

Abrí el primer libro. Eran registros manuales de pagos. Nombres de mercenarios. Rutas de tráfico de armas.

Sobornos a oficiales griegos y las cuentas numeradas donde se ocultaba el resto de su liquidez.

Era su vida y el oxígeno que le quedaba.

Lo cogí todo. Lo metí en la bolsa impermeable que llevaba colgada a la espalda.

Dejé una única cosa dentro de la caja vacía de Damon.

Saqué del bolsillo una pieza de ajedrez que llevaba conmigo. Un peón negro... aplastado.

Cerré la caja. Salí de la cámara acorazada. La puerta empezó a cerrarse automáticamente detrás de mí. Miré el panel.

EL SISTEMA SE REINICIARÁ EN 30 SEGUNDOS.

Tenía treinta segundos para salir del sótano antes de que el sistema de seguridad se reiniciara y se diera cuenta de que la autorización había sido forzada.

Corrí. Salté por encima de los cuerpos de los guardias inconscientes. Entré en el ascensor.

Mientras la cabina subía, me pasé la mano por el pelo, me arreglé la pajarita y me abroché la chaqueta del traje, ocultando la Glock y el sudor.

Cuando las puertas se abrieron en la planta baja, en el pasillo de servicio, respiré hondo, componiendo mi máscara.

Tenía a una prometida a la que recoger en la pista de baile.



Sienna
STERLING

Capítulo 24

Un, dos, tres. Un, dos, tres.

Daba vueltas en los brazos de Henriarch al son del vals, pero la única música que yo oía era el latido ensordecedor de mi propio corazón.

Tenía las manos heladas, con sudores fríos dentro de los guantes invisibles del miedo.

Miraba fijamente a su muñeca izquierda. El Patek Philippe plateado descansaba allí, una esposa de cuero y tecnología que guardaba el destino de mi familia.

De repente, ocurrió.

Sentí la vibración. No fue un sonido, fue un zumbido discreto que corrió desde su muñeca hasta mi mano, que estaba apoyada en su hombro.

El reloj se iluminó. Una luz roja y discreta parpadeó bajo la esfera de cristal.

Henriarch dejó de bailar al instante. Frunció el ceño, soltándome de la cintura para levantar el brazo y comprobar la alerta.

—Qué es es... —empezó a decir.

El pánico estalló en mi pecho. Si veía el mensaje "ACCESO NO AUTORIZADO", Alex estaría muerto.

No pensé. Actué.

—¡Ah! —Solté un grito ahogado, llevándome la mano a la frente.

—¿Sienna?

—Henri... yo... el salón me da vueltas... —Simulé un tropiezo, dejando caer todo el peso de mi cuerpo contra el suyo.

Fue un movimiento desesperado. Le agarré el brazo izquierdo, el del reloj, con ambas manos, como si intentara sujetarme para no caer al suelo.

Henriarch, pillado por sorpresa por mi "desmayo", intentó ampararme instintivamente.

—¡Querida mía! ¡Que alguien traiga una silla! —le gritó al salón.

En el caos de aquel segundo, mientras me resbalaba hacia el suelo arrastrando su brazo conmigo, mis dedos trabajaron con la destreza de una ladrona que nunca supe que era.

Apreté el cierre oculto de la correa. El reloj se soltó.

Cayó en la palma de mi mano, oculto por los pliegues de mi voluminoso vestido mientras yo colapsaba en el frío mármol.

Henriarch se arrodilló a mi lado, preocupado.

—¡Sienna! ¿Me oyes?

Yo estaba tumbada en el suelo, y la cabeza me daba vueltas de verdad por culpa de la adrenalina.

Bajo la tela del vestido, mis dedos tantearon el reloj robado.

Sentí el botón lateral. La pantalla estaba activa. Pulsé lo que esperaba que fuera la confirmación.

Recé para que su huella dactilar residual en el cristal o el simple hecho de que el dispositivo estuviera "cerca" fuera suficiente.

Por favor, Alex. Por favor...

—¡Agua! ¡Traigan agua! —Henriarch me abanicaba la cara—. ¡Está tan pálida como un fantasma!

La música paró. El salón se quedó en silencio. Un círculo de curiosos se formó a nuestro alrededor.

Necesitaba devolverle el reloj antes de que se diera cuenta de que tenía la muñeca desnuda.

Dejé escapar un gemido, abriendo los ojos despacio.

—Henri... —susurré, débil—. Lo siento... no sé qué ha pasado... ha sido un mareo repentino.

Me sujetó la mano libre.

—No te esfuerces. Vamos a llamar a un médico.

—¡No! —Mi voz salió más alta de lo que pretendía—. No hace falta médico.

Es solo que... —Me llevé la mano a la barriga, en un gesto calculado y universal—. He sentido estas náuseas últimamente.

Por la mañana... y ahora con el calor...

Un murmullo colectivo recorrió el salón. Embarazada. La palabra no dicha quedó flotando en el aire como humo.

La expresión de Henriarch pasó de la preocupación a una iluminada comprensión.

—Oh... entiendo. Bueno, eso lo cambia todo.

Aproveché el momento de distracción colectiva. Mientras me ayudaba a sentarme, aún arrodillado, fingí apoyarme en su brazo de nuevo para ponerme de pie.

Con un movimiento rápido y tembloroso, le deslicé el reloj de vuelta a su muñeca y apreté el cierre.

Fue un movimiento torpe. La correa le pellizcó la piel.

Henriarch se miró la muñeca, confuso.

—¿Qué...?

—¡El truco del embarazo! —La voz estridente de Lady Vanesa cortó el aire antes de que Henriarch pudiera asimilar el roce en el brazo.

Vanesa rompió el círculo de personas, apuntándome con el dedo con una sonrisa venenosa.

—¡No seáis idiotas! —gritó, mirando a la sorprendida élite.

—¿Desaparece durante cinco años, vuelve con un mafioso griego y ahora está "mareada"?

¡Es el truco más viejo del mundo! ¡Está intentando atrapar al hombre con un bebé!

Qué vergüenza, Sienna Sterling. Tu madre se moriría de disgusto.

El escándalo fue instantáneo. El murmullo estalló. Ya nadie miraba al director del banco, a los relojes ni a los guardias de seguridad.

Todo el mundo se quedó mirando mi barriga y a mi acusadora.

Yo estaba temblando, con sudores fríos, pero no por la acusación. Lo había conseguido. El reloj estaba en su muñeca.

La alerta había sido ignorada.

¿Pero dónde estaba Alex?

—¡Vanesa, un poco de modales! —intentó intervenir Henriarch, levantándose.

—¿Modales? ¡Estoy diciendo la verdad! —continuó Vanesa, deleitándose con la atención—. ¡Está arruinada y desesperada!

—¿Arruinada?

La voz grave, tranquila y peligrosamente aterciopelada llegó desde detrás de la multitud.

El grupo de personas se abrió como el Mar Rojo.

Alex Galanis caminó por el pasillo humano. Iba impecable. Ni un pelo fuera de su sitio.

El esmoquin estaba bien colocado y su respiración era tranquila. Nadie diría que acababa de asaltar una cámara acorazada de alta seguridad.

Caminó hacia mí, ignorando a los demás por completo. Su mirada se cruzó con la mía.

Vio el pánico, el sudor, el miedo en mis ojos y sonrió. Una sonrisa que decía: Lo tengo.

Se acabó.

Alex se agachó y me ayudó a levantarme con infinita delicadeza.

Me pasó el brazo por la cintura, sosteniendo mi peso, y me besó la frente sudada.

—¿Estás bien, agapi mou? —preguntó, lo bastante alto como para que todos lo oyeran.

—Sí... ha sido solo un mareo, Alex —respondí, siguiéndole el juego, sintiendo cómo mis piernas se afianzaban al lado de la roca que era él.

—Creo que el champán y el calor...

Se quedó mirando mi mano, que aún descansaba sobre mi barriga, y luego barrió el salón con una sonrisa orgullosa y depredadora.

—He oído los rumores mientras me acercaba —dijo Alex, girándose hacia Vanesa, que ahora parecía haber encogido dos tallas.

—Y debo decir, Lady Vanesa, que nada podría hacer más feliz a un hombre que la perspectiva de un heredero.

El salón contuvo la respiración.

Alex me apretó la cintura, tirando de mí contra su duro cuerpo.

—Especialmente —continuó, con una voz que rezumaba encanto y posesión— con una mujer tan maravillosa, fuerte y hermosa como Sienna.

Si lleva a mi hijo en su vientre, seré el hombre más afortunado de Europa.

El imperio Galanis necesita un príncipe. O una princesa.

Miró a Henriarch, que sonreía de oreja a oreja, encantado con la "noticia", olvidándose por completo del reloj de su muñeca.

—Pero... —Alex volvió a mirarme, y había una picardía brillando en aquellos ojos dorados, una broma privada que solo nosotros dos entendíamos, recordando lo que habíamos hecho en la habitación y lo que haríamos en el futuro.

—Incluso si no lo está, no hay ningún problema.

Se inclinó, rozándome la oreja con los labios, pero hablando en un tono que proyectó hacia los cotillas:

—No me supondrá ningún sacrificio intentarlo con más ganas. Una y otra vez... y otra vez.

Toda la noche, si es necesario.

Sentí que me ardía la cara, pero solté una carcajada nerviosa y aliviada.

—Vámonos, Alex —pedí, apoyando la cabeza en su hombro—. Por favor.

—Vámonos a casa, señora Galanis —confirmó él—. Tenemos mucho que celebrar.

Alex se despidió de Henriarch con la cabeza.

—Una fiesta excelente, director. Mañana hablaremos de la transferencia de fondos. Mi prometida necesita descansar.

—¡Claro, claro! ¡Vayan con Dios! —se despidió Henriarch, radiante.

Salimos del salón del brazo, bajo las miradas envidiosas y sorprendidas de la élite de Zúrich.

En cuanto pasamos por las puertas giratorias y el aire helado de la noche me dio en la cara, las piernas me cedieron del todo.

Alex me sujetó con firmeza, prácticamente llevándome en brazos hasta el coche que Nikos ya había parado en el bordillo con el motor en marcha.

Nos metimos en el asiento trasero del Maybach. La puerta se cerró, aislándonos del sonido y del frío.

El silencio duró un segundo.

—¿Lo conseguiste? —preguntó, agarrándole la solapa del esmoquin.

Alex sacó la pequeña mochila que llevaba escondida bajo la chaqueta y le dio unos golpecitos en el lateral.

—Todo. La vida de Damon está aquí dentro.

Solté el aire, apoyando la cabeza en el asiento y cerrando los ojos.

—Casi me muero ahí dentro, Alex. Le robé el reloj. Fingí estar embarazada.

Vanesa me llamó estafadora.

Sentí la mano de Alex en mi muslo, apretando con fuerza. Abrí los ojos.

Me estaba mirando con una admiración feroz.

—Estuviste perfecta —dijo—. Y sobre lo del embarazo...

Sonrió, con aquella sonrisa torcida y devastadora.

—¿Qué pasa? —pregunté, exhausta.

—Creo que Vanesa podría no estar del todo equivocada sobre el futuro.

Teniendo en cuenta que no usamos ninguna protección en aquella cama... puede que ya hayamos empezado a encargarle un hermanito a Maya.

El coche arrancó, dejando el banco y el peligro atrás.

Miré a Alex, al hombre que había robado un banco y mi corazón en la misma noche.

—Si es una niña —murmuré, sonriendo—, se llamará Victoria.

Alex se rio y me besó.

—Victoria Galanis. Suena perfecto.



Alex GALANIS

Capítulo 25

El jet cortaba el cielo nocturno en dirección a Atenas, dejando atrás la nieve y el caos de Zúrich.

El zumbido constante de las turbinas era el único sonido en la cabina de lujo, además del tintineo ocasional del hielo en mi vaso de whisky.

Cogí mi teléfono vía satélite y marqué el número directo de Athan.

Contestó al primer tono, con la voz clara y alerta, sin ninguna señal de sueño, aunque ya pasaban de las dos de la mañana en Atenas.

—Dime que traes buenas noticias, Alex —exigió Athan, directo al grano.

—Andreas lleva tres horas yendo de un lado a otro en la sala de guerra.

Ya ha limpiado las armas dos veces.

Di un trago largo al whisky, sintiendo cómo el líquido ámbar me calentaba el pecho.

—Dile que puede guardar la munición. Por ahora.

—¿Lo has conseguido?

—Lo hemos destripado, Athan —respondí, mirando la mochila negra a mis pies—. La cámara acorazada está limpia.

He cogido los libros de contabilidad, las cuentas en las Islas Caimán, la lista de sobornos del parlamento y el disco duro con las copias de seguridad de las operaciones de tráfico humano.

Damon se despertará mañana por la mañana creyendo que es un rey, pero ya es un mendigo.

Oí a Athan soltar un pesado suspiro al otro lado de la línea, el sonido de un peso de toneladas quitándose de los hombros de la familia.

—Este es el final del trayecto para él —murmuró Athan.

—Sin el dinero para pagar a los mercenarios rusos, pierde la protección en veinticuatro horas.

—Exactamente. Es un hombre muerto caminando. Chimera Holdings dejará de existir en cuanto entregue este disco a nuestro equipo de auditoría forense.

—¿Y Sienna? —preguntó Athan, y su tono pasó de estratégico a fraternal—. ¿Cómo está?

Miré al otro lado del pasillo. Sienna estaba mirando por la ventana, mordiéndose una uña, perdida en sus pensamientos.

—Ha estado magnífica, Athan. Deberías haberla visto. Entró en el foso de los leones, bailó con el diablo y le robó el reloj sin temblar.

—Una sonrisa de orgullo curvó mis labios—. Ella es una de los nuestros. Definitivamente.

—Me alegra oír eso. Andreas ha doblado la seguridad en el perímetro de la mansión.

Maya duerme como un ángel, totalmente ajena al hecho de que sus padres acaban de cometer el mayor robo de la década.

Os esperamos para cenar. O para desayunar, dependiendo de la hora a la que aterricéis.

—Estaremos ahí en tres horas. Mantén la casa a salvo, hermano.

—La casa es una fortaleza, Alex.

Colgué el teléfono y lo tiré en la butaca vacía de al lado. Misión cumplida. Damon estaba acabado. El imperio era nuestro.

Sin embargo, mis ojos no estaban en el horizonte, estaban en ella.

Sienna estaba sentada en la butaca al otro lado del pasillo, mirando por la ventana oscura.

Aún llevaba el vestido rojo, aunque se había quitado los zapatos de tacón alto.

Se mordía la uña del pulgar y le temblaba la pierna a un ritmo nervioso.

Yo sabía dónde estaba su mente. No era en el robo, ni en el dinero. Estaba en Maya.

—Ahora mismo está durmiendo, Sienna —hablé, cortando el silencio.

—Cuando aterricemos, se estará despertando para desayunar.

Sienna se giró hacia mí. Le brillaban los ojos, llevaba el maquillaje ligeramente corrido y el pelo le caía en ondas doradas sobre los hombros desnudos.

—Nunca he estado tanto tiempo lejos de ella sin dar señales de vida —susurró.

—¿Y si se ha pensado que me he ido?

—Sabe que su madre es una guerrera. —Le tendí la mano—. Ven aquí.

Dudó, mirando hacia la parte delantera del avión, donde Nikos y otro guardia de seguridad estaban sentados, fingiendo leer revistas, pero atentos a cualquier movimiento.

—Alex... tus hombres... —murmuró, sonrojándose.

—Son sordos, ciegos y mudos cuando yo lo ordeno. —Sonreí, impaciente.

—Además, acabamos de robar el banco más seguro del mundo. Creo que nos merecemos celebrarlo. Ven.

Suspiró, rindiéndose, y se levantó. Caminó hacia mí y tiré de ella para sentarla en mi regazo.

Se acurrucó, escondiendo su cara en mi cuello, y su olor me envolvió.

Pero los abrazos no eran suficientes. La adrenalina del robo aún corría por mi sangre, mezclada con la visión de ella engañando a Henriarch, con el recuerdo de aquel cuerpo reaccionando a mí en el hotel.

Necesitaba más, quería sentirla temblar de nuevo.

Sin decir una palabra, me levanté con ella en brazos. Sienna entrelazó las piernas en mi cintura instintivamente.

Caminé por el corto pasillo, pasando junto a los guardias que, sabiamente, ni siquiera levantaron la cabeza, y entré en el lujoso baño del jet.

Cerré la puerta de una patada y eché el pestillo.

El espacio era pequeño, revestido de mármol negro y espejos dorados.

La vibración del motor parecía más fuerte allí dentro, un zumbido grave que se calaba en los huesos.

No la bajé al suelo. Caminé hasta la encimera del lavabo y la senté allí, con el mármol frío contra sus muslos.

—Alex... —jadeó, con las manos en mis hombros—. ¿Qué...?

—Shh. —Le puse el dedo en los labios—. Has estado perfecta hoy, agapi mou.

Has sido letal. Y eso... —Le pasé la mano por la pierna desnuda expuesta por la abertura del vestido.

—...me vuelve loco.

Me arrodillé en el suelo enmoquetado frente a ella.

Sienna miró hacia abajo, con la respiración acelerada, viéndome en aquella posición de devoción.

Le separé las piernas, abriendo el camino. Mis manos subieron por sus suaves muslos, besando la parte interna, sintiendo cómo aumentaba el calor por cada centímetro que subía.

—Estás tensa —murmuré contra su piel—. Deja que te quite esa ansiedad.

Llegué a su ingle. Su olor era embriagador, más fuerte, mezclado con el sudor de la huida.

Con la nariz, aparté a un lado la tela de sus bragas de encaje, sin quitárselas.

Expuse su centro, rosado y húmedo.

No avancé de inmediato. Solo respiré el aire caliente que emanaba de ella, dejando que mi aliento chocara contra su piel sensible.

Sienna gimió, agarrándose al borde del lavabo con las manos.

Saqué la lengua. Le di un lametón lento, provocativo, solo en la puntita de su clítoris hinchado.

—¡Ah! —Echó la cabeza hacia atrás—. ¡Alex!

—Qué sensible... —la provoqué, mirando hacia arriba, viendo la expresión de placer en su cara.

—¿Te gusta que juegue contigo, verdad?

Volví a lamerla, pero esta vez con movimientos rápidos, de latigazo, alternando con ligeras succiones, saboreándola como si fuera un postre gourmet.

Sentía cómo se contoneaba sobre la encimera, intentando buscar más contacto, pero yo mantenía el ritmo, controlando su placer.

—Lo has hecho muy bien hoy —susurré contra su piel mojada —. Te mereces un premio.

Agarré sus bragas de encaje con los dientes y las manos y, con un tirón violento que hizo crujir la tela, se las arranqué de una vez, tirando el trapo de seda a algún lugar del suelo.

Ya no había barreras y avancé con todo. Mi boca cubrió su sexo, mi lengua la invadió, chupando y explorando.

Sienna gritó, ahogando el sonido con la mano en la boca para no alertar a toda la cabina.

Sus manos bajaron hasta mi cabeza, sus dedos enredándose en mi pelo, tirando de él con fuerza.

—Eso... así... —gemía ella, con voz entrecortada.

Sentí cómo sus rodillas subían y se apoyaban en mis hombros, abriéndola completamente para mí.

Era una invitación y una rendición.

Aumenté la presión, usando la mano para bombear dos dedos dentro de ella mientras mi lengua le castigaba el botón de placer.

Sentí que los temblores empezaban en sus muslos. Su sabor cambió, haciéndose más intenso. Se estaba acercando.

—Venga, Sienna —ordené contra su intimidad—. Córrete para mí.

Ella explotó. Su cuerpo se convulsionó, sus caderas chocaron contra mi cara y un grito estrangulado murió en su garganta, mientras se deshacía en espasmos deliciosos.

Me lo bebí todo. No desperdicié ni una gota.

Cuando se ablandó, jadeando, me levanté.

Sienna tenía los ojos vidriosos, el pecho subiendo y bajando, y el vestido rojo arruinado alrededor de la cintura.

Pero yo aún no había terminado. Aquel orgasmo era el suyo, yo quería el mío.

—Baja —ordené, con voz ronca.

Sienna obedeció, resbalando del lavabo, con las piernas temblorosas.

—Date la vuelta.

Se giró, poniéndose frente al gran espejo iluminado, viéndose a sí misma: despeinada, con los labios hinchados, las pupilas dilatadas y viéndome detrás de ella, el monstruo del traje caro.

Me bajé la bragueta y liberé mi polla, dura como una barra de hierro.

Con una mano, le levanté la falda del vestido hasta la cintura.

Con la otra, le agarré el cuello y lo apreté. No para hacerle daño, sino para controlarla.

En el límite exacto entre el ahogo y la excitación.

Sienna jadeó, mirándome a través del reflejo, con el miedo mezclándose con la lujuria.

—Sujétate —le advertí.

Apoyó una mano en el espejo y la otra en el borde del lavabo, curvando la columna, empinándome el culo.

Entré en ella de golpe. Sin preliminares, sin aviso. Una estocada profunda, bruta, que nos unió hasta la raíz.

—¡Aaaah! —Su gemido empañó el cristal.

Empecé a follarla. El espacio era apretado, lo que lo hacía todo más intenso.

El choque de nuestros cuerpos, mi cadera golpeando contra sus nalgas, el apretón de mi mano en su cuello... era primitivo.

Yo veía la cara de Sienna en el espejo contorsionándose de placer y mi propia expresión, la máscara del director ejecutivo destruida por la necesidad animal de poseerla.

—Míranos —gruñí en su oído, apretándole el cuello un poco más, sintiendo cómo se le disparaba el pulso bajo mis dedos como a un pájaro atrapado.

—Somos maravillosos juntos.

Mi mano libre bajó del cuello al escote estructurado del vestido.

Con un tirón impaciente y hambriento, le bajé la tela roja hasta la cintura.

Sus pechos, llenos, blancos y con los pezones endurecidos por el frío y la excitación, saltaron hacia fuera, meciéndose libremente por la violencia de mis movimientos.

—Dios... —gemí, hipnotizado por la visión en el espejo.

No pude resistirme. Le solté el cuello para agarrarle los pechos con ambas manos, apretando su carne suave, amasándolos, viendo cómo la piel blanca quedaba marcada por mis dedos.

El contraste de mis manos grandes y bronceadas contra su palidez era lo más erótico que había visto en mi vida.

—¡Alex! —gritó, echando la cabeza hacia atrás, apoyándose en el cristal, ofreciéndome su pecho.

Mis manos bajaron, recorriendo las curvas de su cintura, sintiendo la seda de su piel, hasta llegar a su culo perfecto y redondo.

Le agarré las nalgas con posesividad, abriéndolas para poder entrar aún más profundo, chocando hueso contra hueso, piel contra piel.

—Estás tan buena, Sienna... —susurré, con voz ronca, casi un gruñido, mientras inclinaba la cabeza para morderle el hombro, dejando que mis dientes rasparan su piel sensible antes de chupar y marcarla.

—Tan estrecha. Tan mía. Podría pasarme el resto de la vida metido dentro de ti.

Podría follarte para siempre, hasta que se acabara el mundo, y nunca me cansaría de este sabor.

—Pues fóllame... —suplicó ella, contoneándose contra mi cadera, buscando más fricción—. ¡No pares!

Aceleré el ritmo, haciendo las embestidas más rápidas, más profundas, castigadoras y adoradoras al mismo tiempo.

Sus pechos se movían y el reflejo mostraba nuestros cuerpos sudorosos, conectados, y el avión parecía temblar a nuestro alrededor, o tal vez éramos nosotros los que hacíamos temblar el mundo.

Sienna gemía en voz alta, sin importarle los guardias, sin importarle nada más que cómo la estaba llenando.

Sentí llegar el final. La presión en la base de mi columna se volvió insoportable.

Agarrándola por la cintura con ambas manos para mantenerla firme en su sitio, martilleé dentro de ella con una fuerza final, derramando todo lo que tenía, mi semilla, mi alma, mi devoción, gruñendo su nombre contra el espejo empañado.

Me derrumbé sobre su espalda, jadeante, con el sudor goteando de mi cara a su hombro desnudo y a sus pechos expuestos.

Nos quedamos allí un momento, volviendo el silencio, solo con el zumbido de las turbinas y nuestras respiraciones entrecortadas mezclándose en el poco aire del cuarto de baño.

Le besé la nuca, subiendo hacia su oreja, mordiéndole ligeramente el lóbulo.

—Ahora sí —susurré, sintiendo cómo le latía el corazón contra mis manos, que aún le envolvían la cintura.

—Ahora la misión ha sido un éxito.

Sienna se rio, con una risa débil, ronca y exhausta. Se giró entre mis brazos, subiéndose el vestido para cubrirse los pechos, pero sin prisa, y me besó con ternura.

—Volvemos a casa, Alex.

—Sí. —Le arreglé los tirantes del vestido, cubriendo lo que era mío, y me limpié el pintalabios corrido de la cara con el pulgar.

—A casa.



Sienna
STERLING

Capítulo 26

El sol estaba empezando a teñir el cielo de Atenas con tonos violetas y dorados cuando el SUV blindado atravesó las puertas de hierro forjado de la propiedad.

Yo estaba exhausta. Me dolían los músculos por la tensión del robo y por la intensidad de lo que había pasado en el avión.

El vestido rojo, ahora oculto bajo el abrigo de Alex que me había puesto sobre los hombros, parecía pesar una tonelada.

Sin embargo, en cuanto vi la fachada de la mansión, con sus luces de seguridad brillando y las paredes de piedra blanca bañadas por la luz de la mañana, el agotamiento fue sustituido por una ansiedad eléctrica.

—Estamos en casa —murmuró Alex a mi lado, apretándome la mano.

Lo miré. Él también parecía cansado, con unas ligeras ojeras en los ojos, pero había una paz en él que yo nunca había visto antes.

El Depredador había cazado, había traído su presa a casa y, por fin, podía descansar.

El coche se detuvo. Nikos abrió la puerta.

Bajé del vehículo, sintiendo el aire fresco de la mañana griega. No esperé a Alex.

Subí los escalones de la entrada principal casi corriendo.

La puerta doble se abrió antes de que yo pudiera tocar el picaporte.

El vestíbulo de entrada estaba iluminado. Andreas estaba allí, con los brazos cruzados, una Glock en su funda, pareciendo una estatua de vigilancia que no hubiera dormido en días.

A su lado estaba Athan.

Pero mis ojos pasaron de largo.

Mis ojos se posaron en la pequeña figura sentada en la alfombra persa, terminando de calzarse unas zapatillas brillantes, vestida con un peto vaquero y una camiseta amarilla.

Estaba lista para empezar el día.

—Maya... —El nombre salió en un susurro estrangulado.

Ella levantó la cabeza y sus ojos, idénticos a los de Alex, se abrieron de par en par.

—¡Mami!

Soltó el velcro de la zapatilla y echó a correr.

Aquel sonido... de sus piececitos golpeando el mármol... fue la mejor música que había oído en toda mi vida.

Caí de rodillas en el duro suelo, ignorando el dolor del impacto o que mi vestido de gala se esparciera, y abrí los brazos.

Maya chocó contra mí con la fuerza de un pequeño misil de amor.

—¡Mami! ¡Has vuelto! ¡El tío Andreas dijo que habías ido a buscar un regalo!

Cerré los brazos a su alrededor, enterrando mi cara en su cuello pequeño y caliente. Su olor... ¡Dios!

Polvos de talco, champú de camomila e inocencia. Inspiré profundamente, intentando limpiar mis pulmones del olor a dinero sucio, a pólvora y a sexo.

—He vuelto, mi amor. He vuelto. —Las lágrimas me brotaron sin avisar, calientes y rápidas.

—Te he echado muchísimo de menos.

Habían sido menos de cuarenta y ocho horas. Para el mundo, había sido un fin de semana.

Para mí, me había parecido toda una vida.

La apreté contra mí, sintiendo su corazoncito latir contra el mío, rápido y lleno de vida. Ella era real.

Ella estaba a salvo.

Sentí un peso familiar y cálido en mi espalda. Una mano grande, fuerte y protectora.

Levanté la cara, con las lágrimas nublándome la vista, y vi a Alex arrodillado a nuestro lado.

No dijo nada, solo nos envolvió en sus brazos, atrayéndonos a las dos contra su pecho, formando una barrera impenetrable a nuestro alrededor.

Maya soltó una risita, apretujada entre nosotros.

—¡Papi, me estás apretando! ¡Y tienes que afeitarte, que pinchas!

—Lo siento, princesa —se rio Alex, besándole la coronilla y luego mi frente.

—Es que papá os echaba de menos.

—¿Dónde está mi chocolate? —preguntó, con la prioridad que solo tiene una niña de cuatro años.

—Prometiste el chocolate de la montaña.

Me eché a reír, una risa húmeda y feliz, secándome la cara.

—Está en la maleta, cariño. Hemos traído suficiente chocolate para que te duela la barriga durante una semana.

Me levanté con Maya en brazos, negándome a soltarla, aunque mis brazos protestaban por el cansancio.

Andreas se acercó, y su rostro severo se suavizó.

—El perímetro está asegurado, Alex. El desayuno está servido en la terraza.

Pensé que necesitaríais comer antes de desmayaros.

—Gracias, hermano —asintió Alex, levantándose y pasándome el brazo por la cintura—. Nos has salvado la vida.

Me miré la mano que sujetaba a Maya. El diamante en mi dedo anular capturó la luz de la lámpara, brillando con intensidad.

Había entrado en esta casa como una prisionera del pasado. Salí para una misión suicida.

Sin embargo, volvía como prometida, como madre y como compañera.

Maya tocó el anillo, curiosa.

—Qué bonito, mami.

—Sí que lo es, mi amor. Me lo ha regalado papá.

Alex me sonrió, con esa sonrisa que prometía el mundo entero.

—Vamos a subir —dijo—. Tenemos que quitarnos esta ropa de fiesta, darnos una ducha rápida y bajar.

Estoy hambriento.

—¡Yo quiero tortitas! —decretó Maya.

—Tortitas para la princesa, café solo para mamá y... —Alex me miró con picardía— ...paz para papá.

Le di un beso a la mejilla regordeta de mi hija, sintiendo cómo bajaba la adrenalina y dejaba paso a una felicidad tranquila y hogareña.

El banco había sido robado. El enemigo estaba ciego y mi familia iba a desayunar en la terraza, bajo el sol de Grecia.

—Vamos —accedí, apoyando la cabeza en su hombro—. Nada de dormir ahora. El día no ha hecho más que empezar.



Alex GALANIS

Capítulo 27

Me desperté con la luz del sol filtrándose por las pesadas cortinas, dibujando franjas doradas en la alfombra.

Por un segundo, mi cuerpo se tensó, con mi instinto de Zúrich aún alerta, buscando amenazas y comprobando salidas.

Entonces sentí el peso cálido a mi lado. El olor a vainilla y a sueño. La respiración suave.

Sienna...

Estaba durmiendo boca abajo, con la sábana blanca cubriéndola solo hasta la cintura.

Su espalda, aquel lienzo pálido que yo había marcado y adorado horas atrás, estaba al descubierto.

Su pelo rubio esparcido por la almohada parecía oro líquido.

Me relajé, hundiéndome de nuevo en el colchón. Estábamos en Atenas. La casa era una fortaleza. Andreas estaba al mando del perímetro.

Maya estaba en la habitación de al lado, probablemente soñando con el chocolate suizo que le habíamos prometido.

Yo había ganado.

Me levanté despacio para no despertarla. Mi cuerpo protestó, con los músculos agarrotados por la lucha y la tensión, pero era un dolor agradable.

El dolor de la victoria.

Caminé hasta el baño de la suite. Era un espacio enorme, todo de mármol gris y cristal, diseñado para ser un santuario.

Encendí la ducha doble, dejando que el agua caliente creara vapor.

Entré bajo el chorro, apoyando las manos en los fríos azulejos, dejando que el agua me golpeara en la nuca, lavando los últimos restos de Zúrich.

Cerré los ojos, reviviendo el momento en el que la luz de la cámara acorazada se puso verde.

—Has salido de la cama sin darme los buenos días.

—Su voz sonaba ronca, somnolienta y jodidamente sexi.

Abrí los ojos y me giré.

Sienna estaba de pie en la puerta de cristal de la cabina de ducha, desnuda, con el pelo recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza.

La luz del baño iluminaba sus curvas, las ligeras marcas que le había dejado en el cuello y en las caderas.

Parecía una diosa cansada, pero triunfante.

—Pensé que necesitabas dormir un poco más —respondí, tendiéndole la mano.

—Has tenido un día largo, señora Galanis.

Sonrió al oír el nombre, aceptó mi mano y entró en la ducha. El agua le mojó la piel al instante.

Sienna suspiró, pegando su cuerpo al mío, abrazándome por la cintura.

—Me he despertado y la cama estaba fría —murmuró contra mi pecho mojado—. No me ha gustado.

Le rodeé con los brazos, enjabonándole la espalda con calma, en un contraste absoluto con la urgencia salvaje del avión.

—No me he ido lejos. Nunca voy lejos. Eres tú la que tiene un historial de escaparse de mí —solté una carcajada en tono de broma, pero con un trasfondo de verdad.

Sienna sonrió y levantó la cara para mirarme. El agua le caía por las pestañas.

—¿Se ha acabado de verdad, Alex? Su dinero... ¿ha desaparecido?

—Ha desaparecido. —Le besé la frente y, luego, la punta de la nariz.

—A estas horas, los gestores de cuentas de las Islas Caimán están intentando explicarle a Damon por qué su saldo está a cero.

Los mercenarios rusos no trabajan gratis. Sin dinero, no tiene ejército.

Damon ahora es solo un hombre enfadado y con muchos enemigos.

Sienna se relajó visiblemente en mis brazos, como si le hubieran quitado un peso de toneladas de encima de sus hombros.

—Entonces estamos a salvo.

—Lo estamos. —Cogí el jabón y empecé a pasárselo por los pechos, despacio, apreciando la textura, el peso, la forma en que los pezones se endurecían bajo mi tacto.

—Lo que significa que podemos centrarnos en otras cosas.

—¿Como en qué? —Arqueó una ceja, provocativa, frotando su cadera contra mi polla que ya estaba despertándose.

—Como en recuperar el tiempo perdido, hacer de esta casa un hogar y... —Le apreté el culo, tirando de ella hacia arriba, sintiendo cómo su carne suave cedía ante mis dedos.

—...poner a prueba la acústica de este baño.

Sienna se rio, echando la cabeza hacia atrás, exponiendo su blanca garganta para mí.

Cogí la esponja natural y el gel de baño de sándalo. Empecé por sus hombros, haciendo espuma, bajando despacio.

Mis manos enjabonadas se deslizaron por su piel, que parecía seda mojada bajo mis dedos.

Le lavé los pechos, trazando círculos alrededor de los pezones endurecidos por el agua caliente, sintiendo su peso y su firmeza en mis palmas.

Gimió, apoyando las manos en mi pecho para sujetarse.

—Deja que te cuide —susurré, bajando las manos por sus costillas, por su cintura fina, hasta las curvas de sus caderas.

—Quiero quitar cualquier marca que no te haya hecho yo.

Sienna, con los ojos oscurecidos por el deseo, me quitó la esponja de la mano y la dejó caer al suelo.

Se arrodilló frente a mí, con el agua escurriéndole por el pelo rubio y cayendo sobre su cara como un velo sagrado.

Me besó el abdomen, con sus labios calientes presionando contra mis músculos contraídos.

Su lengua trazó el recorrido del agua, bajando por mi torso, probando mi piel, lamiendo las gotas que se quedaban atrapadas en el vello de la línea de mi cintura.

Me falló la respiración.

—Sienna...

No se detuvo. Con una voracidad que me hizo temblar, abrió la boca y me tomó.

Gemí en voz alta, escuchando cómo el sonido resonaba en las paredes de piedra.

La sensación de su boca caliente y húmeda envolviéndome, chupando con fuerza y ritmo, mientras el agua caliente me daba en la espalda, era casi insoportable.

Entrelacé mis dedos en el pelo mojado de Sienna, sujetándola allí, guiando su ritmo.

Veía la coronilla de su cabeza moviéndose, sentía la succión perfecta, su lengua trabajando la parte inferior del glande.

Era una rendición absoluta. La Reina de rodillas ante su Lobo.

Cuando llegué al límite, tiré de ella hacia arriba. Necesitaba más... quería estar dentro.

Giré su cuerpo, empotrándola de frente contra la pared de cristal de la cabina de ducha.

—Agárrate —ordené.

Sienna apoyó las manos en el cristal empañado. El impacto de sus pechos al ser aplastados contra la superficie transparente fue una de las visiones más eróticas de mi vida.

Los pezones rosados apretados contra el cristal, la piel blanca y mojada en contraste con el vapor de alrededor.

Pegué mi cuerpo a su espalda. Mis manos bajaron hasta su culo, perfecto, redondo y suave.

Su piel ahí era lisa, resbaladiza por el jabón y el agua.

Le apreté las nalgas con fuerza, separándolas, abriéndome camino.

Miró hacia atrás, por encima del hombro, con los ojos vidriosos.

Entré en ella de una sola estocada, profunda y deslizante.

—¡Ah! —gritó Sienna, y el cristal ahogó el sonido.

Empecé a follarla. La fricción del agua y el jabón lo hacía todo más intenso, más rápido.

Golpeaba contra ella, hueso contra carne, oyendo el sonido mojado de nuestros cuerpos chocando.

Mis manos recorrían sus curvas, sintiendo la textura aterciopelada de su piel mojada, apretándole la cintura para mantenerla fija, mientras la poseía.

Veía su reflejo en el cristal, con el rostro contraído de placer, la boca abierta en un gemido mudo.

—Mía... —gruñí en su oído, mordiéndole el hombro mojado—. Eres toda mía.

Aceleré el ritmo, poniendo a prueba la acústica del baño con nuestros gemidos y respiraciones entrecortadas.

Hicimos el amor allí mismo, bajo el agua caliente. No fue un polvo de despedida, ni de miedo, ni por la adrenalina.

Fue lento al principio, luego brutal y, por último, profundo. Fue la celebración de que ya no teníamos que huir más.

Exploré cada centímetro de ella, memoricé cada gemido, reivindicándola a la luz de la mañana, en mi casa y en nuestra vida.

Una hora después, bajamos a la terraza.

Sienna llevaba un vestido ligero de verano, blanco y vaporoso, y parecía diez años más joven que la mujer tensa que había entrado en el banco.

Yo llevaba unos pantalones de lino y una camisa blanca con las mangas arremangadas. Sin armas a la vista, ni chalecos.

En la terraza, la mesa del desayuno estaba puesta con vistas al mar Egeo.

Andreas y Athan ya estaban allí, rodeados de tablets y móviles, pero con tazas de café en la mano.

Maya estaba sentada en la cabecera de la mesa, con la cara manchada de sirope de arándanos, siendo mimada por una mujer

embarazada y radiante.

—¡Chloe! —exclamó Sienna, soltándome la mano y corriendo a abrazar a su cuñada.

Chloe, la mujer de Andreas, intentó levantarse con su enorme barriga de nueve meses, pero Andreas la detuvo.

—Quédate sentada, agapi, o el bebé nacerá aquí mismo en el suelo de piedra.

—Andreas besó la coronilla de su mujer, protector.

Sienna abrazó a Chloe sentada.

—¡Dios mío, estás a punto de explotar! —se rio Sienna.

—Díselo a mi espalda —bromeó Chloe, cogiéndole la mano a Sienna—. Bienvenida a la familia, oficialmente.

He oído que le robaste un reloj a Henriarch. Eso me convierte en tu fan número uno.

—Era necesario —sonrió Sienna, sentándose al lado de Maya y limpiándole la boca a nuestra hija con una servilleta.

—Buenos días, mi amor.

—¡Buenos días, mami! ¡La tía Chloe ha dicho que pronto tendré un primo con el que jugar!

Acerqué una silla a la cabecera de la mesa, al lado de Andreas. Athan me pasó una tablet sin decir nada.

Miré la pantalla. Era un informe de interceptación de comunicaciones.

—¿Qué es esto? —pregunte, cogiendo una tostada.

Athan sonrió, con esa sonrisa fría del que controla la información.

—Esto, hermano, es el sonido de la desesperación. Hemos interceptado tres llamadas de Damon en las últimas dos horas.

—¿Y?

—La primera fue al banco de Zúrich. Gritó tanto que creo que al director le dio un derrame cerebral.

La segunda fue al comandante de los mercenarios, Volkov, que le colgó el teléfono en la cara cuando no le llegó el pago.

—¿Y la tercera? —preguntó Sienna, dejando de comer, atenta.

—La tercera fue a un usurero de Estambul —respondió Andreas, sirviéndose más café.

—Está intentando recaudar fondos de emergencia. Pero nadie le va a prestar nada.

La noticia de que los Galanis le han cortado la cabeza a la serpiente ya se ha extendido. Es tóxico.

Miré a Sienna. Me cogió la mano por encima de la mesa.

—Está acorralado —dije—. Sin dinero, sin ejército, sin aliados.

—Sigue siendo peligroso —advirtió Andreas, volviendo a su tono serio de jefe de seguridad.

—Un animal herido es impredecible. Pero ahora mismo está a la defensiva. Nosotros tenemos el control.

Asentí.

—Mantendremos la vigilancia alta. Pero por hoy... —Miré a mi familia.

A mi hija comiendo tortitas, a mi mujer segura a mi lado, a mis hermanos leales y al futuro sobrino en camino.

—Por hoy, vamos simplemente a vivir.

Chloe gimió de repente, llevándose la mano a la barriga.

—Andreas...

Andreas soltó la taza de café tan rápido que volcó, derramando el líquido sobre el mantel blanco.

—¿Qué? ¿Es el bebé?

—Creo que ha oído a Alex hablar de "vivir" y ha decidido que quería unirse —Chloe hizo una mueca de dolor, pero sonrió.

—He roto aguas.

Se desató el caos.

Andreas se puso pálido. Athan se echó a reír nerviosamente. Sienna se levantó rápidamente para ayudar a Chloe.

Yo me quedé allí, mirando la escena, sintiendo que una felicidad extraña y desconocida me llenaba el pecho.

Damon podría estar ardiendo en el infierno financiero que yo había creado. Pero allí, en el Monte Olimpo de los Galanis, la vida no había hecho más que empezar.



Sienna
STERLING

Capítulo 28

El desayuno idílico en la terraza se deshizo en cuestión de segundos.

La taza de porcelana que a Andreas se le cayó se hizo añicos contra el suelo de piedra, con un sonido agudo que se sumó al gemido de dolor de Chloe.

—He roto aguas... —jadeó Chloe, sujetándose la barriga con ambas manos, con los ojos muy abiertos por el miedo y la sorpresa.

—¡Andreas!

El hombre al que había visto discutir tácticas de guerra y romper huesos en conversaciones casuales, se quedó helado.

Por un segundo, vi el pánico real, crudo y humano, atravesar la máscara de piedra de Andreas Galanis.

Miró el líquido que escurría por las piernas de su esposa, y luego su rostro, pálido por el dolor.

—El coche —gritó Andreas, levantándose tan rápido que la silla volcó hacia atrás—. ¡Nikos! ¡Prepara el coche!

¡Vamos al hospital!

—¡No! —La orden vino de Alex y Athan al mismo tiempo.

Alex se levantó, asumiendo el mando con la calma del Estratega mientras su hermano entraba en colapso.

—No podemos salir del perímetro, Andreas. Damon está errático.

El ataque a la puerta, el dron... Las rutas hacia el hospital son puntos de emboscada obvios.

—¡Mi mujer está pariendo! —rugió Andreas, avanzando hacia Alex como si fuera a derribarlo.

—¡No voy a tenerla aquí gritando sin médicos!

—Los médicos ya están aquí —intervino Athan, con una voz gélida que cortó el pánico.

—El ala médica de la mansión se preparó hace dos semanas para esta eventualidad.

El doctor Pavlis y el equipo obstétrico están de guardia en la casa de invitados.

Andreas se detuvo, con el pecho subiendo y bajando, y los puños apretados. Parecía a punto de darle un puñetazo a una pared o a alguien.

—Andreas... —volvió a gemir Chloe, al tiempo que una fuerte contracción la doblaba por la mitad.

No me lo pensé. El instinto femenino, esa antigua hermandad que surge en los momentos de sangre y vida, me hizo moverme.

Corrí al lado de Chloe y me arrodillé junto a su silla.

—Respira, Chloe —le indiqué, cogiéndole la mano—. Mírame. Inspira... espira.

Me apretó la mano con una fuerza sorprendente.

—Duele... Viene rápido, Sienna. Muy rápido.

Miré a Andreas.

—Deja de gritar y coge a tu esposa —ordené—. ¡Ahora!

La orden, viniendo de mí, la "forastera", pareció sacarle de su trance. Parpadeó, se centró en Chloe y asintió.

Con una delicadeza que contradecía su tamaño, Andreas cogió a Chloe en brazos como si estuviera hecha de cristal y echó a correr hacia el interior de la casa.

—¡Cassandra, cuide de Maya! —grité hacia atrás mientras corría tras ellos.

—¡Ve! —Cassandra ya tenía a Maya en brazos, distrayendo a la niña—. ¡Traed a mi nieto al mundo!

Las horas siguientes fueron un borrón de toallas blancas, agua caliente y gritos ahogados.

El dormitorio principal de Andreas y Chloe se había transformado en una sala de partos de alta tecnología.

El equipo médico era eficiente, discreto y estaba visiblemente intimidado por la presencia de Andreas, que se negaba a apartarse de la cabecera.

Sujetaba la mano de Chloe con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

No le decía palabras dulces. Gruñía palabras de ánimo.

—Eres fuerte, agapi mou. Eres una Galanis. Lucha. Empuja.

Yo estaba al otro lado, secándole el sudor de la frente a Chloe, sujetándole la pierna, formando parte de aquel ritual primitivo.

Me acordé de mi propio parto en Londres. Sola en una clínica privada, rodeada únicamente de enfermeras pagadas, aguantándome el llanto para no parecer débil.

Tenía dinero, pero no tenía a nadie.

Chloe sentía dolor, pero tenía un ejército.

—¡Ya asoma la cabecita! —anunció el Dr. Pavlis—. ¡Una vez más, señora Galanis! ¡Con todas sus fuerzas!

Chloe gritó, con un sonido visceral que le desgarró la garganta y resonó en mis huesos.

Andreas apretó la mandíbula con tanta fuerza que vi cómo le saltaba un músculo de la mejilla.

Parecía estar sintiendo el dolor de ella, absorbiéndolo, furioso por no poder luchar físicamente contra él.

—¡Vamos, Chloe! —la animé—. ¡Solo un poco más!

Entonces, el llanto inundó la habitación.

El bebé resbaló hasta las manos del médico, cubierto de sangre y vérnix, pataleando en el aire con una vitalidad furiosa.

—Es un niño —anunció el médico, sonriendo detrás de la mascarilla—. Un niño fuerte.

Chloe se derrumbó sobre las almohadas, llorando y riendo al mismo tiempo, exhausta.

El médico limpió rápidamente al bebé y se lo puso a Chloe sobre el pecho.

El silencio que siguió al llanto fue sagrado.

Miré a Andreas. No lloró, no era un hombre de lágrimas.

Simplemente se quedó inmóvil, mirando a la criatura diminuta y enrojecida que gritaba en el pecho de su mujer.

Su expresión era de conmoción absoluta, seguida de una intensidad aterradora.

Andreas extendió su mano grande, cubierta de tatuajes, y tocó la cabeza del bebé con la yema de un dedo, como si estuviera tocando una bomba nuclear o la cosa más preciosa del universo.

—Ares —dijo, con voz ronca—. Su nombre es Ares.

El Dios de la Guerra. Mirando a su padre, no podía llamarse de otra manera.

—Es perfecto —susurró Chloe, besando la cabecita de su hijo —. Cógelo, Andreas.

Andreas dudó un segundo, mirándose sus propias manos, acostumbradas a sujetar armas y cuellos. Luego, lo cogió.

El contraste era brutal. El bebé parecía desaparecer en los brazos de la Bestia.

Andreas lo sostuvo contra su ancho pecho, protegiéndolo con su cuerpo, creando una barrera impenetrable entre su hijo y el resto del mundo.

Vi que los ojos de Andreas cambiaban. Su furia habitual dio paso a una posesión absoluta.

Allí no había suavidad, había un juramento. Quien le toque, muere.

Me aparté, sintiendo que estaba invadiendo un momento sagrado. Me sequé mis propias lágrimas discretamente y salí a la terraza de la habitación para darle espacio a la familia.

—Lo has hecho bien ahí dentro.

Me giré. Alex estaba apoyado en el marco de la puerta de la terraza.

Se había quedado fuera de la habitación durante el parto, montando guardia en el pasillo junto a Athan, respetando el espacio de su hermano.

Parecía cansado, pero sus ojos brillaban al mirarme.

—Yo solo le he cogido la mano —respondí, abrazándome a mí misma, sintiendo la brisa cálida de la tarde.

—Chloe ha hecho todo el trabajo.

—Tú le has dado fuerza. —Alex se acercó a mí.

Se detuvo a mi lado, mirando hacia el horizonte, pero su mano buscó la mía y entrelazó nuestros dedos.

—Es precioso, Alex —susurré—. El bebé... Ares. Tiene la fuerza de Andreas.

—Un soldado más para el ejército —murmuró Alex, pero no había cinismo en su voz, solo la constatación de nuestra realidad.

La puerta de la habitación se abrió y salió la enfermera, llevando al bebé envuelto en una manta azul para llevarlo a los exámenes finales, mientras Chloe descansaba y Andreas se duchaba.

—¿Puedo? —le preguntó Alex a la enfermera.

Asintió, sonriendo.

Alex cogió a su sobrino en brazos.

Me quedé observando. Alex Galanis, el hombre que había robado un banco en Zúrich y había amenazado al mundo por mí, sostenía al recién nacido con una naturalidad que me hizo contener la respiración.

Miró la carita arrugada de Ares y sonrió.

—Bienvenido al manicomio, chico.

Se giró hacia mí y me ofreció al bebé.

—Tómalo.

Dudé, pero mis brazos ansiaban sostener ese peso. Cogí a Ares. Estaba calentito, sólido, y olía a vida nueva.

El instinto maternal, que nunca se había apagado desde Maya, vibró en mi interior.

Lo mecí suavemente, y el bebé dejó de refunfuñar, calmándose.

Levanté la vista y me encontré con los ojos de Alex fijos en mí.

Su mirada era oscura, pesada, cargada de una tensión que hizo crepitar el aire entre nosotros.

Alex no estaba mirando a su sobrino. Me estaba mirando a mí sosteniendo a un bebé.

El griego dio un paso al frente, invadiendo mi espacio personal, posando la mano sobre la manta que cubría a Ares, rozando sus dedos con los míos.

—Te queda bien —dijo, con voz baja, ronca y llena de segundas intenciones.

—Tener un bebé en brazos.

El corazón se me desbocó. Me acordé de lo que había dicho en el coche, después del baile: Puede que ya hayamos empezado a encargarle un hermanito a Maya.

—Alex... —Mi voz falló.

—Hacemos hijos preciosos, Sienna —continuó, implacable, con sus ojos quemando los míos.

—Maya es la prueba de ello. Y viéndote así... con la sangre de mi familia en brazos...

No terminó la frase. No hacía falta.

El mensaje era claro. Su deseo no era meramente sexual; era dinástico. Quería llenarme de nuevo.

Quería ver cómo me crecía la barriga con un hijo suyo, uno al que pudiera ver nacer y al que pudiera proteger desde el primer segundo.

Tragué saliva, sintiendo una oleada de calor y miedo.

—Estamos en guerra, Alex —le recordé, intentando romper el hechizo—. Damon sigue ahí fuera.

Alex se acercó más, besándome la frente, pero sin apartar los ojos del bebé que tenía en brazos.

—La guerra trae la muerte, Sienna. Nuestro deber es traer vida para equilibrar la balanza.

Le tocó la mejilla a Ares y luego la mía.

—Vamos a devolverle a la enfermera al pequeño dios de la guerra.

Antes de que Andreas eche abajo la puerta pensando que lo hemos secuestrado.

Le entregué el bebé a la enfermera, pero la sensación de su peso y, sobre todo, del peso de la mirada de Alex, se quedó conmigo.

La familia estaba creciendo y la presión para que yo me convirtiera, de hecho y en cuerpo, en parte de ese imperio, nunca había sido tan fuerte.



Alex GALANIS

Capítulo 29

El silencio que se instaló en la mansión tras el nacimiento de Ares no estaba vacío; era reverente.

Yo estaba parado en el arco de la puerta del salón principal, con un vaso de whisky en la mano, observando una escena que, hace cinco años, habría considerado una alucinación febril o una pesadilla burguesa.

Mi madre, Cassandra, estaba sentada en su sillón de terciopelo favorito, pareciendo una reina en su trono.

En su regazo dormía Ares, el príncipe más joven del imperio, envuelto en una manta azul con el escudo de la familia bordado.

A sus pies, sobre la alfombra persa, Maya estaba tumbada boca abajo, balanceando las piernas en el aire, mientras le enseñaba un libro de dibujos a Theodoros, el hijo de un año de Athan y Eleni.

El niño, con el pelo oscuro de los Galanis y ojos curiosos, intentaba agarrar las páginas, babeando alegremente, mientras mi hija le explicaba con paciencia de profesora que "el dragón no se come".

Era una imagen de paz absoluta. Tres generaciones de Galanis reunidas bajo un mismo techo, protegidas por muros de piedra y hombres armados.

Debería ser reconfortante, el momento de relajarme y brindar por la continuidad de nuestro linaje.

Sin embargo, mientras los miraba, sentí un escalofrío recorrerme la espalda, más helado que el invierno de Zúrich.

Vi la fragilidad de todo aquello.

Vi lo fino y frágil que era el cuello de Ares.

Vi que la risa de Maya era demasiado confiada, la risa de quien nunca ha conocido la verdadera crueldad del mundo, y vi que mi madre, a pesar de su postura de hierro, tenía más canas que el año pasado.

Lo tenía todo y, por primera vez en mi vida, me di cuenta con una claridad aterradora de que era mucho que perder.

Antes, la guerra era un juego de poder. Trataba de territorio, dinero y orgullo.

Si perdía un barco, compraba otro. Si perdía dinero, lo robaba de nuevo.

En aquel momento... Si la guerra cruzaba esas puertas, no habría recambios. No habría seguro.

El peso de aquella vulnerabilidad casi me hizo hacer añicos el vaso de cristal en mi mano.

—Son preciosos, ¿verdad?

La voz de Sienna me sacó de mi sombrío trance.

Se detuvo a mi lado, observando también la escena. Se había duchado y cambiado de ropa; llevaba unos vaqueros y una blusa de

lana holgada, pero todavía se notaba la tensión en sus hombros.

—Lo son —estuve de acuerdo, sin apartar los ojos de los niños—. Son el futuro... y el objetivo.

Sienna me miró.

—No empieces, Alex. Ahora no. Deja que el mundo sea bonito durante cinco minutos.

—El mundo es bonito, Sienna. Pero es mi trabajo asegurarme de que siga siéndolo.

—Me bebí el resto del whisky de un trago—. Quédate con ellos. No salgas de esta habitación.

Andreas ha doblado la guardia en el pasillo, pero quiero que no les quites el ojo de encima.

—¿Adónde vas?

—Al despacho. Athan tiene noticias de nuestro "amigo" Damon.

Le besé la frente. Fue un roce rápido, pero necesario, como si necesitara recargar mi energía antes de volver a descender al infierno.

El despacho estaba inmerso en sombras y humo de puro.

Athan estaba sentado detrás del escritorio, tecleando en el portátil con la eficiencia de un verdugo.

Andreas estaba de pie cerca de la ventana blindada, mirando al jardín oscuro, haciendo girar un cuchillo de combate en la mano.

Ya se había duchado y se había quitado la sangre del parto, pero su energía aún vibraba en una frecuencia asesina.

Entré y cerré la pesada puerta, aislando el sonido de las risas de los niños en el salón.

Aquí, el aire era diferente. Aquí olía a guerra.

—Informe —ordené, sentándome en el sillón de cuero frente a Athan.

Athan dejó de teclear y giró el portátil hacia mí.

—Tu viaje a Zúrich ha sido quirúrgico, hermano —empezó Athan, con una sonrisa fría.

—La congelación de los activos de Damon en el Banque Souveraine ha tenido el efecto de una guillotina.

Señaló a la pantalla, donde se mostraban gráficos de flujo de comunicaciones e intercepciones de radio.

—En las últimas seis horas, hemos monitorizado un éxodo masivo. Los mercenarios rusos del Grupo Volkov han abandonado sus posiciones.

—¿Se han ido? —preguntó Andreas, girándose.

—Los mercenarios de élite no luchan por ideología, luchan por dinero —expliqué—. Sin paga, no hay lealtad.

Lo más probable es que Volkov se haya reído en la cara de Damon cuando no le llegó el cheque.

—Exactamente —confirmó Athan—. Hemos interceptado una llamada de Volkov a un contacto en Moscú.

Ha llamado a Damon "aficionado arruinado" y ha ordenado la retirada inmediata de las tropas tácticas.

El apoyo logístico, las armas pesadas, los expertos en explosivos... todo ha desaparecido.

Solté el aire, sintiendo una punzada de alivio. Sin los rusos, Damon perdía la capacidad de lanzar ataques complejos como el del dron o la invasión coordinada.

—Entonces está solo —concluí—. Es un hombre muerto.

Podemos enviar un equipo de limpieza y acabar con esto esta misma noche.

—No tan rápido. —Athan levantó la mano—. Ha perdido a la élite, Alex. Pero no está solo.

Athan hizo clic en una nueva ventana, mostrando fotos granuladas sacadas por nuestros ojeadores en los muelles

industriales de El Pireo y en los barrios más pobres de Atenas.

Las fotos mostraban a Damon. Parecía más delgado, con barba de varios días y los ojos hundidos y maníacos.

Pero no estaba aislado.

Estaba rodeado de hombres. Pero no eran soldados con uniformes tácticos. Eran bandas callejeras.

Hombres con tatuajes de presidiario, ropa sucia, armados con pistolas viejas y machetes. La escoria de los bajos fondos griegos.

—¿Qué es esto? —pregunté, sintiendo que el estómago se me revolvía.

—Reclutamiento desesperado —respondió Athan, sombrío—. Damon está rascando el fondo del barril.

Les está prometiendo lo que no tiene a matones callejeros, a traficantes de poca monta, a yonquis y a anarquistas.

Gente que odia a nuestra familia no por dinero, sino por envidia o por pura voluntad de ver el mundo arder.

—Ha cambiado un ejército por una pandilla —escupió Andreas con desprecio—. Ratas de alcantarilla.

No saben ni coger bien un fusil.

—No subestimes la estupidez, Andreas —advertí, levantándome y caminando hacia el mapa de la ciudad en la pared.

—Un mercenario profesional es predecible. Evalúa el riesgo. Quiere sobrevivir para gastarse la paga.

Sigue las reglas de enfrentamiento.

Me giré hacia mis hermanos.

—¿Pero estos hombres? No tienen nada que perder. Son volátiles. No obedecen jerarquias.

Damon no está armando un ejército; está montando una bomba humana.

—Ahora es menos estratégico —estuvo de acuerdo Athan, cerrando el portátil—. Pero es infinitamente más impredecible.

Antes, sabíamos que atacaría objetivos de alto valor. ¿Ahora?

Podría enviar a un yonqui a tirar un cóctel molotov al muro del jardín solo para ver qué pasa.

—O podría intentar secuestrar un camión de reparto y estrellarlo contra la puerta principal —añadió Andreas, con voz grave.

—Como el ataque que sufrimos hace una semana. Aquel conductor no era un profesional. Era un fanático.

La nueva realidad se impuso sobre nosotros.

Le habíamos quitado el dinero a Damon, pero, al hacerlo, también le habíamos quitado lo único que lo mantenía racional.

En ese instante, era un animal herido y acorralado, liderando una manada de perros rabiosos.

—La seguridad tiene que cambiar —decreté—. Ya no nos enfrentamos a tácticas militares, sino a una guerrilla urbana.

—Ya he ordenado el bloqueo total del perímetro —dijo Andreas—. Nadie entra ni sale sin verificación de ADN.

Se han reforzado los muros. He puesto francotiradores con visión térmica en los tejados para detectar cualquier movimiento en los arbustos, por pequeño que sea.

—¿Y la familia? —pregunté, pensando en la escena del salón.

—Nadie sale —sentenció Athan—. A partir de ahora, la mansión es una jaula de oro.

Sienna, Chloe, Eleni y los niños... están confinados hasta que la cabeza de Damon nos sea servida en bandeja.

Asentí. Sienna odiaría eso. Maya se pondría inquieta. Pero era el precio de la supervivencia.

—Hablaré con Sienna —dije—. Tiene que entender que la victoria en Zúrich ha tenido un coste.

Hemos dejado al enemigo más débil, pero más loco.

—Alex —me llamó Athan cuando yo estaba en la puerta.

Miré hacia atrás. El rostro de mi hermano mayor estaba iluminado solo por la luz de la pantalla del ordenador, haciéndolo parecer una estatua de mármol vengativa.

—Damon intentará algo gordo. Sabe que su tiempo se ha acabado.

El dinero que les prometió a esos matones no existe. Cuando se den cuenta, se volverán contra él.

Damon tiene una ventana de oportunidad muy pequeña antes de ser devorado por sus propios "aliados".

—Lo sé —respondí, agarrando el picaporte con fuerza—. Va a atacar pronto y será brutal.

—Estate preparado —gruñó Andreas desde la ventana—. Porque la próxima vez que venga, no me limitaré a defenderme.

Saldré y le daré caza.

—Todos lo haremos —prometí.

Salí del despacho, sintiendo el peso del "Nuevo Orden". Ya no había reglas, ni honor entre ladrones.

Éramos nosotros o ellos. Tenía a tres niños y a tres mujeres en la habitación de al lado que dependían de que "nosotros" ganásemos.



Sienna
STERLING

Capítulo 30

Dicen que en tiempos de guerra, los hombres van al frente y las mujeres se quedan atrás esperando.

En la Mansión Galanis, eso era mentira. Las mujeres no esperaban. Nosotras afilábamos las hojas que ellos no podían llevar.

Dos días después del nacimiento de Ares, la casa había entrado en un ritmo de "normalidad" armada.

Se había reconstruido la puerta con acero reforzado y las patrullas recorrían el jardín cada quince minutos.

Sin embargo, en el salón privado del ala este, el ambiente era otro.

Yo estaba sentada en la alfombra, con Maya jugando a los médicos con el tío Andreas, que estaba tumbado en el suelo fingiendo ser un paciente con una "pierna rota" muy dramática, mientras Chloe amamantaba a Ares en el sofá.

Eleni, la esposa de Athan, estaba en el sillón de al lado, con el pequeño Theodoros en el regazo.

No controlaba cuentas ni empuñaba armas. Le acariciaba suavemente el pelo al niño, tarareando una melodía en voz baja, y parecía un cuadro renacentista de paz en medio del caos de aquella casa.

—Ha llamado Athan —comentó Eleni, con voz suave, sin apartar los ojos del niño.

—Ha dicho que va a tardar un poco más. No me ha dado los detalles, nunca me los da... dice que es para que pueda seguir durmiendo tranquila por las noches.

La miré, con admiración. Eleni era la personificación de la inocencia que Athan tanto luchaba por preservar.

Ella no necesitaba saber nada sobre el combustible del mercado negro ni sobre los reclutamientos en los barrios bajos.

Su papel era mantener la luz encendida.

—¿No te importa? —pregunté—. ¿No saber qué está pasando ahí fuera?

Eleni levantó la vista y sonrió. Una sonrisa dulce, llena de confianza absoluta.

—Athan es el Rey, Sienna. Su deber es lidiar con la oscuridad.

El mío es asegurarme de que, cuando cruce esa puerta, encuentre un hogar y no otra guerra.

Él protege nuestro mundo para que nosotras podamos vivir en él.

—Eleni es la razón por la que Athan aún tiene alma —añadió Chloe, acomodándose a Ares en el pecho con cariño.

—Si no fuera por ella, él sería solo hielo.

Y yo... bueno, yo soy la que le recuerda a Andreas que no es solo un soldado, sino también un padre y un marido.

—¿Y tú, Sienna? —preguntó Eleni, arreglándole la manta a Theodoros.

—¿Ya has descubierto cuál es tu lugar en todo esto?

La pregunta no era un desafío, sino una reflexión.

Miré a Maya, que estaba sentada en el suelo, pegando pegatinas de colores en el brazo tatuado de Andreas, que fingía desmayarse con cada "tirita" que ella le ponía.

—Soy la madre —respondí, observando la escena.

—Y, a veces, siento que soy solo el motivo de preocupación de Alex. El punto débil.

—Tú no eres el punto débil —me corrigió Chloe, con firmeza —. Eres el punto de equilibrio.

—Es verdad —intervino Andreas desde el suelo, sin abrir los ojos mientras Maya se reía.

—Alex es una máquina, Sienna. Lo criaron para conquistar y destruir.

Pero una máquina no tiene adónde volver. Tú le das un destino. Tú eres el ancla.

Abrió un ojo, mirándome con seriedad.

—Si te pierde a ti, se pierde a sí mismo. Nosotros os protegemos con nuestra vida, no porque seáis indefensas, sino porque sois la única parte pura que le queda a esta familia.

Sentí un nudo en la garganta. Miré a aquellas mujeres y a los niños.

Nosotras no teníamos que cazar dragones. Nuestros maridos lo hacían por nosotras, para que pudiéramos quedarnos en la torre, a salvo, manteniendo la chimenea encendida.

—Lo entiendo —susurré—. Lucha ahí fuera para que yo no tenga que luchar aquí dentro.

Eleni asintió con aprobación.

—Exactamente. Ellos son la espada y el escudo. Nosotras somos el corazón.

La puerta se abrió y entró Cassandra.

La conversación se detuvo de inmediato. No por miedo, sino por respeto.

La matriarca llevaba una bandeja de plata con té y galletas, pero su postura era la de quien lleva una corona.

—Andreas, levántate del suelo —ordenó, colocando la bandeja en la mesa de centro.

—Estás lleno de gérmenes y Maya no necesita aprender a ponerle tiritas a mercenarios ahora.

—Sí, mamá —obedeció Andreas al instante, levantándose y guiñándole un ojo a Maya—. El paciente ha sido dado de alta, doctora Maya.

Besó la coronilla de su sobrina, luego la frente de Chloe y salió, llevándose consigo aquella energía caótica y masculina.

Solo quedábamos nosotras. El "Círculo de Hierro", como lo llamaba Alex.

Cassandra sirvió el té.

—Sienna, ven conmigo —dijo, tendiéndome una taza—. Vamos a dar un paseo por el jardín de invierno.

Necesito estirar las piernas y Maya está a salvo aquí con sus tías.

Sabía que no era una invitación a dar un paseo. Era una convocatoria.

Seguí a Cassandra hasta el jardín de invierno, una estructura de cristal anexa a la casa, llena de orquídeas y helechos, resguardada del viento frío que soplaba desde el mar.

Cassandra se acercó a una orquídea blanca y tocó los pétalos con delicadeza.

—¿Sabes por qué fui tan dura contigo cuando llegaste? —preguntó, sin mirarme.

—Porque le escondí a su nieta.

—No. —Se dio la vuelta. Sus ojos azules, tan parecidos a los de Athan, se clavaron en mí.

—Porque vi el miedo en ti. Y el miedo es contagioso, Sienna.

—Tengo motivos para tener miedo. Un maníaco voló nuestra puerta.

—Sí, y habrá otros. Damon no es el primero y no será el último.

—Se acercó, y la seda de su vestido negro rozó el suelo de piedra.

—Ser la mujer de un Galanis no va de vestir seda y organizar cenas.

Va de soportar el peso de la corona cuando ellos no pueden.

Me cogió la mano. Su piel era tan fina como el papel, pero su apretón era fuerte.

—Alex es el Estratega. Piensa diez pasos por delante. Pero tiene un defecto fatal: siente demasiado.

Ama con una intensidad que lo quema.

Recordé cómo me miraba. Cómo invadió Londres. La posesión...

—Lo sé.

—Cuando murió su padre... Alex casi se pierde en la oscuridad. Se volvió frío, calculador.

Tú le hiciste volver, incluso estando lejos. La rabia que sentía por ti le mantuvo con vida.

Y ahora... el amor que siente por ti y por la niña podría destruirle si no eres fuerte.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté, sintiendo el peso de la responsabilidad.

—Quiero que dejes de sentirte como una víctima secuestrada.

—Cassandra me soltó la mano y me tocó la cara, un raro gesto de afecto.

—Eres la madre de la heredera. Eres la compañera del Lobo. Acepta el poder que eso te da.

No te escondas detrás de él. Quédate a su lado.

—Él no me deja luchar. Quiere encerrarme en el búnker.

—Los hombres son idiotas. Se piensan que proteger es encerrar bajo llave. —Cassandra sonrió con una sonrisa cómplice.

—Nosotras sabemos que protección es preparación.

Sacó algo del bolsillo de su vestido.

Era un cuchillo. Pequeño, con mango de nácar, pero la hoja era curva y afilada como un bisturí.

—Este era mío —dijo, poniéndomelo en la mano.

—Me lo regaló mi marido el día de nuestra boda. Dijo: "Para pelar fruta".

Yo lo usé para cortarle la garganta a un hombre que intentó entrar en la habitación de mis hijos hace treinta años.

Abrí mucho los ojos, mirando a la anciana y elegante señora que tenía delante.

—Acéptalo, Sienna. —Cerró mis dedos sobre el mango frío—. Aprende a usarlo.

Alex te ha dado un arma. Yo te doy la hoja. El arma hace ruido y se queda sin munición.

La hoja es silenciosa y nunca falla.

—Gracias —susurré, sintiendo el peso de la historia en aquella pieza.

—Ahora vuelve allí. Y cuando Alex te mire esta noche... no dejes que vea a la chica asustada de Londres.

Deja que vea a la mujer que sostendrá el imperio si él cae.

Volví a la habitación con el cuchillo escondido en el bolsillo.

Alex no estaba. Se había ido a Galanis Shipping para mantener las apariencias de normalidad en el mercado.

Saqué el cuchillo del bolsillo y lo puse sobre el tocador. Al lado de la Glock que me había dado Alex.

Miré mi reflejo en el espejo. Estaba cansada. Tenía ojeras, pero también había algo diferente.

La "Sienna de Londres", la socialité que vendía joyas para pagar a chantajistas, había desaparecido.

En su lugar, había una mujer que había atravesado el fuego, que había visto nacer a un guerrero y que llevaba un cuchillo de nácar en el bolsillo.

Cogí el cuchillo. Sopesé su peso.

Hice un movimiento en el aire, un corte rápido e imaginario.

Cassandra tenía razón. Alex podía ser el Lobo, pero yo no iba a ser la oveja.

Si Damon venía... si osaba acercarse a Maya de nuevo... no solo se encontraría con los dientes de Alex.

Se encontraría con mi hoja y yo no dudaría.

Me guardé el cuchillo en la bota, escondido, pero accesible.

Estaba cayendo la noche. Alex volvería pronto y cuando llegara, yo no estaría esperando a que me rescataran.

Yo estaría lista.



Alex GALANIS

Capítulo 31

La noche pasó sin ataques, pero el silencio era apenas el intervalo entre las bombas.

Cuando desperté, la luz grisácea de la mañana se filtraba por las pesadas cortinas, dibujando franjas doradas en la alfombra.

Esperaba encontrar a Sienna durmiendo, exhausta por la tensión del día anterior y por las conversaciones con mi madre.

En cambio, su lado de la cama estaba frío.

Estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero, terminando de subir la cremallera de un vestido tubo negro, elegante y severo.

Me levanté, apoyándome en los codos, observándola. Había algo diferente en su postura.

La fragilidad que la rondaba desde el parto de Ares parecía haberse evaporado, sustituida por una rigidez de acero.

—¿Adónde vas? —pregunté, con voz ronca por el sueño.

Sienna se giró. Ya estaba maquillada y con el pelo recogido en un moño impecable.

—Contigo —respondió, sencilla y directa—. A Galanis Shipping.

Me senté en la cama, pasándome la mano por la cara.

—Sienna, no es seguro. Damon está ahí fuera. La mansión es una fortaleza, el despacho es un blanco de cristal.

Quédate aquí con los niños.

Caminó hacia la cama. No retrocedió. No pidió permiso. Solo me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos.

—No me voy a quedar aquí encerrada esperando a que vuelvas con malas noticias, Alex.

Cassandra me dijo que protección es preparación. Estoy lista.

Bajé la mirada hacia sus piernas. Llevaba botines de cuero negro.

Noté un sutil bulto en su tobillo derecho. Estaba armada. No con la Glock, sino con algo más discreto.

Probablemente el cuchillo de mi madre.

Sonreí. Una sonrisa lenta y depredadora. Mi mujer se había afilado las garras durante la noche.

—Si vienes conmigo —le advertí, levantándome y poniéndome cara a cara con ella—, tendrás que actuar como la dueña del lugar.

Si huelen el miedo en ti, el precio de nuestras acciones caerá antes de comer.

—Que caigan —desafió, arreglándome el cuello de la camisa del pijama.

—Las volveremos a comprar a la baja.

Esa era la Sienna que yo quería a mi lado. No la rehén. La Reina.

—Dame diez minutos —dije, yendo hacia el baño—. Vamos a enseñarle a Atenas quién manda.

Si la Mansión era el corazón de nuestra familia, el edificio de Galanis Shipping era el pulmón.

Era allí donde entraba el dinero, donde se negociaba la influencia y donde la fachada de respetabilidad se mantenía con cristales de espejo y mármol italiano.

Una hora después, el convoy de coches blindados paró delante del rascacielos de cristal en el puerto.

El día estaba despejado, ventoso, con el mar agitado rompiendo contra el muelle ahí abajo.

Entramos en el vestíbulo principal como si fuéramos los dueños del oxígeno que todos respiraban.

Llevaba mi traje de corte más agresivo, azul marino, con la corbata de seda gris.

Sienna caminaba a mi lado, con una gabardina beige sobre el vestido negro, y tacones que chasqueaban en el suelo como disparos de advertencia.

Los rumores sobre el ataque a nuestra puerta ya habían recorrido la ciudad.

Los empleados nos miraban de reojo, susurrando, buscando signos de debilidad, de miedo, de heridas.

No les dimos nada.

—Sonríele a la recepcionista, Alex —murmuró Sienna entre dientes, manteniendo una sonrisa perfecta y gélida en el rostro mientras pasábamos por seguridad.

—Está mirando la mancha imaginaria de hollín de tu camisa.

—Yo no les sonrío a los empleados —respondí, guiándola hacia los tornos.

—Entonces, sonríeme a mí. Deja que vean que el "príncipe" está feliz, no preocupado.

Su miedo alimenta a la competencia.

La miré, sorprendido y excitado. Su mente ejecutiva estaba de vuelta.

Sienna Sterling, la gestora de la fortuna de su familia.

Forcé una sonrisa encantadora, me incliné y le besé la mano delante de todo el vestíbulo.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Ahora vamos a subir antes de que me rompa un tacón en tu exagerado suelo de mármol.

Entramos en el ascensor privado. En cuanto las puertas se cerraron y tecleé el código de seguridad, su máscara cayó, pero no por el miedo, sino por el agotamiento de la actuación.

—Odio esto —admitió, apoyándose en la pared de espejos—. Odio tener que fingir que no nos están cazando.

—Es la parte más importante de la guerra, Sienna. La percepción.

Si el mercado cree que estamos sangrando, los bancos cortan el crédito.

Si los bancos cortan el crédito, no pagamos la seguridad. Y entonces...

—Y entonces morimos —completó, cerrando los ojos por un segundo—. Sé cómo funciona.

El ascensor se abrió en el ático. La planta ejecutiva era un inmenso espacio abierto, silencioso, con vistas de 360 grados del puerto.

Portacontenedores gigantescos, grúas y el mar azul profundo componían el escenario de mi imperio.

Mi secretaria, Helena, se levantó de inmediato.

—Sr. Galanis. Sra. Galanis. —Saludó, nerviosa—. Los informes de daños del Puerto 4 están en su mesa.

Y el señor Onassis ha llamado tres veces preguntando por los rumores de explosiones.

—Dígale a Onassis que estamos haciendo obras de expansión y que usamos dinamita para limpiar el terreno rocoso —respondí sin dejar de caminar.

—Y cancele mis reuniones de la mañana. No quiero que me molesten.

Abrí la puerta doble de mi despacho.

Era una sala cavernosa, dominada por una mesa de cristal templado y acero que parecía flotar en el centro.

La pared del fondo era enteramente de cristal, ofreciendo la visión del poder que yo comandaba.

Sienna entró y fue directa hacia la ventana. Miró hacia abajo, a los barcos con el logotipo de mi familia.

—Es mucho más grande de lo que imaginaba —dijo, en voz baja.

—Cuando estábamos en la universidad, hablabas de barcos... Yo me imaginaba barquitos. Esto... esto es una flota.

—Es lo que mantiene al mundo girando. —Me quité la chaqueta y la tiré al sofá de cuero.

—Petróleo, cereales, tecnología... y armas, por supuesto. Todo pasa por aquí.

Caminé hacia ella, deteniéndome justo detrás, sin tocarla.

—Todo esto será de Theodoros algún día, de Ares y de Maya.

Sienna se volvió hacia mí. La luz del sol se reflejaba en su pelo rubio, creando un aura.

—Hablas como si ya estuvieras muerto, Alex. "Será de ellos". ¿Y tú?

—Yo solo soy el guardián. El constructor. —Le toqué la cara.

—Hablaste con mi madre ayer.

—Lo hice.

—¿Y?

—Y me dio un consejo. —Sienna dio un paso al frente, invadiendo mi espacio personal con una audacia nueva.

—Me dijo que tenía que dejar de actuar como una víctima si quería sobrevivir a tu lado.

—Mi madre es sabia.

—También dijo que sientes demasiado. Que amas con una intensidad que quema.

Me quedé inmóvil. La vieja Cassandra estaba poniendo mis cartas sobre la mesa.

—¿Y eso te asusta? —pregunté.

—Me asustaba —respondió Sienna. Sus manos subieron por mi pecho, alisando la camisa, sintiendo el latido de mi corazón.

—En Londres, pensaba que ese amor era una prisión.

Pero ahora... después de verte con Maya, después de verte sosteniendo a Ares...

Levantó los ojos hacia los míos. Había fuego en ellos.

El mismo fuego que vi en la galería de tiro, pero ahora dirigido a mí.

—Me di cuenta de que este amor es la única cosa que puede salvarnos.

Sienna no esperó. Se puso de puntillas y me besó.

No fue un beso suave. Fue una reivindicación. Me mordió el labio inferior, tirando de mí hacia ella, exigiendo que yo correspondiera.

Gruñí contra su boca, agarrándola por la cintura y tirando de ella contra mi polla, que se endureció al instante.

La "fachada" de normalidad que habíamos mantenido en el vestíbulo se hizo añicos.

Allí, en aquella sala insonorizada, éramos solo el Lobo y su pareja.

—Alex... —gimió cuando bajé con besos a su cuello—. La mesa...

No necesité más incentivos.

Caminé con ella hacia atrás hasta que sus muslos chocaron contra el borde de la mesa de cristal.

La levanté, sentándola sobre la superficie dura y fría.

La gabardina estaba abierta. El vestido de tubo se subió, revelando sus muslos con unas finas medias negras.

—Te pusiste esto para provocarme —la acusé, pasándole la mano por la pierna, sintiendo la textura de la media y el volumen de la bota donde estaba escondido el cuchillo.

—Sabías que te traería aquí. Sabías que te desearía en mi despacho.

—Tal vez —jadeó, echando la cabeza hacia atrás mientras yo le besaba el escote.

—Soy una CEO, ¿recuerdas? Sé negociar.

—Entonces, negociemos.

Con un movimiento rápido, le rasgué las medias por en medio, abriendo un agujero estratégico.

El sonido de la tela sintética rompiéndose fue el único ruido en la habitación, aparte de nuestras respiraciones.

No le quité las bragas. Solo se las aparté a un lado. Estaba húmeda. Lista.

Me abrí el pantalón, liberándome.

Sienna me miró, con las pupilas dilatadas y la boca roja e hinchada. Parecía la diosa del caos corporativo.

—Fóllame, Alex —pidió, sin vergüenza, sin rodeos—. Fóllame mirando a tu imperio.

Enséñales quién manda.

Le agarré las caderas y entré con fuerza.

—¡Ah!

La mesa de cristal crujió bajo nuestro peso, pero aguantó.

El cristal frío contra su culo, mi cuerpo caliente contra su frente, la vista del puerto a nuestras espaldas... era puro poder.

Empecé a un ritmo brutal. No había lugar para la ternura. Estábamos descargando la tensión del ataque, del miedo, de la responsabilidad.

Sienna enredó sus piernas en mi cintura, los tacones de sus botas arañándome la espalda protegida por la camisa.

Me clavó las uñas en los hombros, gimiendo fuerte, y el sonido resonó en el cristal.

—Mira hacia allí —le ordené, cogiéndole la cara y girándola hacia la ventana panorámica, mientras seguía embistiéndola profundamente.

—Mira los barcos, Sienna.

Ella miró, jadeante, viendo cómo se movían las grúas allá abajo mientras yo la poseía.

—Todo es nuestro —rosné en su oído—. Cada contenedor. Cada ruta.

Y tú... tú eres la reina de toda esta mierda.

—¡Sí... sí, Alex!

Le apreté la cintura, posesivo, marcándole la piel a través del vestido.

—¿Se creen que pueden derribarnos? ¿Acaso Damon se cree que puede quemar esto?

—No... —gemía ella, contoneándose contra mí, aumentando la fricción—. ¡Él no es nada!

—¡Nada! —coincidí, embistiendo contra ella con más fuerza—. Nosotros somos el poder. Nosotros somos la ley.

La sensación de tenerla allí, en el centro de mi mando, abierta para mí, aceptando mi semilla y mi furia, fue el afrodisíaco más fuerte que jamás había probado.

Sienna giró la cara hacia mí de nuevo, desesperada.

—¡Bésame, Alex! ¡Ahora!

Tomé su boca mientras nuestros cuerpos chocaban en un frenesí final.

Se corrió primero, apretándome con tanta fuerza que vi las estrellas. Sus espasmos fueron un detonante para los míos.

Lo derramé todo en ella, con un gemido ronco escapando de mi garganta, agarrándola como si fuera la única cosa sólida en un mundo que se estaba desmoronando.

Nos quedamos ahí durante un buen rato. Yo, inclinado sobre ella, con el rostro enterrado en su cuello perfumado con vainilla.

Sienna, con las manos en mi pelo y la respiración calmándose poco a poco.

El teléfono de mi mesa sonó, estridente e irritante.

Sienna se rio contra mi piel. Con una risa ronca y satisfecha.

—Creo que el señor Onassis quiere volver a preguntar por las explosiones.

Me levanté despacio, arreglándome la ropa. Sienna continuó en la mesa, con el vestido arrugado, la media rasgada y un brillo en los ojos que no veía desde hacía mucho tiempo.

Parecía peligrosa y ligera.

Extendí la mano hacia el teléfono y contesté, sin quitarle los ojos de encima.

—Galanis.

—Alex —era la voz de Andreas, y no tenía nada de burocrática. Era voz de guerra.

—Tenemos un problema en el Puerto 4. Humo negro. Mucho humo.

Se me heló la sangre, el calor del sexo se evaporó al instante.

—Voy para allá —dije.

Colgué el teléfono. Sienna ya estaba bajando de la mesa, arreglándose el vestido, leyendo el cambio en mi expresión con esa nueva y afilada percepción.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, poniéndose seria, con la mano bajando instintivamente hacia la bota.

—Fuego en el puerto —respondí, cogiendo mi chaqueta y el arma del cajón—. Damon no ha esperado a que anochezca.

Sienna caminó hacia mí. No pidió ir conmigo a la línea de frente.

Ella sabía que la batalla física era mía, pero la retaguardia era suya.

—Vete —dijo, arreglándome la corbata con manos firmes—. Apaga el fuego, Alex. Y vuelve a casa.

La besé una última vez, con sabor a despedida y a pólvora.

—Cierra la puerta con llave hasta que mande a Nikos a recogerte.

Salí del despacho, dejando a mi reina en la torre de cristal, y bajé a enfrentarme al fuego.



Alex GALANIS

Capítulo 32

El cielo sobre el puerto de Pireo no estaba azul aquella tarde.

Estaba negro, asfixiado por una columna de humo aceitoso que se podía ver desde el centro de Atenas.

El olor llegó antes que yo. Goma quemada, productos químicos y esa nota amarga de destrucción que siempre acompaña al fuego.

Me bajé del coche blindado antes incluso de que parara del todo.

El calor me golpeó en la cara, una ola física que hizo que el sudor brotara al instante bajo mi camisa de vestir, sin chaqueta y con las mangas remangadas.

El escenario era el infierno en la tierra.

Tres contenedores estaban en llamas. Las llamaradas anaranjadas lamían el metal retorcido, escupiendo chispas hacia el

cielo.

Había bomberos corriendo de un lado para otro, gritando órdenes, luchando por contener el incendio antes de que se extendiera a los tanques de combustible adyacentes.

—¿Dónde está? —le rugí al primer jefe de seguridad que vi.

—¡Señor Galanis! —El hombre estaba cubierto de hollín y tosía.

—El señor Andreas está cerca de la nave B. Él... ha cogido a uno de ellos.

Corrí en la dirección indicada, ignorando las advertencias de los bomberos para que retrocediera.

Encontré a Andreas detrás de una pila de cajas de madera intactas.

Sostenía a un hombre por el cuello de su sucia chaqueta, y los pies del tipo colgaban a cinco centímetros del suelo.

El hombre era joven, delgado, con los dientes podridos y tatuajes mal hechos en el cuello.

No era un soldado, ni mucho menos un mercenario. Era una rata callejera.

—¿Quién te ha enviado? —gruñó Andreas, sacudiendo al hombre como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Habla, o te tiro al fuego!

—¡No lo sé! ¡Lo juro! —lloriqueaba el hombre, con la cara sangrando por donde Andreas probablemente ya le había pegado.

—Fue un tipo... ¡pagó quinientos euros! ¡Dijo que tiráramos la botella y corriéramos!

—Andreas, suéltalo.

Mi voz cortó la furia de mi hermano. Andreas giró la cabeza hacia mí; sus ojos verdes estaban inyectados de rabia y humo.

—¡Ha quemado nuestra carga, Alex! ¡Quinientos euros! ¿Eso es lo que valen nuestras pérdidas?

—Suéltalo —repetí, más calmado, pero con autoridad absoluta —. No sabe nada. Es carne de cañón.

Andreas bufó y tiró al hombre al suelo. El incendiario cayó, tosiendo y gimiendo, intentando alejarse a rastras.

—Piérdete de mi vista —le ordené al hombre—. Si te vuelvo a ver por este puerto, no será mi hermano quien te atrape.

Seré yo.

El hombre se levantó y echó a correr, desapareciendo entre el humo.

Andreas se limpió las manos en el pantalón, furioso.

—¿Por qué lo has dejado ir? Iba a hacerle hablar.

—Ya ha dicho todo lo que necesitábamos saber, Andreas.

—Caminé hacia los contenedores en llamas, observando el trabajo de los bomberos—. Quinientos euros. Cócteles molotov.

Ninguna táctica de extracción.

Me volví hacia mi hermano.

—Esto no ha sido un ataque militar. Ha sido vandalismo.

—¡Es destrucción igualmente! —Andreas le dio una patada a un trozo de metal.

—Aquel contenedor estaba lleno de aparatos electrónicos de alta tecnología. ¡Las pérdidas son de millones!

—El dinero lo recuperamos. El seguro lo cubre. Lo que importa es el mensaje.

Señalé el caos a nuestro alrededor.

—Damon ya no tiene recursos para atacarnos de frente.

No tiene misiles, no tiene drones de largo alcance y tampoco tiene a hackers invadiendo nuestros sistemas.

—¿Entonces nos está apedreando hasta la muerte?

—Está intentando desangrarnos. —Me pasé la mano por el pelo, sintiendo el hollín pegarse a mis dedos.

—Quiere crear el caos. Quiere que nuestros clientes vean este humo y piensen que Galanis Shipping ya no es segura.

Quiere destruir nuestra reputación porque no puede destruir nuestros cuerpos.

Athan llegó en ese momento, caminando con la calma de quien cruza un parque, a pesar de llevar una máscara de protección contra gases que se quitó al acercarse.

—La policía portuaria está acordonando la zona —informó Athan, con voz apagada.

—Ya he hablado con el comisario. Se registrará como "accidente industrial causado por fallo eléctrico".

Nada de bandas en los informes oficiales.

—Perfecto —respondí—. Cuanto menos sepa la prensa, mejor.

—¿Y Damon? —preguntó Andreas, vibrando aún por la necesidad de violencia.

—Damon está jugando sucio —dijo Athan, mirando el fuego —. Es táctica de tierra quemada.

Si él no puede tener el imperio, nadie lo tendrá.

—Va a seguir —preví, sintiendo que el peso del agotamiento empezaba a instalarse en mis hombros.

El sexo con Sienna en la oficina parecía haber ocurrido en otra vida—. Hoy ha sido el puerto.

Mañana podría ser uno de nuestros almacenes de distribución. Luego, un camión en la carretera...

—Tenemos que darle caza —insistió Andreas—. Vamos a registrar cada agujero de Atenas.

—No —lo corté—. Si salimos corriendo detrás de cada incendio que provoque, dejaremos la mansión expuesta y eso es lo que él quiere... cansarnos y dividirnos.

Miré el fuego, que empezaba a amainar bajo los chorros de espuma química.

—Vamos a doblar la seguridad en todos los activos críticos. ¿Pero nosotros? Nosotros nos volvemos a casa.

—¿A casa? —Andreas parecía incrédulo—. ¿Con todo esto pasando?

—Exactamente. —Me vino a la mente la imagen de Sienna en mi despacho, diciéndome que volviera.

—Nuestra prioridad es la fortaleza. Deja que el dinero se queme, Andreas. Ya haremos más.

Pero no podemos hacer otra familia.

Andreas apretó la mandíbula, pero la mención a la familia lo calmó. Pensó en Chloe y en Ares.

—Vale. Pero si cojo a otra de esas ratas... no saldrá caminando.

—Me parece justo.

Caminamos de vuelta hacia los coches. El puerto seguía apestando a quemado, y las sirenas aullaban a lo lejos.

Saqué el móvil y vi un mensaje.

Sienna:

¿Está todo bien?

Escribí la respuesta con el pulgar sucio de hollín.

Alex:

Controlado. Ya vuelvo.

Me subí al coche. El aire acondicionado frío fue un alivio, pero no lograba quitar el calor de la batalla de mi piel.

Damon había declarado una guerra de desgaste. Quería ver quién se rompía primero.

No sabía que yo tenía algo que él nunca tuvo: un motivo para soportar cualquier fuego.

—A la mansión —le ordené al conductor—. Y no pares por nada.



Sienna
STERLING

Capítulo 33

El coche blindado me trajo de vuelta de Galanis Shipping bajo protesta, pero Alex se mostró inflexible.

"El puerto está ardiendo, Sienna. Necesito saber que estás a salvo en la fortaleza para poder hacer mi trabajo."

Y así, fui despachada de vuelta a la jaula de oro, mientras él corría hacia el fuego.

Allí, horas después, la televisión de la sala de estar estaba encendida a bajo volumen, pero las imágenes gritaban.

— ... fuentes oficiales confirman que el incendio en el Puerto 4 de Pireo ha sido controlado.

La policía sospecha de un fallo eléctrico en los transformadores antiguos, aunque algunos testigos aseguran haber oído explosiones...

Apagué la televisión con un seco clic del mando a distancia. "Fallo eléctrico".

Yo había estado en el despacho cuando llegó la llamada de Andreas. Había visto cambiar la cara de Alex.

No fue un fallo eléctrico. Era la guerra.

La influencia de los Galanis llegaba hasta la redacción de los periódicos.

Podían reescribir la realidad para el mundo, pero no podían reescribirla para nosotros, que estábamos allí encerrados, conociendo la verdad.

Miré por la ventana blindada. El jardín, antes un lugar de sol y juegos, en ese momento estaba patrullado por hombres armados con fusiles.

Las puertas estaban selladas. Las cortinas, cerradas.

La Mansión Galanis había dejado de ser un hogar para convertirse en un búnker de lujo.

—Mamá, quiero ir al columpio.

Miré a la alfombra. Maya estaba tumbada bocarriba, sosteniendo a su conejo de peluche por las orejas, con esa expresión de profundo aburrimiento que precede a una rabieta homérica.

—Ahora no podemos salir, cariño —respondí, intentando mantener un tono suave—. Hace mucho viento.

—¡No hace viento! —Se sentó, cruzando los brazos—. ¡Hace sol! Quiero ir al columpio.

Quiero ver al tío Andreas. ¡Quiero a papá!

Sentí una opresión en el pecho. Maya estaba acostumbrada a la libertad de Londres, a los parques y al colegio.

Allí, estaba confinada a cuatro paredes de mármol y a un patio interior.

—Papá está trabajando, Maya. Está... solucionando el problema del viento.

—Estás mintiendo. —Me miró con los ojos de Alex, inteligentes y acusadores.

—Estáis todos muy raros. La abuela no me deja acercarme a la ventana.

La tía Chloe llora cuando cree que no la veo y papá nunca viene a cenar.

La verdad en la voz de una niña de cuatro años es más afilada que cualquier cuchillo.

Me acerqué a ella y me senté en el suelo.

—Te estamos protegiendo, mi amor. Es solo por un tiempo.

—No me gusta este sitio —susurró, con el labio tembloroso—. Me quiero ir.

Quiero nuestra casa de ladrillos.

La abracé, escondiendo la cara en su pelo para que no viera mi propia frustración. Yo también me quería ir.

Quería coger un avión y desaparecer. Pero sabía que Alex tenía razón: ahí fuera, éramos blancos fáciles.

Aquí, éramos prisioneras, pero estábamos vivas.

La puerta del salón se abrió.

Entró Alex.

Parecía haber envejecido diez años desde aquella mañana. La camisa blanca estaba gris por el hollín y las mangas remangadas revelaban unos brazos cubiertos de polvo negro.

Su olor invadió la habitación antes incluso de que hablara: humo, sudor y agotamiento.

—¡Papá!

Maya se soltó de mis brazos y corrió hacia él.

Alex dio un paso atrás, levantando las manos sucias.

—No, princesa. No toques a papá. Estoy sucio.

Maya se detuvo, confusa y dolida por el rechazo físico.

—¿Estabas en el fuego? —preguntó, arrugando la nariz.

—Sí —admitió Alex, mirándome por encima de su cabeza. Tenía los ojos enrojecidos por el humo.

—Pero ya se ha apagado.

—Alex... —Me levanté, caminando hacia él—. ¿Estás bien?

—Estoy de una pieza. —Su voz sonaba ronca—. Andreas y Athan se han quedado para supervisar la seguridad de los demás almacenes.

—Yo he venido a... veros.

—Hueles a quemado —dijo Maya, siendo brutalmente sincera.

Alex intentó sonreír, pero le salió una mueca de cansancio.

—Voy a darme una ducha, Maya. A quitarme este mal olor.

Luego bajo a darte el beso de buenas noches, ¿vale?

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Salió del salón, caminando con pasos pesados hacia las escaleras.

Le hice una seña a la niñera, que estaba en un rincón discreto.

—Lleve a Maya a la sala de juegos, por favor. Dígale que vamos a... acampar en el salón esta noche.

Esperé a que salieran y subí las escaleras corriendo tras Alex.

Entré en nuestra habitación. Él estaba sentado en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas.

Tenía la camisa sucia abierta, dejando al descubierto un pecho donde el sudor había dibujado surcos en el hollín.

Parecía derrotado, y ver a Alex Galanis derrotado me asustaba más que cualquier bomba.

—¿Alex?

Levantó la cabeza.

—Han quemado tres contenedores, Sienna. Electrónica. Millones de euros convertidos en plástico derretido en veinte minutos.

—El dinero se recupera.

—No es el dinero. —Se levantó, embargado por la agitación —. Es el método.

Damon no está intentando matarnos ahora. Está intentando volvernos locos.

Quiere que corramos de un lado a otro apagando incendios hasta que caigamos de agotamiento.

—Y le está funcionando —señalé, cruzándome de brazos—. Mírate. Apenas te tienes en pie.

—Tragué saliva—. Maya... ella lo nota, Alex. Dice que se quiere ir.

Alex dejó de caminar. Me miró con una intensidad herida.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que la estamos protegiendo. ¿Pero hasta cuándo? —Mi voz subió de tono; la claustrofobia hablaba más alto.

—Estamos encerrados aquí. El jardín está prohibido. Las ventanas están cerradas. Esto no es vida, Alex. Es una condena.

—¡Es una guerra! —gritó, perdiendo la paciencia por primera vez—. ¿Qué prefieres? ¿Libertad?

Si abro ese portón, tendrás tu libertad, Sienna. ¡Pero esa libertad viene con una bala en la cabeza de nuestra hija!

Su grito resonó en la habitación.

Nos quedamos mirando fijamente, respirando con dificultad.

—Lo sé —susurré, sintiendo arder las lágrimas—. Lo sé. Pero me duele verla así.

¡Me duele verte así!

Alex cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso. La rabia desapareció de él, dejando solo el cansancio.

—Lo siento —murmuró—. No quería gritarte.

Es que... estoy intentando sujetar los muros de este imperio, pero siento que se están resquebrajando.

Caminé hacia él. No me importó el hollín, el sudor ni el olor a humo.

Lo abracé. Envolví mis brazos alrededor de su cintura y apoyé la cabeza en su pecho sucio.

Alex se quedó rígido un segundo, sorprendido, pero luego se derrumbó.

Me abrazó con una fuerza desesperada, enterrando el rostro en mi cuello, respirando hondo, buscando en mí el aire limpio que no había tenido en todo el día.

—No tienes que sostener los muros tú solo —le dije contra la piel.

—Deja que Andreas y Athan los sujeten un poco. Necesitas descansar.

—No puedo. Si duermo, Damon ataca.

—Si no duermes, cometerás errores. Y los errores matan.

Me aparté lo suficiente para mirarle a la cara. Le pasé la mano por la mejilla, manchándome los dedos de negro.

—Vete a la ducha, Alex. Pediré que nos traigan la cena a la habitación. Hoy no eres el general.

Hoy, solo eres el padre de Maya y mi... —dudé, buscando la palabra adecuada— ...mi hombre.

Me miró, y vi brillar la gratitud en aquellos ojos ambarinos y exhaustos.

—Tu hombre —repitió, probando la palabra—. Me gusta.

—Ve.

Mientras él entraba en el baño y yo oía el sonido del agua al abrirse, miré hacia la ventana cerrada.

La noche caía sobre Atenas. Las luces de la ciudad brillaban ahí fuera, lejanas e intocables.

Estábamos en una jaula, sí. Pero era una jaula que habíamos construido para mantener a los monstruos fuera.

Por primera vez, acepté que mi papel no consistía en intentar romper los barrotes, sino en asegurar que aquí dentro aún hubiera suficiente calor para sobrevivir al invierno que Damon estaba trayendo.

Cogí el teléfono interior.

—¿Cocinera? Manda sopa y whisky. La botella entera.

La guerra de ahí fuera podía ser de desgaste. Sin embargo, aquí dentro, resistiríamos.



Alex GALANIS

Capítulo 34

El café estaba frío y sabía a alquitrán, pero me lo bebí igual.

Era la cuarta taza en dos horas.

La nave de distribución era un monstruo de hormigón y acero, que normalmente zumbaba con la eficiencia de las carretillas elevadoras y los calendarios precisos.

Ese día, apestaba a miedo y a burocracia.

—Se han llevado tres camiones, señor Galanis —el jefe de logística, un hombre llamado Kostas que sudaba profusamente a pesar del aire acondicionado, señalaba el mapa sobre la mesa.

—En la ruta a Tesalónica. Eran camiones frigoríficos. Carga farmacéutica.

—No se han llevado la carga —le corregí, tirando las fotos del dron sobre la mesa.

—Han destruido la carga.

Las imágenes mostraban los camiones parados en el arcén de una carretera, con las puertas traseras abiertas de par en par.

Cajas de medicinas, vacunas y material hospitalario estaban esparcidas por el asfalto, aplastadas y mezcladas con tierra y gasoil.

No había sido un robo con ánimo de lucro, solo un desperdicio.

—El conductor dijo que eran hombres enmascarados —continuó Kostas, temblando.

—Pararon el convoy, sacaron a los conductores a la fuerza, lo rompieron todo y se marcharon.

Dijeron... que Galanis Shipping no puede entregar ni una aspirina.

Di un puñetazo a la mesa. El impacto hizo temblar las tazas.

—Eso es lo que quiere —le gruñí a Athan, que estaba apoyado en la pared, observando la escena con su habitual frialdad depredadora.

—No necesita el dinero de los medicamentos. Quiere que las farmacéuticas cancelen los contratos y que parezcamos incompetentes.

Sonó mi teléfono. Era el Ministro de Transportes.

Contesté, obligando a mi voz a sonar calmada y controlada, la antítesis del caos que me ardía en el estómago.

—Ministro. ¿A qué debo el honor?

—Galanis... —La voz del político era untuosa y nerviosa—. Estoy recibiendo llamadas preocupantes.

Incendios en el puerto, camiones secuestrados... La oposición empieza a hacerse preguntas sobre la seguridad de las rutas comerciales.

Ya sabe que nuestra colaboración depende de la... discreción y la eficiencia.

—Ha sido un incidente aislado, Ministro. Pequeños conflictos sindicales. Ya están resueltos.

—Las disputas sindicales no queman contenedores, Alex. Solucione esto.

O me veré obligado a reconsiderar las concesiones portuarias del próximo año.

Colgó.

Tiré el teléfono al sofá de cuero desgarrado del despacho del director.

—"Reconsiderar las concesiones" —repetí, sintiendo el amargo sabor de la traición—. ¡Ratas!

En cuanto el barco se tambalea, son los primeros en saltar.

—Tienen miedo —dijo Athan, caminando hacia la mesa y despidiendo al gerente con un asentimiento.

—Y tienen razón. Estamos sangrando, Alex. Tres ataques en dos días. Pequeños, sí. Pero constantes.

Es la muerte por mil cortes.

—¿Dónde está, Athan? —pregunté, frotándome la cara con las manos—. Dijiste que tenías una pista.

Athan sacó un sobre manila del bolsillo interior de su chaqueta y lo deslizó por la mesa hacia mí.

—Nuestros rastreadores han seguido a uno de los yonquis que participó en el ataque al convoy.

Lo han seguido hasta un polígono industrial abandonado en Eleusis. Una antigua fábrica de cemento.

Abrí el sobre. Las fotos eran granuladas, tomadas con lentes de visión nocturna y zoom de larga distancia.

La primera mostraba la fábrica: un esqueleto de hormigón lleno de pintadas, rodeado de maleza y basura.

La segunda mostraba el interior de una de las naves. Había colchones sucios en el suelo, hogueras improvisadas en bidones de

aceite y botellas vacías esparcidas.

Parecía un campamento de refugiados o un fumadero de crack.

Sin embargo, fue la tercera foto la que me hizo detener. Mostraba a Damon.

Estaba sentado en una caja de madera, limpiando una pistola automática. Pero no era el Damon que yo conocía.

El traje italiano había desaparecido, sustituido por una chaqueta militar raída y pantalones sucios. Llevaba la barba larga y desaliñada.

Tenía el rostro demacrado, los ojos hundidos y rodeados por ojeras negras.

Parecía un espectro. Un rey mendigo gobernando un reino de cenizas.

—Está viviendo en la basura —murmuré, sintiendo una mezcla nauseabunda de repulsión y lástima.

—El hombre que se gastaba diez mil euros en una noche en Mónaco... está durmiendo en el suelo de una fábrica de cemento.

—Ha perdido el juicio, Alex —dijo Athan, señalando un detalle en la foto.

—Mira la pared detrás de él.

Entrecerré los ojos. En la sucia pared de hormigón, Damon había pegado papeles. Eran recortes de periódico. Fotos mías.

Fotos de Andreas, de Athan y, en el centro, una foto ampliada y granulada de Sienna saliendo del coche en Londres.

La foto de Sienna estaba tachada con bolígrafo rojo. Una "X" sobre su rostro.

Y otra sobre su vientre.

El aire abandonó mis pulmones.

—No solo se está escondiendo —continuó Athan, con voz grave—. Está obsesionado.

Eso es un santuario de odio. Se pasa los días mirándonos, planeando cómo destruirnos, mientras come sobras y lidera a unos yonquis.

—Va a volver a intentarlo —dije, soltando la foto como si me quemara los dedos—. Y pronto.

No tiene recursos para mantener este asedio mucho tiempo.

Sus hombres empezarán a desertar cuando se acabe la comida o cuando les entre el mono.

—Exactamente. El tiempo corre en su contra. Lo que lo hace más peligroso.

Me levanté, sintiendo la necesidad de tomar el aire, de salir de aquella nave, de volver a la fortaleza donde estaban mi mujer y mi hija.

—Necesitamos un cebo —dije, mirando el mapa de la pared —. No podemos seguir corriendo tras él.

Tenemos que atraerlo hacia nosotros. Pero no a la mansión. A un lugar donde podamos controlar el terreno.

—No va a morder un cebo obvio, Alex. Sabe que somos más fuertes en combate directo.

—Morderá si cree que estamos débiles. —Me volví hacia Athan.

—Vamos a filtrar la información de que estamos trasladando la "caja fuerte de emergencia" de la familia. Dinero en efectivo. Diamantes.

La reserva que utilizamos para pagar sobornos.

—¿Vamos a inventarnos un transporte?

—Sí. Diremos que, con los ataques a los bancos y los bloqueos, tenemos que trasladar el dinero físico a un búnker seguro fuera de la ciudad.

Damon necesita dinero desesperadamente. No podrá resistirse a un furgón blindado lleno de supuestos millones.

—Es arriesgado. Si ataca con todo...

—Que ataque. Le estaremos esperando. A Andreas le encantará.

Athan sonrió, con esa sonrisa fina y cruel.

—Prepararé los rumores. Pero Alex... vuelve a mirar esa foto.

Miré la imagen de Damon en su trono de basura.

—¿Qué pasa?

—No tiene nada que perder. Un hombre que vive en la alcantarilla no le teme a la muerte.

Le teme a la irrelevancia. Quiere un espectáculo.

—Entonces le daremos un espectáculo. El último de su vida.

Salí de la oficina, dejando las fotos atrás. La imagen de la cara de Sienna tachada en rojo se me quedó grabada en la retina.

Le había quitado su dinero y su ejército. Ahora el bastardo quiere quitarme el alma...

Me subí al coche blindado.

—A casa —ordené.

Necesitaba ver a Sienna. Necesitaba tocarla, asegurarme de que no había ninguna "X" roja en su piel, solo mis marcas.

La guerra de ahí fuera era de desgaste, pero la guerra dentro de mi cabeza no había hecho más que empezar.

Damon se había convertido en un monstruo, y para matarlo, yo tendría que ser peor.



Alex
GALANIS

Capítulo 35

El convoy era una bestia de acero compuesta por tres SUV blindados y un furgón blindado en el centro.

El "cebo" era perfecto. Habíamos filtrado la información a través de un canal seguro que sabíamos que estaba comprometido: la familia Galanis iba a trasladar cincuenta millones en efectivo y diamantes en bruto a una cámara acorazada subterránea a las afueras de la ciudad por miedo a nuevos ataques a la mansión.

Era mentira, por supuesto. El furgón estaba vacío, excepto por cuatro hombres armados hasta los dientes.

Yo iba en el primer SUV, en el asiento del copiloto, con un fusil de asalto HK416 en el regazo.

Athan conducía, con los ojos ocultos por unas gafas oscuras, las manos relajadas en el volante como si fuera a dar un paseo de domingo, y no hacia una emboscada.

—Está demasiado tranquilo —comentó Athan, mirando por el retrovisor—. Estamos a veinte kilómetros de la ciudad.

Si iba a atacar, el punto de estrangulamiento era el puente que hemos pasado hace cinco minutos.

—Está esperando el terreno abierto —respondí, comprobando el seguro del arma.

—Damon ya no tiene precisión. Intentará usar la fuerza bruta.

Intentará arrojarnos un camión o utilizar explosivos en la carretera.

Miré la radio en el salpicadero.

—¿Andreas? ¿Situación en la Madriguera?

— Todo despejado y silencioso como un cementerio, —crepitó la voz de Andreas en la radio.

Se había quedado atrás, escondido en la sala de seguridad, contrariamente a la información filtrada de que todos los hermanos estarían en el convoy.

Era nuestro seguro de vida. — Maya está dibujando. Sienna le está leyendo.

El perímetro está cerrado.

—Mantén los ojos bien abiertos.

— Siempre, hermano. Traedme su cabeza.

El convoy entró en un tramo de la carretera rodeado de colinas rocosas y vegetación seca. El lugar perfecto para una emboscada.

—Allí —dijo Athan, y su voz se endureció.

Un camión viejo estaba cruzado en la carretera, bloqueando el paso a quinientos metros. Salía humo del motor.

—Es la trampa —confirmé—. ¡Preparaos!

El convoy se detuvo.

Al segundo siguiente, el infierno se desató sobre nosotros.

Pero no era el infierno que yo esperaba.

No hubo misiles antitanque. No hubo francotiradores profesionales disparando a los neumáticos.

Lo que hubo fue una lluvia de cócteles molotov lanzados desde las colinas, botellas de cristal llenas de gasolina barata que se hacían añicos en el asfalto y en los techos blindados, creando charcos de fuego ineficaces contra nuestro blindaje de nivel B7.

A continuación, unos hombres empezaron a bajar por la ladera. Gritaban y disparaban con pistolas y escopetas de caza.

No llevaban chalecos tácticos. Llevaban vaqueros, camisetas sucias y pañuelos en la cara.

—¿Qué es esto? —preguntó Athan, sin siquiera agacharse, mientras una bala rebotaba en el cristal blindado a su lado.

—¿Es una broma?

—Son aficionados —observé, sintiendo un frío en la boca del estómago que no tenía nada que ver con el miedo, sino con un error.

—Son yonquis. La escoria que ha reclutado.

Abrí la puerta y salí, utilizando la puerta blindada como escudo. Levanté el fusil y disparé dos veces.

Dos atacantes cayeron.

El resto de nuestro equipo de seguridad desembarcó y abrió fuego. Fue una masacre unilateral.

Los hombres de Damon caían como moscas, sin cobertura, sin táctica, corriendo hacia las balas como si fueran suicidas.

Cesé el fuego.

—¡Alto! —les grité a mis hombres—. ¡Dejad de disparar!

El tiroteo cesó. La carretera estaba cubierta de cuerpos y un fuego bajo.

Caminé hacia uno de los atacantes que aún gemía en el asfalto, agarrándose el vientre ensangrentado.

Tenía los dientes podridos y las pupilas dilatadas por la metanfetamina.

Lo agarré por el cuello y lo levanté.

—¿Dónde está? —rugí—. ¿Dónde está Damon?

El hombre se rio, escupiendo sangre en mi bota.

—El jefe... dijo que iba a ser un espectáculo... —gorgoteó—. Dijo que hiciéramos ruido... mucho ruido...

Lo solté. Cayó muerto.

—Ruido... —susurré.

Miré a Athan. Él también se había dado cuenta.

El ataque era demasiado débil. Demasiado desorganizado. Damon, aunque estuviera loco, no era estúpido.

Sabía que esa basura no pararía a un convoy blindado.

A menos que detener el convoy no fuera el objetivo.

El objetivo era sacarnos de la casa.

—Es una distracción —dije, y el horror de la constatación fue peor que cualquier bala.

—Él no quiere el dinero.

Mi radio cobró vida. Pero no era la voz tranquila de Andreas. Era el sonido de disparos pesados y explosiones.

— ¡Alex! —La voz de Andreas rugió, casi ahogada por el sonido de las ametralladoras de fondo.

— ¡Nos atacan! ¡Puerta principal! ¡Tienen un camión cisterna! ¡Están intentando derribar el muro!

—¡Volvemos! —grité, corriendo hacia el coche—. ¡Aguanta la posición, Andreas!

— ¡Son demasiados! ¡Vienen como cucarachas! ¡Es un ataque suicida masivo!

Me metí en el SUV. Athan ya estaba maniobrando, quemando rueda y girando el coche en la estrecha carretera.

—Ha atacado la casa —dijo Athan, pisando a fondo el acelerador. El motor V8 rugió.

—Ha utilizado a los yonquis de aquí para sacarnos y ha utilizado al resto de la escoria de allí para mantener ocupado a Andreas en la puerta principal —analicé, con la mente trabajando a mil por hora mientras el paisaje pasaba como un borrón.

Damon estaba jugando todas sus piezas en el tablero.

Pero todavía había algo que no cuadraba.

—La puerta principal es impenetrable, Athan. Incluso con un camión cisterna.

Andreas y la guardia de élite pueden contener a un ejército de yonquis allí durante días. Damon lo sabe.

—Está desesperado, Alex. A lo mejor se cree que puede forzar la entrada.

—No... —Saqué el móvil y abrí la aplicación de seguridad de la casa.

Las cámaras de la puerta principal mostraban el caos. Fuego, humo, docenas de hombres intentando escalar el muro, siendo abatidos por nuestros francotiradores en el tejado.

Andreas estaba allí, en primera línea, como una fuerza de la naturaleza.

Sin embargo, Damon no estaba en las cámaras. Cambié a las cámaras traseras.

El jardín este, la piscina... todo estaba en calma y en silencio.

—No está en el ataque principal —murmuré—. No está liderando a los hombres.

Entonces, vi algo en la cámara 4, la que vigilaba la entrada de servicio de la cocina, donde estaban los generadores.

La luz de estado del sistema de alarma de aquella puerta parpadeó. De "Armado" a "Mantenimiento".

No hubo sirena, ni alerta para Andreas.

Solo un cambio silencioso de código.

Alguien había desactivado la alarma desde dentro.

—Elias... —El nombre del jefe de mantenimiento me vino a la mente.

El único con acceso a esos códigos, aparte de la familia.

Se me heló la sangre en las venas.

—¡Acelera, Athan! —grité, sintiendo el verdadero pánico por primera vez—. ¡No está intentando derribar el muro!

¡Ya está dentro!

—¿Qué?

—¡Traición! ¡Han abierto la puerta de servicio! ¡Andreas está ocupado en la parte delantera y la parte de atrás está abierta!

Miré el teléfono y marqué el número de Sienna.

Contesta, contesta, contesta...

Saltó el buzón de voz.

¡Claro! Le había dicho que se quedara en el búnker si había problemas y allí no había señal de móvil.

Pero para llegar al búnker desde el ala este... tendría que pasar por el pasillo de la cocina.

Exactamente por donde Damon estaba entrando.

—Te voy a matar, Damon —le juré al viento, mientras Athan atravesaba el tráfico a doscientos kilómetros por hora.

—Como le toques un pelo a alguna de ellas, te mataré lentamente.

Sin embargo, la distancia era cruel. Estábamos a veinte minutos de casa y nuestra familia estaba en peligro.



Sienna
STERLING

Capítulo 36

La casa temblaba.

No era un temblor de tierra, sino la vibración de los explosivos que detonaban en el portón principal.

Con cada estruendo, los cristales de la lámpara tintineaban como campanas fúnebres. No obstante, yo no estaba sola.

Estábamos todas reunidas en la sala de estar, el punto de encuentro de emergencia antes de bajar al búnker.

Cassandra estaba sentada en el sofá, con Ares en el regazo, tapándole los oídos al recién nacido.

La matriarca estaba pálida, pero sus ojos azules estaban secos y alerta.

Junto a ella, Eleni sujetaba a Theodoros, que lloraba asustado, y Chloe, que aún se estaba recuperando del parto, intentaba calmar a Maya.

—Todo está bien, cariño —decía Chloe, acariciando el pelo de mi hija.

—El tío Andreas está ahí fuera. No va a dejar que entren los monstruos.

Maya estaba aferrada a su conejo de peluche, con los ojos muy abiertos, mirando a la puerta.

Yo estaba de pie, cerca de la ventana cerrada, con la Glock 43 en la mano derecha.

El peso del arma era la única cosa sólida en un mundo que parecía desmoronarse.

—Tenemos que bajar —dije, girándome hacia ellas—. El ruido está empeorando.

Alex dijo que bajáramos al búnker si la situación se agravaba.

—Andreas no ha dado la señal —replicó Cassandra, terca—. Si bajamos ahora, nos quedaremos incomunicadas.

—¡Si nos quedamos aquí, seremos blancos fáciles si rompen el muro! —insistí—. Vamos. Ahora.

Mi voz salió con una autoridad que no sabía que tenía.

Tal vez fuese el entrenamiento, o tal vez fuese el instinto materno gritando que algo iba mal.

Cassandra me miró y luego al nieto que tenía en el regazo. Asintió.

—Vamos.

El grupo se movió. Yo iba delante, con el arma en la mano, liderando la fila.

Detrás de mí, Eleni ayudaba a Chloe y Cassandra iba la última con el bebé.

El camino hacia el búnker pasaba por el pasillo de servicio y por la cocina industrial.

La casa estaba en penumbra. Habían cortado las luces principales, probablemente para ahorrar energía para los sistemas

de seguridad, o...

Las luces de emergencia del pasillo parpadearon y se apagaron.

Nos quedamos en la oscuridad total durante un segundo, hasta que se encendió la tenue luz del generador auxiliar, bañando el pasillo de un rojo siniestro.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Eleni, con voz temblorosa.

—El generador —respondí, avanzando lentamente—. Elias debe estar cambiando de red.

Llegamos a la entrada de la cocina. La puerta de la despensa, que ocultaba la entrada al búnker, estaba al otro lado de la enorme sala de acero inoxidable.

Me detuve.

Había alguien en la cocina.

Elias, el jefe de mantenimiento, estaba de pie delante de la puerta de servicio que daba al jardín trasero.

La puerta que debería estar cerrada con llave, con barras y con la alarma activada.

Tenía la mano en el panel de seguridad.

—¡Elias! —llamé, aliviada de ver una cara conocida—. ¡Ábrenos el búnker! ¡Rápido!

Elias se dio la vuelta despacio.

Tenía el rostro bañado en sudor y lágrimas. Me miró a mí y luego a los niños detrás de mí.

—Sra. Sienna... —sollozó—. Perdóneme. Han cogido a mis nietos.

La sangre se me heló en las venas.

—¿Qué?

—Dijeron que me devolverían a los niños... si abría la puerta.

—¡No! —grité, levantando el arma—. ¡Elias, aléjate de la puerta!

Pero era demasiado tarde.

Escribió el último número. La luz del panel cambió de roja a verde.

Las cerraduras magnéticas se soltaron con un sonido seco.

Elias abrió la puerta de metal.

El aire frío de la noche invadió la cocina, trayendo consigo el olor a humo y a ozono.

Elias retrocedió, llorando y encogiéndose contra la nevera.

De la oscuridad del jardín, emergió una figura.

No era un ejército. Eran solo tres hombres.

Dos de ellos eran unos matones sucios, armados con fusiles cortos.

El tercero... el tercero llevaba un traje italiano destrozado, estaba flaco como un esqueleto y tenía los ojos de un demonio hambriento.

Damon...

Entró en la cocina como si fuera el dueño, pasando por el lado de Elias sin siquiera mirarlo.

—Hola, familia —dijo. Su voz era como el roce de un metal oxidado.

Detrás de mí, oí que Chloe soltaba un grito ahogado. Cassandra dio un paso adelante, interponiéndose entre los hombres y los niños, en un intento inútil de protección.

Apunté con el arma al pecho de Damon. Me temblaba la mano, pero tenía el dedo en el gatillo.

—¡Quieto! —grité—. ¡Un paso más y disparo!

Damon se detuvo. Miró el arma en mi mano y sonrió. Una sonrisa torcida, enloquecida.

—Vaya... La princesa ha aprendido a morder.

Hizo una sutil señal con la mano izquierda.

El hombre que estaba detrás de él levantó el fusil y disparó una ráfaga corta.

No hacia mí... hacia Elias.

El jefe de mantenimiento cayó sin hacer ruido, con el pecho perforado.

Los niños gritaron. Maya se agarró a las piernas de Chloe.

—Aquí nadie dispara a nadie, Sienna —dijo Damon, pasando por encima del cuerpo de Elias.

—Porque si aprietas el gatillo... mis amigos de ahí van a convertir en un colador a ese adorable bebé que mi madrastra tiene en su regazo.

Señaló a Ares.

Bajé el arma ligeramente, con el terror paralizando mis pulmones. Tenía rehenes y a toda mi familia en el punto de mira.

—¿Qué quieres? —pregunté, con la voz entrecortada—. Se acabó el dinero, Damon. Alex se lo ha llevado todo.

—Lo sé —siseó, acercándose más—. Por eso no he venido a por dinero.

He venido a buscar lo que más quiere Alex.

Miró a Maya, que se asomaba aterrorizada desde detrás de Chloe.

—Un intercambio justo, ¿no crees? Me ha quitado el futuro. Yo le quito el suyo.

—¡No la toques! —rugió Cassandra, avanzando.

Uno de los matones golpeó a Cassandra en la cara con la culata de su arma.

Ella cayó, sosteniendo a Ares, que se puso a llorar en sus brazos.

Miré a Damon, a tres metros de distancia, y a sus matones.

Estaban centrados en mantener controladas a las mujeres.

Elias estaba muerto y la puerta estaba abierta.

No podía dejar que se llevara a Maya. No podía dejar que tocara a nadie.

Recordé la voz de Alex en el campo de tiro. Centro de masa. No lo dudes.

Respiré hondo.

El tiempo se detuvo.

—Tú me quieres a mí —dije, dando un paso al frente, alejándome del grupo y atrayendo su atención.

—Soy su mujer. Soy la madre de la heredera.

Si quieres hacerle daño a Alex... yo soy el mejor objetivo.

Damon se paró a evaluar la oferta.

—Tienes razón —murmuró, lamiéndose los labios—. Eres guapa.

Alex se quedaría destrozado si te encontrara... rota.

Me tendió la mano.

—Ven aquí, cuñada.

Caminé hacia él.

Cuando estuve a un metro de distancia, vi brillar el triunfo en sus ojos.

Creía que me había rendido.

Bajó la guardia un segundo.

Fue suficiente.

No le entregué el arma.

Levanté el brazo y disparé. A Damon no. Al matón que le estaba apuntando con el arma al bebé Ares.

Dos tiros en el pecho. El hombre cayó hacia atrás, sorprendido.

Estalló el caos.

—¡Corred! —grité a las mujeres—. ¡Al búnker!

Ya había empezado la guerra. Alex venía de camino. Solo tenía que sobrevivir hasta que llegara.

Damon rugió de furia y se abalanzó sobre mí, derribando el arma de mi mano con un violento manotazo.

El golpe fue como un trueno reverberando por mi cuerpo.

Mi cabeza giró violentamente hacia un lado. Sentí el sabor metálico de la sangre en mi boca, donde mis dientes habían cortado el interior de la mejilla.

La Glock resbaló por el suelo de baldosas, girando lejos de mi alcance, parando debajo de un mostrador de acero inoxidable.

Me mareé y caí de rodillas.

Pero no podía caer.

—¡Para dentro! ¡Ahora! —grité, con la sangre escurriendo por la barbilla, mirando hacia atrás.

Cassandra arrastraba a Chloe y a los niños a la despensa.

La matriarca tenía un corte en la frente, pero sus movimientos eran precisos.

Empujó a Eleni y al bebé a la habitación blindada.

Damon recuperó el equilibrio y miró el cadáver de su secuaz en el suelo con una indiferencia gélida.

—Has matado a Igor —comentó, volviéndose hacia mí. Tenía los ojos vidriosos y dilatados.

—Alex te ha enseñado bien. Pero se olvidó de enseñarte a no fallar en el objetivo principal.

Apuntó el arma hacia la puerta de la despensa, por la que Chloe estaba empujando a Maya hacia el interior.

—¡No! —Grité.

No lo pensé. No lo planeé. Simplemente actué.

Me lancé hacia delante, agarrando las piernas de Damon en un movimiento torpe, utilizando mi peso para desequilibrarlo.

Damon gruñó, sorprendido, y disparó. La bala dio en el techo, desprendiendo una lluvia de yeso sobre nosotros.

Los dos caímos al suelo.

Era más fuerte, más pesado y lo movía una furia demencial.

Sin embargo, a mí me movía el terror de una madre.

Le arañé la cara, clavándole las uñas en la piel sucia, buscando sus ojos.

Damon aulló, soltando el arma para agarrarme de las muñecas.

—¡Cierra la puerta, Cassandra! —grité mientras Damon me golpeaba en las costillas.

El aire abandonó mis pulmones en un silbido doloroso.

Oí el sonido pesado de la puerta de acero de la despensa al cerrarse de golpe.

A continuación, el ruido de las cerraduras de seguridad accionándose desde el interior.

Damon también lo oyó. Dejó de pegarme un segundo y miró la puerta cerrada con llave.

Su moneda de cambio, su ventaja numérica... había desaparecido detrás de diez centímetros de acero reforzado.

Me miró.

Yo estaba tumbada en el suelo, jadeante, con el labio partido y las costillas ardiéndome, pero sonreí.

Una sonrisa ensangrentada y desafiante.

—Has perdido —susurré.

La furia de Damon estalló. Me agarró por el pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás con una violencia que me hizo gritar.

—No he perdido nada —siseó, con la cara a centímetros de la mía, escupiendo saliva y odio.

—Aún te tengo a ti... A la preciosa Sienna.

Me levantó del suelo por el pelo como si fuera una muñeca de trapo.

Intenté darle una patada, pero me dio un rodillazo en el estómago que hizo que me doblara, vomitando bilis y sangre.

—Vamos a dar un paseo, cuñada. Vamos a recibir a mi hermano como se merece.

—¡Jefe! —El otro matón que seguía vivo gritó, mirando la entrada de servicio—. ¡Viene alguien! ¡Oigo coches!

—Es Alex —dijo Damon con una sonrisa maníaca—. Ha venido rápido. ¡Genial!

Damon me pasó un brazo por el cuello, estrangulándome, y me apretó el frío cañón de la pistola contra la sien.

—Vamos al vestíbulo —le ordenó al matón—. Si aparece alguien, mátalo.

Fui arrastrada.

Mis pies apenas tocaban el suelo mientras Damon me arrastraba por el pasillo de servicio, pasando por el comedor formal, dejando un rastro de desorden.

Yo intentaba agarrar su brazo para aliviar la presión de mi garganta y poder respirar, pero apretaba cada vez más.

Llegamos al vestíbulo principal.

El lugar, antaño símbolo de la opulencia de los Galanis, con su lámpara de cristal y su doble escalera de mármol, parecía un escenario de pesadilla.

La puerta principal había saltado por los aires. Por el suelo había esparcidos trozos de madera noble y cristales.

El viento de la noche entraba aullando y traía consigo el sonido de los disparos, que se iban apagando en el exterior.

Andreas había despejado el perímetro. El silencio volvía, lo que significaba que los hombres de Damon estaban muertos o huyendo.

—Están muertos, Damon —jadeé, mientras él me colocaba en el centro del vestíbulo, frente a la entrada destruida.

—Tu ejército se ha acabado.

—No necesito un ejército —susurró en mi oído, y su olor era a sudor agrio y a locura.

—Solo necesito un público.

El matón restante se escondió detrás de una columna, apuntando el fusil hacia la puerta.

Oímos neumáticos chirriar en el patio de gravilla. Puertas dando portazos. Pasos corriendo.

—¡Sienna! —La voz de Alex fue un rugido crudo, lleno de pavor y de una promesa de muerte.

Mi corazón se saltó un latido. Estaba aquí.

—¡Estoy aquí! —intenté gritar, pero la voz salió estrangulada por el brazo de Damon.

Una sombra surgió en la puerta destruida. Después, otra.

Alex entró.

No entró con cautela táctica, sino como una tormenta.

Estaba sucio de hollín, con el fusil en la mano y los ojos barriendo el ambiente con una velocidad frenética hasta posarse en mí.

Athan entró justo detrás, cubriendo el flanco, seguido por Andreas, que parecía haber salido de un baño de sangre, sosteniendo dos cuchillos.

Los tres hermanos se detuvieron.

La escena se congeló.

Alex vio la sangre en mi cara, el arma en mi cabeza y a su hermanastro bastardo sujetando a la mujer que él amaba.

La expresión de Alex no fue de miedo. Fue de una destrucción tan absoluta que temí que fuera a explotar allí mismo.

—Suéltala —dijo Alex, en un tono bajo y terrible, que vibró en el suelo de mármol.

—Hola, hermano —sonrió Damon, apretando el arma contra mi cráneo hasta hacer daño—. Has tardado.

Pensaba que no te importaba.

—He dicho que la sueltes —repitió Alex, dando un paso al frente.

El matón que estaba detrás de la columna disparó.

La bala dio en el suelo cerca del pie de Alex, arrancando lascas de piedra.

En un movimiento fluido, Athan levantó su arma y disparó una sola vez.

El matón cayó muerto detrás de la columna, con un agujero en la frente.

Athan ni parpadeó.

Damon ni siquiera miró al hombre muerto. Solo tenía ojos para Alex.

—Un paso más y le esparzo los sesos por este suelo tan caro —advirtió Damon.

Alex se detuvo. Levantó las manos lentamente, soltando el fusil, que cayó al suelo con un ruido sordo.

—De acuerdo —dijo Alex, mostrando las palmas de las manos —. Estoy quieto. Es a mí a quien quieres, Damon. Déjala ir.

Ella no es nada.

—¿Nada? —Damon se rio, una risa rota—. Ella lo es todo, Alex.

He visto cómo la has mirado y has corrido hacia aquí. Es tu debilidad.

Sentí las lágrimas escurrirse por mi cara, mezclándose con la sangre. Yo no quería ser su debilidad.

Quería ser su fuerza.

—Damon, por favor... —intenté hablar.

—¡Cállate! —Me sacudió.

—¿Qué quieres? —preguntó Alex—. ¿Dinero? ¿Un avión? Te lo doy. Suéltala y saldrás vivo.

—¡No quiero salir vivo! —gritó Damon, y la pura verdad resonó en el salón.

—¡Lo he perdido todo, Alex! ¡El dinero, el respeto, el apellido! ¡Me lo has quitado todo!

—¡Te lo quitaste tú mismo cuando traicionaste a la familia! —rugió Andreas, dando un paso, pero Athan lo detuvo.

—¿Familia? —escupió Damon—. Vosotros nunca fuisteis mi familia. Siempre he sido el bastardo. El error.

Pero hoy... hoy voy a ser leyenda.

Miró a Alex con un odio que trascendía la cordura.

—Voy a matar a quien amas, Alex. Y tú vas a mirar.

Y, por el resto de tu miserable vida, cada vez que cierres los ojos, verás su sangre en tus manos.

Sentí cómo su dedo se tensaba en el gatillo.

Iba a hacerlo. Iba a matarme allí mismo, delante de Alex, solo para destruirlo.

Miré a Alex. Nuestros ojos se encontraron.

Vi su desesperación, su amor... y algo más. Una orden silenciosa.

Movió los ojos hacia el pie de Damon, luego hacia el mío, en un movimiento minúsculo.

¡Lucha!

Damon estaba centrado en Alex. Estaba saboreando el discurso y la victoria psicológica.

Se había olvidado de que yo no era una muñeca.

Era una Galanis por elección.

Recordé lo que Andreas le había enseñado a Maya en el jardín, días atrás, en una vida que parecía muy lejana.

El pulgar se queda fuera.

Y me acordé de lo que yo misma había hecho en la cocina. Había matado a un hombre para proteger a mi hija.

No iba a morir como una oveja en el matadero.

Respiré hondo, llenando los pulmones de aire y de valor.

—Alex... —lo llamé, atrayendo la mirada de Damon hacia mí por una fracción de segundo—. Te quiero.

Damon se echó a reír.

—Qué patético...

Fue su error.

Con toda la fuerza que le quedaba a mi cuerpo magullado, levanté el pie derecho, pisé con el tacón de la bota el empeine de Damon y se lo aplasté.

Aulló de dolor, y el agarre en mi cuello se aflojó instintivamente.

No me detuve. Eché la cabeza hacia atrás, golpeándole la nariz con la nuca. Oí cómo crujía el cartílago.

Damon se tambaleó hacia atrás, apartando el arma de mi sien.

—¡Ahora! —grité, tirándome al suelo.

El mundo estalló en ruido.



Alex GALANIS

Capítulo 37

El tiempo no se detuvo cuando Sienna gritó. Se aceleró.

Vi su cuerpo desplomarse en el suelo, apartándose de la línea de fuego, revelando el blanco que estaba escondido detrás de ella.

Damon se tambaleaba, con las manos en su cara destrozada, ciego por el dolor de la nariz aplastada y el pie pisoteado.

Había perdido su escudo y su ventaja.

Mis manos estaban vacías. Había soltado mi fusil minutos antes, pero no estaba solo.

Detrás de mí, la sombra de la muerte se movió. El disparo me pasó a centímetros del hombro.

El sonido fue ensordecedor en el espacio cerrado, pero ni siquiera parpadeé.

Sabía quién estaba disparando. Athan no fallaba. La bala dio a Damon exactamente en el centro de la frente.

No hubo últimas palabras, tiempo para el arrepentimiento ni para apretar el gatillo del arma que aún sostenía.

La cabeza de Damon dio un latigazo hacia atrás, en un movimiento violento y definitivo.

El cuerpo del bastardo salió despedido contra la columna de mármol, chocando con un sonido húmedo antes de resbalar hasta el suelo, dejando un rastro rojo y brillante en la piedra blanca.

El arma se le cayó de la mano inerte y salió deslizándose.

Silencio...

El tiroteo de fuera había cesado. El viento había amainado.

Lo único que se oía era la respiración jadeante de Sienna, caída en el suelo a unos metros de mí, y el sonido metálico de Athan expulsando el casquillo de su pistola.

No miré a mi hermano muerto. Corrí hacia mi mujer.

—Sienna... —Mi voz fue un susurro ronco.

Caí de rodillas a su lado. Estaba encogida, temblando, con las manos sobre la cabeza.

—Se acabó —dije, tocándole el hombro—. Ya ha pasado, agapi mou.

Levantó la cabeza. Tenía la cara manchada de una sangre que no era suya, el labio partido, pero los ojos... me buscaron desesperadamente.

—Él... —Señaló hacia la columna.

Miré hacia atrás.

Athan caminaba tranquilamente hacia el cadáver de Damon. Llevaba el arma en la mano, el rostro impasible, frío como el mármol bajo nuestros pies.

Andreas apareció justo detrás, con los cuchillos aún en las manos y la respiración pesada de alguien que había atravesado el

infierno corriendo.

Athan se detuvo frente a Damon. Miró el cuerpo inerte de nuestro hermanastro, el hombre que compartía nuestra sangre y había intentado derramarla.

—Amenaza neutralizada —declaró Athan, con voz inexpresiva.

Andreas escupió en el suelo, junto al cadáver.

—Ha tenido una muerte demasiado rápida —gruñó la Bestia —. Merecía sangrar.

—Merecía ser olvidado —le corrigió Athan, guardando el arma en su funda—. Y ahora lo será.

Volví a centrar mi atención en Sienna.

—¿Estás herida? —Mis manos recorrieron su cuerpo, comprobando los huesos, buscando perforaciones.

—Solo... golpes. Las costillas. La cara. —Se tocó el labio hinchado y luego se agarró a mi camisa, tirando de mí hacia ella.

—¿Tú estás bien? Soltaste el arma...

—Sabía que Athan estaba detrás de mí —respondí, apoyando mi frente en la suya.

—Sabía que no fallaría.

—Le he pisado el pie —sollozó ella, con una risa histérica mezclada con llanto.

—Le he dado un cabezazo, Alex.

—Lo he visto. —Le sostuve el rostro entre mis manos, limpiándole una lágrima sucia de hollín.

—¡Has estado perfecta!

Se derrumbó contra mí, llorando. Todo el terror, toda la adrenalina, todo salió de golpe.

La cogí en brazos. Parecía ligera, frágil, pero yo sabía que dentro de aquel cuerpo había una fuerza de titanio.

Me levanté con ella en brazos.

—Vámonos de aquí —les dije a mis hermanos—. Limpiad esto.

No quiero que mi hija vea esta basura.

—Dejadlo de mi cuenta —dijo Andreas, sacando ya la radio para coordinar al equipo de limpieza.

—Desaparecerá como si nunca hubiera existido.

Caminé hacia la cocina, pasando por los escombros de nuestra casa. La mansión estaba herida, quemada y rota.

Pero los cimientos... éramos nosotros y siempre nos manteníamos en pie.

Llegué a la puerta de la despensa. Sienna aún temblaba en mis brazos.

—¿Mamá? —llamé, dando un golpe en la puerta de acero con el pie—. Soy yo. Ya ha pasado. ¡Abrid!

Oí el sonido de las cerraduras girando. La puerta se abrió.

Cassandra estaba allí, con un candelabro de plata en la mano, lista para golpear a quien entrara.

Al ver que era yo y que Sienna estaba viva en mis brazos, soltó el objeto y se deshizo en lágrimas de alivio.

Maya pasó corriendo entre las piernas de su abuela.

—¡Papá! ¡Mamá!

Me arrodillé, poniendo a Sienna en el suelo con cuidado, pero manteniéndola abrazada, permitiendo que nuestra hija se uniera a nosotros.

El círculo se había cerrado.

Mientras abrazaba a las dos mujeres de mi vida en el suelo de aquella cocina destruida, con el cadáver de mi hermanastro enfriándose en el vestíbulo y mis otros hermanos vigilando las puertas, supe que la guerra había terminado.

El reinado de terror de Damon había terminado con una bala de Athan.

El nuestro no había hecho más que empezar.

Miré a Athan, que apareció en la puerta de la cocina, limpiándose las manos con un pañuelo. Nuestras miradas se cruzaron.

No hacían falta palabras. La deuda estaba pagada. La familia estaba a salvo.

—Vamos a reconstruir —le dije.

—Mejor y más fuerte —asintió Athan.

—Y con fosos con cocodrilos —gritó Andreas desde el vestíbulo, y su voz resonó.

Sienna apoyó la cabeza en mi hombro, exhausta, pero viva.

—Llévame a la cama, Alex. Por favor.

—Con mucho gusto, Sra. Galanis.

Me levanté con mi familia, y me alejé de la muerte, caminando hacia la vida.



Sienna
STERLING

Capítulo 38

El agua de la bañera se volvió de color rosa.

Me quedé mirando el remolino teñido de sangre que giraba hacia el desagüe, hipnotizada. No toda era mi sangre.

Había sangre de Damon, que me salpicó cuando Alex disparó, y sangre del hombre al que yo misma había matado en la cocina.

Alex estaba arrodillado junto a la bañera, con las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los codos, empapadas.

Sostenía una esponja suave y me la pasaba con una delicadeza infinita por el brazo, donde un hematoma de color morado oscuro ya empezaba a florecer con la forma de los dedos de Damon.

No hablaba. Tenía la mandíbula apretada, y sus ojos, centrados en la tarea de limpiarme, cargaban con una culpa tan pesada que parecía envejecerle.

—¿Te duele? —preguntó, cuando me estremecí al sentir el roce de la esponja en las costillas.

—Solo un poco —mentí. Me dolía como el infierno. Cada respiración era una punzada aguda—. Alex... ¿de verdad se ha acabado?

Él se detuvo. Soltó la esponja en el agua y me cogió la mano enjabonada.

—Se ha acabado, Sienna. El equipo de limpieza ya se lo ha llevado... todo. Están fregando el vestíbulo.

Mañana, no quedará ni rastro de que ha estado aquí.

—Pero sí que quedará en mi cabeza —susurré, apoyando la nuca en el borde frío de la bañera.

—He matado a un hombre, Alex. En la cocina. Ni siquiera lo he pensado. Solo... he disparado.

Esperé a que me invadiera el horror. Esperé sentir el remordimiento católico, la culpa civilizada de la chica de Londres que lloraba cuando se encontraba un pajarito muerto.

Sin embargo, el horror no llegó. Lo que sentía era... alivio. Una frialdad pragmática. Ese hombre iba a hacerle daño a mi hija.

Lo eliminé. Así de simple.

Alex levantó los ojos hacia los míos. Vio ese cambio en mí y que la inocencia se había esfumado, siendo sustituida por algo más duro y resistente.

—Has hecho lo que era necesario —dijo, con firmeza—. Has defendido a nuestra familia.

No hay ningún pecado en eso.

—No me siento culpable —confesé, y la frase sonó extraña en mi propia voz.

—Me siento... fuerte.

Alex sonrió. Fue una sonrisa pequeña, triste, pero orgullosa.

—Bienvenida a mi mundo, agapi mou. Donde la moralidad es un lujo y la supervivencia es la única ley.

Se levantó, cogió una toalla suave y me ayudó a salir de la bañera.

Me secó como si estuviera hecha de cristal resquebrajado. Me aplicó pomada en los cortes de la cara, me vendó las costillas con vendas elásticas que sacó del botiquín de primeros auxilios que parecía brotar en todas las habitaciones de la casa.

—Voy a pedir que traigan hielo para esa cara —murmuró, tocándome suavemente el labio hinchado.

—Debería haberlo matado más lentamente por lo que te ha hecho.

—Ya está muerto, Alex. Déjalo ir. —Le agarré la mano, impidiendo que se alejara—. Quédate conmigo.

No llames a nadie. No te vayas. Solo... quédate.

—No me voy a ir a ninguna parte.

Se quitó la ropa sucia, tirándola a un rincón con desprecio, y se tumbó en la cama conmigo.

No hubo sexo. No hubo la urgencia de la posesión. Solo existió la necesidad desesperada del contacto.

Alex me atrajo hacia sus brazos, con cuidado de no apretarme las costillas.

Acomodé la cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Estaba tranquilo. Con un ritmo constante.

El corazón del monstruo que velaba mi sueño.

—Maya... —empecé, con el sueño pesando en mis párpados.

—Está con mi madre y con Chloe en la habitación de al lado —me aseguró Alex, besándome el pelo.

—Andreas está sentado en la puerta, armado hasta los dientes. Ha dicho que no entra nadie, ni siquiera el Papa.

Está a salvo.

Cerré los ojos.

—¿Hemos ganado? —pregunté, con una voz ya arrastrada por el cansancio.

—Sí, Sienna. Hemos ganado. El bastardo está muerto.

Me desperté horas después, o quizás días. La habitación estaba en penumbra.

Me senté despacio, poniendo a prueba mi cuerpo. Me dolían las costillas, pero era soportable.

Miré a mi lado. La cama estaba vacía, pero el sitio de Alex aún estaba caliente.

Me levanté, poniéndome su bata de seda, que me quedaba enorme, y caminé hasta el balcón.

Alex estaba allí.

Estaba apoyado en la balaustrada de piedra, mirando hacia el mar oscuro.

Estaba fumando un cigarrillo: un hábito que rara vez veía en él.

El humo subía en espirales grises hacia el cielo estrellado.

Le abracé por detrás, apoyando la cara en su ancha espalda.

Se tensó por un segundo y luego se relajó, cubriendo mis manos con las suyas.

—¿No puedes dormir? —pregunté.

—Estoy vigilando —respondió, tirando el cigarrillo—. Las viejas costumbres tardan en morir.

Se giró en mis brazos, quedando frente a mí.

La luz de la luna le iluminaba la cara, suavizando las líneas duras. Parecía más joven. Más ligero.

—Estaba pensando... —empezó a decir, mirándome las manos sobre su pecho.

—¿En qué?

—En Londres. En aquel día que invadí tu despacho. Te dije que iba a destruirte.

Sonreí y le toqué la cicatriz de la barbilla.

—Me has destruido. La Sienna Sterling de Londres ya no existe. Ha muerto en esa cocina hoy.

—¿Y quién está aquí ahora?

Lo miré fijamente, observando esos ojos que habían visto el infierno y habían vuelto por mí.

—La mujer que te ama —le respondí—. La madre de tu hija.

La compañera que no va a salir corriendo nunca más cuando las cosas se pongan feas, porque ha aprendido a devolver los disparos.

Alex soltó un suspiro, como si llevara cinco años conteniendo la respiración.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón del chándal.

—Iba a esperar —dijo, nervioso. El gran Alex Galanis, nervioso.

—Iba a esperar a que reformaran la casa, a que se fuera el olor a humo... Iba a organizar una cena romántica, con violines y todo lo que te mereces.

Sacó un objeto pequeño y brillante.

No era el anillo de compromiso "de advertencia" que había comprado en Zúrich.

Era un anillo antiguo. Oro envejecido, con un zafiro azul profundo rodeado de diamantes en bruto. El anillo de su abuela.

—Pero después de hoy... de verte luchar por nuestra familia... me he dado cuenta de que no necesito escenarios perfectos.

Solo te necesito a ti.

Me cogió la mano izquierda. Me quitó el ostentoso diamante de Zúrich y se lo metió en el bolsillo.

Deslizó el anillo de su abuela por mi dedo. Me quedaba perfecto, pesado y cálido, como si lo hubieran hecho para mí.

—Sienna... —La voz se le quebró, cargada de emoción—. ¿Aceptas dirigir este manicomio conmigo?

¿Aceptas ser mi reina, en la paz y en la guerra, hasta que uno de los dos deje de respirar?

Miré el anillo. Miré la casa que teníamos detrás, donde nuestra hija dormía a salvo, y al hombre que quemaría el mundo por verme sonreír.

No había ninguna duda. No había ningún miedo.

—Acepto, Alex. Lo acepto todo.

Me besó. No fue un beso de posesión. Fue un beso de devoción.

Bajo el cielo de Atenas, sellamos nuestro pacto. La guerra había terminado.

El reinado de los Galanis solo acababa de empezar y, esta vez, el príncipe no estaba solo.

De repente, el beso cambió. Lo que empezó como una suave promesa, pronto se transformó en una necesidad desesperada.

La lengua de Alex invadiió mi boca, cálida y exigente, buscando la confirmación de vida que solo el contacto físico podía otorgar.

Sentí su cuerpo endurecerse contra mi vientre a través del fino tejido del pijama.

La adrenalina de la supervivencia, que se había aplacado, se reavivó como un incendio forestal, transformándose en pura lujuria.

—Te necesito —gruñó contra mi boca, con sus grandes manos apretándome la cintura, empujándome hacia sus caderas.

—Ahora. Necesito sentir que estás aquí.

—Estoy aquí —susurré, subiendo las manos a su cuello, entrelazando los dedos en su pelo oscuro.

—Hazme sentir viva, Alex. Bórrame el dolor.

No necesitó que se lo repitiera.

Alex me cogió en brazos con un cuidado que contrastaba con el hambre de sus ojos, acordándose de mis costillas magulladas.

Envolví sus caderas con mis piernas y él

Me dejó en la cama como si yo fuera la cosa más preciosa y frágil del universo.

La luz de la luna entraba por la ventana, bañando la habitación de plata y sombras.

Alex se quedó de pie junto a la cama por un segundo, solo mirándome.

Su mirada recorrió mi cuerpo, desnudándome con los ojos antes siquiera de tocarme.

Se quitó los pantalones de chándal en un rápido movimiento, dejando al descubierto una erección gruesa y palpitante que delataba cuánto me deseaba.

—Eres preciosa —murmuró, subiéndose a la cama y cerniéndose sobre mí.

—Incluso con estos moratones... eres lo más hermoso que he visto nunca.

Abrió despacio mi bata de seda.

Se le oscurecieron los ojos al ver las marcas moradas de mis costillas, el legado de la pelea en la cocina.

Sin embargo, en lugar de apartarse, bajó la cabeza y besó cada una de las manchas oscuras.

Unos labios cálidos sobre la piel herida. La lengua dibujando el contorno del dolor, transformándolo en placer.

Gemí, arqueando la espalda, cuando su boca bajó hacia mi pecho, mordisqueando el pezón con una firme succión que envió

una descarga eléctrica directamente a mi vientre.

—Alex... —le llamé, agarrándome a sus hombros—. Por favor...

Se colocó entre mis piernas, separando mis rodillas con las suyas.

—Mírame, Sienna.

Le miré. Sus ojos ambarinos ardían con una intensidad que casi me cegaba.

—¿Te voy a hacer daño? —preguntó, preocupado por mis heridas.

—No —le aseguré, tirando de él hacia abajo—. Solo llénname.

Entró despacio.

Esta vez, no hubo la violencia de Zúrich, ni las prisas del baño del avión.

Hubo una entrada lenta, deliberada, en una invasión que parecía la vuelta a casa.

Sentí cada centímetro de él llenándome, estirándome, ocupando el vacío que había dejado el miedo.

Suspiré con un sonido largo y tembloroso mientras se enterraba completamente en mí.

—Mía... —susurró, con la frente apoyada en la mía y sus manos entrelazadas con las mías sobre la almohada.

El anillo de su abuela brillaba en mi mano izquierda, unida a la suya.

Empezó a moverse, a un ritmo lento, profundo, casi torturador.

Alex me amaba con su cuerpo. Cada estocada era una declaración.

Se frotaba contra mis puntos más sensibles, manteniendo el contacto visual, obligándome a estar presente y a sentirlo todo.

Mis uñas le arañaron la espalda, marcándole y reclamándole.

El placer empezó a aumentar, como una ola cálida que subía por mi columna vertebral y se concentraba en la parte inferior de mi vientre.

—Eso es... —gruñó, sintiendo que mi cuerpo lo apretaba—. Siéntelo, Sienna. Siente que estamos vivos.

Me soltó una mano para tocarme el clítoris, moviendo el pulgar en círculos precisos mientras seguía bombeando en mi interior.

Esa combinación fue demasiado.

Mi respiración se volvió errática. Eché la cabeza hacia atrás, mordiéndome el labio para no gritar y despertar a toda la casa.

—Grita —me retó, mordiéndome el cuello—. Deja que te oigan. Que lo sepan...

Y grité.

El orgasmo me golpeó con la fuerza de una tormenta.

Mi cuerpo se convulsionó, con olas de placer irradiando desde mi centro, haciendo que se me curvaran los dedos de los pies y dejando mi mente en blanco.

Sentí cómo Alex aumentaba el ritmo, perdiendo el control. Embistió con fuerza una, dos, tres veces, gruñendo mi nombre, antes de deshacerse dentro de mí con un gemido gutural de absoluta satisfacción.

Se desplomó sobre mí, pero apoyó su peso en los codos para no hacerme daño.

Allí nos quedamos, jadeando, sudando, con los corazones latiendo al unísono contra nuestros pechos pegados.

Estreché mis brazos alrededor de su espalda, sintiendo la piel húmeda, su respiración en mi cuello.

—Te quiero —susurré en la oscuridad.

Alex me besó en el hombro y luego se hizo a un lado para acurrucarme contra su pecho.

—Te quiero, Sienna. Más que a mi propia vida.

Tiró del edredón sobre nosotros.

Cerré los ojos, sintiendo que por fin me vencía el sueño, y que no me arrastraba a la oscuridad de las pesadillas, sino al merecido descanso de los victoriosos.



Alex GALANIS

Capítulo 39

Tres meses después...

El aire dentro de la catedral olía a incienso, a cera de vela y a dinero viejo.

Estaba de pie frente al altar dorado, con las manos cruzadas delante del cuerpo, observando el mar de rostros que abarrotaban los oscuros bancos de madera.

La élite de Europa estaba allí. Banqueros suizos, incluido Henriarch, magnates petroleros rusos, armadores griegos y políticos que yo tenía en el bolsillo.

No solo habían venido a celebrar el amor. Venían a besar el anillo y a presenciar la consolidación del poder de la familia que sobrevivió al fuego y salió de él más fuerte.

A mi lado, Andreas se arregló la pajarita por décima vez.

Parecía un tigre metido en un esmoquin, incómodo y letal.

—Como este cura tarde cinco minutos más, voy a confesar mis pecados solo para pasar el rato —susurró Andreas por la comisura de la boca.

—Y la lista es muy larga.

—Cállate —murmuró Athan al otro lado, tan impasible como una estatua de mármol—. Eres el padrino.

Intenta parecer menos alguien que va a sacar una navaja en cualquier momento.

—Estoy emocionado —replicó Andreas, guiñando un ojo—. Es la boda del príncipe.

¿Quién iba a decir que viviríamos para ver esto?

Sonreí, mirando la entrada principal de la catedral. Las gigantescas puertas de bronce estaban cerradas.

Quién lo iba a decir, de hecho.

Hace meses, yo estaba en un despacho en Londres, solo, bebiendo whisky y planeando mi venganza.

En aquel momento, yo estaba en el centro de mi mundo, a punto de unirme a la única mujer que había tenido el valor de destrozarme y la fuerza de curarme.

La música del órgano cambió. Las notas graves y solemnes llenaron la inmensa nave.

Las puertas se abrieron.

La luz del sol de la tarde invadió la iglesia, creando un halo dorado en la entrada.

Primero, entró la niña de las flores.

Maya...

Mi hija caminaba por el pasillo con una seriedad adorable, sosteniendo una cesta de pétalos de rosa blanca.

Llevaba un vestido de seda de color marfil y una corona de pequeñas flores en la cabeza.

Cuando me vio, su seriedad desapareció. Esbozó una sonrisa que iluminó toda la catedral y saludó con la mano, rompiendo todo el protocolo.

Sentí una opresión en el pecho. Aquella niña era mi corazón latiendo fuera de mi cuerpo.

Luego, detrás de ella... Sienna.

El aire abandonó mis pulmones.

No iba de blanco inmaculado. El vestido era de un tono blanco roto, casi plateado, bordado con cristales que captaban la luz a cada movimiento.

Era majestuoso, elegante y real.

Sienna no entró con la cabeza gacha, como una novia tímida, sino con la barbilla en alto, los ojos fijos en los míos, caminando con la seguridad de quien sabe exactamente adónde va.

No había un padre que la entregara. Lord Sterling había abandonado este mundo años atrás, y con él, cualquier protección que el apellido inglés pudiera haber ofrecido alguna vez.

Sin embargo, Sienna no necesitaba fantasmas que la guiaran.

Caminó sola hasta la mitad del pasillo. Toda una mujer, dueña de sí misma y de sus propios pasos.

Entonces, Andreas y Athan bajaron del altar. Mis hermanos caminaron hacia ella, uno a cada lado, y le ofrecieron sus brazos.

Un murmullo recorrió la iglesia. Era una ruptura de la tradición, pero era una poderosa declaración: No estaba sola.

Era una de nosotros. Estaba protegida por la Trinidad.

Sienna les sonrió, aceptó su apoyo y fue escoltada hasta mí.

Cuando llegó al altar, mis hermanos retrocedieron, dejándonos cara a cara.

La cogí de las manos. Estaban calientes y firmes.

—Eres... —Mi voz falló, algo que rara vez ocurría—. Eres la visión de mi perdición.

Sienna sonrió con lágrimas en los ojos.

—Y tú llegas tarde para besarme, señor Galanis.

La ceremonia ortodoxa fue larga y llena de simbolismos. Las velas, el cáliz, el intercambio de anillos.

Sin embargo, el momento que importaba fue la Coronación.

El sacerdote sostuvo las stefanas, dos coronas blancas unidas por una cinta de raso, sobre nuestras cabezas.

Andreas, como padrino, intercambió las coronas tres veces sobre nosotros, cruzando nuestros destinos, uniendo nuestras mentes y nuestras almas bajo la mirada de Dios.

Mientras sentía el peso simbólico de la corona sobre mí, miré a Sienna.

Ya no era mi rehén, ni mi fugitiva.

Era mi Reina... y yo era su Rey.

Cuando por fin fuimos declarados marido y mujer, y pude besarla, no fue un beso para el público.

Fue un sello.

La atraje contra mi cuerpo, olvidando el protocolo, y la besé con el hambre de cinco años de espera y la promesa de toda una vida de posesión.

Los aplausos fueron ensordecedores, pero yo apenas los oía.

—Mía —susurré contra su boca.

—Tuya —respondió—. Para siempre.

Salimos de la catedral de la mano, con Maya corriendo a nuestro alrededor bajo una lluvia de arroz y pétalos.

El sol de Atenas brillaba con fuerza. El coche blindado nos esperaba decorado con cintas blancas.

Nos subimos al coche y la puerta se cerró, aislándonos del ruido de la multitud.

Sienna apoyó la cabeza en mi hombro, con un suspiro de felicidad exhausta.

—Lo hemos conseguido —dijo ella.

Pasé el brazo a su alrededor, atrayéndola más cerca.

—Esa ha sido la parte fácil, señora Galanis —bromeé, besándole la coronilla.

—Ahora viene la parte difícil.

—¿Cuál? ¿Gobernar el imperio?

—No. Convencer a Andreas de que no le enseñe a Maya a usar granadas antes de que cumpla los diez años.

Sienna se rio, y el sonido fue la melodía perfecta para nuestro final feliz.

Damon estaba muerto. El pasado estaba enterrado y... el futuro era nuestro para conquistarlo.

El coche arrancó para llevarnos de vuelta a la fortaleza, a nuestra casa, donde nos esperaba la vida real, peligrosa y maravillosa.



Alex GALANIS

Epílogo

Cinco años después...

El sol del Egeo no envejece. Quema con la misma intensidad que hace mil años, indiferente a las guerras, a los imperios que caen y a los hombres que mueren intentando conquistarlo.

Sin embargo, nosotros sí envejecemos y, por primera vez en la historia de mi familia, lo hacíamos en paz.

Yo estaba sentado en la cabecera de la larga mesa de madera rústica, bajo la sombra de unos olivos centenarios, con vistas al mar turquesa que rodeaba nuestro santuario privado.

El olor a cordero asado y a orégano llenaba el aire, compitiendo con la brisa salada.

A mi lado, Sienna se reía de algo que Chloe estaba contando.

A sus treinta y pocos años, mi mujer estaba aún más deslumbrante que el día en que la conocí en la biblioteca de Oxford.

Tenía algunas líneas finas alrededor de los ojos, marcas de haber sonreído, no de preocupación.

Su piel estaba bronceada, y el pelo rubio lo llevaba recogido en un moño desenfadado que dejaba su cuello al descubierto.

Aquel cuello donde yo aún dejaba mis marcas todas las noches.

Su mano descansaba distraídamente sobre el vientre redondeado de seis meses.

El próximo "Príncipe", aunque a diferencia de mí, este nacería en un reino sin enemigos.

—¡Papá! —Una voz autoritaria interrumpió mis pensamientos.

Miré el césped.

Maya, con sus nueve años, estaba de pie con las manos en las caderas, una copia exacta de la postura de su madre cuando se enfadaba.

Llevaba unas gafas de sol de color rosa y dirigía a la tropa.

—¡Ares está haciendo trampa otra vez! —gritó ella, señalando a su primo.

—¡Dice que su castillo de arena está protegido por dragones invisibles! ¡Eso no vale!

—¡Claro que vale! ¡Papá dice que lo que no podemos ver es lo que mata más rápido!

—Ares, el hijo de cinco años de Andreas y Chloe, sonrió con la misma picardía que su padre, sucio de arena de la cabeza a los pies.

—Técnicamente, tiene razón, Maya —intervino Theodoros, el hijo mayor de Athan y Eleni.

A sus seis años, tenía la calma analítica de su padre y los ojos atentos de su madre.

Estaba sentado junto al castillo, reforzando los muros de arena con piedras—. Pero los dragones invisibles no nadan.

Si hacemos un foso con agua del mar, ganaremos.

Maya le sonrió a su primo, satisfecha con la estrategia.

Miré a Andreas, que estaba ocupándose de la barbacoa con un vaso de ouzo en la mano.

Levantó el vaso en un brindis inocente.

—Le estoy enseñando tácticas de guerrilla, hermano. El chico tiene futuro.

—Le estás enseñando a ser un delincuente —replicó Chloe, lanzándole una servilleta de papel, pero sin dejar de sonreír.

Athan, sentado al otro lado de la mesa con Eleni, meció el carrito gemelar donde dormían sus mellizos recién nacidos.

—Dejad a los niños. Es domingo —dijo Athan, que parecía más aliviado.

El peso de la corona seguía ahí, pero había aprendido a compartirlo.

Sentí un tirón en mi camisa.

Miré hacia abajo. Victoria, mi hija de cuatro años —la que fue concebida en la noche del robo al banco en Zúrich—, me miraba con unos ojos grandes, castaños y serios.

Era la más callada, la más observadora. Mi pequeña espía.

—Papá, aúpa.

La cogí con un brazo y me la senté en el regazo.

Apoyó la cabeza en mi pecho y se quedó allí, observando el lío de sus primos con la seguridad de quien sabe que es intocable.

Contemplé aquella escena.

Habían pasado cinco años desde la noche en que matamos al bastardo en el vestíbulo de mi casa.

Cinco años desde que limpiamos la sangre del mármol y juramos no volver a vivir con miedo.

Habíamos cumplido nuestra promesa.

Galanis & Sterling Holdings era ahora un conglomerado global intocable. Habíamos diversificado. Tecnología, energías limpias, logística.

El dinero "sucio" había sido lavado tantas veces que ahora brillaba más que el sol.

Nadie se atrevía a cruzarse en nuestro camino. La leyenda de la "Trinidad" griega mantenía a raya a los enemigos.

Pero no era el dinero lo que me enorgullecía.

Era el hecho de que Maya corría libre, sin mirar atrás con miedo, y que Sienna dormía toda la noche, sin pesadillas.

Sentí una mano sobre la mía, encima de la mesa.

Sienna me estaba mirando. Sus ojos, ese avellana dorado que me desarmó años atrás, estaban llenos de una comprensión silenciosa.

—¿En qué estás pensando, príncipe? —me preguntó en voz baja, usando el apodo que ahora era solo un cariño, ya no una acusación.

—Estaba pensando que ha valido la pena.

—¿El qué?

—Todo. —Señalé a la ruidosa mesa, a mi madre sirviendo la ensalada a los nietos, a mis hermanos riendo.

—La sangre, la guerra, el fuego en Londres, el frío en Zúrich. Lo volvería a hacer todo.

Los mataría a todos otra vez. Solo por tener esta comida de domingo.

Sienna me apretó la mano y se la llevó a los labios, besándome los dedos.

—Ya no tienes que matar a nadie más, Alex. La guerra se ha acabado.

—La guerra nunca se acaba, Sienna —la corregí, acariciando el pelo de Victoria, que estaba en mi regazo.

—Solo cambia de forma. Pero ahora... tenemos el ejército más fuerte del mundo.

—¿Y cuál es nuestro ejército?

La miré. Miré a la barriga donde crecía mi hijo. A la alianza de boda que llevaba en el dedo.

—El amor —respondí, sin ironía alguna—. Dicen que el amor es una debilidad, que te hace vulnerable.

Se equivocaban. El amor fue la única arma que la muerte no pudo vencer.

Sienna sonrió.

—Te has vuelto un sentimental con la edad, señor Galanis.

—Me he vuelto sabio, señora Galanis.

Levanté mi copa. La mesa se quedó en silencio, respetando el gesto del patriarca en funciones de aquel almuerzo.

Andreas dejó de asar la carne. Athan bajó la tablet. Mi madre sonrió.

—Un brindis —dije, con la voz embargada por la gratitud—. Por la familia.

No por la que heredamos, sino por la que hemos construido. Por la sangre que derramamos para proteger la sangre que corre por nuestras venas.

Miré profundamente a Sienna.

—Y por la mujer que me enseñó que hasta los monstruos se merecen un final feliz.

—¡Por la familia! —respondieron todos al unísono, y las copas tintinearon bajo el cielo azul.

Bebí el vino, sintiendo el sabor de la tierra, el sol y la victoria.

El pasado estaba enterrado. Damon era un recuerdo lejano, una sombra que la luz de esta familia había disipado.

Yo era Alex Galanis, el Príncipe, el Padre, el Marido... y allí, rodeado de mi caos perfecto, por fin supe lo que era la paz.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y personajes cautivadores. Una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspenso, Jéssica se ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de fans y en su reconocimiento como una de las "Forbes Under 30". Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su espacio entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como "Rejeitada no Altar" y "Virgem Prometida", sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en 6 idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ampliado su público global a través de la autoedición y ya figura entre los más vendidos en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una era para la literatura nacional en el extranjero.

Para más información sobre otros libros de la autora, síguela en las redes sociales.

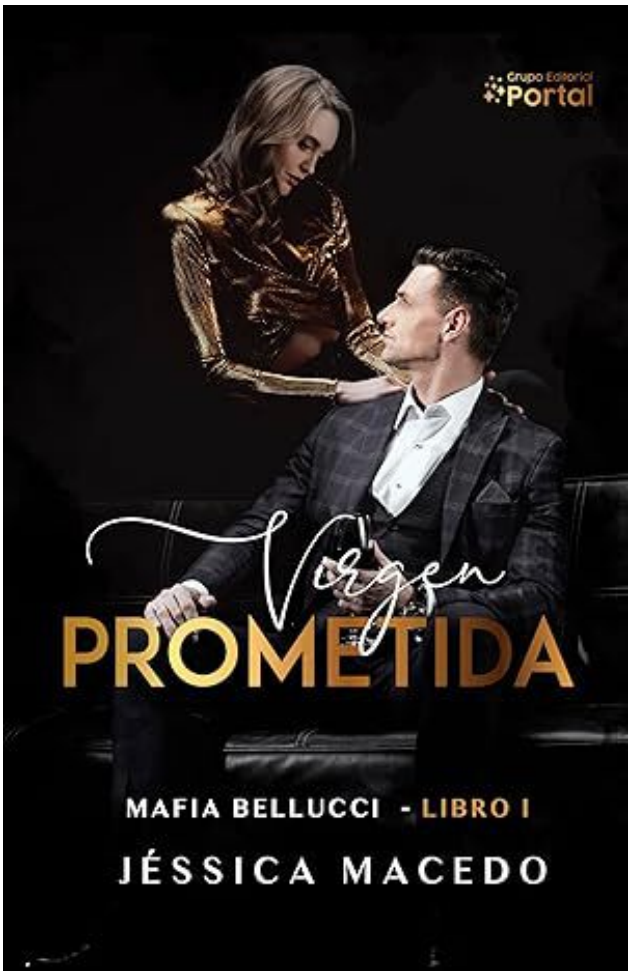
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram -www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Lee también:



Enlace=> https://amzn.eu/d/6ETK4Or

Marco Bellucci, el venerado jefe de la mafia italiana, llevaba consigo las estrictas normas de sangre y honor desde sus días de formación. Era un líder que gobernaba con puño de hierro y sabía que no había nada más importante que la familia. Su vida siempre giró en torno a la mafia y sabía que todas las decisiones debían tomarse pensando en su familia, incluido el matrimonio.

En el siglo XXI, los matrimonios seguían siendo contratos, las mujeres no tenían voz ni voto y eran tratadas como moneda de cambio que favorecía a los hombres de la mafia. Laís contaba apenas con once años cuando la envolvieron en un acuerdo destinado a asegurar la protección de su familia en Portugal y favorecer los intereses italianos. Siendo aún una niña, se convirtió en

propiedad del jefe. Llevada a Italia, fue internada en un convento hasta que cumplió veintiún años y pudo casarse con un hombre quince años mayor que ella, el líder de una de las mayores organizaciones criminales del mundo.

La virgen prometida sólo sabía lo que contaban de su futuro marido, la faceta más oscura del cruel criminal. En el camino hacia la boda, tomó la arriesgada decisión de huir, sólo para descubrir que la vida fuera del convento no se parecía en nada a lo que ella imaginaba.

Cuando fue abandonado en el altar por una joven ingenua que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, Marco se enfrentó a dos opciones: continuar con la alianza y buscarla, o desatar una guerra.



Enlace=> https://amzn.eu/d/aTZqXgM

ENEMIES TO LOVERS , DE ENEMIGOS A AMANTES ,

SECUESTRACIÓN, VIRGEN Y MAFIOSO, ROMANTICISMO OSCURO

Pietro Bellucci nació en el corazón de la mafia italiana y fue enviado por el Don al lujo y el caos de Las Vegas tras la destrucción del motoclub que controlaba la ciudad. Decidido a enfrentarse a cualquier amenaza con tal de cumplir su misión de expandir su imperio criminal, Pietro estaba preparado para todo, excepto para la inesperada atracción de una joven indefensa que se cruzó en su camino.

Daniela vio cómo su mundo se ponía patas arriba cuando la separaron de su hermana y acabó en un terrible cautiverio. No esperaba ser rescatada por Pietro y acabar envuelta al peligroso italiano. Atrapada entre el deseo y el miedo, se vio enroscada en un mundo oscuro donde la violencia era la moneda de cambio y la lealtad una cuestión de vida o muerte. A medida que el vínculo entre Pietro y Daniela se intensificaba, tuvieron que navegar por una red de traiciones, enfrentándose a enemigos mortales y secretos devastadores.

Cuando La Santa, una organización enemiga, amenazó con hacerse con el control de Las Vegas, Pietro se vio dividido entre proteger a Daniela y eliminar a sus adversarios. En un mundo donde el poder era la moneda más valiosa, Pietro y Daniela descubrieron que el amor podía ser tanto una debilidad como una fuerza incontrolable.